

UC-NRLF



QB 246 571

B

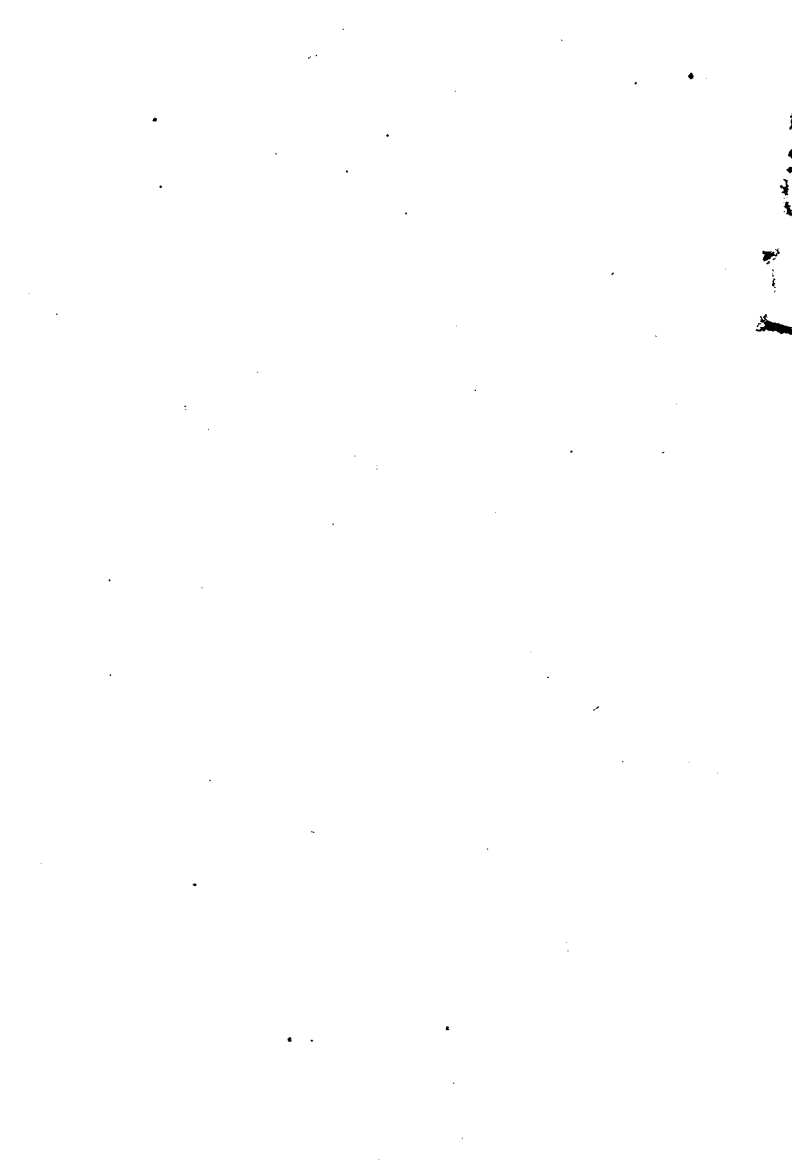
IBLIOTECA

CLÁSICA.



SAN AGUSTÍN

LA CIUDAD DE DIOS ·



BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CLXXV

LA
CIUDAD DE DIOS

OBRA ESCRITA POR EL PADRE DE LA IGLESIA

SAN AGUSTÍN

OBISPO DE HIPONA

traducida directamente del latín

POR

D. JOSÉ CAYETANO DÍAZ DE BEYRAL

TOMO IV

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a
calle del Arenal núm. 11

—
1893

BR 65
A 7456
1893
v. 4

J. C. CIBRIAN

DE VINO
ALBARELLO

LA CIUDAD DE DIOS

LIBRO DÉCIMOCTAVO

CAPÍTULO I

Sobre lo que queda dicho hasta los tiempos del Salvador en estos diez y siete libros.

Prometí escribir el nacimiento, progreso y fin de las dos Ciudades, la de Dios y la de este siglo, en la cual anda ahora peregrinando el linaje humano; prometí, digo, escribir esto después de haber convencido y refutado, con los auxilios de la divina gracia, á los enemigos de la Ciudad de Dios, que prefieren y anteponen sus dioses á Cristo, autor y fundador de esta Ciudad, y con un odio perniciosísimo para sí, envidian impíamente á los cristianos; lo cual ejecuté en los diez libros primeros. Y de las tres cosas prometidas, en los cuatro libros que siguen después del X, traté latamente del nacimiento de ambas Ciudades. Después en otro, que es el XV, hablé del progreso de ellas desde el primer hombre hasta el Diluvio; y desde allí hasta Abraham, volvieron nuevamente las dos á concurrir y caminar, así como en los tiempos, en lo que fuimos escribiendo. Pero después, desde el padre Abra-

ham hasta el tiempo de los reyes de Israel, donde concluimos el libro XVI, y desde allí hasta la venida de nuestro Salvador en carne humana, que es hasta donde llega el libro XVII, parece que ha caminado sola en lo que hemos ido escribiendo, la Ciudad de Dios, siendo así que tampoco en este siglo ha caminado sola la Ciudad de Dios, sino ambas juntas, á lo menos, en el linaje humano, como desde el principio; si bien con sus respectivos progresos han ido variando los tiempos. Esto lo hice para que corriera primero la Ciudad de Dios de por sí, sin interpolación ni contraposición de la otra, desde el tiempo que comenzaron á declarársenos más las promesas de Dios hasta que vino aquel Señor que nació de la Virgen, en quien habían de cumplirse las que primero se nos habían prometido, y la viésemos más clara y distintamente; no obstante que hasta que se nos reveló el Nuevo Testamento, jamás caminó ella á la luz, sino á la sombra. Ahora, pues, me resta lo que me dejé, esto es, tocar en cuanto pareciere bastante el modo con que la otra caminó también desde los tiempos de Abraham, para que los lectores puedan considerar exactamente á las dos y cotejarlas entre sí.

CAPÍTULO II

De los reyes y tiempos de la Ciudad terrena, con que concuerdan los tiempos que calculan los Santos desde el nacimiento de Abraham.

En la sociedad humana, que por más extendida que esté por toda la tierra, y por muy apartados y diferentes lugares que ocupe, está ligada con la comunión y lazo

indisoluble de una misma naturaleza, por desear cada cual sus comodidades y apetitos, y no ser bastante lo que se apetece para todos, porque no es una misma cosa la deseada, las más veces hay divisiones, y la parte que prevalece, oprime á la otra; porque la vencida se rinde y sujeta á la victoriosa, mediante á que prefiere y estima más cualquiera paz y vida sosegada que el dominio, y aun más que la libertad; de suerte que nos han admirado infinito los que han querido mejor perecer que servir; pues casi en todas las naciones en cierto modo está admitido el natural dictamen de querer más rendirse á los vencedores los que por acaso fueron vencidos, que quedar totalmente aniquilados con los rigores de la guerra. De aquí provino, no sin alta providencia de Dios, en cuya mano está que cada uno salga vencido ó vencedor en la guerra, que unos tuviesen reinos y otros viviesen sujetos á los que reinan. Pero entre tantos reinos como ha habido en la tierra, en que se ha dividido la sociedad por el interés y ambición terrena (á la cual con nombre genérico llamamos Ciudad de este mundo) dos reinos vemos que han sido más ilustres y poderosos que los otros; el primero el de los Asirios, y después el de los Romanos, distintos entre sí, así en tiempos como en lugares; porque como el de los Asirios fué primero, y el de los Romanos posterior, así también aquél fué en el Oriente, y éste en el Occidente, y, efectivamente, al fin del uno siguió luego el principio del otro. Todos los demás reinos y reyes con más propiedad los llamaría yo jirones y retazos de éstos. Así que, reinaba ya Nino, segundo rey de los Asirios, habiendo sucedido á su padre Belo, que fué el primero que reinó en aquel reino cuando nació Abraham en la tierra de los caldeos. En aquella época era también bien pequeño el reino de los Sicionios, de donde el doctísimo Marco Varrón, escribiendo

el origen del pueblo romano, comenzó como de tiempo antiguo; porque de los reyes de los sicionios vino á los atenienses, de estos á los latinos y de allí á los romanos. Pero todo esto, antes de la fundación de Roma, en comparación del reino de los Asirios, se tuvo por cosa fútil y de poco momento; aunque confiese también Salustio, historiador romano, que en Grecia florecieron mucho los atenienses, si bien más por la fama que en la realidad; porque, hablando de ellos, dice: «Las proezas que hicieron los atenienses, á mi parecer, fueron bien grandes y manifiestas, aunque algo menores de lo que las celebra la fama; porque como hubo allí insignes y famosos escritores, por todo el mundo se ponderan por muy grandes las hazañas de los atenienses; así en tanto se estima la virtud y el valor de los que las hicieron, cuanto las pudieron engrandecer y celebrar con su pluma los buenos ingenios». Y fuera de esto, alcanzó esta Ciudad no pequeña gloria por sus letras y por sus filósofos, porque allí florecieron principalmente estos estudios. Pero en cuanto al imperio, ninguno hubo en los siglos primeros mayor que el de los Asirios, ni que se extendiese más por la tierra; pues reinando el rey Nino, hijo de Belo, cuentan que sojuzgó toda la Asia, hasta llegar á los términos de la Libia, y el Asia, aunque según el número de las partes del orbe, se dice la tercera, según la extensión, se halla que es la mitad; porque por la parte oriental, sólo los indios no le reconocieron señorío, á los cuales, con todo, después de muerto Nino, Semíramis, su esposa, comenzó á hacerles guerra. Y así sucedió, que todos cuantos pueblos ó reyes había en aquellas comarcas, todos obedecían al reino y corona de los Asirios y hacían todo lo que les mandaban. Nació, pues, en aquel reino entre los Caldeos en tiempo de Nino, el patriarca Abraham. Mas por cuanto de los hechos y proezas de los

griegos tenemos mucha más noticia que de las de los asirios, y los que anduvieron rastreando la antigüedad y origen del pueblo romano vinieron, según el orden de los tiempos, de los griegos á los latinos, y de éstos los romanos, que también son latinos, debemos, donde fuere necesario, hacer relación de los reyes de Asiria, para que veamos cómo camina la ciudad de Babilonia como una primera Roma con la Ciudad de Dios, peregrina en este mundo. Pero los asuntos que hubiéremos de insertar en esta obra, para comparar entre sí ambas Ciudades, es á saber, la terrena y la celestial, los iremos tomando mejor de los griegos y latinos, entre los cuales se halla la misma Roma como otra segunda Babilonia.

Cuando nació Abraham reinaba entre los Asirios Nino, y entre los Sicionios Europs, que fueron sus segundos reyes, por cuanto los primeros fueron allá Belo y aquí Egialeo; y cuando prometió Dios á Abraham, habiendo ya salido de Babilonia, que de él nacería una numerosa nación, y que en su descendencia había de recaer la bendición de todas las gentes, los Asirios tenían su cuarto rey y los Sicionios el quinto; pues en Babilonia reinaba el hijo de Nino, después de su madre Semíramis, á quien dicen que quitó la vida por haberse atrevido á cometer incesto con él. Ésta creen algunos que fundó á Babilonia, y lo más probable es que la restaurase; pues cuándo y cómo fué su fundación, ya lo referimos en el libro VI. A este hijo de Nino y de Semíramis, que sucedió á su madre en el reino, algunos le llaman también Nino, y otros Ninias, derivando su nombre del de su padre. En este tiempo reinaba entre los Sicionios Telxión, y en su reinado fueron tan apacibles y lisonjeros los tiempos, que después de muerto le adoraron como á Dios, ofreciéndole sacrificios y celebrando en su honor y memoria juegos

y diversiones públicas. De éste dicen que fué el primero por cuyo respeto se instituyeron tales fiestas.

CAPÍTULO III

Quién reinaba en Asiria y Sicionia, cuando, según la divina promesa, tuvo Abraham, siendo de cien años, á su hijo Isaac, y cuándo procreó éste de Rebeca su mujer, los gemelos Esaú y Jacob.

En estos tiempos, según la divina promesa, le nació á Abraham, siendo de cien años, su hijo Isaac, de Sara, su esposa, la cual, siendo estéril y anciana, estaba desahuciada de poder tener hijos. Entonces en Asiria reinaba Arrio, su quinto rey. El mismo Isaac, siendo de edad de sesenta años, procreó sus dos hijos gemelos, Esaú y Jacob, en su esposa Rebeca, viviendo aun el abuelo de estos niños, que tenía entonces ciento y sesenta años, el cual murió á los ciento setenta y cinco años, reinando en Asiria Jerjes el más antiguo, llamado también Baleo, y en Sicionia Turiaco, á quien algunos llaman Turimaco, que fueron sus séptimos reyes. El reino de los Argivos comenzó juntamente con los nietos de Abraham, y el primero que reinó fué Inacho. No debe pasarse en silencio lo que refiere Varrón, de que los Sicionios acostumbraban ya á ofrecer sacrificios junto á la sepultura de Turimaco, su séptimo rey. Reinando los octavos reyes, Armamitre en Asiria, Leucipo en Sicionia, é Inacho el primero en Argos, se apareció Dios á Isaac, y le prometió también lo mismo que á su padre, es á saber, á su descendencia, la posesión de la tierra de Canaán, y en su descendencia la bendición de todas las gentes. Estas mismas felicidades prometió

asimismo á su hijo, nieto de Abraham, que primero se llamó Jacob, y después Israel, reinando ya Beloc, noveno rey en Asiria, y Phoroneo, hijo de Inacho, segundo rey en Argos, y reinando todavía en Sicionia Leucipo. En esta era, reinando en Argos el rey Phoroneo, principió la Grecia á ilustrarse más con algunos sabios estatutos promulgados en varias pragmáticas y leyes. Con todo, habiendo muerto Phegoo, hermano menor de Phoroneo, le erigieron un templo donde yacía su cadáver y sepulcro, para que le adorasen como á dios y le sacrificasen bueyes. Creo que le contemplaron digno de tan singular honor, porque en la parte que le cupo del reino (mediante á que su padre le repartió igualmente entre los dos, señalando á cada uno el país donde debía reinar, viviendo aún) edificó oratorios ó templos para servir y adorar á los dioses, enseñando también las observaciones de los tiempos por meses y años, y manifestando cómo los habían de distribuir y contar. Admirando en él los hombres (que aun eran muy idiotas) estas cosas nuevas, creyeron ó quisieron que después de muerto al punto fuese hecho dios: porque del mismo modo dicen, que Io, hija de Inacho, llamándose después Isis, fué adorada y venerada como grande diosa en Egipto, aunque otros escriben que de Etiopía vino á reinar á Egipto, y porque gobernó por muchos años y con justicia, y les enseñó muchas artes y ciencias, luego que falleció la tributaron el honor de tenerla por diosa, siendo esta honra tan particular, que impusieron la pena capital á quien se atreviese á proferir que había sido criatura humana.

CAPÍTULO IV

De los tiempos de Jacob y de su hijo José.

Reinando en Asiria Baleo, su rey décimo, y en Sicilia Mesapo, rey nono, á quien algunos llamaban también Fefisos, si es que un hombre solo tuvo dos nombres (siendo más verosímil que tomaron un hombre por otro los que en sus escritos pusieron otro nombre), y reinando Apis, tercer rey de los Argivos, murió Isaac de ciento y ochenta años, y dejó sus dos gemelos de ciento y veinte, y el menor de ellos, que era Jacob, pertenecía á la Ciudad de Dios, de la que vamos escribiendo, habiendo Dios reprobado al mayor. Tenía doce hijos, entre los cuales, el que se llamó José le vendieron sus hermanos á unos mercaderes que pasaban á Egipto, viviendo aún su abuelo Isaac. Llegó José á la presencia de Faraón, y de los trabajos que sufrió, y del estado humilde en que se vió, fué ensalzado á otro más eminente y distinguido siendo de edad de treinta años, porque interpretó, auxiliado del divino espíritu, los sueños del rey, y dijo que habían de venir siete años abundantes, cuya abundancia, por excesiva que fuese, la habían de consumir otros siete años estériles que se seguirían. Le nombró el rey gobernador de todo Egipto, librándole de las duras penalidades de la cárcel, donde le había llevado la integridad de su castidad, conservada con heroico valor al no consentir en el adulterio con su ama, que estaba torpemente enamorada de él, y le amenazaba que, no condescendiendo á su voluntad, diría á su amo que la había intentado forzar. Por huir de tan próxima ocasión y tan perjudicial, dejó en sus manos la capa, de que le tenía asido. El segundo año de los siete

estériles vino Jacob á Egipto con toda su familia á ver á su hijo, siendo ya de edad de ciento y treinta años, como lo dijo al rey cuando se lo preguntó, y contando José treinta y nueve años, añadiendo á los treinta que tenía cuando le hizo el rey su gobernador, los siete años de abundancia y los dos de hambre.

CAPÍTULO V

De Apis, rey de los Argibos, á quien los egipcios llamaron Serapis, y le veneraron como á Dios.

Por estos tiempos, Apis, rey de los argivos, habiendo navegado á Egipto y muerto allí, le constituyeron aquellas gentes ilusas por uno de los mayores dioses de Egipto. Y la razón por que, después de muerto, no se llamó Apis, sino Serapis, la da bien obvia Varrón, pues como el arca ó ataúd, dice, en que se coloca al difunto, que al presente todos llaman sarcófago, se dice *soros* en griego, y como principiaron entonces á reverenciar en ella á Apis antes que le hubiesen edificado templo, se dijo primero Sorsapis ó Sorapis, y después, mudando una letra, como acontece, Serapis. Y establecieron también por su respeto la pena de muerte á cualquiera que dijese que había sido hombre. Como en casi todos los templos donde adoraban á Isis y á Serapis había también una imagen que, puesto el dedo en la boca, parecía que advertía que se guardase silencio, piensa el mismo Varrón que esto significaba que callasen el haber sido hombre. El buey que con tan particular ilusión y engaño criaba Egipto en honor suyo con tan copiosos regalos, le llamaban Apis, y no Serapis porque, sin el sarcófago ó sepultura le reverenciaban vivo, y porque,

muerto este buey, buscaban y hallaban algún novillo de su mismo color, esto es, señalado también con manchas blancas, lo tenían por un singular portento enviado del cielo. En efecto; no era dificultoso á los demonios, para engañar á estos hombres fanáticos é ilusos, señalar á una vaca al tiempo que concebía, y estaba preñada, la imagen de otro toro semejante, la cual ella sola viese, de donde el apetito de la madre atrajese lo que después viniera á ver pintado por el cuerpo de su cría: como lo hizo Jacob con las varas de varios colores, para que las ovejas y cabras naciesen varias: pues lo que los hombres pueden con colores y cuerpos verdaderos, eso mismo pueden fácilmente los demonios con fingidas figuras representar á los animales que conciben.

CAPÍTULO VI

Quién reinaba en Argos y Asiria cuando murió Jacob en Egipto.

Apis, rey, no de los Egipcios, sino de los Argivos, murió en Egipto, sucediéndole en el reino su hijo Argo, de cuyo nombre se apellidaron los Argos, y de aquí los Argivos; pues en tiempo de los reyes pasados, ni la ciudad ni aquella nación se denominaba así. Reinando éste en Argos, en Sicionia Erato, y en Asiria todavía Baleo, murió Jacob en Egipto de edad de ciento cuarenta y siete años, habiendo echado su bendición á la hora de su muerte á sus hijos y á sus nietos, los hijos de José, habiendo vaticinado claramente á Cristo, cuando dijo en la bendición que echó á Judá: «No faltará príncipe en Judá, ni cabeza de su descendencia hasta

que vengan todas las cosas que están guardadas, y él será á quien esperarán con ansia las gentes».

Reinando Argo, principió Grecia á usar y gozar de legumbres y frutos de la tierra, y á tener mieses en la agricultura, habiendo conducido de fuera las semillas. También Argo, después de muerto, comenzó á ser venerado por dios, honrándole con templo y sacrificios. Lo mismo hicieron reinando él, y antes de él, con cierto hombre particular que murió tocado de un rayo, llamado Homogiro, por haber sido el primero que unció los bueyes bajo el yugo del arado.

CAPÍTULO VII

En tiempo de qué reyes falleció José en Egipto.

Reinando Mamito, duodécimo rey de los Asirios, y Plemneo, undécimo de los Sicionios, y Argo todavía en Argos, falleció José en Egipto, de edad de ciento y diez años. Después de su muerte, el pueblo de Dios, creciendo maravillosamente, estuvo en Egipto ciento cuarenta y cinco años, viviendo al principio en quietud, hasta que se acabaron y murieron los que conocían á José. Pasado algún tiempo, envidiando los egipcios su acrecentamiento y sospechando de él funestas consecuencias, hasta que salió libre de este país, padeció innumerables y rigurosas persecuciones, entre las cuales, no obstante multiplicando Dios sus hijos, crecía, aunque oprimido bajo de una intolerable servidumbre. En Asiria y Grecia reinaban por aquel tiempo los mismos que arriba insinuamos.

CAPÍTULO VIII

En tiempo de qué reyes nació Moisés, y la religión de algunos dioses que se fué introduciendo por aquellos tiempos.

Reinando en Asiria Safro, rey décimocuarto, en Siciónia Orthópolis duodécimo, y Criaso quinto en Argos, nació en Egipto Moisés, por cuyo medio salió libre el pueblo de Dios de la servidumbre de Egipto, en la cual convino que así fuese ejercitado para que pusiese sus deseos y confianza en el auxilio y favor de su Criador. Reinando estos reyes, creen algunos que vivió Prometheo, de quien aseguran haber formado los hombres del lodo, y que fué de los más científicos que se conocieron, aunque no señalan los sabios que los hubiese en su tiempo. Dicen que su hermano Atlas fué grande astrólogo, de donde tomaron ocasión los poetas para fingir que tiene á costas el cielo, aunque se halla un monte de su nombre, que más verosíblemente parece que por su elevación ha venido á ser opinión vulgar que tiene á costas el cielo. Desde estos tiempos comenaron á fingirse otras fábulas en Grecia, y así hallamos hasta el tiempo de Cecrops, rey de los atenienses (en cuyo tiempo la misma ciudad se llamó Cecropia, y en él, Dios, por medio de Moisés, sacó á su pueblo de Egipto) canonizados por dioses algunos hombres difuntos por la ciega y vana costumbre supersticiosa de los griegos: entre los cuales fueron Melantonice, mujer del rey Criaso, y Forbas, hijo de éstos, el cual, después de su padre, fué sexto rey de los argivos, y Jaso, hijo de Triopa, séptimo rey, y el rey nono Sthenelas, ó Stheneleo, ó Sthenelo, porque se halla escrito con variedad en diversos autores. En estos tiempos dicen también que floreció Mercurio, nieto de Atlante, hijo de su hija Maya,

como lo vemos en las historias más vulgares. Fué muy insigne por la noticia é instrucción que tuvo de muchas ciencias, las cuales enseñó á los hombres, por cuyo motivo, después de muerto, quisieron que fuese dios, ó lo creyeron así. Dicen que fué más moderno Hércules, que floreció en estos mismos tiempos de los Argivos, bien que algunos le hacen anterior á Mercurio, los cuales imaginó que se engañan: en cualquiera tiempo que hayan vivido, consta de historiadores graves que escribieron estas antigüedades, que ambos fueron hombres, y que por los muchos beneficios que hicieron á los mortales para pasar esta vida con más comodidad, merecieron que ellos los reverenciasen como á dioses. Minerva fué mucho más antigua que éstos, porque en tiempo de Ogigio dicen que apareció en edad de doncella junto al lago llamado de Tritón, de donde le vino á ésta el nombre de Tritonia. Fué sin duda inventora de muchas cosas útiles, y tanto más fácilmente tenida por diosa, cuanto menos noticia se tuvo de su nacimiento: pues lo que cuentan que nació de la cabeza de Júpiter se debe atribuir á los poetas y sus fábulas, y no á la historia y á los sucesos acaecidos, aunque tampoco respecto del tiempo en que vivió el mismo Ogigio (cuando acertó á haber también un grande diluvio, no aquel general en que no escapó hombre, á excepción de los que entraron en el arca, del cual no tuvieran noticia los historiadores gentiles, ni los griegos, ni los latinos, aunque fué mayor que el que hubo después en tiempo de Deucalión) concuerdan los historiadores. Desde aquí Varrón principió aquel libro de que hice mención arriba, y no propone, ó halla suceso más antiguo, del cual poder partir y llegar á las cosas romanas, que el diluvio de Ogigio, esto es, el que sucedió en tiempo de Ogigio: pero los nuestros que escribieron crónicas, Eusebio, y después San Jerónimo, en esta opinión siguieron segu-

ramente á algunos otros historiadores precedentes, y refieren que fué el diluvio de Ogigio más de trescientos años después, reinando ya Foroneo, segundo rey de los Argivos. En cualquier tiempo que haya sido, adoraban ya á Minerva como diosa, reinando en Atenas Cecrops, en cuya época aseguran que esta ciudad fué, ó restaurada ó fundada.

CAPÍTULO IX

Cuándo se fundó la ciudad de Atenas, y la razón que da Varrón de su nombre.

Para explicar que se llamase Atenas, que es nombre efectivamente tomado de Minerva, la cual en griego se llama Atena, apunta Varrón esta causa: Habiéndose descubierto allí de improviso el árbol de la oliva, y habiendo brotado en otra parte el agua, turbado el rey con estos prodigios, envió á consultar á Apolo Delfico, qué debía entenderse por aquellos fenómenos, ó qué se había de hacer. El oráculo respondió que la oliva significaba á Minerva, y el agua á Neptuno, y que estaba en manos de los ciudadanos el llamar aquella ciudad con el nombre que quisiesen de aquellos dos dioses, cuyas insignias eran aquellas. Cecrops, recibido este oráculo convocó para dar su sufragio á todos los ciudadanos de ambos sexos, por ser entonces costumbre en aquellos países que se hallasen también las mujeres en las consultas y juntas públicas. Consultada, pues, la multitud popular, los hombres votaron por Neptuno y las mujeres por Minerva: y hallándose un voto más en las mujeres, venció Minerva. Enojado con esto Neptuno, hizo crecer las olas del mar, é inundó y destruyó los campos de los atenienses, porque no es difícil á los de-

monios el derramar y esparcir algo más de lo regular las aguas, y para templar su enojo, dice este mismo autor que los atenienses castigaron á las mujeres con tres penas: la primera, que desde entonces no diesen ya su sufragio en los públicos congresos; la segunda, que ninguno de sus hijos tomase el nombre de la madre; y la tercera, que nadie las llamase ateneas. Y así aquella ciudad, madre de las artes liberales, y de tantos y tan célebres filósofos, que fué la más insigne é ilustre que tuvo Grecia, embelecada y seducida por los demonios con la contienda de dos de sus dioses, el uno varón y la otra hembra, por una parte, á causa de la victoria que alcanzaron las mujeres, consiguió nombre mujeril de Atenas, y por otra, ofendida por el Dios vencido, fué compelida á castigar la misma victoria de la diosa vencedora, temiendo más las aguas de Neptuno que las armas de Minerva, porque en las mujeres así castigadas, también fué vencida Minerva, hasta el punto de no poder favorecer á las que habían votado en su favor, para que ya que habían perdido la potestad de poder votar en lo sucesivo, y veían excluidos los hijos de los nombres de sus madres, pudiesen éstas siquiera llamarse ateneas, y merecer el nombre de aquella diosa á quien ellas hicieron vencedora con sus votos contra un dios varón. De donde se deja conocer bien qué de cosas pudiéramos decir aquí, y cuán grandes, si la pluma no nos llevara de prisa á otros asuntos.

CAPÍTULO X

Lo que escribe Varrón sobre el nombre de Areópago
y del diluvio de Deucalión.

Marco Varrón no quiere dar crédito á las fabulosas ficciones en perjuicio de los dioses por no indignarse

contra la majestad de estas falsas deidades. Por lo mismo tampoco quiere que el Areópago (que es el lugar donde disputó San Pablo con los atenienses, del cual se llaman areopagitas los jueces de la misma ciudad) se haya llamado así porque Marte, que en griego se dice *ares*, culpado y reo de un homicidio, siendo doce los dioses que juzgaban en aquel *pago*, fué absuelto por seis, pues en igualdad de votos, se solía anteponer la absolución á la condenación; sino que, contra esta opinión, que es la más celebrada y admitida, procura alegar otra razón y causa de este nombre, tomada de la noticia de las ciencias más abstractas y misteriosas, para que no se crea que los atenienses llamaron al Areópago del nombre de Marte y Pago, Pago de Marte, ó sea en perjuicio y deshonor de los dioses, los cuales cree que no tienen entre sí litigios ni controversias, y dice que esta etimología de Marte no es menos fabulosa y falsa que lo que cuentan de las tres diosas, es á saber: de Juno, Minerva y Venus, quienes por conseguir la manzana de oro, se dice que delante de Paris pleitearon y debatieron sobre la excelencia de su hermosura. Estas culpas se cantan y celebran entre los aplausos del teatro, para aplacar con sus fiestas y juegos á los dioses que gustan de ellas, ya sean verdaderas, ya sean falsas. Esto no lo creyó Varrón, por no dar asenso á cosas irregulares á la naturaleza ó á las costumbres de los dioses, y, con todo, dándonos él la razón, no fabulosa, sino histórica, del nombre de Atenas, refiere en sus libros una controversia tan ruidosa como la de Neptuno y Minerva sobre cuál de ellos daría su nombre á aquella ciudad, quienes disputaron entre sí con ostentación de prodigios; y aun el mismo Apolo, consultado, no se atrevió á ser juez de aquella causa, sino que para poner fin á la pendencia de estos dioses, así como Júpiter remitió á Paris la decisión de la causa de las tres diosas ya insinuada, así

también Apolo remitió ésta á los hombres, donde tuviese Minerva más votos con que vencer; y en la pena y castigo que dieron á las que le habían suministrado sus sufragios fuese vencida, la cual, en contradicción de los hombres, sus contrarios, pudo conseguir que se llamase Atenas la ciudad, y no pudo lograr que las mujeres, sus afectas, se llamasen ateneas. Por estos tiempos, según escribe Varrón, reinando en Atenas Cranao, sucesor de Cecrops, y, según nuestros escritores Eusebio y San Jerónimo, viviendo todavía el mismo Cecrops, sucedió el diluvio que llamaron de Deucalión, porque era señor de las tierras donde principalmente ocurrió; pero este diluvio de ningún modo llegó á Egipto ni sus comarcas.

CAPÍTULO XI

En qué tiempo sacó Moisés al pueblo de Israel de Egipto, y de Jesús Nave, ó Josué, que le sucedió, en tiempo de qué reyes murió.

Sacó, pues, Moisés de Egipto al pueblo de Dios en los últimos días de Cecrops, rey de Atenas, reinando en Asiria Ascatades; en Sicionia Marato, y en Argos Triopas. Sacado el pueblo, le dió la ley que había recibido en el Monte Sinaí de mano de Dios, la cual se llamó Testamento Viejo porque contiene promesas terrenas, y porque, por medio de Jesucristo, habíamos de recibir el Testamento Nuevo, donde se nos prometiese el reino de los cielos, pues fué muy conforme á razón que se observase el orden que se guarda en cualquier hombre que aprovecha en Dios, en el cual sucede lo

que dice el Apóstol «que no es primero (1) lo que es espiritual, sino lo que es animal, y después lo que es espiritual». Porque como dice el mismo, y es positivo (2): «el primer hombre de la tierra fué terreno, y el segundo, como vino del cielo, fué celestial». Gobernó Moisés el pueblo por tiempo de cuarenta años en el desierto, y murió á los ciento veinte de su edad, habiendo asimismo profetizado á Cristo por las figuras de aquellas observancias y ceremonias carnales que hubo en el tabernáculo, sacerdocio, sacrificios, y en otros varios mandatos místicos. A Moisés sucedió Jesús Nave, ó Josué, quien introdujo y estableció en sus respectivos territorios el pueblo de Dios en la tierra de promisión, después de conquistar con autoridad y auxilio divino las naciones que poseían aquellas tierras. El cual habiendo gobernado al pueblo, después de la muerte de Moisés, por espacio de veinte años, murió, reinando á este tiempo en Asiria, Amintas, rey XVIII; en Sicionia, Corax XVI; en Argos, Danao X, y en Atenas, Erictonio, rey IV.

CAPÍTULO XII

De las solemnidades sagradas que instituyeron á los falsos dioses por aquellos tiempos los reyes de Grecia, las cuales se refieren desde la salida de Israel de Egipto hasta la muerte de Josué.

Por estos tiempos, es decir, desde la salida del pueblo de Israel de Egipto hasta la muerte de Josué, por cuyo medio entró el mismo pueblo en posesión de la tierra

(1) San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. XV.

(2) Id. loc. cit.

de promisión, los reyes de Grecia instituyeron á los falsos dioses ciertas solemnidades sagradas, con las cuales en solemnes fiestas celebraban la memoria del diluvio, y cómo los hombres se libertaron de él y de las calamidades que entonces sufrieron, ya subiéndose á lo más elevado de los montes, ya bajando á vivir en los valles, porque la subida y bajada de los lupercos por la calle que llaman Vía sacra así la interpretan, diciendo que nos significan los hombres que por la inundación de las aguas subieron á las cumbres de los montes, y al volver éstas á su antiguo cauce, descendieron aquéllos á los llanos. Por estos tiempos dicen que Dionisio, que también se llama Padre Liber, tenido por dios después de su muerte, descubrió en la tierra de Atenas el uso de la vid á un huésped suyo. Por entonces se establecieron asimismo los juegos músicos dedicados á Apolo Delfico para aplacar su ira, por cuya causa pensaban que habían padecido esterilidad las provincias de Grecia porque no defendieron su templo, quemado por el rey Danao cuando hizo guerra á aquellas tierras. Y que le instituyesen estos juegos, él mismo lo advirtió con su oráculo; pero en la tierra de Atenas el primero que le dedicó juegos fué el rey Erictonio (y no sólo á él, sino también á Minerva), en los cuales á los vencedores les daban por premio aceite, porque dicen que Minerva fué la inventora y descubridora del fruto de la oliva, así como Liber del vino. Por este tiempo, Janto, rey de Creta, cuyo nombre hallamos diferente en otros, dicen que robó á Europa, en quien hubo á Radamanto, Sarpedón y Minos, los cuales, sin embargo, es fama común que son hijos de Júpiter, habidos en esta mujer; pero los que profesan la religión de semejantes dioses, lo que hemos insinuado del rey de Creta lo atribuyen á la verdad de la historia, y lo que cuentan de Júpiter los poetas, resuena en los tea-

tros y celebran los pueblos, lo atribuyen á la vanidad de las fábulas, para que hubiese materia para inventar juegos que aplacasen á los dioses, aun imputándoles culpas falsas. Por estos tiempos corría la fama de Hércules en Tyria, pero éste fué otro, no aquel de quien hablamos arriba; porque en la historia más secreta y religiosa se refiere que hubo muchos Liberos padres y muchos Hércules. De este Hércules cuentan doce hazañas muy heroicas, entre las cuales no insertan la muerte del africano Anteo, por pertenecer esto al otro Hércules. Refieren en sus historias que él mismo se quemó en el monte Oeta, no habiendo podido sufrir y llevar con paciencia, y con aquella virtud y valor heroico con que había sujetado los monstruos, la enfermedad que padecía. Por estos tiempos el rey, ó, por mejor decir, el tirano Busiris, sacrificaba sus huéspedes á sus dioses. Dicen que fué hijo de Neptuno, habido en Libia, hija de Epapho; pero no creamos que Neptuno cometió este estupro, ni acusemos á los dioses, sino atribúyase á los poetas y teatros, para que haya materia con que aplacar á aquellos. De Erictonio, rey de los atenienses, en cuyos últimos años se halla que murió Josué, dicen que fueron sus padres Vulcano y Minerva; mas por cuanto quieren que Minerva sea doncella, explican que en la controversia y debates que tuvieron ambos, jugueteando Vulcano, con el movimiento violento de los saltos, derramó el semen en la tierra, y que á lo que nació de esta semilla le pusieron aquel nombre, porque en griego *erís* significa lid ó porfía, y *cton* la tierra, y de estos dos se compuso el nombre de Erictonio. Con todo, lo que no debe olvidarse es que los más doctos refutan y niegan estas sutilezas de sus dioses, diciendo que esta opinión fabulosa nació de que se halló el muchacho expuesto en un templo que había en Atenas dedicado á Vulcano y Minerva, enros-

cado en una sierpe, lo que significó que había de ser un grande héroe, y porque el templo era común y se ignoraba quiénes eran sus padres, se dijo ser hijo de Vulcano y de Minerva. Sin embargo, la otra que es fábula, nos declara y manifiesta con más claridad el origen de su nombre, que no ésta que es la historia. ¿Pero qué nos importa que en sus libros verdaderos enseñen é instruyan esto á los hombres religiosos, si en los juegos falsos y engañosos deleitan con aquello á los inmundos demonios, á quienes, sin embargo, los religiosos gentiles adoran y reverencian como á dioses? Y cuando nieguen de ellos todas estas cosas, no pueden absolverlos totalmente de la culpa, pues pidiéndolo ellos establecen y celebran unos juegos, en los que se representa con torpezas lo que al parecer con prudencia y discreción se niega. Y advirtiendo al mismo tiempo que con estas falsedades y disoluciones se aplacan los dioses, aunque la fábula nos cuente el crimen que falsamente imputan á los dioses, el deleitarse con la culpa, aunque sea falsa, es culpa verdadera.

CAPÍTULO XIII

De las fabulosas ficciones que inventaron al tiempo que comenzaron los hebreos á gobernarse por sus jueces.

Después de la muerte de Josué, el pueblo de Dios comenzó á gobernarse por jueces, en cuyos tiempos gustaron en ocasiones de la adversidad y calamidades por sus pecados, y á veces de la prosperidad en los consue-
los por la misericordia de Dios. Por este tiempo se inventaron algunas fábulas: la de Triptolemo, quien por mandato de Ceres, conducido por unas sierpes que vo-

laban, trajo trigo por el aire en ocasión que había escasez y carestía; la del Minotauro, que dicen fué una bestia encerrada en el laberinto, en el cual, luego que entraban los hombres, por los enredos y confusión de lugares que se veían dentro, ya no podían salir; la de los Centauros, que dicen fué cierta especie de animal, compuesto de hombre y caballo; la del Cerbero, que es un perro de tres cabezas, que hay en los infiernos; la de Frigio y Helles su hermana, de los cuales dicen que, llevados sobre un carnero, volaban; la de la Gorgona, que dicen tuvo las crines serpentina, convirtiendo en piedras á los que la miraban; la de Belerofonte, que anduvo en un caballo que volaba con alas, llamado Pegaso; la de Anfión, que con la suavidad de su cítara, dicen, ablandó y atrajo las piedras; la de Dédalo y de su hijo Ícaro, que poniéndose unas alas, volaron; la de Edipo, de quien cuentan que á un monstruo llamado Esfinge, que tenía el rostro humano y era una bestia de cuatro pies, habiéndole resuelto un enigma que solía proponer como irresoluble, hizo que se despeñase y pereciese; la de Anteo, á quien mató Hércules, que dicen fué hijo de la tierra, por lo cual, cayendo y tocando la tierra, acostumbraba á levantarse más fuerte; y así otras que acaso me habré dejado. Estas fábulas que hubo hasta la guerra de Troya, en la que Marco Varrón concluyó su libro segundo del origen de la nación romana, las fingieron así los ingenios perspicaces de los hombres, entresacando noticias de algunos sucesos que acaecieron, y constaban en la historia, agregando las injurias y oprobios imputados á los dioses; como lo que fingieron de que Júpiter robó para sus actos torpes al hermoso joven Ganimedes (cuya execrable maldad la cometió el rey Tántalo, y la fábula la atribuye á Júpiter), ó que descendiendo en una lluvia de oro, durmió á Danae, en lo que se entiende que con el oro conquistó la honesti-

dad de aquella mujer, cosa que, ó sucedió ó se fingió en aquellos siglos heroicos, ó habiéndolo hecho otros, se supuso y atribuyó á Júpiter. No puede ponderarse cuán impiamente han opinado de los ánimos y corazones de los hombres, suponiendo que pudieran sufrir con paciencia estas mentiras, ¡qué digo sufrirlas! las adoptaron también gustosamente, mientras que con cuanta más devoción reverencian á Júpiter, con tanto más rigor debieran castigar á los que se atrevieron á decir de él tales torpezas. Pero no sólo se indignan contra los que supusieron semejantes patrañas, sino que si no representaran tales ficciones en los teatros, pensarán tener enojados é indignados á los mismos dioses. Por estos tiempos Latona dió á luz á Apolo, no aquel á cuyos oráculos dijimos arriba que solían acudir las gentes de todas partes, sino aquel de quien se refieren que con Hércules apacentó los rebaños del rey Admeto, á quien, sin embargo, de tal suerte le tuvieron por dios, que muchos, y casi todos, piensan que éste y el otro fué un mismo Apolo. Por entonces también el padre Libero ó Baco hizo guerra á la India, y trajo en su ejército muchas mujeres que llamaban Bacantes, no tan ilustres y famosas por su virtud y valor como por su demencia y furor. Algunos escriben que fué vencido y preso este Libero, y otros que fué muerto en una batalla por Perseo y hasta señalan el lugar donde fué sepultado; y con todo, en honor de su nombre, como si fuera Dios, han instituído los impuros demonios unas solemnidades sagradas, ó, por mejor decir, unos execrables sacrilegios que llaman Bacanales. De cuya horrible torpeza, después de transcurridos tantos años, se corrió y avergonzó tanto el Senado, que prohibió su celebración en Roma. Por estos tiempos, á Perseo y á su esposa Andrómeda, ya difuntos, en tal conformidad los admitieron y colocaron en el cielo, que no se avergon-

zaron ni temieron acomodar y designar sus imágenes á las estrellas, llamándolas con sus propios nombres.

CAPÍTULO XIV

De los teólogos poetas.

En este mismo tiempo hubo también poetas, que se llamaron teólogos, porque componían versos en honor y elogio de los dioses; pero de unos dioses que, aunque fueron hombres sabios, fueron hombres ó eran elementos de este mundo, que hizo y crió el Dios verdadero, ó fueron puestos en el orden de algunos principados y potestades, según la voluntad del que los crió, y no según sus méritos. Y si entre tantas cosas vanas y falsas dijeron alguna del único y sólo Dios verdadero, adorando juntamente con él á otros que no son dioses y haciéndoles el honor que se debe solamente á un sólo Dios, sin duda que no le adoraron legítimamente, además de que tampoco éstos pudieron abstenerse de la infamia é ignominia fabulosa de sus dioses. Entre estos teólogos poetas cítanse á Orfeo, Museo y Lino, quienes adoraron á los dioses, y ellos no fueron adorados por dioses, aunque no sé cómo la Ciudad de los impíos suele hacer que presida Orfeo en las solemnidades sagradas, ó, por mejor decir, en los sacrilegios que se celebran y dedican al infierno. Habiendo perecido la mujer del rey Athamante, llamado Ino, y despeñándose su hijo Melicertes voluntariamente al mar, la opinión de los hombres los divinizó y puso en el número de los dioses, como lo hizo igualmente con otros hombres de aquel tiempo, entre los cuales fueron Castor y Polux. Los griegos llamaron á

la madre de Melicertes Leucothea, y los latinos Matuta, y unos y otros la tuvieron por diosa.

CAPÍTULO XV

Del fin del reino de los Argivos, que fué cuando entre los Laurentes, Pico, hijo de Saturno, sucedió el primero en el reino de su padre.

Por estos tiempos se acabó el reino de los Argivos, habiéndose transferido á Micenas, de donde fué Agamemón, y tuvo su origen el reino de los Laurentes, donde el primero que reinó fué Pico, hijo de Saturno, siendo juez entre los hebreos Debora, mujer, aunque por su medio gobernaba aquella república el Espíritu Santo, y asimismo era profetisa, cuya profecía es tan obscura, que apenas podríamos manifestar aquí que fué relativa á Cristo, sin consumir mucho tiempo en exponerla. Ya reinaban los Laurentes en Italia, de quienes se deduce con más claridad el origen de los romanos después de los griegos, y, sin embargo, permanecía todavía el reino de los Asirios, en el cual reinaba Lampares, su Rey XXIII; habiendo principiado Pico á ser el primero de los Laurentes. De Saturno, padre de éste, vean lo que opinan los que adoran semejantes dioses, que niegan fuese hombre; y de quien escriben otros que reinó también en Italia antes que Pico su hijo. Y Virgilio lo insinúa bien claro en estas expresiones: «Éste redujo á policía y civilidad á la gente indócil é inculta que vivía derramada por las asperezas de los montes, dándoles leyes para la dirección de sus acciones, y quiso mejor que aquel país se llamase Lacio, esto es, escondrijo, porque seguramente había estado escondido en él; y

según la voz de la fama en su tiempo, esto es, reinando él, florecieron los siglos de oro». Pero dirán que esto es ficción poética, y que el padre de Pico fué realmente Esterces, el que, siendo un hombre muy instruído en la agricultura, dicen que halló el secreto de cómo debían fertilizarse los campos con el excremento de los animales, el cual de su nombre se llamó estiércol. Del mismo modo dicen algunos que se llamó éste Estercucio; pero por cualquier motivo que hayan querido llamarle Saturno, á lo menos con razón, á Esterces ó Esturcio le hicieron dios de la Agricultura. Y asimismo á Pico, su hijo, le colocaron en el número de otros tales dioses, y de él aseguran haber sido famoso agorero y gran soldado. A Pico sucedió su hijo Fauno, segundo rey de los Laurentes, á quien igualmente tienen ó tuvieron por Dios, y á todos estos hombres, después de su muerte, los honraron como á dioses antes de la guerra de Troya.

CAPÍTULO XVI

De Diomédes, á quien después de la destrucción de Troya pusieron en el número de los dioses, cuyos compañeros, dicen, que se convirtieron en aves.

La ruina de Troya, celebrada y cantada por todo el orbe, tanto que hasta los niños la sabían, por su grandeza y por la excelencia del ingenioso lenguaje de los escritores, se extendió y divulgó. Sucedió, reinando ya Latino, hijo de Fauno, de quien tomó nombre el reino de los Latinos, cesando ya de llamarse de los Laurentes. Los griegos, victoriosos, dejando asolada á Troya y regresando á sus casas, padecieron un fuerte des-

calabro en el camino, siendo rotos y deshechos con diversas y fatales pérdidas y desastres, y, sin embargo, aun con algunos de ellos acrecentaban el número de sus dioses; pues instituyeron por dios á Diómedes, y por disposición y castigo del cielo, dicen, que no volvió á su tierra, afirmando también que sus compañeros se convirtieron en aves y testificando este suceso, no con ficción fabulosa ó poética, sino con autoridad histórica; á los cuales compañeros, siendo ya dios, según creyeron los ilusos, no los pudo restituir la forma humana, ó á lo menos, como recién entrado en el cielo, no pudo conseguir esta gracia de su rey Júpiter. Además aseguran haber un templo suyo en la isla Diomedea, no muy distante del monte Gargano, situado en Apulia, y que estas aves andan volando alrededor de este templo, y que asisten allí continuamente, ocupándose en un ministerio tan santo y admirable, que llenan los picos de agua y le rocían, y si acontece llegar allí algunos griegos, ó descendientes de griegos, no sólo están quietas, sino que los alagan y acarician; pero si acaso llegan otros de otra nación, acometen á sus cabezas y los hieren tan gravemente, que á veces los matan; porque aseguran que con sus fuertes y grandes picos están suficientemente armadas para poder realizar esta empresa.

CAPÍTULO XVII

Lo que creyó Varrón de las increíbles transfiguraciones de los hombres.

En confirmación de esto refiere Varrón otras particularidades no menos increíbles de aquella famosísima maga, llamada Circe, que convirtió los compañeros de

Ulises en bestias, y asimismo de los Arcades, que, llevados por suerte, atravesaban á nado un estanque donde se transformaban en lobos, y con otras fieras semejantes pasaban su vida por los desiertos de aquella región; pero si acontecía que no comiesen carne humana, otra vez al cabo de nueve años, volviendo á pasar á nado el mismo estanque, recobraban su primera forma de hombres. Finalmente, refiere asimismo en particular de cierto hombre llamado Demeneto, que habiendo comido del sacrificio que los arcades solían hacer á su dios Lico, inmolándole un niño, se convirtió en lobo, y que pasados diez años, vuelto á su propia figura, se había ejercitado en el arte de la lucha, saliendo victorioso en los juegos olímpicos. No por otra causa piensa el historiador que en Arcadia llamaron Liceo á Pan y á Júpiter, sino por la transformación de hombres en lobos, la cual entendían que no podía hacerse sino con virtud divina; porque lobo en griego se dice *lycos*, de donde parece haberse derivado el nombre de Liceo. También dice que los lupercos romanos nacieron de estos misterios como de semilla.

CAPÍTULO XVIII

Qué es lo que debe creerse de las transformaciones que, por arte ó ilusión de los demonios, parece á los hombres que realmente se hacen.

Pero acaso los que leyeren esto gustarán saber lo que decimos y sentimos acerca de un embeleco y engaño tan grande de los demonios, y lo que deben hacer los cristianos cuando oyen que los ídolos de los gentiles hacen milagros. Lo que diremos es, que debe huirse

de en medio de Babilonia, cuyo precepto profético debe entenderse espiritualmente, de forma que de la Ciudad de este siglo, que sin duda es una sociedad de ángeles malos y hombres impíos, nos apartemos, siguiendo la verdadera fe, que obra por amor, con sólo aprovechar espiritualmente en Dios vivo. Cuanto mayor viésemos que es la potestad de los demonios en estas cosas terrenas, tanto más firmemente debemos estar asidos del Medianero, porque subimos de estas cosas bajas y despreciables á las sumas y necesarias: pues si dijésemos que no debe darse crédito á semejantes futilidades, no falta ahora quien diga que sucesos como estos, ó los ha oído por muy ciertos, ó los ha visto por experiencia; mediante á que aun nosotros, estando en Italia, hemos oído algunas cosas como estas de una provincia de aquellas regiones, donde decían que las mesoneras, instruídas en tales artes malas, solían dar en el queso á los viajeros que querían ó podían, cierta virtud con que inmediatamente se convertían en asnos, en que conducían lo que necesitaban, y, concluída su comisión, volvían en sí y á su antigua figura, y que no por eso su alma se transformaba en bestias, sino que se les conservaba la razón y humano discurso, así como Apuleyo, en los libros que escribió del Asno de oro, enseñó, ó fingió haber sucedido á él mismo, que, tomando el brevaje ó poción destinada á este efecto, quedando en su estado la razón de hombre, se formó y convirtió en asno. Estas transformaciones, ó son falsas, ó tan inusitadas, que, con razón, no merecen crédito. Sin embargo, debemos creer firmemente que Dios Todopoderoso puede hacer todo cuanto quiere, ya sea castigando, ya sea premiando, y que los demonios no pueden obrar maravilla alguna, atendida solamente su potencia natural (porque ellos son asimismo en la naturaleza ángeles, aunque por su propia culpa malignos

y reprobados), sino lo que el Señor les permitiere, cuyos juicios eternos muchos son ocultos, pero ninguno injusto. Aunque los demonios no crían ni pueden criar naturaleza alguna cuando hacen algún portento, como los de que ahora tratamos y disputamos, sino que precisamente en cuanto á la apariéncia mudan y convierten lo que ha criado el verdadero Dios, de manera que nos parezca lo que no es. Así que, por ningún pretexto creeré que los demonios puedan convertir realmente con ningún arte ni potestad, no sólo el alma, pero ni aun el cuerpo humano en miembros ó formas de bestias, sino que la fantasía humana que varía también, imaginando ó soñando innumerables diferencias de objetos y, aunque no es cuerpo, con admirable presteza imagina formas semejantes á los cuerpos, estando adormecidos ú oprimidos los sentidos corpóreos del hombre, puede hacerse que llegue por un modo inefable, y que se represente en figura corpórea al sentido de los otros, estando los cuerpos de los hombres, aunque vivos, predispuestos mucho más gravemente, y con más eficacia que si tuvieran los sentidos cargados y oprimidos de sueño. Y que aquella representación fantástica, como si fuera corpórea, se aparezca y represente en figura de algún animal á los sentidos de los otros, y que á sí propio le parezca al hombre que es tal como le pudiera suceder y parecer en sueños, y que le parezca que trae á costas algunas cargas, cuyas cargas, sin son verdaderos cuerpos, los traen los demonios para engañar á los hombres, viendo por una parte los verdaderos cuerpos de las cargas, y por otra los falsos cuerpos de los jumentos. Porque cierto hombre, llamado Prestancio, contaba que le había sucedido á su padre que, tomando en su casa aquel hechizo ó veneno en el queso, se tendió en su cama como adormecido, al cual, sin embargo, de ningún modo pudie-

ron despertar, y decía que al cabo de algunos días volvió en sí como quien despierta, y refirió como sueño lo que había padecido, es á saber, que se había vuelto caballo y que había acarreado y conducido á los soldados en compañía de otras bestias y jumentos, su vianda, que en latín se dice *retica*, porque se lleva en las redes ó mochilas; todo lo cual se supo que había sucedido así como lo contó, y á él, sin embargo, le parecía haberlo soñado. También refirió otro, que estando en su casa de noche, antes de dormirse, vió venir hacia él un filósofo muy amigo suyo, quien le declaró algunos secretos y doctrinas de Platón, las cuales, pidiéndoselo antes, no se las había querido declarar. Y preguntándole al mismo filósofo, por qué había hecho en casa del otro lo que, rogándose, no había querido hacer en la suya propia: «no lo hice yo, dice, sino que soñé haberlo hecho». Así se presentó al que velaba por imagen fantástica, lo que el otro soñó. Estas simplezas llegaron á mi noticia, contándolas, no alguno á quien pensara era indigno de darle crédito, sino personas que imagino no mentirían. Y por eso lo que dicen y escriben de que en Arcadia los dioses, ó por mejor decir, los demonios, suelen convertir á los hombres en lobos, y que con sus encantamientos transformó Circe á los compañeros de Ulises del modo que ya he dicho, me parece que pudo ser, si es que así fué; y que las aves de Diomedes, supuesto que dicen que todavía dura su generación sucesivamente, no fueron convertidas de hombres en aves, sino que presumo las pusieron en lugar de aquella gente que se perdió ó murió, como pusieron allá á la cierva en lugar de Ifigenia, hija del rey Agamenón; pues para los demonios no son dificultosos semejantes engaños cuando Dios se lo permite. Como hallaron después viva aquella doncella, fué fácil de entender que en su lugar pusie-

ron la cierva; pero los compañeros de Diomedes, porque de repente desaparecieron, y después jamás los vieron, pereciendo, por sus culpas, á manos de los ángeles malos, creyeron los crédulos que fueron transformados en aquellas aves, que ellos trajeron allí de otras partes donde las había y de improviso las pusieron en lugar de los muertos. Y acerca de lo que dicen que en los picos traen agua, rocían y purifican el templo de Diomedes, que acarician á los griegos y persiguen á las otras naciones, no es maravilla que suceda así por instinto de los demonios, mediante á que á ellos toca el persuadir que Diomedes fué hecho dios para engañar á los hombres, á efecto de que adoren muchos dioses falsos en perjuicio del verdadero Dios, y sirvan con templos, altares, sacrificios y sacerdotes (todo lo cual cuando es correspondiente y bueno, no se debe sino á un solo Dios vivo y verdadero), hombres muertos, que ni cuando vivieron vivieron verdaderamente.

CAPÍTULO XIX

Que Eneas vino á Italia en tiempo que Labdón era juez entre los hebreos.

Por este tiempo, después de entrada á sangre y fuego y arruinada Troya, vino Eneas con una armada de veinte naves, en las que se habían embarcado las reliquias de los troyanos, á Italia, reinando allí Latino; en Atenas, Menestheo; en Sicionia, Polífices; en Asiria, Tautanes, y siendo juez entre los hebreos Labdón. Muerto Latino, reinó Eneas tres años, reinando los referidos reyes en los mismos pueblos, á excepción de Sicionia, donde á la sazón reinaba ya Pelasgo, y entre

los hebreos era juez Sansón, del que, como fué tan fuerte y valeroso, se creyó haber sido Hércules. Como Eneas no pareció cuando murió, le hicieron su dios los latinos. Los sabinos á su primer rey Sango, ó como otros le llaman Santo, le pusieron asimismo en el catálogo de los dioses. Por el mismo tiempo Codro, rey de Atenas, se ofreció de incógnito á los peloponesos, enemigos de sus vasallos, para que le matasen, y así sucedió, y de este modo blasonan que libertó á su patria: porque los peloponesos supieron por un oráculo que saldrían victoriosos si lograban no matar al rey de sus contrarios; pero éste los engañó, vistiéndose un traje común y provocándolos á que le matasen, trabando con ellos una pendencia; de aquí la frase de Virgilio «las pendencias de Codro». También á éste le honraron los atenienses con sacrificios como á dios. Siendo rey cuarto de los latinos Silvio, hijo de Eneas, no habido en Creusa, cuyo hijo fué Ascanio, el tercero que allí reinó, sino en Lavinia, hija de Latino, quien dicen haber nacido después de muerto su padre Eneas, y reinando en Asiria Oneo el XXIX, en Atenas Melanto el XVI, y siendo juez entre los hebreos el sacerdote Helí, se acabó el reino de los Sicionios, el cual aseguran que duró 959 años.

CAPÍTULO XX

De la sucesión del reino de los israelitas después de los jueces.

Después, reinando los mismos en los insinuados pueblos, concluido el gobierno republicano de los jueces, principió el reino de los israelitas en Saúl, en cuyo tiempo floreció el profeta Samuel, desde el cual comenzó á

haber entre los latinos los reyes que llamaban Silvios, por el hijo de Eneas, que se llamó Silvio. Los demás que procedieron de él, aunque tuvieron sus nombres peculiares, sin embargo, no dejaron este sobrenombre; así como mucho después vinieron á llamarse césares los que sucedieron á Julio César Augusto. Habiendo, pues, reprobado Dios á Saúl, para que no reinase ningún descendiente suyo, muerto él, sucedió en el reino David cuarenta años después que empezó á reinar el impío Saúl. Entonces los atenienses, después de la muerte de Codro, dejaron de tener reyes y comenzaron á tener magistrados para gobernar la república. Después de David, que reinó también cuarenta años, su hijo Salomón fué rey de los israelitas, el cual edificó el suntuoso y famoso templo de Jerusalén, en cuyo tiempo entre los latinos se fundó la ciudad de Alba, de la cual en lo sucesivo comenzaron á llamarse los reyes, no de los latinos, sino de los albanos, aunque era en el mismo Lacio. A Salomón sucedió su hijo Roboán, en cuyo tiempo el pueblo de Dios se dividió en dos parcialidades, y cada una de ellas comenzó á tener sus respectivos reyes.

CAPÍTULO XXI

Cómo entre los reyes del Lacio, el primero Eneas, y el duodécimo Aventino, fueron tenidos por dioses.

En el Lacio, después de Eneas, á quien hicieron dios, hubo once reyes, sin que á ninguno de ellos constituyesen por dios: pero Aventino, que es el duodécimo, habiendo muerto en la guerra y sepultádole en aquel monte que hasta la actualidad se llama Aventino, de su

nombre, fué añadido al número de los dioses, que ellos á sí mismos se formaban: aunque hubo otros que no quisieron escribir que le mataron en la guerra, sino dijeron que no pareció, y que tampoco el monte se llamó así de su nombre, sino por la venida de las aves, le pusieron Aventino. Después de éste no hicieron dios alguno en el Lacio sino á Rómulo, fundador de Roma, y entre éste y aquél se hallan dos reyes, el primero de los cuales, por nombrarle con las mismas palabras de Virgilio, diremos: «es Procas el valiente, gloria y honor de la gente troyana». En cuyo tiempo, porque ya en algún modo se iba disponiendo el principio y origen de la ciudad de Roma, aquel reino de los Asirios, que en grandeza excedía á todos, acabó al fin, habiendo durado tanto, porque se trasladó á los Medos casi después de 1305 años, contando también el tiempo de Belo, padre de Nino, que fué el primero que reinó allí, contentándose con un pequeño reino. Procas reinó antes de Amulio, y éste hizo incluir entre las religiosas vírgenes vestales á una hija de su hermano Numitor, llamada Rea, que se decía también Ilia, la cual vino á ser madre de Rómulo. Suponen que concibió de Marte dos hijos gemelos, honrando y excusando de este modo su estupro, y apoyándolo con que á los muchachos ó niños expuestos los crió una loba; porque este género de animales sostiene que pertenece á Marte, y para que efectivamente se crea que les dió los pechos á los niños porque conoció que eran hijos de Marte, su señor; aunque no falta quien diga que estando los niños expuestos á la fortuna llorando amargamente, los recogió al principio cierta ramera que fué la primera que les dió de mamar. Entonces á las rameras llamaban lupas ó lobas, y así los lugares torpes donde ellas habitaban se llaman ahora lupanares. Consta en la historia que estos tiernos infantes vinieron después á poder del pastor Faus-

tulo, cuya esposa Acca los crió. Aunque si para confusión y corrección de un rey de la tierra, que inhumanamente los mandó echar al agua, quiso Dios, librar milagrosamente á aquellos niños, por quienes había de ser fundada una ciudad tan grande, y socorrerlos por medio de una fiera que les diese de mamar, ¿qué maravilla es? A Amulio sucedió en el reino de Lacio su hermano Numitor, abuelo de Rómulo, y en el año primero del reinado de Numitor se fundó la ciudad de Roma, por lo cual en lo sucesivo reinó Numitor juntamente con su nieto Rómulo.

CAPÍTULO XXII

Cómo Roma fué fundada en el tiempo que feneció el reino de los Asirios, reinando Ecequías en Judea.

Por no detenerme demasiado diré que se fundó la ciudad de Roma como otra segunda Babilonia, y como una hija de la primera Babilonia, por medio de la cual fué Dios servido conquistar todo el ámbito de la tierra, y ponerle en paz, reduciéndole todo bajo el gobierno y comunión de una sola república, y bajo unas mismas leyes. Estaban ya entonces los pueblos poderosos y fuertes, y las naciones acostumbradas al ejercicio de las armas, de forma que no se rindieran fácilmente, y era necesario vencerlos con gravísimos peligros, destrucciones y asolaciones de una y otra parte, y con horrendos trabajos. Cuando el reino de los Asirios sujetó á casi toda la Asia, aunque se hizo con las armas, no pudo ser con guerras tan ásperas y dificultosas, porque todavía eran rudas y visoñas las gentes para defenderse, y no tan numerosas ó tan grandes. Porque desde el grande y universal Diluvio, cuando en el arca de Noé se salva-

ron sólo ocho personas, no habían pasado más de mil años cuando Nino sujetó á toda el Asia, á excepción de la India: pero Roma á tantas naciones como vemos sujetas al imperio romano, así del Oriente como del Occidente, no las domó con aquella misma presteza y facilidad, porque por cualquiera parte que se iba dilatando y creciendo poco á poco las halló robustas y belicosas. Al tiempo, pues, que se fundó Roma, hacía setecientos diez y ocho años que el pueblo de Israel estaba en la tierra de Promisión: de los cuales veinte y siete pertenecen á Josué, y de allí adelante los trescientos veinte y nueve al tiempo de los jueces. Y desde que principió á haber allí reyes, han transcurrido trescientos sesenta y dos años, reinando entónces en Judá Achaz, ó según la cuenta de otros, Ecequías, que sucedió á Achaz, del cual consta que, siendo un príncipe lleno de bondad y religión, reinó en los tiempos de Rómulo. Y en la otra parte del pueblo hebreo, que se llamaba Israel, había empezado á reinar Oseas.

CAPÍTULO XXIII

De la Sibila Erithrea, la cual, entre las otras sibilas, se sabe que profetizó cosas claras y evidentes de Jesucristo.

Por este tiempo dicen algunos que profetizó la Sibila Erithrea. De las sibilas, escribe Varrón que fueron muchas, y no una sola. Esta Erithrea escribió, efectivamente, algunas profecías bien claras sobre Jesucristo, las cuales también nosotros las tenemos en el idioma latino en versos mal latinizados; pero no consta si todos ellos son suyos, por la impericia de cierto intérprete encargado de sus versos, como después llegué á entender: porque Flaviano, varón esclarecido, que fué

también proconsul, persona muy elegante y de una dilatada instrucción en las ciencias, hablando un día conmigo de Cristo, sacó un libro diciendo que eran los versos de la Sibila Erithrea, mostrándome un lugar donde en los principios de los versos había cierto orden de letras dispuestas en tal conformidad, que decían así: *Jesus Christos Tu Yos Soter*, que quiere decir en el idioma latino: *Jesus-Christus, Dei Filius Salvator*, Jesucristo, hijo de Dios, Salvador del mundo. Estos versos, cuyas primeras letras hacen el sentido que he explicado del mismo modo que los interpretó un sabio en versos latinos, que existen, contienen lo que se sigue: «Sudará la tierra, será señal del juicio: del Cielo bajará el Rey Semipiterno, vestido como está de carne, á juzgar á todos los hombres, en cuyo acto verán los fieles y los infieles á Dios al fin del siglo sentado en un elevado trono, y acompañado de los santos; delante de cuya presencia se presentarán las almas con sus propios cuerpos para ser juzgadas: estará el orbe inculto con espesos matorrales, desecharán los hombres los simulacros, y todas las riquezas y tesoros escondidos. Abrasará la tierra el fuego, y discurriendo por el cielo y por el mar, quebrantará las puertas del tenebroso infierno. Entonces todos los cuerpos de los santos, puestos en libertad, gozarán de la luz; y á los malos y pecadores los abrasará la llama eterna. Todos descubriendo los secretos de sus conciencias, confesarán sus culpas, y Dios pondrá patente lo más escondido del corazón: habrá llantos, estridor ó crugido de dientes: se obscurecerá el sol, y las estrellas perderán su alegría: se deshará el cielo, la luna perderá su resplandor: abatirá los collados, y alzará los valles: no habrá en las cosas humanas cosa alta ni encumbrada; se igualarán los montes con los campos, el mar no podrá ser surcado ni navegado: la tierra se abrasará con rayos, las fuentes y los ríos se seca-

rán con la violencia del fuego: entonces sonará desde el Cielo la trompeta con eco lamentable y triste, llorando la culpa del mundo, sus dolores y trabajos; y abriéndose la tierra, descubrirá el profundo caos del abismo infernal: los reyes comparecerán ante el tribunal del Señor: lloverá el Cielo fuego, mezclado con arroyos de azul». En estos versos latinos, traducidos imperfectamente del griego, no se pudo encontrar el sentido que se encuentra cuando vienen á unirse las letras con que principian los versos, donde en el griego se pone la letra Ypsilón, mediante á no haberse podido hallar palabras latinas que comenzasen en esta letra y fuesen á propósito para el sentido. Estos son tres versos, el 5.º, el 18 y el 19. En efecto; si uniésemos todas las letras que se hallan en el principio de todos los versos, sin que leamos las tres que hemos dicho, sino que en su lugar nos acordemos de la Ypsilón, como si estuviera puesto en aquellos versos, se hallará en cinco palabras, *Jesus-Christus, Dei Filius Saluator*, Jesucristo Hijo de Dios, Salvador del mundo; pero diciéndolo en el idioma griego, no en el latino. Siendo, como son, veinte y siete los versos, este número forma un ternario cuadrado íntegro, porque multiplicados tres por tres hacen nueve, y si multiplicásemos las nueve partes, para que de lo ancho se levante la figura en alto, serán veinte y siete. Y si de estas cinco palabras griegas, que son *Jesus Christos Tu Yos Soter*, que en castellano quieren decir, Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador del mundo, juntásemos las primeras letras, dirán *ixthios*, esto es, pez, en cuyo nombre se entiende misticamente Cristo, porque en el abismo de la mortalidad humana, como en un caos profundo de aguas, pudo vivir, esto es, sin pecado. Esta Sibila, ya sea la Erithrea, ó como algunos opinan, la Cumana, no sólo no tiene en todo su poema, cuya mínima parte es esta, expresión alguna que pertenezca al

culto de los dioses falsos, sino que de tal manera raciocina contra ellos y contra los que los adoran, que parece que nos obliga á que la pongamos en el número de los que tocan á la Ciudad de Dios. Lactancio Firmiano en sus obras pone igualmente algunas profecías de la Sibila que habla de Cristo, aunque no declara su nombre: pero lo que él puso por partes, á mí me pareció ponerlo todo junto, como si fuera una profecía larga, la que él refirió como muchas, concisas y compendiosas. Dice: 1.º El vendrá á manos inicuas é infieles. Darán á Dios bofetadas con manos sacrílegas, y de sus inmundas bocas le arrojarán venenosas salivas. Ofrecerá el Señor sus santas espaldas para ser azotadas. 2.º Y siendo abofeteado callará, porque acaso ninguno sepa quién es, ni de dónde vino á hablar á los mortales, y le coronarán con corona de espinas. 3.º Le darán á comer hiel, y á beber vinagre, y mostrarán con estos manjares su bárbara inhumanidad. 4.º Porque tú, pueblo ciego y necio no conociste á tu Dios, disfrazado á los ojos de los mortales, antes sí le coronaste de espinas, y le diste á beber amarga hiel. 5.º El velo del templo se rasgará, y al medio día habrá una tenebrosa noche, que durará tres horas. 6.º Y morirá con muerte, echándose á dormir por tres días, y después, volviendo de los infiernos, resucitará, siendo el primero que mostrará á los escogidos el principio de la resurrección. Estos testimonios de las sibilas alegó Lactancio en varios fragmentos y retazos, colocándolos á trechos en el discurso de su disputa, según que le pareció que lo exigía el asunto que intentaba probar, los cuales, sin interponer ni mezclar otra materia, los hemos puesto á continuación en una lista, procurando solamente distinguirlos con sus principios, por si los que despues los escribieran gustaren hacer lo mismo. Algunos escribieron que la Sibila Erithrea no floreció en tiempo de Rómu-

lo, sino en el que acaeció la guerra y destrucción de Troya.

CAPÍTULO XXIV

Cómo reinando Rómulo florecieron los siete sabios. Al mismo tiempo las diez tribus de Israel fueron llevadas en cautiverio por los caldeos. Muerto Rómulo le honraron como á dios.

Reinando Rómulo escriben que vivió Thales Milesio, uno de los siete sabios, que después de los teólogos poetas, entre quienes el más famoso é ilustre fué Orfeo, se llamaron *sofos*, que en latín significa *sapientes* (sabios). En este mismo tiempo las diez tribus, que en la división del pueblo se llamaron Israel, fueron sojuzgadas por los caldeos y conducidas en cautiverio á aquel país, quedándose en la provincia de Judea las dos tribus, que se llamaban de Judá, y tenían su corte y capital del reino en Jerusalén. Muerto Rómulo, como tampoco pareciese vivo ni muerto por parte alguna, los romanos, como saben todos, le inscribieron en el número de los dioses. Lo cual había ya cesado en tanto grado (y después tampoco en los tiempos de los Césares se hizo por yerro de cuenta, como dicen, sino por adulación y lisonja), que Cicerón atribuye á una particular gloria de Rómulo haber merecido este honor, no en tiempos oscuros é ignorantes, cuando fácilmente se dejaban engañar los hombres, sino en tiempos de mucha policía y erudición, aunque por entonces aún no había brotado, ni publicándose la sutil y aguda locuacidad de los filósofos. Aunque en la época inmediata no hicieron á los hombres, después de muertos, dioses, sin

embargo, no dejaron de adorar y tener por dioses á los que los antiguos habían hecho, y con simulacros y estatuas, que no tuvieron los antiguos, acrecentaron esta vana é impía superstición, poniéndoles tal cosa en su corazón los malignos espíritus, engañándolos también con los embustes y patrañas de sus falsos oráculos; de forma que las supuestas culpas de los Dioses, que ya como en siglo más político, ilustrado y cortesano, no se atrevían á fingir, en los juegos públicos las representaban con demasiada torpeza en reverencia de los mismos falsos dioses. Después de Rómulo reinó Numa, quien con haber querido reforzar y guarnecer aquella ciudad suntuosa con un excesivo número de dioses, sin duda falsos, no mereció, después de muerto, que le colocasen entre aquella turba, como si hubiese llenado el cielo con tanta multitud de dioses, que no pudo hallar allí lugar para sí. Reinando éste en Roma, y empezando á reinar entre los hebreos, Manasés, rey impío y malo, quien aseguran que mandó quitar la vida al santo profeta Isaías, escriben también que floreció la Sybilla Samia.

CAPÍTULO XXV.

Los filósofos que florecieron reinando en Roma Tarquino Prisco, y entre los hebreos Sedecías, cuando fué tomada Jerusalén y arruinado el templo.

Reinando entre los hebreos Sedecías, y en Roma Tarquino Prisco, que sucedió á Anco Marcio, fué llevado en cautiverio á Babilonia el pueblo judaico, assolada Jerusalén y destruido el famoso templo edificado por Salomón; porque amonestándolos y reprendiéndolos los

profetas por sus abominables pecados y maldades, les anunciaron habían de sobrevenirles estas desdichas, especialmente Jeremías, que les señaló puntualmente hasta el número de los años que habían de vivir en dura servidumbre. Por aquel tiempo dicen que floreció Pitaco Mitileno, uno de los siete sabios, y los otros cinco restantes (á los cuales, por hacerlos siete, les añaden á Thales, de quien arriba hicimos mención, y á Pitaco), escribe Eusebio que florecieron en tiempo que estuvo cautivo el pueblo de Dios en Babilonia, los cuales son: Solón, ateniense; Chilón, lacedemonio; Periandro, corintio; Cleobulo, lindio; Bias, prieneo. Todos éstos, que llamaron los siete sabios, fueron esclarecidos y famosos después de los poetas teólogos, porque se aventajaron á los demás hombres en cierto modo y género de vivir virtuosa y loablemente, porque comprendieron algunos preceptos tocantes á las costumbres bajo de ciertos adagios ó sentencias breves, aunque no dejaron, en cuanto á la literatura, escrita obra alguna, á excepción de lo que dicen que Solón dejó escritas algunas leyes á los atenienses; pero Thales, que fué físico, dejó varios libros de sus dogmas. En el mismo tiempo de la autoridad judaica florecieron Anaximandro, Anaxímenes y Xenófanes, físicos, y también Pitágoras, desde quien principiaron á llamarse filósofos.

CAPÍTULO XXVI

Cómo al mismo tiempo en que cumplidos setenta años se acabó el cautiverio de los judíos, los romanos también salieron del dominio de sus reyes.

Por este mismo tiempo, Ciro, rey de los Persas, que lo era también de los Caldeos y Asirios, mitigándose al-

gún tanto el cautiverio de los judíos, hizo que cincuenta mil de ellos volviesen á Jerusalén con el encargo de restaurar el templo, los cuales comenzaron solamente á poner los primeros fundamentos y edificaron el altar; porque inquietados y molestados por los enemigos, no pudieron continuar su obra, y la suspendieron hasta el reinado de Darío. Por este mismo tiempo también sucedió lo que se refiere en el libro de Judit, el cual, dicen que los judíos no lo admiten entre las Escrituras canonicas. Así, pues, en tiempo de Darío, rey de los persas, cumplidos los setenta años que había anunciado el profeta Jeremías, se concedió libertad á los judíos, eximiéndolos de su cautiverio. Reinaba entonces Tarquino, séptimo rey de los romanos, quienes desterrando á éste, comenzaron á vivir libres del dominio de sus reyes, y hasta este tiempo hubo profetas en el pueblo de Israel, los cuales, aunque han sido muchos, con todo, así entre los judíos como entre nosotros, se hallan pocas Escrituras canónicas suyas; de ellos prometí insertar algunas en este libro cuando estaba para concluir el anterior, y ya me parece estoy en estado de cumplir mi oferta.

CAPÍTULO XXVII

De los tiempos de los profetas, cuyos vaticinios tenemos por escrito, quienes dijeron muchas cosas sobre la vocación de los gentiles al tiempo que comenzó el reino de los Romanos y feneció el de los Asirios.

Para que podamos notar sin equivocación los tiempos, retrocederemos algún tanto. Al principio del libro del profeta Oseas, que es el primero de los doce profe-

tas, se lee lo siguiente: «Lo que dijo el Señor á Oseas en tiempo de Ozías, Joathán, Achaz y Ezequías, reyes de Judá». Amós también escribe que profetizó en tiempo del rey Ozías, y añade igualmente á Jeroboán, rey de Israel, que floreció en la misma época. Asimismo Isaías, hijo de Amós, ya sea este Amós el profeta que hemos indicado, ó lo que es más aceptado, otro que, no siendo profeta, se llamaba del mismo nombre, en el exordio de su libro pone los mismos cuatro reyes que designó Oseas, en cuyo tiempo dice que profetizó. Las profecías de Micheas fueron también en estos mismos tiempos después de los días de Ozías, porque nombra á los tres reyes que siguen, los que nombró igualmente Oseas, á Joatán, Achaz y Ezequías. Estos son los que, según resulta de sus escritos, profetizaron á un mismo tiempo. A éstos se añade Joás, reinando el mismo Ozías, y Joel, reinando ya Joatán, que sucedió á Ozías. Los tiempos en que florecieron estos dos profetas los hallamos en las Crónicas y no en sus libros, porque ellos no hicieron mención de la época en que vivieron. Extiéndense estos tiempos desde Proca, rey de los latinos, ó desde su antecesor Aventino, hasta Rómulo, rey ya de los romanos, ó también hasta los principios del reinado de su sucesor Numa Pompilio, mediante á que hasta este tiempo reinó Ezequías, rey de Judá. En esta era nacieron, pues, éstos, que fueron como unas fuentes proféticas cuando feneció el reino de los Asirios y principió el de los Romanos, para que, así como al principio del reino de los Asirios, fué Abraham á quien con toda expresión y claridad se le hicieron las promesas de que en su descendencia habían de ser benditas todas las naciones, así también se cumpliesen al principio de la Babilonia occidental, en cuyo tiempo, y reinando ella, había de venir al mundo Jesucristo, realizándose las promesas de los profetas, los cuales, en

testimonio y fe de un portento tan grande que había de suceder, no sólo lo dijeron, sino también lo dejaron escrito. Aunque en casi todas las épocas hubo profetas en el pueblo de Israel, desde que empezó á tener reyes que lo gobernasen, sólo fueron para la utilidad de aquel pueblo, y no de las otras naciones; pero comenzó esta escritura profética á formarse con mayor claridad, para aprovechar en algún tiempo á las gentes, cuando se fundaba esta ciudad de Roma, que había de ser en lo sucesivo señora de las naciones.

CAPÍTULO XXVIII

Qué es lo que Oseas y Amós profetizaron muy conforme acerca del Evangelio de Cristo.

El profeta Oseas, cuanto es más profundo y misterioso en lo que dice, con tanta más dificultad se deja penetrar y entender; con todo, tomaremos algunas expresiones suyas y las insertaremos aquí en cumplimiento de nuestra promesa (1): «Y sucederá, dice, que en el mismo lugar donde se les dijo primeramente: vosotros no sois mi pueblo, allí son llamados hijos de Dios vivo». Este testimonio de Oseas le entendieron igualmente los apóstoles (2) de la vocación del pueblo gentilico, que antes no pertenecía á Dios. Y por cuanto el mismo pueblo gentilico se contiene espiritualmente en los hijos de Abraham, por lo que con mucha propiedad se

(1) Oseas, cap. VII.

(2) Así lo dice el apóstol San Pedro en su primera carta, capítulo II, por estas palabras: *qui aliquando non populus Dei, nunc populus Dei.*

llama Israel, prosigue, y dice (1): «Se congregarán los hijos de Judá y los hijos de Israel en un solo pueblo, harán que sobre los unos y los otros reine un sólo príncipe, y subirán de la tierra». Si por lo ocurrido hasta la actualidad intentáramos exponer este pasaje, se tergiversaría el genuino sentido de la expresión profética. Sin embargo, acudamos á la piedra angular y á aquellas dos paredes, la una de judíos y la otra de gentiles, la una con nombre de los hijos de Judá y la otra con nombre de los hijos de Israel, sujetos juntamente unos y otros bajo de un mismo principado, y miremos cómo suben de la tierra. Que estos israelitas carnales, que al presente están pertinaces y obstinados y no quieren creer en Jesucristo, han de venir después á creer en él, es decir, sus hijos y descendientes (porque éstos seguramente han de venir á suceder en lugar de los muertos), lo afirma el mismo profeta, diciendo (2): «muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, sin sacerdocio y sin manifestaciones». ¿Y quién no advierte que del mismo modo están en la presente constitución los judíos? Pero oigamos lo que añade (3): «Y después se convertirán los hijos de Israel, buscarán al Señor su Dios y á David su rey, temerán y reverenciarán al Señor y á su bondad y majestad infinita en los últimos días y fin del mundo». No hay cosa más clara que esta profecía, en la cual, en nombre del rey David se entiende á Jesucristo (4): «que nació, como dice el Apóstol, según la carne, de la estirpe de David». También nos anunció este profeta que Cristo había de resucitar al tercero día con aquella mis-

(1) Oseas, cap. VII.

(2) Oseas, cap. XII.

(3) Oseas, cap. VII.

(4) San Pablo, ep. á los Corinth.

teriosa profundidad profética con que era justo vaticinárnoslo, donde dice (1): «nos sanará después de dos días y al tercero resucitaremos», porque conforme á este presagio, es lo que dice el apóstol (2): «si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas celestiales». Amós habla también sobre esto mismo así (3): «Disponte, ¡oh Israel! para invocar á tu Dios, porque yo soy el que forma los truenos, cría los vientos y el que anunció á los hombres á su Cristo». Y en otro lugar dice (4): «En aquel día volveré á levantar el tabernáculo de David, que se había caído, y reedificaré sus ruinas, lo que había padecido del notable daño, lo levantaré y repararé como estaba antes en tiempos antiguos, de forma que las reliquias de los hombres y de todas las naciones que se apellidan con mi nombre me busquen, y lo dice el mismo Señor que ha de obrar estos prodigios».

CAPÍTULO XXIX

Lo que profetizó Isaías de Cristo y de su Iglesia.

El profeta Isaías no es del número de los doce profetas que llamamos menores, porque sus vaticinios son breves y compendiosos respecto de aquellos que, por ser más extensos sus escritos, los llamamos mayores, uno de los cuales es Isaías, á quien pongo con los dos ya citados, mediante á haber profetizado en unos mismos tiempos. Isaías, pues, entre las operaciones inicuas que

(1) Oseas, cap. VII.

(2) San Pablo, ep. á los Corinth.

(3) Amos, cap. V.

(4) Amos, cap. Y.

reprende, entre las justas que establece y entre las calamidades con que amenaza que habían de suceder al pueblo por sus pecados, profetizó asimismo muchas más cosas que los otros de Cristo y de su Iglesia, esto es, del rey y de la ciudad que fundó este rey, lo cual desempeña con tanta exactitud y escrupulosidad, que algunos llegaron á persuadirse de que más es evangelista que profeta. Con todo, por abreviar y poner fin á esta obra, de muchas pondré una sola aquí. Hablando en persona de Dios Padre, dice (1): «Mi siervo procederá con prudencia, será ensalzado y sobremanera glorificado. Así como han de quedarse muchos absortos en verle (tan fea pintarán los hombres su hermosura y tanto obscurecerán su gloria), así también se llenarán de admiración muchas naciones de contemplarle y los reyes cerrarán su boca, porque le verán los que no tienen noticia de él por los profetas, y los que no oyeron hablar de él le conocerán y creerán en él. ¿Quién habrá que nos oiga que nos dé crédito? Y el brazo del Señor, ¿á quién se lo revelaron? Le anunciaremos que nacerá pequeño, como una raíz de una tierra seca que no tiene forma ni hermosura. Le vimos y no tenía figura ni gracia, sino que su figura era la más abatida y fea de todos los hombres; un hombre todo llagado y acostumbrado á tolerar dolencias, porque su rostro estaba desfigurado y él afrentado, sin que ninguno hiciese estimación de él. Y realmente él llevaba sobre sí nuestros pecados, y nosotros pensábamos que en sí mismo tenía dolores, llagas y aflicciones; pero él efectivamente era llagado por nuestras culpas, afligido y maltratado por nuestros pecados, y el castigo, causador de nuestra paz, descargaba sobre él y con sus llagas sanábamos todos. Todos como ovejas habíamos errado, siguiendo

(1) Isaías, cap. XIII y LII.

cada uno su error, y Dios le entregó al sacrificio por nuestros pecados; y siendõ castigado y afligido, por eso no habría su boca. Como una oveja le conducían al sacrificio y como un cordero inocente cuando le esquilan, así abría su boca; por su humildad y abatimiento, sin oírle, le condenaron á muerte. ¿Quién bastará para contar su vida y generación? Porque le quitarán la vida, y por los pecados de mi pueblo le darán la muerte; les daré á los malos para que guarden su sepultura y á los ricos para que compren su muerte, porque él no cometió maldad alguna ni se halló dolo en su boca; sin embargo, quiso el Señor que lo purgase con sus llagas. Si ofrecieres tu vida en sacrificio por el pecado, vendrás á ver larga descendencia y Dios dispondrá librar su alma de todo dolor, mostrarle la luz y formarle el entendimiento, justificar al justo, que servirá para el bien de muchos, cuyos pecados él llevará sobre sí; por eso vendrá á tener como por herencia á muchos y repartirá los despojos de los fuertes, porque entregó su vida en manos de la muerte y fué computado en el número de los pecadores, no obstante haber cargado con los pecados de todos y por haber sido entregado por los pecados de ellos á la muerte». Esto es lo que dice Isaías de Cristo. Veamos lo que continúa vaticinando acerca de la Iglesia (1): «Alégrate, dice, estéril, la que no has parido; regocíjate y da voces de contento, la que no parías, porque, dice el Señor, han de ser más los hijos que ha de tener la que está sola y desconsolada que la que tenía esposo: dilata el lugar de tus tabernáculos y ranchos é hinca fuertemente las estacas de tus tiendas: no dejes de hacer lo que te digo, extiende tus cordeles bien á lo largo y afirma bien las estacas. Dilátate todavía á la parte derecha y á la siniestra, porque tu des-

(1) Isaías, cap. XIII y LII.

endencia ha de heredar y poseer las gentes y has de llegar á poblar las ciudades que estaban desiertas. No temas porque has estado confusa, ni te avergüences porque has sido infamada y avergonzada, en atención á que has de venir á olvidar para siempre la confusión y no te has de acordar más del oprobio de tu viudez, porque el que te dispensa esta gracia es el que se llama Señor de los ejércitos, y el que te libra se llama Dios de Israel, Dios de toda la tierra». Baste lo dicho, en lo cual se encierran ciertos enigmas misteriosos que necesitan de competente explicación; pero presumo que será suficiente la simple narración de lo que está tan claro, que hasta los mismos enemigos, aun contra su voluntad, lo entenderán con toda claridad.

CAPÍTULO XXX

De lo que profetizaron Micheas, Jonás y Joel, que pueda aludir al Nuevo Testamento.

El profeta Micheas, figurando á Cristo bajo la misteriosa figura de un monte muy elevado y extenso, dice así: «En los últimos días se manifestará el monte del Señor, se establecerá sobre la cumbre de los más empinados montes, se levantará sobre todos los collados; concurrirán á él los pueblos, acudirán muchas gentes, y dirán: ea, venid, subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob; él nos enseñará sus caminos, y nosotros andaremos por sus sendas, porque de Sión ha de salir la ley y de Jerusalén la palabra del Señor. Él juzgará y administrará justicia entre muchos pueblos, y pondrá freno á naciones poderosas y remotas». Y refiriendo Micheas el pueblo donde había de nacer

Cristo, prosigue diciendo: (1): «y tú, Belén, casa de Efrata, pequeña eres entre tantas ciudades como hay en Judá; sin embargo, de ti saldrá el que será Príncipe de Israel, y su salida ó aparición será desde el principio, y por toda la eternidad; por eso dejará vivir y permanecer por algún tiempo á los judíos, hasta que la que está de parto dé á luz lo que trae encerrado en su vientre, y los demás hermanos de este Príncipe que restan se conviertan y junten con los verdaderos hijos de Israel. Él permanecerá y mirará por ellos, y apacentará su rebaño con la virtud del Señor, y vivirán en honor del Señor su Dios, porque entonces será glorificado hasta los últimos fines de la tierra». El profeta Jonás profetizó á Cristo, no solamente con la boca, sino en cierto modo con su pasión, y sin duda más claramente que si á voces hubiera vaticinado su muerte y resurrección. Porque ¿á qué fin le metió la ballena en su vientre y le volvió á arrojar al tercero día, sino para significarnos que Cristo al tercero día habia de resucitar de lo profundo del infierno? Y aunque todo lo que predice Joel es indispensable declararlo extensamente para que se sepa lo que pertenece á Cristo y á su Iglesia, con todo, no omiteré un pasaje suyo, del que se acordaron también los apóstoles cuando estando congregados los nuevos creyentes, vino sobre ellos el Espíritu Santo, según lo había prometido Jesucristo (2): y después de esto, derramaré mi espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes verán visiones, y sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré en aquellos días mi espíritu».

(1) San Mateo, cap. V, y lib. Numer., cap. II.

(2) Joel, cap. II.

CAPÍTULO XXXI

Lo que se halla profetizado en Abdias, Naun y Abacuc de la salud y redención del mundo por Cristo.

Los tres profetas de los doce menores Abdias, Naun y Abacuc, ni nos dicen la época en que florecieron, ni tampoco descubrimos por las Crónicas de Eusebio y San Jerónimo el tiempo en que profetizaron, pues aunque ponen á Abdias con Micheas, sin embargo, no lo pusieran en el lugar donde se notan los tiempos, donde por testimonios irrefragables consta, especialmente todo lo que escriben que profetizó Micheas; cuya omisión imagino ha procedido de equivocación ó yerro de los que copian con poco cuidado las producciones literarias ajenas. Al mismo tiempo confieso que tampoco pude hallar en las Crónicas que yo poseía los otros dos citados profetas; pero estando designados en el Canon, no es justo que yo pase de largo sin hacer mención de ellos. Por lo respectivo á los escritos proféticos de Abdias, decimos que es el más breve y sucinto de todos los profetas. Habla y perora con nervio y energía contra la nación Idumea, esto es, contra la descendencia de Esaú, uno de los hijos gemelos de Isaac, nietos de Abraham, es decir, del hermano mayor reprobado por el Señor: y si, según el método de raciocinar, en que por la parte entendemos el todo, tomamos á Idumea y presumimos que en ella se significan los gentiles: podemos entender de Cristo lo que entre otras cosas dice (1): «Que en el monte Sión será la salud y santidad»; y poco después, al fin de su profecía, añade: (2): «Y subirán los que se han salvado en el

(1) Abdias, cap. V.

(2) Abdias, id.

monte Sión, para defender el monte de Esaú, y el Señor reinará en él». Es de inferir que se verificó esta predicción cuando los que se salvaron del monte Sión, esto es, los que de Judea creyeron en Cristo (entre quienes principalmente se entienden los Apóstoles), para defender el monte de Esaú. ¿Y cómo le defendieron, sino por la predicación del Evangelio, salvando á los que creyeron, para libertarse así de la potestad infernal de las tinieblas y transferirse á la posesión beatífica del reino de Dios? Lo cual consecutivamente declaró, añadiendo: (1): «y el Señor reinará en él»; porque el monte Sión significa la Judea, donde se profetizó que había de ser la salud y la santidad, que es Cristo Jesús. El monte de Esaú es Idumea, por la cual se nos significa la Iglesia de los gentiles, que defendieron, como declaré, los rescatados del monte Sión, para que reinase en élla el Señor; era esto obscuro antes de suceder; pero después de sucedido, ¿qué fiel cristiano habrá que no lo reconozca?

El profeta Naun, ó, dicho mejor, Dios por él, (2) dice: «Desterraré tus esculturas y estatuas y haré que te sirvan de sepultura, porque ya veo apresurarse por los montes los pies del que ha de evangelizar y anunciar la paz. Celebra ya ¡oh Judá! tus fiestas y acude á Dios con tus votos, porque ya no se envejecerán más. Consumado está; ya se ha acabado; ya ha subido el que sopla en tu rostro, librándote de la tribulación». Quién sea el que subió de los infiernos y quién el que sopló en el rostro de Judá, esto es, de los judíos, discípulos de Jesucristo, es fácil de comprender acórdándose del Espíritu Santo, los que reconocen y están sometidos al Evangelio. Porque al Nuevo Testamento pertenecen

(1) Abdias, cap. V.

(2) Naun, cap. I, v. 14.

aquellos cuyas festividades espiritualmente se renuevan de forma que no puedan envejecerse; y por medio del Evangelio vemos ya desterradas y destruidas las esculturas y estatuas, esto es, los ídolos de los dioses falsos, echados ya en perpetuo olvido, como si los sepultarán, y en todo lo respectivo á este particular vemos ya cumplida esta profecía. Y Abacuc, ¿de qué otra venida, sino de la de Cristo, que es quien había de venir, ha de entenderse que habla? cuando dice (1): «y me respondió el Señor, y dijo: escribe esta visión de viva voz, tan claramente que la entienda con facilidad cualquiera que la leyere, porque esta visión, aunque todavía tarde algo, se cumplirá á su tiempo, nacerá al fin, y no faltará, y si tardare aguárdale, porque sin duda vendrá el que ha de venir, y no se detendrá más del tiempo que está determinado».

CAPÍTULO XXXII

De la profecía que se contiene en la oración y cántico de Abacuc.

Y en su oración y cántico, ¿con quién habla Abacuc, sino con Cristo Señor nuestro cuando dice (2): «He oído, Señor, lo que me has hecho entender por tu revelación, y me he encogido de temor»? ¡He considerado, Señor, tus obras, y me he quedado absorto! Porque ¿qué otra cosa es esta, sino una inefable admiración de la salud eterna, nueva y repentina, que predecía había de venir á los hombres? «Te darás á conocer, añade, en

(1) Abacuc, cap. III, v. 2.

(2) Abacuc, cap. III, v. 3.

medio de dos animales» (1): y este misterioso enigma, ¿qué significa sino que daría á conocerse el Verbo del Padre en medio de dos testamentos, ó en medio de dos ladrones, ó en medio de Moisés y Elías, cuando en el monte Tabor hablaron con el Señor? «Cuando se acercaren los años (dice el historiador sagrado) (2), serás conocido: cuando llegue su tiempo, te manifestarás». Estas expresiones, porque en sí mismas son sencillas y claras, no necesitan de exposición alguna. Pero lo que sigue en el Profeta (3): «cuando se turbare mi alma, y estuvieseis enojado contra mí, os acordaréis de la misericordia»: ¿qué quiere decir, sino que tomó en sí mismo la persona de los judíos, de quienes descendía? los cuales, aunque turbados y ciegos, por su infernal ira, crucificaron á Jesucristo. Sin embargo, no olvidándose el Señor de su infinita misericordia, dijo: «Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que se hacen» (4). «Dios vendrá de Theman, y el Santo de un monte sombrío y espeso». Estas palabras, con las que dice el profeta: vendrá de Theman, otros las entienden y dicen así: del Austro, ó del Africa, que significa el Mediodía, esto es, el fervor de la caridad, y el resplandor de la verdad. Y por el monte humbroso y fragoso, aunque puede entenderse de varios modos, yo más gustosamente lo tomaría por la profundidad y sentido misterioso de las Sagradas Escrituras, en las que se contienen las profecías que hablan de Jesucristo, por cuanto en ellas se ven impenetrables arcanos, predicciones sombrías, oscuras y densas, que excitan el ánimo del que pretende comprenderlas: de donde proviene que el que logra la

(1) Abacuc, cap. II, v. 2.

(2) S. Juan, cap. XIX, y S. Mateo, cap. XII, y S. Proph., cap. III, v. 2.

(3) Abacuc, cap. III, v. 2.

(4) Abacuc, cap. III, v. 3.

felicidad de entenderlas y penetrar su espíritu, halla en ellas incontinente á Cristo. «Su virtud cubrió los cielos, y la tierra está llena de sus alabanzas»: ¿qué es sino lo mismo que dice el Real Profeta: «ensalzado seas Dios sobre todos los cielos, y extiéndase tu gloria sobre toda la tierra?» «Su resplandor será como la luz», ¿qué significa sino que su fama ha de alumbrar á los creyentes? «Y los cuernos en sus manos», ¿qué es sino el triunfo de la cruz? «Donde puso la caridad firme y estable de su fortaleza», no necesita de declaración alguna. «Delante de él irá el Verbo, y saldrá al campo detrás de sus pies», ¿qué quiere decir, sino que antes de venir al mundo fué profetizado, y que después que volvió del mundo, esto es, resucitó y subió á los cielos, fué anunciado y predicado su nombre? «Se paró y se conmovió la tierra», ¿qué es, sino que se detuvo para favorecernos con el espiritual pasto de su divina doctrina, y que la tierra se conmovió de un modo extraordinario, para que, en virtud de esta señal, temiésemos su poder y creyésemos en él? «Miró, y se marchitaron las gentes», esto es, se compadeció del hombre y convirtió los pueblos á verdadera penitencia. «Quebrantó y destruyó los montes con violencia», esto es, con el vigor y comprobación de los milagros quebrantó la arrogante soberbia de los espíritus altivos. «Bajáronse los collados eternos, esto es, se humillaron en la tierra algún tanto, para ser después ensalzados para siempre». «Vi sus entradas eternas por los trabajos, esto es, vi que las penalidades de su caridad no eran sino el premio de la eternidad. «Se pasmarán las tiendas de los Etiopes y las tiendas de la tierra de Madíán», quiere decir, las gentes quedarán atónitas y turbadas con la repentina nueva de tus maravillas y las que nunca reconocieron homenaje al Imperio Romano, vendrán á unirse con el pueblo cristiano y se sujetarán

á Cristo. «Estáis acaso, Señor, enojado con los ríos, ó con los ríos manifestáis vuestro furor y saña, ó descargáis vuestro ímpetu contra el mar?» Esto dice, porque no viene ahora para juzgar al mundo, sino para que por su mediación se salve el mundo y sea redimido de su cautiverio. «Porque subirás sobre tus caballos, y las correrías que con ellos hagas, serán la salud». Esto es, tus evangelistas te llevarán, porque serán gobernados por ti y tu Evangelio, y será la salud eterna de los que creyeren en ti. «Sin duda flecharás tu arco contra los cetros, dice el Señor», es decir, amenazarás con tu terrible juicio final aun á los reyes de la tierra. «Con los ríos se abrirá y rasgará la tierra», esto es, con las perennes é intermitentes corrientes de los sermones que te predicaren los Ministros santos del Evangelio, se abrirán para confesar tu santo nombre los corazones de los hombres, á quienes advierte la Escritura: «que rasguen sus corazones y no sus vestidos». ¿Y que significa: «te verán y se dolerán los pueblos», sino porque llorando, sean bienaventurados? ¿Y qué quiere decir, «como fueres andando, derramarás las aguas», sino que andando en aquellos que por todas partes te anuncian y predicán, extenderás por todo el orbe los caudalosos ríos de tu doctrina? ¿Y qué es: «el abismo dió su voz?» ¿Acaso declaró el abismo y la profundidad del corazón humano, lo que en sí por medio de la visión sentía? «La profundidad á su fantasía», es como declaración del verso pasado, porque la profundidad es como el abismo, y lo que dice, á su fantasía, debe entenderse que lo dió su voz, esto es, que le declaró cuanto en sí por medio de la visión sentía, mediante á que la fantasía es la visión, la cual no la detuvo, ni la encubrió, sino que, confesándola, la echó fuera y la manifestó. «Elevóse el sol y la luna se puso en su orden», esto es, subió Cristo á los cielos y púsose en orden la Iglesia

bajo la obediencia de su rey: «tus flechas irán á la luz», esto es, no serán ocultas, sino manifiestas las palabras de tu predicación. «Al resplandor de los relámpagos de tus armas», ha de entenderse que oirán tus tiros: porque el Señor dijo á sus discípulos: «lo que os digo en secreto, predicadlo en público». «Con tus amenazas abatirás los hombres, y con tu furor y saña derribarás y sojuzgarás las gentes»; porque á los que se ensalzaren y ensoberbecieren, los quebrantarás con el rigor de tu castigo. «Saliste para salvar á tu pueblo y para salvar á tus ungidos, enviaste la muerte sobre las cabezas y sobre los mayores pecadores». Esto no necesita otra explicación. «Los cargaste de prisiones hasta el cuello.» También se pueden entender aquí las prisiones buenas de la sabiduría, de manera que «metan los pies en sus grillos y el cuello en su argolla.» «Rompíste las hasta causar terror y espanto»: entiéndense las prisiones, por cuanto les puso las buenas y les rompió las malas, por las cuales dice el Real Profeta: «Rompiste mis lazos y prisiones, y esto hasta excitar un terrible espanto», esto es, maravillosamente. «Las cabezas de los poderosos se moverán con ella», es á saber, con la admiración y espanto. «Abrirán sus bocas y comerán como el pobre, que come en lo escondido», porque algunos judíos poderosos acudieron al Señor admirados de lo que hacía y decía, y hambrientos y deseosos del pan saludable de su doctrina, lo comían en los lugares más ocultos y retirados por miedo de los judíos, como lo dice el Evangelio. «Metiste en el mar tus caballos, turbando la multitud inmensa de las aguas», las cuales ¿qué otra cosa son, sino muchos pueblos? porque ni huyeran los unos con temor, ni acometieran y persiguieran los otros con furor si no se turbaran todos. «Reparé y quedó absorto mi corazón, viendo lo que yo mismo decía por mi boca: penetró un extraño temblor

mis huesos y en mí se quedó interiormente trastornada toda mi natural disposición». Repara y pon los ojos en lo que dice de que él mismo se turba y atemoriza con lo que él propio iba diciendo inspirado del divino espíritu de profecía, en el que veía y observaba todo cuanto había de acaecer en lo sucesivo: pues como se alborotaron tantos pueblos, advirtió las tribulaciones que amenazaban á la Iglesia, y como luego conoció ser miembro de ella, dice: «Descansaré en el día de la tribulación, como quien pertenece y es miembro de aquellos que están «con gozo en la esperanza, y en la tribulación con paciencia», «para que suba, dice, al pueblo de mi peregrinación». Apartándose, en efecto, del pueblo perverso, pariente carnal suyo, que no es peregrino en la tierra, ni pretende la posesión de la patria soberana: «porque la higuera, añade, no llevará fruto, ni las viñas brotarán, faltará la oliva, y los campos no producirán que comer, no habrá ovejas en las majadas, ni bueyes en los establos». Vió aquel pueblo, que había de dar muerte á Cristo, como perdería la abundancia de los bienes espirituales, los cuales, cual acostumbra los profetas, los figuró por la abundancia y fertilidad de la tierra, y como por esto incurrió aquel pueblo en semejante ira é indignación de Dios, pues no echando de ver la Justicia Divina, quiso establecer la suya, y luego prosigue: «Pero yo me holgaré en el Señor y me regocijaré en Dios mi Salvador: el Señor mi Dios, y mi virtud, pondrá y sentará mis pies perfectamente: me colocará en lo alto para que salga victorioso con aquel cántico» es, á saber: con aquel cántico en que se dicen algunas cosas semejantes á las del Real Profeta. «Puso y afirmó mis pies sobre la tierra, enderezó mis pasos é infundió en mi boca un nuevo cántico, un himno en alabanza de nuestro Dios»: así, pues, sale victorioso con el cántico del Señor, el que le agra-

da con la alabanza del mismo Señor y no con la suya, para que el que se gloria, se gloríe en el Señor». Con todo, me parece mejor lo que se lee en algunos libros: *gaudebo in Deo Jesu meo*, me holgaré en Dios mi Jesús, que no lo tienen otros, los que queriéndolo poner en latín, no pusieron este nombre que nos es á nosotros más amoroso y más dulce de nombrar.

CAPÍTULO XXXIII

Lo que Jeremías y Sofonías, con espíritu profético, dijeron de Cristo y de la vocación de los gentiles.

Jeremías es de los profetas mayores, así como lo es también Isaías, y no de los menores, de cuyos libros hemos ya relacionado algunas particularidades. Profetizó reinando en Jerusalén Josías, y en Roma Anco Marcio, aproximándose ya la época de la cautividad de los judíos. Extendió sus profecías hasta el quinto mes del cautiverio, como se halla en sus libros. Ponen con él á Sofonías, uno de los menores, porque también dice él que profetizó en tiempo de Josías; pero hasta cuando, no lo dice. Vaticinó Jeremías, no sólo en tiempo de Anco Marcio, sino también de Tarquino Prisco, que fué el quinto rey de los romanos; mediante á que éste, cuando sucedió el cautiverio, ya había comenzado á reinar; por eso, profetizando de Cristo, dice Jeremías: «Prendieron á Cristo nuestro Señor, que es el espíritu y aliento de nuestra boca, por nuestros pecados», mostrando brevemente con esto que Cristo es nuestro Dios y Señor, y que padeció por nosotros. Asimismo en otro lugar se lee (1): «Este es mi Dios, y no se debe hacer caso de otro en comparación; es el que habló y dió todo

(1) Baruc, cap. III.

el método y razón de la prudencia dándosela á Jacob su siervo, y á Israel su querido, y después apareció en la tierra y vivió con los hombres». Algunos atribuyen este testimonio, no á Jeremías, sino á su amanuense ó secretario llamado Baruc; pero la opinión más común es que sea de Jeremías. Igualmente el mismo Profeta, hablando del mismo Señor, dice (1): «Vendrá día, dice el Señor, en que daré á David una semilla y descendencia justa; reinará siendo rey, será sabio y prudente, y hará juicio y justicia en la tierra; en tiempo de éste se salvará Judá, Israel vivirá seguro, y este es el nombre con que le llamarán Señor, nuestro Justo». Y fuera de la vocación futura de las gentes, que ahora vemos cumplida, habló de esta manera: «Señor, Dios mío, y mi refugio en el día de mis tribulaciones, á ti acudirán las gentes desde los últimos fines de la tierra, y dirán: en realidad de verdad que nuestros padres adoraron simulacros é ídolos vanos que no eran de provecho alguno.» Y que no habían de reconocerle los judíos como á verdadero Mesías, quienes, además de su incredulidad, habían de perseguirle hasta quitarle la vida con afrentosa muerte, nos lo da á entender el mismo Profeta por estas palabras: «Grave y profundo es el corazón del hombre. ¿Quién hay que pueda conocerle?» Suyo es también el testimonio que cité en el libro XVII, cap. III, diciendo que habló del Nuevo Testamento, cuyo medianero es Cristo, porque el mismo Jeremías dice: «Vendrá tiempo, dice el Señor, en que acabaré de sentar y realizar un testamento y pacto nuevo con la casa de Jacob», y lo demás que allí expresa. Entretanto alegaré lo que el profeta Sofonías, que vaticinó en tiempo de Jeremías, dijo de Cristo con estas expresiones (2):

(1) Jeremías, cap. III.

(2) Sophonías, cap. II, v. 2.

«Aguardadme, dice el Señor, para el día de mi resurrección, en el cual tengo [determinado congregar las naciones y juntar los reyes». Y en otro lugar dice: «Terrible se manifestará el Señor contra ellos, desterrará todos los dioses de la tierra, y le adorarán todos en su tierra, todas las islas de las gentes». Y poco después añade: «Entonces infundiré en las gentes y en todas sus generaciones un mismo idioma, para que todos invoquen el nombre del Señor, y le sirvan bajo de un yugo. De los últimos términos de los ríos de Etiopía me traerán sus ofrendas y sacrificios. En aquel día no te avergonzarás ya de todas tus pasadas maldades, que impíamente cometiste contra mí, porque entonces quitaré de ti las pasiones torpes que te hacían injurioso, y tú dejarás ya de gloriarte más sobre mi monte santo; y pondré en medio de ti un pueblo manso y humilde; y reverenciarán el nombre del Señor las reliquias que hubiere de Israel». Estas son las reliquias de quienes habla en otra parte otro Profeta, y lo dice también el Apóstol (1): «Si fuere el número de los hijos de Israel como las arenas del mar, unas cortas reliquias serán las que se salvarán». Porque estas fueron las reliquias que de aquella nación creyeron en Cristo.

CAPÍTULO XXXIV

De las profecias de Daniel y Ezequiel, que concuerdan en Cristo y en su Iglesia.

En la misma cautividad de Babilonia, y en su principio, profetizaron Daniel y Ezequiel, otros dos de los

(1) Isaias, cap. XX.

profetas mayores, y entre estos Daniel fijó determinadamente con el número de los años el tiempo en que había de venir y padecer Cristo, lo cual sería largo intentar manifestarlo aquí, calculando el tiempo, supuesto que lo han practicado ya otros antes que nosotros. Pero hablando de su potestad y gloria, dice así: «Vi, en una visión nocturna, que venía el Hijo del Hombre en las nubes del cielo, y llegó hasta donde estaba el antiguo en días, y se presentó ante él, y él le entregó la potestad, el honor y el reino, para que le sirvan todos los pueblos, tribus y lenguas. Cuya potestad es potestad perpetua, que no pasará, y cuyo reino no se corromperá». También Ezequiel, significándonos á Cristo, como acostumbran los profetas por la persona de David, porque tomó carne de la descendencia de David, y por la forma de siervo, en cuanto hombre, llama siervo de Dios al mismo Hijo de Dios. Así nos le anuncia proféticamente, hablando en persona de Dios Padre (1). «Yo pondré, dice, un pastor sobre mis ovejas para que las apaciente, y éste será mi siervo David, éste las apacentará, el les servirá de pastor, y yo, que soy el Señor, seré su Dios, y mi siervo David será su príncipe en medio de ellos. Yo, el Señor, lo he determinado así». Y en otro lugar dice (2): «y tendrán un rey que los mande y gobierne á todos, no serán ya jamás dos naciones, ni se dividirán en dos reinos; no se profanarán más con sus ídolos, con sus abominaciones y con la multitud incomprensible de sus pecados. Yo los libraré de todos los lugares donde pecaron, los purificaré, serán mi pueblo, y yo seré su Dios; mi siervo David será su rey, y vendrá á ser un pastor universal sobre ellos».

(1) Ezech., cap. XXXIV.

(2) Ezech., cap. XXXVII.

CAPÍTULO XXXV

De la profecía de los tres profetas, Ageo, Zacarías
y Malaquías.

Réstanos, pues, tres profetas de los doce menores que profetizaron en los últimos años de la cautividad, Ageo, Zacarías y Malaquías; entre éstos, Ageo con toda expresión nos vaticina á Cristo y á su Iglesia en estas breves y compendiosas palabras (1): «Esto dice el Señor de los ejércitos; de aquí á poco tiempo moveré el cielo y la tierra, el mar y la tierra firme; moveré todas las naciones y vendrá el deseado por todas las gentes». Esta profecía en parte la vemos cumplida, y lo que de ella resta esperamos ha' de cumplirse al fin del mundo, pues ya movió el cielo con el testimonio de los ángeles y de las estrellas: cuando encarnó Cristo, movió la tierra con el estupendo milagro del mismo parto de la Virgen, movió el mar y la tierra firme, supuesto que en las islas y en todo el mundo se predica el nombre de Jesucristo, y así vemos venir todas las gentes á acogerse bajo la protección de la fe católica. Lo que sigue, «y vendrá el deseado por todas las gentes», se espera su cumplimiento en su última venida, pues para que fuese deseado por los que le esperaban se necesitaba primeramente que fuese amado por los que creyeron en él. Y Zacarías, hablando de Cristo y de su Iglesia, dice así (2): «Alégrate grandemente, hija de Sión, hija de Jerusalén, alégrate con júbilo y contento; advierte que vendrá á ti tu rey justo y salvador, vendrá pobre encima de una pollina y de un asnillo,

(1) Ageo, cap. I.

(2) Zacharias, cap. IX.

y su imperio se dilatará de mar á mar, y desde los ríos hasta los últimos fines del orbe terráqueo». Cuándo y cómo nuestro Señor Jesucristo caminando, usó de esta especie de cabalgadura, lo leemos en el Evangelio, donde se relaciona asimismo parte de esta profecía, cuanto pareció bastante para la ilustración de la doctrina contenida en aquel pasaje. En otro lugar, hablando con el mismo Cristo en espíritu de profecía sobre la remisión de los pecados por la efusión de su preciosa sangre, dice (1): «Y tú también, con la sangre de tu pacto y testamento, sacaste tus presos y cautivos del lago donde no hay agua»; cuál sea lo que debe entenderse por este lago, puede tener diversos sentidos, aunque conformes á la fe católica. Yo soy de dictamen que no hay objeto que en estas palabras se nos signifique con más propiedad, que el abismo y profundidad seca en cierto modo, y estéril de la miseria humana, donde no hay las corrientes de las aguas tersas de justicia, sino lodos y cenagales inmundos de pecados. Porque de este lago, dice el real profeta (2), «me libró del lago de la miseria, y del cenagoso lodo». Y Malaquías, vaticinando de la Iglesia, que vemos ya propagada por Cristo, dice explícita y claramente á los judíos en presencia de Dios (3): «Yo no tengo mi voluntad en vosotros, no me agradáis, ni me complace la ofrenda y sacrificio ofrecido de vuestra mano; porque desde donde nace el sol hasta donde se pone, vendrá á ser grande y glorioso mi nombre en las gentes, dice el Señor, y en todas partes sacrificarán y ofrecerán á mi nombre una ofrenda, y sacrificio puro y limpio, porque será grande y glorioso mi nombre entre las gentes». Vien-

(1) Zacharias, cap. V.

(2) Salmo 39.

(3) Malachias, cap. I.

do, pues, ya que este sacrificio por medio del sacerdocio de Cristo, instituido según el orden de Melchisidec, se ofrece á Dios en todas las partes del globo habitado desde el Oriente hasta el Poniente, y que no pueden negar que el sacrificio de los judíos, á quienes dice, «no me agradáis, ni me complace el sacrificio ofrecido de vuestra mano», está abolido; ¿á qué efecto aguardan todavía otro Cristo, ya que lo que leen en el Profeta y ven ya realizado, no pudo cumplirse por otro que por el mismo Salvador? Poco después, en persona de Dios, dice del mismo Profeta (1). «Le dí mi testamento y pacto, en que se contenía la paz y la vida, y le prescribí que me temiese y respetase mi nombre; la ley de la verdad se hallará en su boca, en paz andará conmigo y convertirá á muchos de sus pecados, porque los labios del Sacerdote conservarán la ciencia y aprenderán la ley de su boca, porque él es el ángel del Señor Todopoderoso». Y no hay que admirarnos que llame á Cristo Jesús, Ángel de Dios Todopoderoso; pues así como se llama siervo por la forma de tal con que se presentó á los hombres, así también se llamó Ángel por el Evangelio que anunció á los mortales; porque si interpretásemos estos nombres griegos, Evangelio quiere decir «buena nueva», y el Ángel el que trae la nueva: en atención á que hablando del mismo Señor, dice en otro lugar (2): «Yo enviaré mi Ángel, el cual allanará el camino delante de mí, y luego al momento vendrá á su templo aquel Señor que vosotros buscáis, y el Ángel del testamento que vosotros deseáis. Mirad que viene, dice el Señor Dios Todopoderoso. ¿Y quién podrá sufrir el día en que llegare, ó quién podrá resistir cuando se dejare ver?» En este lugar nos anunció el

(1) Malachias, cap. I, v. 5.

(2) Malachias, cap. III.

Profeta la primera y segunda venida de Cristo, la primera donde dice: «y luego al momento vendrá á su templo aquel Señor, esto es, vendrá á tomar su carne», de la cual dice en el Evangelio (1): «Deshaced este templo y en tres días le resucitaré»: la segunda, donde dice: «mirad que viene», dice el Señor Todopoderoso, ¿y quién podrá resistir cuando se dejare ver? Y en lo que dice «aquel Señor que vosotros buscáis, y el Angel del testamento que vosotros deseáis», nos da á entender, y significa sin duda, que los judíos, conforme á las Escrituras, que leen continuamente, buscan y desean hallar á Cristo; pero muchos de ellos, al que buscaron y desearon eficazmente no le reconocieron después de venido, por tener vendados los ojos de su corazón con sus anteriores deméritos y pecados. Lo que aquí llama Testamento, y arriba donde dijo: «le dí mi Testamento»; y aquí donde le llama «Angel del Testamento», sin duda debemos entenderlo del Testamento Nuevo, en el cual las promesas son eternas, no como en el Antiguo, donde son temporales, de las cuales, haciendo en el mundo muchos espíritus débiles y necios grande estimación, y sirviendo á Dios verdadero por la esperanza del premio de tales cosas temporales, cuando advierten que algunos impíos y pecadores abundan de ellas, se turban. Por eso el mismo Profeta, para distinguir la bienaventuranza eterna del Nuevo Testamento de la felicidad terrena del Viejo, la cual por la mayor parte se da también á los malos, dice así: «Habéis hablado pesadamente contra mí, dice el Señor, y preguntáis, ¿qué hemos hablado contra ti? Dijisteis: en vano trabaja quien sirve á Dios. ¿Y qué es lo que hemos medrado por haber guardado exactamente sus preceptos y procedido con humildad, pidiendo misericordia delante

(1) San Juan, cap. II.

del Señor Todopoderoso? Siendo así que tenemos por dichosos á los extraños de la religión de Dios, ya que vemos á todos los pecadores mdrados y acrecentados y á los que han sido contra Dios, salvos y libres de sus calamidades. Pero los que temían á Dios, dijeron en contraposición á estas sutiles quejas, cada uno respectivamente á su prójimo: todo lo advierte el Señor, y lo oye, y tiene escrito un libro de memoria delante de sí en favor de los que temen á Dios y reverencian su santo nombre (1)». En este libro se nos significó el Testamento Nuevo; pero acabemos de oír lo que sigue (2): «Y á éstos los tendré yo, dice el Señor Todopoderoso, en el día en que he de practicar lo que digo, como hacienda y patrimonio mío propio; yo los tendré escogidos, como el hombre que tiene elegido á un hijo obediente y que le sirve bien. Entonces volveréis á considerar, y notaréis la diferencia que hay entre el justo y el pecador, entre el que sirve á Dios y el que no le sirve (3); porque sin duda vendrá aquel día ardiendo como un horno, el cual los abrasará, y serán todos los pecadores y los que viven impiamente como paja seca, y los abrasará en aquel día, en que vendrá, dice el Señor Todopoderoso, de forma que no quede raíz ni sarmiento de ellos; pero á los que tienen y confiesan mi nombre, les nacerá el sol de justicia, y en sus alas vuestra salud y remedio; saldréis y os regocijaréis como los novillos cuando se ven sueltos de alguna prisión, y hollaréis á los impíos, hechos ya ceniza, debajo de vuestros pies en el día en que yo haré lo que digo, dice el Señor Todopoderoso». Este es el que llaman día del juicio, del cual hablaremos, si fuere la voluntad de Dios, más extensamente en su propio lugar.

(1) Malachías, cap. III, vs. 13, 14, 15 y 16.

(2) Malachías, cap. III, v. 17.

(3) Malachías Proph., cap. IV. vs. 1, 2 y 3.

CAPÍTULO XXXVI

De Esdras y de los libros de los macabeos.

Después de estos tres profetas, Ageo, Zacarías y Malachías, por los mismos tiempos en que el pueblo de Israel salió libre del cautiverio de Babilonia, escribió también Esdras, quien ha sido tenido más por historiador que por profeta (así como el libro que se intitula de Ester, cuya historia en honor de Dios se halla haber sucedido no mucho después de esta época), á no ser que acaso entendamos que Esdras profetizó á Jesucristo en aquel pasaje donde se refiere que habiéndose excitado una cuestión y duda entre ciertos jóvenes sobre cuál era la cosa más poderosa en el mundo, y diciendo uno que los reyes, otro que el vino, y el tercero que las mujeres, quienes por lo general suelen dominar los corazones de los reyes, el tercero manifestó y probó que la verdad era únicamente la que todo lo vencía. Y si registramos el Evangelio, hallamos que Cristo es la misma verdad. Desde este tiempo, después de reedificado el templo hasta Aristóbulo, no hubo reyes entre los judíos, sino príncipes, y el cómputo de estos tiempos no se halla en las santas Escrituras que llamamos canónicas, sino en otros libros, y, entre ellos en los que se intitulan de los Macabeos, los cuales tiene por canónicos, no los judíos, sino la Iglesia, por los extraños y admirables martirios de algunos Santos mártires que contienen, quienes, antes que Cristo encarnase, pelearon valerosamente hasta dar su vida en defensa de la ley santa del Señor, padeciendo cruelísimos y horribles tormentos.

CAPÍTULO XXXVII

Que la autoridad de las profecías es más antigua que el origen y principio de la filosofía de los gentiles.

En la época en que florecieron nuestros profetas, cuyos libros han llegado ya á noticia de casi todas las naciones, aun no existía filósofo alguno entre los gentiles, ni quien hubiese tenido tal nombre, porque éste tuvo su exordio en Pitágoras, natural de la isla de Samos, quien comenzó á ser famoso cuando salieron los judíos de su cautiverio; luego con mayor motivo se deduce que los filósofos que le sucedieron fueron muy posteriores en tiempo á los profetas; porque el mismo Sócrates, natural de Atenas, maestro de los que entonces florecieron, y son los príncipes de aquella parte de la filosofía que se llama moral ó activa, se sabe por las Crónicas que vivió después de Esdras. Á poco tiempo nació Platón, que sobresalió en muchos grados á los demás discípulos de Sócrates. Y si quisiéramos añadir á éstos los que les precedieron, que aun no se llamaban filósofos, esto es, los sabios, y después los físicos que sucedieron á Thales en la indagación de las causas naturales, imitando su estudio y profesión, es á saber, Anaximandro, Anaximenes, Anaxágoras y otros varios, antes que Pitágoras se llamase filósofo, ni aun éstos preceden en antigüedad á todos nuestros profetas, porque Thales, después del cual siguieron los otros, dicen que floreció reinando Rómulo, cuando brotó el raudal de las profecías de las fuentes de Israel, en aquellas sagradas letras que se extendieron y divulgaron por todo el mundo. Así, pues, solos los teólogos poetas Orfeo, Lino y Museo, y algunos otros que hubiera entre los griegos, fueron primero que los profetas hebreos, cuyos

escritos tenemos por auténticos. Con todo, tampoco precedieron en tiempo á nuestro verdadero teólogo Moisés, que efectivamente predicó un solo Dios verdadero, cuyos libros son los primeros que tenemos al presente en el Cánón de los sagrados, autorizados con la uniforme y general aprobación de la Iglesia. Y consiguiientemente por lo respectivo á los griegos, en cuyo país florecieron con especialidad las letras humanas, no tienen que lisonjearse de su sabiduría, en tal conformidad, que pueda parecer, ya que no más aventajada, á lo menos más antigua que nuestra religión, que es donde se halla la verdadera sabiduría. No obstante, es innegable que hubo antes de Moisés alguna instrucción, que se llamó entre los hombres sabiduría, aunque no en Grecia, sino entre las naciones bárbaras é incultas, como en Egipto, pues á no ser así, no diría la Sagrada Escritura (1), que Moisés estaba versado en todas las ciencias de los egipcios, es á saber, que cuando nació allí, fué adoptado y criado por la hija de Faraón é instruido en las artes y letras humanas. Sin embargo, ni aun la sabiduría de los egipcios pudo preceder en tiempo á la sabiduría de nuestros profetas, mediante á que Abraham fué también profeta. ¿Y qué ciencias pudo haber en Egipto antes que Isis (á quien después de muerta tuvieron por conveniente adorarla como á una gran diosa) se las enseñase? De Isis escriben que fué hija de Inaco, el primero que principió á reinar en Argos, cuando hallamos por el contexto de la Sagrada Escritura que Abraham tenía ya nietos (2).

(1) Act. Apóstol, cap. VII, v. 32.

(2) Génesis, cap. XXV.

CAPÍTULO XXXVIII

Cómo el Cánón eclesiástico no recibió algunos libros de muchos Santos por su demasiada antigüedad, para que, con ocasión de ellos, no se mezclase lo falso con lo verdadero.

Si quisiéramos echar mano de sucesos mucho más antiguos, antes de nuestro Diluvio universal, era sin duda el patriarca Noé, á quien no sin especial motivo podré llamar también profeta, pues la misma arca que labró, y en que se libertó del naufragio con los suyos, fué una profecía de nuestros tiempos. ¿Y qué diremos de Enoch, que fué el séptimo patriarca después de Adán? ¿Acaso no se dice expresamente en la carta canónica del apóstol San Judas Tadeo que profetizó? Pero la causa primaria porque los libros de éstos no tengan autoridad canónica, ni entre los judíos ni entre nosotros, fué su demasiada ancianidad, por la cual parecía debían graduarse como sospechosos, para que no se publicasen algunas particularidades absolutamente falsas por verdaderas, mediante á que se divulgan también algunas que dicen ser suyas, y se las atribuyen los que ordinariamente creen conforme á su sentido lo que les agrada. Estas obras no las admite la pureza é integridad del Cánón, no porque repruebe la autoridad de sus autores, que fueron amigos y siervos de Dios, sino porque no se cree que sean suyas. No debe causarnos maravilla que se tenga por sospechoso lo que se publica bajo el nombre de tanta antigüedad, supuesto que en la misma historia de los reyes de Judá y de los reyes de Israel, que contiene la memoria de los sucesos acaecidos, se refieren muchas cosas de que no hace mención la Escritura, y dice que se hallan en los otros libros que escriben los profetas, y en algunas partes cita tam-

bién los nombres de estos profetas, y, sin embargo, no está dicha historia en el Cánon que tiene admitido el pueblo de Dios. Confieso ignorar la causa de esto, aunque presumo que aquellos á quienes el Espíritu Santo reveló lo que había de estar en la autoridad y Cánon de la religión, pudieron también escribir unas cosas como hombres, con diligencia histórica, y otras como profetas, con inspiración divina, y que éstas fueron distintas; de forma que pareció que las unas se les debían atribuir á ellos como suyas, y las otras á Dios, como á quien hablaba por ellos. Así unas servían para mayor abundancia de noticias, las otras para la autoridad de la religión, en cuya autoridad se guarda el Cánon. Fuera de éste se citan y alegan algunas particularidades escritas bajo el nombre de los verdaderos profetas; pero no valen ni aun para la copia de noticias, porque es incierto si son de los que se asegura ser; por eso no les damos crédito, especialmente á lo que se halla también contra la fe de los libros canónicos, lo cual demuestra que de modo alguno sean suyos.

CAPÍTULO XXXIX

Cómo las letras hebreas nunca dejaron de hallarse
en su propia lengua.

No debemos creer lo que algunos presumen, que solamente conservó la lengua hebrea aquel que se llamó Heber, de donde dimanó el nombre de los hebreos, extendiéndose después hasta Abraham, y que las letras hebreas comenzaron con la ley que dió Moisés; antes, sí, el citado idioma con sus letras se guardó y conservó por aquella sucesión que dijimos de los padres. En

efecto; Moisés puso en el pueblo de Dios personas que asistiesen para enseñar las letras primero que tuviesen noticia de ningunas letras de la ley divina. Á éstos llama la Escritura *Grammaton Isagogos*, es decir, introductores de las letras, porque en cierto modo las introducen en los corazones de los que las aprenden, ó, por mejor decir, porque introducen en ellas á los mismos que enseñan. Ninguna nación, pues, se jacte ó glorié vanamente de la antigüedad de su sabiduría, como anterior á la de nuestros patriarcas y profetas que tuvieron sabiduría divina, supuesto que ni aun en Egipto, que suele gloriarse falsa y vanamente de la ancianidad de sus letras y doctrina, se halla vestigio de que alguna sabiduría suya haya precedido en tiempo á la sabiduría de nuestros patriarcas; porque no habrá quien se atreva á decir que fueron peritos en ciencias y artes admirables antes de tener noticia de las letras, esto es, antes que Isis fuese á Egipto y se las enseñase. Y aquella su famosa ciencia, que llamaron sabiduría, ¿qué era principalmente sino la astronomía ú otros estudios semejantes, que suelen ser á propósito y aprovechar más para ejercitar los ingenios que para ilustrar los ánimos con verdadera sabiduría? Porque en lo tocante á la filosofía, que es la que profesa enseñar preceptos y reglas inconcusas, para que los hombres puedan ser y hacerse bienaventurados, por los tiempos de Mercurio, llamado el Trimegisto, fué cuando florecieron en aquella tierra semejantes facultades, lo cual, aunque fué mucho antes que los sabios y filósofos de Grecia, con todo, fué después de Abraham, Isaac, Jacob y Joseph, esto es, aun después del mismo Moisés; porque al tiempo que nació Moisés, se sabe que vivía Atlas, aquel célebre astrólogo, hermano de Prometeo, abuelo materno de Mercurio el Mayor, cuyo nieto fué este Mercurio Trimegisto.

CAPÍTULO XL

De la vanidad insufrible de los egipcios, que atribuyen á sus ciencias cien mil años de antigüedad.

Inútilmente con vana presunción vociferan algunos diciendo que hace más de cien mil años que Egipto poseyó el invento de la numeración, movimientos y curso de las estrellas. ¿Y de qué libros diremos que infirieron este número los que no mucho antes de dos mil años aprendieron las letras de Isis? Porque no es escritor tan despreciable Varrón, y lo dice en su historia, lo cual no desdice tampoco de la verdad de las letras divinas; pues no habiéndose aun cumplido seis mil años desde la creación del primer hombre, que se llamó Adán, ¿cómo no nos hemos de reir, sin cuidar de refutarlos, de los que procuran persuadirnos acerca del orden cronológico de los tiempos, cosas tan diversas y opuestas á esta verdad tan clara y conocida? ¿Y á quién daremos más crédito sobre las cosas pasadas que al que nos anunció también las futuras, las cuales vemos ya presentes? Porque hasta la misma contradicción y disonancia de los historiadores entre sí, nos da materia bastante para que creamos antes á aquel que no repugna á la historia divina que nosotros poseemos. Pero los ciudadanos de la Ciudad impía, que están derramados por todas las partes del orbe habitado, cuando leen que hombres doctos, cuya autoridad parece no debe despreciarse, discrepan entre sí sobre sucesos remotísimos de la memoria de nuestro siglo, están perplejos sobre á quiénes deben dar mayor crédito; mas nosotros en la historia de nuestra religión, como estriban nuestras aserciones en la divina autoridad, todo lo que se opone á ella no dudamos condenarlo por falsísimo, sea lo que

quiera lo demás que contienen las letras profanas, que, ya sea verdad ó mentira, nada importa para que vivan bien y felizmente.

CAPÍTULO XLI

De la discordia de las opiniones filosóficas, y de la concordia de las escrituras canónicas en la Iglesia.

Pero dejando á un lado las noticias sacadas de la historia, los mismos filósofos cuyas opiniones enunciamos, no parece que fueron tan laboriosos en sus estudios é investigaciones, sino por hallar el medio de vivir con comodidad; de forma que, según sus reglas, consiguiésemos la bienaventuranza. ¿Por qué causa discordaron y se desavinieron los discípulos con los maestros y los discípulos entre sí, sino porque, como hombres mortales, buscaban este precioso y oculto tesoro con los sentidos humanos, y con humanos discursos y razones? En lo cual pudo haber también un cierto amor y deseo de gloria, apeteciendo cada uno parecer más sabio y agudo que otro, no obligarse de modo alguno ni estar atenido al dictamen ajeno, sino ser el autor é inventor de su secta y opinión. Con todo, aunque concedamos haber habido algunos, y aun muchos de ellos, á los cuales haya hecho desviar de sus maestros y de sus condiscípulos el amor de la verdad y el defender lo que creían ser verídico, ya lo fuese ó no lo fuese, ¿qué es lo que puede, ó dónde, ó por dónde se encamina la infelicidad y miseria humana para llegar á la bienaventuranza si no la dirige y conduce la autoridad divina? Nuestros autores, en quienes no en vano se establece y resume el Cánon de las letras sagradas, por ningún motivo discrepan entre

sí; por lo que no sin razón creyeron, no sólo algunos pocos de los que en las escuelas y en las aulas, con sus contenciosas, sistemáticas y fútiles disputas, se rompen las cabezas, sino infinitos, aun en las ciudades, así los sabios como los ignorantes, que cuando escribían nuestros escritores aquellos libros les habló Dios, ó que el mismo Dios se produjo por la boca de éstos. Y ciertamente interesó fuesen pocos, á efecto de que así no fuese vilipendiado por la multitud ignorante é ilusa lo que había de ser tan particularmente apreciado y estimado por la religión, aunque no fueron tan pocos que dejase de ser admirable su conformidad; pues entre el inmenso número de filósofos que nos dejaron aun por escrito las memorias y libros de sus sectas y opiniones, no se hallará fácilmente uno entre quienes convenga todo lo que sintieron y las opiniones que propugnaron, y querer manifestarlas aquí con la extensión necesaria sería asunto largo. Y en esta Ciudad, que tributa culto y homenaje á los demonios, ¿que autor hay, de cualquiera secta y opinión que sea, de tanto crédito que por su respecto se hayan desaprobado y condenado todos los demás que opinaron diferentemente y aun lo contrario? ¿Acaso no fueron esclarecidos y famosos en Atenas, por una parte los epicúreos, que afirmaban no tocar á los dioses las cosas humanas, y por otra los estoicos, que sentían lo contrario y defendían que las regían y tenían los dioses bajo sus auspicios y protección? Por eso me admiro cuando advierto que condenaron á Anaxágoras porque dijo que el sol era una piedra encendida, negando, en efecto, que era dios, supuesto que en la ciudad floreció con grande nombre y gloria Epicuro, y vivió seguro creyendo y sosteniendo que no era dios, no solo el sol ó algunas de las estrellas, sino defendiendo que ni Júpiter ni otro alguno de los dioses había en el mundo á quien llegasen las oracio-

nes, súplicas y preces de los hombres. ¿Por ventura no vivió allí Aristipo, que hacía consistir el sumo bien y la bienaventuranza en el gusto y deleite del cuerpo, y Antístenes, que defendía hacerse el hombre bienaventurado por la virtud del alma; dos filósofos insignes, y ambos socráticos, que ponían la suma felicidad de nuestra vida en fines tan distintos, y entre sí tan contrarios, entre los cuales, el primero asimismo decía que el sabio debía huir del gobierno y administración de la República; y el otro, que la debía regir, y cada uno congregaba sus discípulos para seguir y defender su secta? Porque públicamente en el pórtico, en los gimnasios, en los huertos, en los lugares públicos y particulares, á catervas peleaban en defensa cada uno de su opinión. Otros afirmaban no haber más de un mundo; otros, que eran innumerables, muchos, que este solo mundo tenía origen, algunos que no le tenía; unos que había de acabarse, otros que para siempre había de durar; unos que se gobernaba y movía por la Providencia divina, otros que por el hado y la fortuna; unos que las almas eran inmortales, otros que mortales; y los que sostenían ser inmortales, unos que transmigraban á bestias, otros que no, y los que decían ser mortales, unos que morían inmediatamente que el cuerpo, otros que vivían aun después muchos ó pocos intervalos, pero no siempre. Unos colocaban el sumo bien en el cuerpo, otros en el alma, otros en ambos, en el cuerpo y en el alma; otros adjudicaban al cuerpo y al alma los bienes exteriores; unos decían, debíamos creer siempre á los sentidos corporales, otros que no siempre, y otros que en ningún caso. Estas y otras casi innumerables diferencias y discordancias de filósofos, ¿qué pueblo hubo jamás, qué Senado, qué potestad ó dignidad pública en la Ciudad impía, que cuidase de juzgarlas y averiguarlas en su fondo, de aprobar unas y repudiar otras, antes de ordinario, sin diferencia

alguna y confusamente tuvo y fomentó en su seno tanta infinidad de controversias de hombres que tenían diferentes sentimientos, y no en materia de heredades ó casas, ó de intereses de dinero, sino sobre asuntos importantes en que se descifra y pronuncia sobre nuestra infelicidad ó felicidad eterna? En cuyas disputas, aunque se decían algunas cosas ciertas, sin embargo, con la misma libertad se proferían también las falsas; de forma que no en vano esta Ciudad tomó el nombre mítico de Babilonia, porque Babilonia quiere decir confusión, como lo hemos ya insinuado otra vez. Ni le interesa á su caudillo, el demonio, el mirar con cuán contrarios errores debaten y riñen entre sí los que él juntamente posee por el mérito de sus muchas y varias impiedades. Pero aquella gente, aquel pueblo, aquella República, aquellos israelitas (1), «á quien confió Dios sus santas Escrituras», por ningún pretexto confundieron con igual libertad los falsos profetas con los verdaderos, sino que, conformes entre sí, y sin discordar en nada, reconocieron y conservaron los verdaderos autores de las sagradas letras. A éstos tuvieron por sus filósofos, esto es, por los que amaban su sabiduría, á éstos por sabios, á éstos por teólogos, á éstos por profetas, á éstos por maestros y doctores de la virtud y religión. Cualquiera que sintió y vivió conforme á sus doctrinas, sintió y vivió, no según los hombres, sino según Dios, que habló por boca de estos sus siervos. Aquí si prohíben el sacrilegio, Dios lo prohibió; si dicen: «honrarás á tu padre y á tu madre», Dios lo mandó, si dicen: «no fornicarás, no matarás, no hurtarás»; y así los demás preceptos del Decálogo no salieron de las bocas humanas estas sentencias, sino de los divinos oráculos. Todas las verdades que algunos filó-

(1) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. III.

sofos, entre las opiniones falsas que sostuvieron, pudieron advertir, las procuraron persuadir con largas y prolijas disputas y discursos, como es la de que este mundo le hizo Dios, y que Dios le gobierna con su Providencia; y cuanto enseñaron bien de la hermosura de las virtudes, del amor á la patria, de la felicidad, de la amistad, de las obras buenas y de todo lo que pertenece á las buenas costumbres, ignoraron á qué fin, ó cómo esto había de referirse. Todas estas verdades se las han enseñado en la otra Ciudad, y recomendado al pueblo con voces proféticas, esto es, divinas, aunque por boca de hombres, y no introducido, á fuerza de disputas, argumentos y demostraciones, para que los que las entendiesen, temiesen despreciar, no el ingenio humano, sino el documento divino.

CAPÍTULO XLII

Que por dispensación de la Providencia divina se tradujo la Sagrada Escritura del Viejo Testamento del hebreo al griego, para que viniese á noticia de todas las gentes.

Estas sagradas letras también las procuró conocer y tener uno de los Ptolomeos, reyes de Egipto. Porque después de la admirable, aunque poco lograda potencia de Alejandro de Macedonia, que se llamó igualmente el Magno, con la cual, parte con las armas y parte con el terror de su nombre, sojuzgó á su imperio toda el Asia, ó por mejor decir, casi todo el orbe, consiguiendo ásimismo, entre los demás reinos del Oriente, hacerse dueño y señor de Judea; luego que murió, sus capitanes, no habiendo distribuído entre sí aquel vasto y dilatado reino para poseerle pacíficamente, sino ha-

biéndole disipado para arruinarle y abrasarle todo con guerras, Egipto comenzó á tener sus reyes Ptolomeos, y el primero de ellos, hijo de Lago, condujo muchos cautivos de Judea á Egipto. Sucedió á este otro Ptolomeo, llamado Filadelfo, quien á los que aquél trajo cautivos los dejó volver libremente á su país, y además envió un presente ó donativo real al templo de Dios, suplicando á Eleazaro, que á la sazón era Pontífice, le enviase las santas Escrituras, las cuales, sin duda, había oído, divulgando la fama que eran divinas, y por eso deseaba tenerlas en su copiosa librería, que había hecho muy famosa. Habiéndoselas enviado el pontífice, como estaban en hebreo, el rey le pidió también intérpretes, y Eleazaro le envió setenta y dos, seis de cada una de las doce tribus, doctísimos en ambas lenguas, es á saber, en la hebrea y en la griega, cuya versión comúnmente se llama de los Setenta. Dicen que en sus palabras hubo tan maravillosa, estupenda y efectivamente divina concordancia, que habiéndose sentado para practicar esta operación cada uno de por sí aparte (porque de esta conformidad quiso el rey Ptolomeo certificarse de su fidelidad), no discreparon uno de otro en una sola palabra que significase lo mismo ó valiese lo mismo, ó en el orden de las expresiones, sino que, como si hubiera sido uno solo el intérprete, así fué uno lo que todos interpretaron, porque realmente uno era el espíritu divino que había en todos. Concedióles Dios este tan apreciable don, para que así también quedase acreditada y recomendada la autoridad de aquellas Escrituras santas, no como humanas, sino cual efectivamente lo eran, como divinas, á efecto de que, con el tiempo, aprovecharan á las gentes que habían de creer lo que en ellas se contiene y vemos ya cumplido.

CAPÍTULO XLIII

De la autoridad de los Setenta intérpretes, la cual, salva la reverencia que se debe al idioma hebreo, debe preferirse á todos los intérpretes.

Aunque hubo otros intérpretes que han traducido la Sagrada Escritura del idioma hebreo en el griego, como son Aquila, Symmaco y Theodoción, y hay también la versión, cuyo autor se ignora, y por eso, sin nombre del intérprete, se llama la quinta edición, ésta de los Setenta, como si fuera sola, la ha recibido la Iglesia, usando de ella todos los cristianos griegos, quienes por la mayor parte no saben si hay otra. Y de esta traducción de los Setenta se ha vertido también en el idioma latino la que tienen las Iglesias latinas. Aunque no ha faltado en nuestros tiempos un Jerónimo, presbítero, varón doctísimo y muy instruido en todas las tres lenguas, que nos ha traducido las mismas Escrituras en latín, no del griego, sino del hebreo. Y aunque los judíos confiesen que este su trabajo é instrucción de Jerónimo en tantas lenguas y ciencias es verdadero, y pretendan asimismo que los Setenta intérpretes erraron en muchas cosas, no obstante, las Iglesias de Jesucristo son de dictamen que ninguno debemos preferir á la autoridad de tantos hombres como entonces escogió el pontífice Eleazaro para un encargo tan importante y arduo como este. Pues aunque no se hubiera advertido en ellos un espíritu, sin duda, divino, sino que, como hombres, convinieran mutuamente las palabras de su versión setenta personas doctas, para atenerse todos ellos á lo que de común acuerdo determinaran, ningún intérprete, individualmente, se les debiera anteponer. Y habiendo visto en

ellos una señal tan grande del divino espíritu, sin duda otro cualquiera que ha traducido fiel y legalmente aquellas Escrituras del idioma hebreo en otro cualquiera, este tal, ó concuerda con los Setenta intérpretes, ó si al parecer no concuerda, debemos entender que se encierra allí algún arcano profético. Porque el mismo espíritu que tuvieron los profetas cuando anunciaron tan estupendas maravillas, lo tuvieron los Setenta cuando las interpretaron; el cual, ciertamente, con la autoridad divina, pudo decir otra cosa, como si el profeta hubiera dicho lo uno y lo otro, porque lo uno y lo otro lo decía el mismo espíritu, y esto mismo pudo decirlo de otro modo, para que se manifestase á los que lo entendiesen bien, cuando no las mismas palabras, á lo menos el mismo sentido; y pudo dejarse, y añadir alguna particularidad, para manifestar también con esto que en aquella traducción no hubo sujeción ni servidumbre á las palabras, sino una potestad divina que llenaba y gobernaba el espíritu del intérprete. Ha habido algunos que han querido corregir los libros griegos de la interpretación de los Setenta por los libros hebreos, y, sin embargo, no se han atrevido á quitar lo que no tenían los hebreos y pusieron los Setenta, sino tan sólo añadieron lo que hallaron en los hebreos y no estaba en los Setenta. Esto lo notaron al principio de los mismos versos con ciertas señales formadas á manera de estrellas, á cuyas señales llamaban asteriscos. Y lo que no tienen los hebreos y se halla en los Setenta, asimismo en el principio de los versos lo señalaron con unas virgulillas tendidas, así como se escriben las notas de las onzas, y muchos de estos libros, con estas notas, andan ya por todas partes, así en griego como en latín; pero lo que no se ha omitido ó añadido, sino que lo dijeron en otro sentido, ya cause otra inteligencia compatible y no fuera de propósito, ya

declaren y expliquen de otra forma el mismo sentido, no puede hallarse sino mirando y cotejando los unos libros con los otros. Así que, si como es puesto en razón, no mirásemos á otro objeto en aquellos libros sino á lo que dijo el Espíritu Santo por los hombres, todo lo que se halla en los libros hebreos y no se halla en los Setenta intérpretes, no lo quiso decir el Espíritu Santo por éstos, sino por aquellos profetas, y todo lo que se halla en los Setenta intérpretes, y no se halla en los libros hebreos, más lo quiso decir el mismo Espíritu por éstos que por aquéllos, mostrándonos de esta manera que los unos y los otros eran profetas; porque de esta conformidad dijo como quiso unas cosas por Isaias, otras por Jeremías, otras por otros profetas, ó de otra manera, una misma cosa por éste que por aquél. En efecto; todo lo que se encuentra en los unos y en los otros, por los unos y por los otros lo quiso decir un mismo Espíritu; pero de tal modo, que aquéllos precedieron profetizando, y éstos siguieron proféticamente interpretando á aquéllos; porque así como tuvieron aquéllos, para decir cosas verdaderas y conformes, un espíritu de paz, así también en éstos, aunque no lo convinieran entre sí, sino interpretándolo todo como por una boca, se manifestó el mismo espíritu, que era uno solo.

CAPÍTULO XLIV

De lo que debemos entender acerca de la destrucción de los ninivitas, cuya amenaza en el hebreo se extiende al espacio de cuarenta días, y en los Setenta se abrevia y concluye en tres.

Pero dirá alguno: ¿cómo sabremos qué es lo que dijo el profeta Jonás á los ninivitas, si dijo: «Nínive será

destruída dentro de tres días ó cuarenta? Porque ¿quién no advierte que no pudo decir las dos cosas entonces el profeta que envió Dios á infundir terror y espanto á aquella ciudad con la anunciada ruina que tan próxima les amenazaba? La cual, si había de perecer al tercero día, sin duda que no aguardaría al cuadragésimo, y si al cuadragésimo, no sería destruída al tercero. Así que, si yo fuese preguntado cuál de estas dos cosas dijo Jonás, respondería que me parece más conforme lo que se lee en el hebreo: «*Cuadraginta dies, et Ninive subvertetur* (pasados cuarenta días será Nínive arruinada)»; pues habiendo los Setenta interpretado la Escritura mucho tiempo después, pudieron decir otra cosa, la cual, sin embargo, viniese al caso y á expresar el mismo concepto, aunque apuntándonos y significándonos lo contrario, y pudiese advertir al lector que, sin despreciar lo uno ni lo otro, se elevase de la historia á la inquisición y examen de esta dificultad, para cuya verdadera inteligencia se escribió la misma historia. Porque aunque es positivo que aquel acaecimiento pasó en la ciudad de Nínive, sin embargo, nos significó alguna otra cosa mayor que aquella ciudad, como sucedió, que el mismo profeta estuvo tres días en el vientre de la ballena; y con ello nos dió á entender que otro, que es el Señor de todos los profetas, había de estar tres días en lo profundo del infierno; por lo cual, si por aquella ciudad se entiende que se nos figuró proféticamente la Iglesia de los gentiles, arruinada ya por la penitencia, de forma que no es lo que fué, por cuanto esto lo hizo Cristo en la Iglesia de los gentiles, cuya figura representaba Nínive, ya fuese en cuarenta días ó en tres, el mismo Cristo fué el que se nos significó: en cuarenta días, porque otros tantos conversó con sus discípulos después de su resurrección, subiendo, al cumplirse este plazo á los cielos, y en tres, porque resucitó

al tercero día, como si al lector, atento sólo á distraerse con la historia, hubiesen querido los Setenta, siendo á un tiempo intérpretes y profetas, despertarle de su sueño, para que vaya indagando la profundidad misteriosa de la profecía, y le dijeron en cierto modo: busca á aquel mismo en los cuarenta días, en quien pudieras hallar asimismo los tres días; lo primero lo hallarás en la Ascensión, y lo tercero en su Resurrección. Por esta razón, con uno y otro número se nos pudo significar muy al caso, así lo que por el profeta Jonás, como lo que por la profecía de los Setenta intérpretes nos dijo solo un mismo espíritu. Por no ser molesto no me detengo en evidenciar y probar este punto, sostenido en muchos pasajes, donde parece que los Setenta intérpretes discrepan de la verdad hebraica, y, bien entendidos, se halla que están conformes. Yo también, según lo exigen mis limitados conocimientos, siguiendo las huellas de los apóstoles, supuesto que igualmente citaron los testimonios proféticos, tomándolos de ambas partes, esto es, de los hebreos y de los Setenta, he querido aprovecharme de la autoridad de unos y otros, porque una y otra es una misma, y ambas divinas. Pero continuemos ya lo que resta como podamos.

CAPÍTULO XLV

Que después de la reedificación del templo dejaron los judíos de tener profetas, y que desde entonces hasta que nació Cristo fueron afligidos con continuas adversidades, para probar que la edificación que los profetas prometieron no era la de éste, sino la de otro templo.

Después que la nación judaica empezó á carecer de profetas, sin duda alguna empeoró y declinó de su

antiguo esplendor, es á saber, en el mismo tiempo en que habiendo reedificado el templo, después del duro cautiverio que padecieron en Babilonia, pensó que había de mejorar de fortuna; porque así entendía aquel pueblo carnal que lo prometió Dios por su profeta Ageo (1): «mayor será la gloria de esta última casa que de la primera», lo cual poco más arriba manifestó deber entenderse por el Nuevo Testamento, donde dijo, prometiendo claramente á Cristo (2): «conmoveré todas las naciones, y vendrá el deseado por todas las gentes». En los Setenta intérpretes, con autoridad profética expresaron otro sentido, que convenía más al cuerpo que á la cabeza, esto es, mas á la Iglesia que á Cristo (3): «vendrá lo que tiene escogido el Señor entre todas las gentes», esto es: los hombres, de quienes dice Jesucristo en el Evangelio (4): «muchos son los llamados, y pocos los escogidos», porque de estos tales elegidos de entre las gentes, como de piedras vivas, se ha edificado la casa de Dios por el Nuevo Testamento, mucho más gloriosa que lo fué el templo de Salomón, y el restaurado después de la cautividad. Por esto, desde entonces, no tuvo profetas aquella nación, y la afligieron con infinitas calamidades los reyes gentiles, y los mismos romanos, para que no entendiesen que esta profecía de Ageo se había cumplido en la restauración del templo: pues á poco tiempo, con la venida de Alejandro, fué sojuzgada, y aunque éntonces no se verificó destrucción alguna, porque no se atrevieron á hacerle resistencia, rindiéndose desde luego y recibéndole en paz, con todo, no fué la gloria de aquella casa tan grande como lo fué estando libre en poder de sus propios reyes. Y

(1) Ageo, cap. II.

(2) Idem.

(3) Idem.

(4) San Mateo, cap. VII.

aunque Alejandro ofreció sacrificios en el templo de Dios, no fué convirtiéndose á adorar á Dios con verdadera religión, sino creyendo que le debía adorar juntamente con sus falsos dioses. Después Ptolomeo, hijo de Lago, como insinué en el capítulo XLII, muerto ya Alejandro, sacó de allí los cautivos, llevándolos á Egipto, á quienes su sucesor Ptolomeo Filadelfo con grande benevolencia concedió la libertad, por cuya industria sucedió que tuviésemos lo que poco antes insinué, las Santas Escrituras de los Setenta Intérpretes. A poco tiempo quedaron quebrantados y destruidos con las guerras que se refieren en los libros de los Macabeos. En seguida los sujetó Ptolomeo, llamado Epifanes, rey de Alejandría, y después Antíoco, rey de Siria. Con infinitos y graves trabajos los compelió á que adorasen los ídolos, llenándose el templo de las sacrílegas supersticiones de los gentiles. Su valeroso jefe y caudillo Judas, llamado el Macabeo, habiendo vencido y derrotado á los generales de Antíoco, le limpió y purificó de toda la profanación con que le había manchado la idolatría. Y no mucho después Alchimo, alucinado por su ambición, sin ser de la estirpe de los sacerdotes, lo que era condición indispensable, se hizo pontífice. Desde entonces transcurrieron casi cincuenta años, en los cuales, aunque no vivieron en paz, sin embargo, experimentaron algunos sucesos prósperos: pasados los cuales, Aristóbulo fué el primero que entre ellos, tomando la corona, se hizo rey y pontífice; porque hasta entonces, desde que regresaron del cautiverio de Babilonia y se reedificó el templo, nunca habían tenido reyes, sino Capitanes y Príncipes, aunque el que es rey pueda llamarse también príncipe por la seguridad con que ejerce el mando y el gobierno de su Estado, y capitán por ser conductor y jefe de su ejército. Pero no todos los que son príncipes y capitanes pueden llamarse

reyes, como lo fué Aristóbulo, á quien sucedió Alejandro, que fué también rey y pontífice, de quien dicen que reinó cruelmente sobre los suyos. En seguida su esposa Alejandra fué reina de los judíos. Desde este tiempo en adelante sufrieron mayores trabajos, porque los hijos de Alejandra, Aristóbulo é Hircano, compitiendo entre sí por el reino, provocaron contra la nación israelita las fuerzas de los romanos, á quienes pidió Hircano socorro contra su hermano. A esta sazón ya Roma había conquistado el África, se había apoderado de Grecia, y extendiendo su imperio por las otras partes del mundo, no pudiendo sufrirse á sí misma, se acarreó la ruina con su misma grandeza: porque vino á parar en discordias domésticas, pasando de éstas á las guerras sociales, que fueron con sus amigos y aliados, y luego á las civiles, disminuyéndose y quebrantándose en tanto grado su poder, que llegó al extremo de mudar el estado de República, y ser gobernada directa y despóticamente por reyes. Pompeyo, esclarecido y famoso príncipe del pueblo romano, entrando con un poderoso ejército en Judea, se apoderó de la ciudad, abrió el templo, no como devoto y humilde, sino como vencedor orgulloso, y llegó, no reverenciando, sino profanando hasta el *Sancta Sanctorum*, donde no era lícito entrar sino al sumo sacerdote. Y habiendo confirmado el pontificado en Hircano, y puesto por gobernador de la nación sojuzgada á Antípatro, que llamaban ellos entonces procurador, llevó consigo preso á Aristóbulo. Desde esta época los judíos comenzaron á ser tributarios de los romanos. Después Casio les despojó de cuantas riquezas se guardaban en el templo. Al cabo de pocos años merecieron tener por rey á Herodes, un extranjero ó descendiente de gentiles, en cuyo reinado nació Jesucristo: porque ya se había cumplido puntualmente el tiempo que nos significó el espíritu profético por boca del patriarca Ja-

cob, cuando dijo (1): «No faltará príncipe de Judá, ni caudillo de su linaje, hasta que venga aquel para quien están guardadas las promesas, y él será el que aguardarán las gentes». No faltó príncipe de su nación á los judíos hasta este Herodes, que fué el primer rey que tuvieron, de nación extranjera. Por esto era ya tiempo que viniese aquel á quien estaba reservado lo prometido por el Nuevo Testamento, para que fuese la esperanza de las naciones. Y no aguardaran su venida las gentes, como vemos aguardan á que venga á juzgar con todo el poder manifiesto de su majestad y grandeza, si primero no creyeran en el que vino á sufrir y ser juzgado con humilde paciencia y mansedumbre.

CAPÍTULO XLVI

Del nacimiento de nuestro Salvador, según que el Verbo se hizo hombre, y de la dispersión de los judíos por todas las naciones, como estaba profetizado.

Reinando, pues, Herodes en Judea, y en Roma mudándose el estado republicano, imperando Augusto César, y por su mediación disfrutando todo el orbe de una paz y tranquilidad apacible, conforme á la precedente profecía, nació Cristo en Belén de Judá en la forma natural de hombre, de una madre Virgen, é invisiblemente, de Dios Padre: porque así lo dijo el profeta (2): «una Virgen concebirá en su vientre, parirá un hijo, y se llamará Emanuel», que quiere decir, Dios es con nosotros: el cual, para dar una prueba nada equívoca que era Dios,

(1) *Génesis*, cap. XLIX.

(2) *Isaias*, cap. VII et XIV.

obró extraordinarios milagros y maravillas, de las cuales refiere algunas la Escritura Evangélica, cuantas parecieron suficientes para dar una noticia exacta de él y predicar su santo nombre, y entre ellas la primera es, que nació de una manera admirable, y la última que con su propio cuerpo resucitó de entre los muertos, y subió glorioso á los cielos. Pero los judíos, que le dieron afrentosa y cruel muerte, y no quisieron creer en él, ni que convenía que así muriese y resucitase, destruídos miserablemente por los romanos, fueron del todo arrancados, expelidos y desterrados de su reino, donde vivían ya bajo el dominio de los extranjeros, esparcidos y derramados por todo el mundo: pues no faltan aún en todas las provincias del orbe, y con sus escrituras nos sirven para dar fe y constante testimonio de que no hemos fingido las profecías que hablan de Cristo, las cuales, consideradas por muchos de ellos, así antes de la pasión como particularmente después de su resurrección, se resolvieron á creer en este gran Dios. De ellos dijo la Escritura (1): «Si fuere el número de los hijos de Israel como las arenas del mar, solas unas cortas reliquias serán las que se salvarán». Y los demás quedaron ciegos y obstinados en su error, de los cuales dijo la Escritura (2): «Conviértaseles su mesa en lazo, en retribución y escándalo, ciégenseles los ojos para que no vean, y encórvales, Señor, siempre sus lomos». Y por eso, como no dan asenso á nuestras Escrituras, se van cumpliendo en ellas las suyas, las cuales leen á ciegas y sin la debida meditación, á no ser que quiera decir alguno que las profecías que corren con nombre de las Sibilas, ú otras, si hay algunas, que no sean ó pertenezcan al pueblo judaico, las fingieron é inventaron

(1) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. XII.

(2) Salmo 68 y San Pablo, ep. á los Romanos, cap. II.

los cristianos, acomodándolas á Cristo. A nosotros nos bastan las que se citan en los libros de nuestros contrarios, á los cuales vemos por este testimonio, que nos suministran impelidos por la fuerza de la razón y contra su voluntad, á pesar de tener y conservar estos libros, los vemos, digo, esparcidos por todas las naciones, y por cualquiera parte que se extiende la Iglesia de Cristo. Sobre este particular hay una profecía en los Salmos (los cuales igualmente leen ellos), donde dice (1): «la misericordia de mi Dios me dispondrá, mi Dios me la manifestará en mis enemigos; no los mates y acabes, por que no olviden tu ley; derrámalos y espárcelos en tu virtud». Mostró, pues, Dios á la Iglesia en sus enemigos, los judíos, la gracia de su misericordia; pues como declara el Apóstol (2): «la caída de ellos fué ocasión que proporcionó la salvación de las gentes». Y por eso no los acabó de matar, esto es, no destruyó en ellos lo que tienen de judíos, aunque quedaron sojuzgados y oprimidos por los romanos, para que no olvidasen la ley de Dios y pudiesen servir para el testimonio de que tratamos. Por lo mismo fué poco decir no los mates, porque no olviden en algun tiempo tu ley, si no añadiera también, derrámalos y espárcelos, en atención á que si con el irrefragable testimonio que tienen en sus escrituras se encerraran solamente en el rincón de su tierra, y no se hallaran en todas las partes del mundo, sin duda la Iglesia, que está en todas ellas, no pudiera tenerlos en todas las gentes y naciones por testigos de las profecías que hay de Cristo.

(1) Salmo 68.

(2) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. II.

CAPÍTULO XLVII

Si antes que Cristo viniese hubo algunos, á excepción de la nación israelita, que perteneciesen á la comunión de la Ciudad del cielo.

Cuando se lee que algún extranjero, esto es, que no fuese de Israel ni estuviese admitido por aquel pueblo en el Cánón de las Sagradas Escrituras, vaticinó alguna cosa de Cristo, y ha llegado á nuestra noticia ó llegare, lo podremos referir y contar por colmo y redundancia, no porque tengamos necesidad de él, aun cuando jamás existiera, sino porque muy al caso se cree que hubo también entre las demás naciones personas á quienes se le reveló este misterio y que fueron compelidas igualmente á anunciarle y hacerle visible, ya fuesen partícipes de la misma gracia, ya estuviesen ajenos de ella, pero tuvo noticia de ello por medio de los demonios, los cuales sabemos que confesaron también á Cristo presente, á quien los judíos no quisieron reconocer. Ni creo que los mismos judíos se atrevieran á sustentar que alguno perteneció á Dios, á excepción de los israelitas, después que Israel comenzó á ser la propagación progresiva, habiendo reprobado Dios á su hermano mayor, porque en realidad de verdad, pueblo que se llamase designadamente pueblo de Dios, no le hubo sino el de los israelitas. Sin embargo, no pueden negar hubiera entre las otras naciones algunos hombres que pertenecían á los verdaderos israelitas, ciudadanos de la patria soberana, no por la sociedad y comunión terrena, sino por la celestial, porque si lo negaran fácilmente los convencerán con Job, varón santo y admirable, que ni fué indígena ó natural ni prosélito ó extranjero, adoptado en el pueblo de Israel, sino que siendo

del linaje de los idumeos, nació entre ellos y entre ellos mismos murió; quien es tan elogiado por el testimonio de Dios, que por lo respectivo á su piedad y justicia no puede igualársele hombre alguno de su tiempo; cuyo tiempo, aunque no le hallemos apuntado en las crónicas, inferimos de su mismo libro, el cual los israelitas, por lo que merece, le admitieron y dieron autoridad canónica, haber sido tres generaciones después de Israel. No dudo que fué providencia divina para que por este único ejemplo supiésemos que pudo también haber entre las otras gentes quien viviese, según Dios, y le agradase, perteneciente á la espiritual Jerusalén. Lo que debemos creer que á ninguno se concedió sino á quien Dios reveló, al mediador único de Dios y de los hombres, el Hombre Cristo Jesús, el cual se les anunció entonces á los antiguos santos que había de venir en carne mortal, como se nos ha anunciado á nosotros que vino (1); para que una misma fe por él conduzca á todos los predestinados á la Ciudad de Dios, á la casa de Dios, al templo de Dios, á gozar de Dios. Todas las demás profecías que se alegan y citan de la gracia de Dios por Cristo Jesús, se puede imaginar ó sospechar que sean fingidas por los cristianos. Y así, no hay argumento más concluyente para convencer á toda clase de incrédulos cuando porfiaren sobre este punto, y para confirmar á los nuestros en su creencia cuando opinaran bien, que citar aquellas profecías divinas de Cristo que se hallan escritas en los libros de los judíos; quienes con haberles Dios desterrado de su propio país, esparciéndolos por toda la redondez de la tierra para que diesen este testimonio, han sido causa del crecimiento extraordinario de la Iglesia de Cristo en todas partes.

(1) San Pablo, I ep. á Timotheo, cap. II.

CAPÍTULO XLVIII

Que la profecía de Ageo, en que dijo había de ser mayor la gloria de la casa del Señor que lo había sido al principio, se cumplió, no en la reedificación del templo, sino en la Iglesia de Cristo.

Esta casa de Dios es de mayor gloria que la primera que se edificó de piedra, de madera y de preciosos metales; así que, la profecía de Ageo no se cumplió en la reedificación de aquel templo, porque después que se restauró jamás se ha visto que haya tenido tanta gloria como tuvo en tiempo del rey Salomón, antes por el contrario, se ha experimentado que ha menguado la gloria y esplendor de aquella casa; lo primero por haber cesado la profecía y lo segundo por las infinitas miserias y extragos que ha sufrido la misma nación, llegando al miserable estado de su última ruina y desolación que le causaron los romanos, como consta de lo que arriba hemos referido. Pero esta casa, que pertenece al Nuevo Testamento, es sin duda de tanta mayor gloria cuanto son mejores las piedras vivas con que creciendo y renovándose los fieles, se va edificando. Esta fué significada por la restauración de aquel templo, porque la misma renovación de aquel edificio quiere decir en un sentido profético el otro Testamento que se llama Nuevo. Así lo que dijo Dios por el mismo profeta (1): y «daré paz en este lugar»; por el lugar que significa se debe entender el lugar significado, de forma que porque en aquel lugar restaurado se nos significó la Iglesia que había de ser edificada por Jesucristo, no se entienda otra cosa, cuando dice: «daré paz en este lugar», sino daré la paz que significa este lugar. Porque

(1) Aggei, cap. II.

en cierto modo todas las cosas que significan otras parece que las representan, como dijo el Apóstol (1): «la piedra era Cristo», porque aquella piedra sin duda significaba á Cristo. Mayor es la gloria de la casa de este Nuevo Testamento, que la de la casa primera del Viejo Testamento. Y se advertirá que es mayor cuando se hiciere dedicatoria, mediante á que en aquella época (2) «vendrá el deseado de todas las gentes», como se lee en el texto hebreo; porque su primera venida no era deseada por todas las naciones, que ignoraban á quien debían desear, y por tanto, no habían aun creído en él. Entonces también, según los Setenta intérpretes, por cuanto este sentido es asimismo profético (3), «vendrán los que ha escogido el Señor de entre todas las gentes», mediante á que entonces no vendrán verdaderamente sino los escogidos, de quien dice el Apóstol (4): «que no escogió el Padre Eterno en su hijo Jesucristo antes de la creación del mundo», porque el mismo artífice que dijo (5): «muchos son los llamados, pero pocos los escogidos», no lo dijo por los que, llamados, vinieron de forma que después los echaron del convite, sino por los escogidos, de quienes mostrará edificada una casa que después no ha de temer jamás ser destruída. Pero ahora, como también llenan las Iglesias los que del aire apartará el aventador, no parece tan grande la gloria de esta casa, como se representará cuando quien estuviere en ella esté de asiento para siempre.

(1) San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. X.

(2) Id., lug. cit.

(3) Ageo, cap. II.

(4) San Pablo, ep. á los Ephesios, cap. I, v. 4.

(5) San Mateo, cap. XXII.

CAPÍTULO XLIX

Cómo la Iglesia se va multiplicando incierta y confusamente, mezclándose en ella en este siglo muchos réprobos con los escogidos.

En este perverso siglo, en estos días funestos y malos (en que la Iglesia, por la humillación que ahora sufre, va adquiriendo la altura majestuosa donde después ha de verse, y con los estímulos de tormentos y de dolores, con las molestias de los trabajos y con los peligros de las tentaciones se va ensayando é instruyendo y vive contenta con sola la esperanza, cuando verdadera y no vanamente se contenta), muchos réprobos y malos se van mezclando con los buenos, y los unos y los otros se van recogiendo como á una red evangélica (1), y todos dentro de ella en este mundo, como en un mar dilatado, sin diferencia; van nadando hasta llegar á la ribera, donde á los malos los separen de los buenos, y en los buenos, como en templo suyo, sea Dios el todo en todo (2). Vemos por ahora cómo se cumple la voz de aquel que hablaba en el Salmo (3): «les anuncié el Evangelio, les hablé y se han multiplicado, de suerte que no tienen número». Esto va efectuándose en la actualidad, después que primero por boca de Juan, su precursor, y posteriormente por sí propio les predicó y habló, diciendo (4): «Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los Cielos». Escogió discípulos (5), á los cuales llamó también

(1) San Mateo, cap. XIII.

(2) San Pablo, I, ep. á los Corintios, cap. XV.

(3) Salmo 39.

(4) San Mateo, cap. III.

(5) San Mateo, cap. X.

apóstoles, hijos de gente humilde, sin la visualidad de la cuna y sin letras, para que todos los portentos que obrasen y cuanto fuesen, lo fuese é hiciese el Señor en ellos. Tuvo entre ellos uno malo para cumplir, usando bien del perverso, la disposición celestial de su Pasión y también para dar ejemplo á su Iglesia de cómo debían tolerarse los malos. Y habiendo sembrado la fructífera semilla del Evangelio, lo que convenia y era necesario por su presencia corporal, padeció, murió y resucitó, manifestándonos con su Pasión (dejando aparte la majestad del Sacramento, de haber derramado su sangre para obtener la remisión de los pecados) lo que debemos sufrir por la verdad, y con la resurrección, lo que debemos esperar en la eternidad. Conversó después y anduvo cuarenta días entre sus discípulos y á su vista subió á los Cielos, y pasados diez días les envió el Espíritu Santo de su Padre que les había prometido, y el venir sobre los que habían creído fué entonces una señal muy particular y absolutamente necesaria, pues en virtud de ella, cada uno de los creyentes hablaba las lenguas de todas las naciones, significándonos con esto que había de ser una la Iglesia católica en todas las gentes, y que por eso había de hablar todos los idiomas.

CAPÍTULO L

De la predicación del Evangelio, y cómo vino á hacerse más ilustre y poderosa con las persecuciones y martirios de los predicadores.

Después, conforme á aquella profecía (1), en que se anunciaba «cómo la ley había de salir de Sión y de Je-

(1) Isaías, cap. II.

rusalén la palabra del Señor», según predijo el mismo Cristo Señor nuestro, cuando después de su resurrección, estando sus discípulos admirados y absortos de verle (1), «les abrió los ojos del entendimiento para que entendiesen las Escrituras, diciéndoles: así está escrito y así convenía que padeciera Cristo, resucitará de entre los muertos al tercero día, y se predicará en su nombre la penitencia y remisión de los pecados por todas las gentes, comenzando desde Jerusalén»: y cuando en otra parte respondió á los que les preguntaron cuándo sería su última venida, diciéndoles (2): «no es para vosotros el saber los tiempos ó momentos que puso el padre en su potestad: con todo, recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y daréis testimonio de mí en Jerusalén, en toda la Judea y Samaria y hasta los últimos fines de la tierra». Desde Jerusalén, primero, se comenzó á sembrar y extender la Iglesia, y siendo muchos los creyentes en Judea y en Samaria, se dilató también por otras naciones predicando el Evangelio los que él mismo, como lumbreras, los había provisto de cuanto habían de decir, llenándoles de la gracia del Espíritu Santo; porque les dijo (3): «no temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma». Y así, para que no les entibiase el temor, ardían con el fuego vivo de la caridad. En fin, éstos, no sólo los que antes de la pasión y después de la resurrección le vieron y oyeron, sino también los que después de la muerte de éstos les sucedieron entre horribles persecuciones, y varios tormentos y muertes de innumerables mártires, predicaron en todo el mundo el Evangelio, confirmandolo el Señor con señales y prodigios, y con varias virtudes y dones del Espíritu

(1) San Lucas, cap. XIV.

(2) San Lucas, cap. XIV.

(3) Id., lug. cit.

Santo: de forma, que los pueblos de la gentilidad, creyendo en aquel que por su redención quiso morir crucificado con amor y caridad cristiana, reverenciaban la sangre de los mártires, que ellos mismos con furor diabólico habían perseguido y derramado. Y los mismos reyes, con cuyas leyes y decretos procuraban destruir la Iglesia, saludable y gustosamente se sujetaban á aquel nombre, que con tanta crueldad procuraron desterrar de la tierra y comenzaban á perseguir á los falsos dioses, por quienes antes habían perseguido á los que adoraban al Dios verdadero.

CAPÍTULO LI

Cómo por las disensiones de los herejes se confirma también y corrobora la fe católica.

Pero observando el demonio que los hombres desamparaban los templos de los demonios y que acudían al nombre de su mediador, libertador y redentor, conmovió á los herejes para que, bajo el pretexto del nombre cristiano, se opusiesen y resistiesen á la doctrina cristiana, como si indiferentemente, sin corrección alguna, pudieran caber en la Ciudad de Dios, como en la Ciudad de la confusión cupieron indiferentemente filósofos que opinaban entre sí diversa y opuestamente. Los que en la Iglesia de Cristo están imbuídos en algún contagioso error, y habiéndoles corregido y advertido que sepan lo que es sano y recto, sin embargo, resisten vigorosamente y no quieren enmendar sus pestilentes y mortíferas opiniones y sectas, sino que obstinadamente las defienden, éstos se hacen herejes, y saliendo del gremio de la iglesia son tenidos en número de los

enemigos que la ejercitan y afligen. Porque aun de este modo con su mal aprovechan también á los verdaderos católicos que son miembros de Cristo, usando Dios bien aun de los malos, *et diligentibus eum, omnia cooperantur in bonum*, «convirtiéndose en bien todas las cosas á los que le sirven y aman». Todos los enemigos de la Iglesia, cualquier error que los alucine ó cualquiera malicia que los estrague, si Dios les da potestad para afligirla corporalmente, ejercitan su paciencia; y si la contradicen sólo opinando mal, ejercitan su sabiduría; y para que ame también á sus enemigos, ejercitan su caridad y benevolencia, ya los procure persuadir con la razón y doctrina sana, ya con el rigor y terror de la corrección y disciplina. Así, pues, cuando el demonio, príncipe de la Ciudad impía, mueve contra la Ciudad de Dios, que peregrina en este mundo, sus propias armas, no se le permite que la ofenda en nada: porque sin duda la Divina Providencia la provee con las prosperidades y consuelos para que no desmaye en las adversidades y con éstas ejercite su tolerancia, á fin de no estragarse con las cosas favorables, y templando lo uno con lo otro. Por lo cual advertimos haber nacido de aquí lo que dijo en el Salmo (1): «conforme á la abundancia de dolores y ansias de mi corazón, á ese mismo paso y medida, Dios mío, alegraron mi alma tus consuelos». De aquí dimana también aquella expresión del Apóstol (2): «que estemos alegres con la esperanza y tengamos paciencia en la tribulación»: pues tampoco por lo que dice el mismo doctor (3): «que los que quieren vivir pía y santamente en Cristo, han de padecer persecuciones», hemos de entender que puede faltar en tiempo alguno; porque cuando se figura uno

(1) Salmo 93.

(2) San Pablo, ep. á los Rom., cap. XII, v. 12.

(3) San Pablo, II, ep. á Timotheo, cap. VIII.

que hay alguna paz y tranquilidad de parte de los extraños que nos afligen, y verdaderamente la hay, y nos causa notable consuelo, particularmente á los débiles, con todo, no faltan entonces, antes hay muchísimos dentro de casa que con su mala vida y perversas costumbres afligen los corazones de los que viven piadosa y virtuosamente; pues por ellos se desacredita y blasfema el nombre cristiano y católico: el cual, cuanto más le aman y estiman los que quieren vivir santamente en Cristo, tanto más les duele lo que practican los malos que están dentro y que no sea tan amado y apreciado como desean, de los ánimos píos. Los mismos herejes, cuando se considera que tienen el nombre cristiano, los Sacramentos cristianos, las Escrituras y profesión, causan gran dolor en los corazones de los piadosos, porque á muchos que quieren ser también cristianos estas discordias y disensiones les obligan á dudar, y muchos maldicientes hallan también en ellos materia proporcionada y ocasión para blasfemar el nombre cristiano, puesto que se llaman cristianos, cualquiera que sea la denominación que quiera dárseles. Así que, con estas y semejantes costumbres perversas, errores y herejías, padecen persecución los que quieren vivir piadosamente en Cristo, aunque ninguno les atormente ni aflija el cuerpo: porque la padecen, no en el cuerpo, sino en el corazón. Por eso dijo el salmista, «conforme á la muchedumbre de los dolores de mi corazón», y no dijo de mi cuerpo. Por otra parte, como se sabe que son inmutables é invariables las promesas divinas, y que dice el Apóstol (1): «que sabe ya Dios los que son suyos, y que de los que conoció y predestino á hacerlos conformes á la imagen de su hijo», ninguno puede perderse, por eso añade el salmista «y ale-

(1) San Pablo, II, ep. á Timotheo, cap. II, v. 19.

graron mi alma tus consuelos». El dolor que sufren los corazones de los buenos, á quienes persigue la mala vida y reprobadas costumbres de los cristianos malos ó falsos, aprovecha á los que le padecen, porque procede de la caridad, por la cual desean que no se pierdan ni impidan la salvación de los otros. Finalmente, también de la enmienda y corrección de los malos suceden grandes consuelos, los cuales llenan de tanta alegría los ánimos de los buenos cuanto era el dolor que ya les había causado su perdición. Y así en este siglo, en estos días malos, y no sólo desde el tiempo de la presencia corporal de Cristo y de sus apóstoles, sino desde el mismo Abel, que fué el primer justo, á quien mató su impío hermano, y en lo sucesivo hasta el fin de este mundo, entre las persecuciones de la tierra y entre los consuelos de Dios, discurre peregrinando su Iglesia.

CAPÍTULO LII

Si debe creerse lo que piensan algunos, que cumplidas las diez persecuciones que ha habido, no queda otra alguna, á excepción de la undécima, que ha de ser al tiempo del mismo Ante-cristo.

Y por lo mismo, tampoco me parece debe afirmarse ó creerse temerariamente lo que algunos han opinado ú opinan de que no ha de padecer la Iglesia más persecuciones hasta que venga el Antecristo, que las que ya ha padecido, esto es, diez; de forma que, la undécima, que será la última, sea por causa de la venida del Antecristo; pues cuentan por la primera la que motivó Nerón, la segunda Domiciano, la tercera Trajano, la cuarta Antonino, la quinta Severo, la sexta Maximino, la

séptima Decio, la octava Valeriano, la novena Aureliano, y la décima Diocleciano y Maximiano, porque imaginan éstos que como fueron diez las plagas de los egipcios antes que empezase á salir de aquel país el pueblo de Dios, se deben referir á este sentido, de forma que la última persecución del Antecristo represente á la undécima plaga, la en que los egipcios, persiguiendo como enemigos á los hebreos, perecieron en el mar Bermejo, pasando por él á pie enjuto el pueblo de Dios. Pero no pienso yo que lo que sucedió en Egipto nos significó proféticamente estas persecuciones, aunque los que así opinan parece que con mucha puntualidad é ingenio han cotejado cada una de aquellas plagas con cada una de estas persecuciones, no con espíritu profético, sino con humana conjetura, la cual, á veces acierta con la verdad, y á veces la yerra. Porque ¿qué nos podrán decir de la persecución, en la cual el mismo Dios y Señor fué crucificado? ¿En qué número la pondrán? Y si presumen que debe principiar la cuenta sin contar ésta, como si debiéramos contar las que pertenecen al cuerpo, y no aquella en que fué perseguida y muerta la misma cabeza, ¿qué harán de la otra que sucedió en Jerusalén después que Jesucristo subió á los cielos; cuando apedrearon á San Esteban; cuando degollaron á Santiago, hermano de San Juan; cuando al apóstol San Pedro le metieron en una cárcel para darle la muerte, libertándole un ángel de las prisiones; cuando fueron ahuyentados y esparcidos los cristianos de Jerusalén; cuando Saulo, que después vino á ser el apóstol San Pablo, destruía y perseguía la Iglesia; cuando ya predicando la fe el mismo Apóstol de las gentes, padeció los mismos ultrajes y trabajos que él solía causar, así en Judea como por todas las demás naciones, por donde quiera que con singular fervor iba predicando á Cristo? ¿Por qué motivo les parece que

debe comenzarse desde Nerón, ya que entre atroces persecuciones, que sería largo referirlas todas, llegó la Iglesia aumentándose insensiblemente á los tiempos de Nerón? Y si piensan que deben ponerse solamente el número de las persecuciones las que motivaron los reyes, rey fué Herodes, que después de la ascensión del Señor la hizo gravísima. Y asimismo, ¿qué nos responderán del emperador Juliano, cuya persecución no cuentan en el número de las diez? ¿Acaso no persiguió la Iglesia prohibiendo á los cristianos enseñar y aprender las artes y ciencias liberales? ¿Y privando de su cargo en el ejército á Valentiniano el Mayor, que después fué emperador, porque confesó la fe de Cristo? Y nada diremos de lo que comenzó á practicar en la ciudad de Antioquía, y no continuó por admirarle la libertad y alegría de un joven cristiano, constante en la fe, que entre otros muchos presos para martirizarlos con tormentos, siendo el primero de quien echaron mano, y padeciendo por todo un día acerbísimos tormentos, cantaba alegremente entre los mismos garfios y dolores; en vista de lo cual, el tirano desistió, temiendo sufrir mayor y más ignominiosa confusión y afrenta en los demás. Finalmente, en nuestros tiempos, Valente Arriano, hermano del dicho Valentiniano, ¿por ventura no hizo una terrible carnicería en la Iglesia católica con su persecución en las provincias de Oriente? ¿Y qué diremos, viendo que no consideran que la Iglesia, así como va fructificando y creciendo por todo el mundo, puede padecer en algunas naciones persecución por los reyes, aun cuando no la padezca en otras? A no ser que no deba contarse por persecución cuando el rey de los godos, en su país, con admirable crueldad persiguió á los cristianos, no habiendo allí sino católicos, de los cuales muchos merecieron la corona del martirio, como lo oímos á algunos cristianos que, siendo jóvenes,

se hallaron entonces allí y se acordaban, sin dudar, de haberlo visto? ¿Y qué diré de la que en la actualidad sucede en Persia? ¿Acaso no se encendió allí la persecución contra los cristianos, aun no bien extinguida, y tan acerba, que algunos se han venido huyendo hasta los pueblos sujetos al imperio de los romanos? Por estas y otras consideraciones semejantes, me parece que no debemos poner número determinado en las persecuciones con que ha de ser ejercitada y molestada la Iglesia; pero, por otra parte, afirmar que después de la última, en que no pone duda cristiano alguno ha de haber algunas otras por los reyes, no es menor temeridad. Así que esto lo dejamos indeciso, sin aprobar ni desaprobar ninguna de las partes de esta cuestión, y procurando sólo aconsejar al lector que no asegure con atrevida presunción ni lo uno, ni lo otro.

CAPÍTULO LIII

De cómo está oculto el tiempo de la última persecución.

La última persecución que ha de hacer el Antecristo, sin duda la extinguirá con su presencia el mismo Jesucristo, porque así lo dice la Escritura: *quod eum interficiet spiritu oris sui, et evacuavit illuminatione presentiae suae*, «que le quitara la vida con el espíritu de su boca y le destruirá con sólo el resplandor de su presencia». Aquí suelen preguntar, ¿cuándo sucederá esto? Pregunta sin duda excusada, pues si nos aprovechara el saberlo, ¿quién lo dijera mejor que el mismo Dios, nuestro Maestro, cuando se lo preguntaron sus discípulos? Porque no se les pasó esto en silencio cuando

estaban con él, sino que se lo preguntaron, diciendo: *Domine, si hoc in tempore representabis Regnum Israel? At ille, non est, inquit, vestrum nosse tempora, quæ Pater in sua posuit potestate*, «Señor, ¿acaso en este tiempo habéis de restituir el reino de Israel? Y Cristo les respondió: No es para vosotros el saber los tiempos que el Padre puso en su potestad». Porque, en efecto, no le preguntaron sus discípulos la hora, ó el día ó el año, sino el tiempo, cuando el Señor les respondió en tales términos; así que en vano procuramos contar y definir los años que restan de este siglo, oyendo de la boca de la misma verdad que el saber esto no es para nosotros. Con todo, dicen algunos que podrían ser cuatrocientos años, otros quinientos, y otros mil, contando desde la ascensión del Señor hasta su última y final venida, y el intentar manifestar en este lugar el modo con que cada uno funda su opinión, sería asunto largo y no necesario, porque sólo usan de conjeturas humanas, sin traer ni alegar cosa cierta de la autoridad de la Escritura canónica. El que dijo: no es para vosotros el saber los tiempos que el Padre puso en su potestad, sin duda confundió los guarismos y puso entredicho á todos los que pretenden sacar esta cuenta. No debe maravillarnos que esta sentencia evangélica no haya refrenado á los que adoran la muchedumbre de los dioses falsos, para que dejasen de fingir, diciendo que por los oráculos y respuestas de los demonios, á quienes adoran como á dioses, está definido el tiempo que ha de durar la religión cristiana. Porque como veían que no habían sido bastantes á acabarla y consumirla tantas y tan terribles persecuciones, antes sí con ellas se había propagado extraordinariamente, inventaron ciertos versos griegos, suponiéndolos dados por un oráculo á un sujeto que le consultaba, en los cuales, aunque se absuelve á Cristo como inocente de este sacrilego crimen, di-

cen que Pedro hizo con sus hechizos que fuese adorado el nombre de Cristo por 365 años, y que acabado el número de estos, sin otra dilación dejarían de adorarle. ¡Oh juicios de hombres doctos, ingenios de gente cuerda y literaria, dignos sois de creer de Cristo lo que no queréis creer contra Cristo, que su discípulo Pedro no aprendió de su divino Maestro las artes mágicas, sino que, siendo éste inocente, su discípulo fué hechicero y mágico, y que con estas sus artes é invenciones, á costa de grandes trabajos y peligros que padeció, y, al fin, con derramar su sangre, más quiso que adorasen las gentes el nombre de Cristo que el suyo propio! Si Pedro, siendo hechicero y malhechor, hizo que el mundo amase así á Cristo, ¿qué hizo Cristo, siendo inocente, para que con tanto cariño le amase Pedro? Ellos mismos, pues, se responden á sí propios, y, si pueden, acaben de entender que aquella divina gracia fué la que hizo que, por causa de la vida eterna, amase el mundo á Cristo, la que hizo que por alcanzar de Cristo la vida eterna le amase Pedro hasta dar por él la vida temporal. Además, estos dioses ¿quiénes son que pudieron adivinar estas cosas y no las pudieron estorbar, rindiéndose así á un solo hechicero y á un solo hechizo, en el que dicen fué muerto despedazado, y con sacrílega ceremonia sepultado, un niño de un año; que permitieron se extendiese y creciese tanto tiempo una secta tan contraria suya; que venciese, no resistiendo, sino sufriendo y padeciendo tan horrendas crueldades de tantas y tan grandes persecuciones, y que llegase á arruinar y destruir sus ídolos, templos, ceremonias y oráculos? Y, finalmente, ¿qué dios es éste, no nuestro, sino de ellos, á quien con una acción tan fea pudo Pedro, ó atraerle ó compelerle á que viniese á hacer todo esto? Porque no era algún demonio, sino dios, según dicen aquellos versos, á quien ordenó este mandato Pedro con su arte

mágica. Tal es el dios que tienen los que no tienen ni confiesan á Cristo.

CAPÍTULO LIV

De cómo absurdamente mintieron los paganos al fingir que la religión cristiana no había de permanecer ni pasar de 365 años.

Estas y otras particularidades semejantes aglomera-
ra aquí, si no hubiera ya pasado el año que prometió el
fingido oráculo, y el que creyó la ilusa vanidad de los
idólatras; pero como después que se instituyó y fundó
el culto y reverencia de Cristo por su propia persona y
presencia corporal, y por los Apóstoles, han transcu-
rrido ya algunos años desde que se cumplieron los 365,
¿qué otro argumento buscamos para convencer esta
falsedad? Aunque no pongamos ni fijemos el principio
de este grande asunto en la Natividad de Cristo, porque
siendo niño y púbere no tuvo discípulos; con todo:
cuando comenzó á tenerlos, sin duda se empezó á ma-
nifestar por su corporal presencia la doctrina y reli-
gión cristiana, esto es, después que el Bautista le bau-
tizó en el Jordán. Por eso precedió aquella profecía,
*dominabitur à mari usque ad mare, et à flumine usque ad
terminos orbis terræ*, «dominará y señoreará todo lo que
hay de mar á mar, desde el río hasta los últimos térmi-
nos del orbe de la tierra». Mas como antes que pade-
ciese y resucitase de entre los muertos la fe, esto es, el
verdadero conocimiento de Dios, aun no se había dado
á todos, porque acabó de darse en la resurrección de
Cristo, mediante á que así lo dice el apóstol San Pablo
hablando con los atenienses: *jam nunc annuntiat homi-*

nibus, omnes ubique agere pœnitentiam, eo quod statuit diem, judicare orbem in æquitate, in viro, in quo deffinibi fidem omnibus resuscitans illum à mortuis, «Ahora avisa y anuncia Dios á los hombres, que todos en todo el mundo hagan penitencia, porque tiene ya aplazado el día en que ha de juzgar al mundo con exacta y rigurosa justicia por medio de aquel varón por quien dió fe; esto es, el conocimiento de Dios á todos, resucitándole de entre los muertos». Para resolver debidamente esta cuestión, mejor tomaremos el hilo de la narración desde allí, especialmente porque entonces dió también Dios el Espíritu Santo, como convino que se diese después de la resurrección de Cristo en aquella ciudad de donde había de comenzar la segunda ley, esto es, el Nuevo Testamento; porque la primera, que se llama el Viejo Testamento, se dió en el monte Sinaí por medio de Moisés. De ésta que había de dar Cristo, dijo el Profeta: *ex Sion lex prodiet, et verbum Domini ex Jerusalem*, «que de Sión saldría la ley, y la palabra y predicación del Señor, de Jerusalén». Y así dijo el mismo Señor expresamente que convenía predicar la penitencia en su nombre por todas las naciones; pero principalmente y en primer lugar por Jerusalén. En esta ciudad, pues, comenzó el culto y veneración á este augusto nombre, de forma, que creyeron en Jesucristo crucificado y resucitado. Allí ésta principió con tan ilustres principios, que algunos millares de hombres, convirtiéndose al nombre de Cristo con maravillosa alegría, vendiendo toda su hacienda para distribuirla entre los pobres y necesitados, vinieron á abrazar con un santo propósito y ardiente caridad la voluntaria pobreza; y entre aquellos judíos que estaban bramando y deseando beber la sangre de los convertidos, se dispusieron á pelear valerosamente hasta la muerte por la verdad, no con armado poder, sino con otra arma más

poderosa, que es la paciencia. Si esto pudo hacerse sin arte alguna mágica, ¿por qué dudan que la virtud divina, que así lo dispuso, pudo hacer lo mismo en todo el mundo? Y si para que en Jerusalén acudiese así al culto y reverencia del nombre de Cristo tanta multitud de gentes que le habían crucificado, ó después de crucificado le habían escarnecido, había ya hecho Pedro aquella hechicería. Averigüemos desde este año á ver cuándo se cumplieron los 365. Murió Cristo en el consulado de los dos Géminos, á 25 de Marzo; resucitó al tercero día, como lo vieron y tocaron los Apóstoles con sus propios sentidos. Después, pasados cuarenta días, subió á los cielos, y á los diez siguientes, esto es, cincuenta días después de su Resurrección, envió el Espíritu Santo. Entonces, por la predicación de los Apóstoles, creyeron en Dios tres mil personas. Así, pues, en aquella época comenzó el culto y reverencia de su nombre, según nosotros lo creemos, y es la verdad, por la virtud del Espíritu Santo; y según lo fingió ó pensó la impía vanidad por las artes mágicas de Pedro. Poco después también, por un insigne milagro, cuando á una palabra del mismo Pedro, un pobre mendigo que estaba tan cojo y tullido desde su nacimiento, que otros le llevaban y le ponían á la puerta del templo para que pidiese limosna, se levantó sano en nombre de Jesucristo; creyeron en él cinco mil hombres, y acudiendo después otros y otros á la misma fe, fué creciendo la Iglesia. De esta manera también se colige el día en que comenzó el año, es á saber: cuando fué enviado el Espíritu Santo, esto es, á 15 de Mayo. Ahora bien: contando los cónsules se ve que los 365 años se cumplieron el 15 de Mayo, en el consulado de Honorio y Eutiquiano. Y así el año siguiente, siendo cónsul Manlio Teodoro, cuando según aquel oráculo de los demonios, ó ficción de los hombres, no había de haber más reli-

gión cristiana, sin necesidad de averiguar lo que sucedió en otras partes del mundo, sabemos que aquí, en la famosa é ilustre ciudad de Cartago en África, Gaudencio y Jovio, gobernadores por el emperador Honorio, á 19 de Marzo, derribaron los templos y quebraron los simulacros é ídolos de los falsos dioses. Desde entonces acá, en casi treinta años, ¿quién no sabe lo que ha crecido el culto y religión del nombre de Cristo, principalmente después que se han hecho cristianos muchos de los que dejaban de ser, creyendo en aquel pronóstico ó vaticinio como si fuera verdadero, y cuya ridícula falsedad vieron, al cumplirse el número de los años? Nosotros, pues, que somos y nos llamamos cristianos, no creemos en Pedro, sino en aquel en quien creyó Pedro, edificados con la doctrina cristiana que nos predicó Pedro, y no hechizados con sus encantos, ni engañados con maleficios, sino ayudados con sus beneficios (1). Cristo, que fué maestro de Pedro y le enseñó la doctrina que conduce á la vida eterna, ese mismo es también nuestro maestro. Pero concluyamos este libro, en que hemos disputado y manifestado lo que parece bastante para demostrar cuáles hayan sido los progresos que han hecho las dos Ciudades, mezcladas entre sí, entre los hombres, la celestial y la terrena, desde el principio hasta el fin; de las cuales, la terrena se hizo para sí sus dioses falsos, fabricándolos como quiso, tomándolos de cualquiera parte, ó también de entre los hombres, para tener á quien servir y adorar con sus sacrificios; pero la otra, que es celestial y peregrina en la tierra, no hace falsos dioses, sino que á ella misma la hace y forma el verdadero Dios, cuyo sacrificio verdadero ella se hace. Con todo, en la tierra ambas gozan juntamente de los bienes temporales, ó padecen junta-

(1) San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. III.

mente los males con diferente fe, con diferente esperanza, con diferente amor, hasta que el juicio final las distinga y consiga cada una su fin respectivo, que no ha de tener fin. Del fin de cada una de ellas trataremos más adelante.

LIBRO DÉCIMONONO

CAPÍTULO I

Que en la cuestión que ventilaron los filósofos sobre los últimos fines de los bienes y de los males, halló Marco Varrón doscientas ochenta y ocho sectas y opiniones.

Por cuanto advierto que me resta tratar de los correspondientes fines de una y otra Ciudad, de la terrena y de la celestial, declararé en primer lugar (cuanto fuere necesario para finalizar esta obra) los argumentos con que han procurado los hombres formarse á sí mismos en la desventura de la vida presente, para que se eche de ver cuánto se diferencia de sus vanidades ilusorias la esperanza que nos ha dado Dios, y la misma cosa, esto es, para que aparezca clara la bienaventuranza que nos ha de dar, no sólo con la autoridad divina, sino también con la razón, cual puede hacerse, por causa de los infieles. De los últimos fines de los bienes y de los males han disputado los filósofos muchas y muy diferentes cosas; y ventilando esta cuestión con particular empeño, lo que han pretendido es hallar, qué es lo que hace al hombre bienaventurado. Es el fin de nuestro bien, lo que nos impulsa á desear los demás, y él por sí mismo, y es el fin del mal lo que nos excita á evitar y huir los demás males, y él por sí mismo. Así que, llamamos ahora fin del bien, no aquel con que fe-

nece y acaba de forma, que desaparezca, sino con que se perfecciona, de manera que esté completo, y el fin del mal, no aquel con que deja de ser, sino aquel hasta donde llega causándonos daño. Son, pues, los fines el sumo bien y el sumo mal. Para hallar éstos y para conseguir en esta vida el sumo bien y huir del sumo mal, trabajaron infinito, como insinué, los que, en la vanidad lisonjera del siglo, profesaron el estudio de la sabiduría, á los cuales, sin embargo, aunque errados por diferentes motivos, no permitió la verdadera senda y luz de la naturaleza que se desviasen tanto del camino de la verdad, que no pusiesen los fines de los bienes y de los males, unos en el alma, otros en el cuerpo, y otros en el alma y en el cuerpo. Y de ésta, que es como una división capital de tres sectas generales, Marco Varrón en el libro de la filosofía, habiéndola examinado con exactitud y agudeza, descubrió tanta variedad de opiniones, que sin dificultad alguna de solas tres llegó á subir al número de doscientas ochenta y ocho sectas, no que efectivamente las hubiese ya, sino que las pudiera haber, estableciendo ciertas diferencias. Y para manifestar este punto con la posible brevedad, conviene dar principio por lo mismo que advierte y pone en el libro citado, diciendo: que son cuatro las cosas que naturalmente apetecen los hombres, sin que para ello sea necesario el auxilio de maestro, ni favor de doctrina alguna, ni industria ó arte de vivir, que se llama virtud, y que sin duda se aprende; el deleite con que se mueve gustosamente el sentido sensual del cuerpo; la quietud con que uno está libre, sin padecer molestia alguna del cuerpo; la una y la otra, á lo cual Epicuro llama y comprende bajo el sólo nombre de deleite; los principios de la naturaleza, donde se hallan también estas mismas cualidades y otras, en el cuerpo, como la integridad de los miembros, salud y perfecta disposición corporal, y

en el alma, como las perfecciones que se descubren grandes ó pequeñas en los ingenios de los hombres. Estas cuatro cualidades, el deleite, la quietud, ambas juntas, y los principios de la naturaleza de tal manera se hallan en nosotros, que la virtud, la cual después ingiere y planta en nosotros la doctrina, ó debe apetecerse por estas cosas, ó estas por la virtud, ó lo uno y lo otro por sí mismo, y, por consiguiente, nacen ya de aquí doce sectas; porque de esta conformidad cada una se multiplica tres veces, lo cual, puesto por ejemplo en uno, no será difícil hallarlo en los demás. Según el deleite del cuerpo se sujete, ó se aventaje, ó se una á la virtud del alma, constituye tres diferencias de sectas. Sujétase á la virtud cuando se toma para el uso de la misma virtud, porque al oficio respectivo de ella pertenece el vivir para la patria y el engendrar hijos por amor á la patria, y ni lo uno ni lo otro puede hacerse sin el deleite corporal; pues sin él ni se come ni se bebe para vivir, ni se engendra para propagar la especie. Cuando supera á la virtud, el deleite se apetece por sí mismo, y la virtud parece que debe tomarse por el deleite, esto es, que no practique gestión alguna la virtud, sino para conseguir ó conservar el deleite del cuerpo, que es una vida sin duda torpe y deforme, porque, en efecto, la virtud viene á servir al deleite como á su señor, y en tal caso no debe llamarse virtud. Esta abominable torpeza no dejó de tener algunos filósofos por patronos y defensores. Júntase el deleite á la virtud cuando no se apetece el uno por el otro, sino que ambas cualidades se apetece por sí mismas. De igual modo que el deleite, según esté sujeto, ó aventajado, ó unido á la virtud, constituye tres sectas, así también las originan la quietud, ó esto y el deleite, ó los principios de la naturaleza; pues conforme á la variedad de las opiniones humanas, á veces se sujetan á la virtud,

á veces se aventajan y á veces se juntan, y de este modo se llega á completar el número de doce sectas. Este número viene á doblarse también poniéndole una diferencia, es á saber, el vivir en sociedad, porque cualquiera que sigue alguna de estas doce sectas, sin duda que lo hace, ó por sí sólo, ó también por amor á su socio, á quien debe desear lo que apetece para sí; por lo cual serán doce los que opinan que se debe poseer cada una solo por amor de sí propio, y otras doce las de aquellos que no sólo por amor de sí creen que debe filosofarse de esta ó de otra manera, sino también por amor de los otros, cuyo bien apetecen como el suyo. Estas veinte y cuatro sectas se doblan añadiéndoles otra diferencia de los nuevos Académicos, con lo cual vienen á ser cuarenta y ocho. Porque cualquiera de las veinte y cuatro sectas puede uno tenerla y defenderla como cierta (cual defendieron los Estoicos que el bien del hombre con que era bienaventurado consistía principalmente en la virtud del ánimo) y otro, como incierta, como lo defendieron los nuevos Académicos, quienes no teniendolo por cierto, sin embargo, les pareció verosímil. Resultan, pues, cuarenta y ocho sectas, veinte y cuatro por los que imaginan que deben seguirse como ciertas, y otras veinte y cuatro por los que piensan que se deben adoptar por la verosimilitud. Además, cualquiera de estas cuarenta y ocho sectas puede uno seguirlas con el hábito y traje de los demás filósofos, y otro con el hábito de los Cínicos, y por esta diferencia se duplican y componen noventa y seis. También porque cada una de estas sectas las pueden defender y seguir los hombres, de modo que prefieran la vida ociosa, como los que quisieron y pudieron entregarse á los estudios de las letras, ó la vida de negocios, como los que, aunque filosofaban, vivieron muy ocupados en la administración de la República y en la direc-

ción de los negocios humanos, ó la vida compuesta y alterada del ocio y del negocio, como los que gastaron á veces el tiempo de su vida, parte en la ocupación de las ciencias y de la erudición, y parte en el negocio más necesario; por estas diferencias también se puede doblar por tres veces el número de estas sectas y llegar á doscientos ochenta y ocho.

He insertado esto aquí, tomándolo del libro de Varro, con la mayor brevedad y claridad que he podido, explicando su sentir con palabras mías. Después de refutar las demás, escoge una, la cual quiere que sea la de los Académicos antiguos, los que, siguiendo la doctrina de Platón hasta llegar á Polemón, que fué el cuarto después de Platón que gobernó aquella escuela llamada Academia, quiere parezca que tuvieron sus dogmas por ciertos é indudables, y por eso los distingue de los nuevos Académicos, que todo lo tienen por incierto, cuya especie de filosofar tuvo principio en Archesilao, sucesor de Polemón. Y porqué presume que aquella secta, esto es, la de los Académicos antiguos, carece no sólo de duda, sino también de todo error, sería asunto largo intentar manifestarlo aquí según él lo refiere, mas no por eso es razón que lo omitamos del todo. Primeramente, pues, echa á un lado todas las diferencias que multiplicaron el número de las sectas, las cuales quita, creyendo que no se halla en ellas el fin del sumo bien, pues le parece que no merece nombre de secta filosófica la que no se distingue de las demás en el punto principal, que es tener diferentes fines de los bienes y de los males, mediante á que ningún otro impulso excita al hombre á filosofar sino el deseo de ser bienaventurado, y lo que únicamente hace bienaventurado es sólo el fin del bien; luego ninguna otra causa hay para filosofar sino el fin del sumo bien; por lo cual la secta que no sigue algún fin del bien, no debe llamarse

secta filosófica. Cuando, pues, se pregunta de la vida común y social, si debe tenerla el sabio de forma que el sumo bien con que se hace el hombre bienaventurado le quiera y procure para su amigo como para sí propio, ó si todo lo que hace lo hace sólo por causa de su bienaventuranza, no se trata del sumo bien, sino se trata de tomar ó no tomar compañía para la participación de este bien, no por sí mismo, sino por la misma compañía, por complacerse del bien del compañero como de un bien propio. Y asimismo, cuando se pregunta sobre los nuevos Académicos, que lo tienen todo por incierto, si debentenerse por inciertas las materias en que se debe filosofar, ó como han querido otros filósofos, si las debemos tener por ciertas, no se pregunta qué es lo que se debe perseguir para el fin del sumo bien, sino sobre la verdad del mismo bien, que parece debe perseguirse, si se debe dudar si es bien ó no es bien, esto es, por decirlo más claro, si se debe adoptar, de manera que el que lo sigue diga que es verdadero, aunque acaso sea falso, con tal que el uno y el otro sigan un mismo bien. Tampoco en la diferencia que nace del hábito y costumbres de los cínicos se pregunta cuál sea el fin del bien, sino si en aquel hábito y costumbres debe vivir el que sigue el verdadero bien, cualquiera que le parezca verdadero y que debe seguirse. Por último, hubo algunos que, aunque siguieron diferentes bienes finales, unos la virtud, otros el deleite, usaron un mismo hábito y un mismo instituto, por lo que se llamaron cínicos, y esta diferencia de los cínicos con los demás filósofos no importaba ni valía para elegir y conseguir el bien, con el cual se hiciesen bienaventurados; porque si interesara de algún modo para el presente asunto, sin duda que el mismo hábito nos obligara á seguir el mismo fin, y otro diferente no nos dejara adoptar el mismo fin.

CAPÍTULO II

De cómo dejando á un lado todas las diferencias, que no son - sectas, sino cuestiones, llega Varrón á las tres definiciones del sumo bien, entre las cuales le parece que se debe escoger una.

De los tres géneros de vida, es á saber, el uno ocioso, aunque no ociosamente entretenido en la contemplación é inquisición de la verdad; el otro negocioso en el gobierno de las cosas humanas, y el tercero templado y mezclado del uno y del otro género, cuando se pregunta cuál de estos debe preferirse, no es la controversia sobre el sumo bien lo que se duda y disputa, sino cuál de estos tres géneros nos causa dificultad ó facilidad para alcanzar ó conservar el fin del bien, por cuanto el fin del sumo bien, luego que se llega á su pacífica posesión, al punto hace bienaventurado al pretensor; y en el ocio de las letras, ó en el negocio público, ó cuando alternativamente se hace lo uno y lo otro, no tan pronto es uno bienaventurado, pues muchos pueden vivir en cualquiera de uno de estos tres géneros y errar en el método de perseguir el fin del bien con que el hombre se hace bienaventurado. Así que una es la cuestión de los fines de los bienes y de los males, que es la que constituye cada una de las sectas filosóficas, y otras son las cuestiones sobre la vida social, de la dudá é indecisión de los académicos, del traje y sustento de los cínicos, de los tres géneros de vida, ocioso, activo y compuesto de uno y otro, pues en ninguna de éstas se disputa de los fines de los bienes y de los males. Por ello Marco Varrón, señalando estas cuatro diferencias, es á saber, de la vida social, de los académicos nuevos, de los cínicos y de estos tres géneros de

vivir, llegó á referir hasta doscientas ochenta y ocho sectas, y aunque haya otras semejantes que puedan añadirse, deja todas aparte porque no afectan á la cuestión del sumo bien, y ni son ni deben llamarse sectas, retrocediendo á aquellas doce, donde se pregunta cuál sea el bien esencial del hombre, con el que, consiguiéndole, es bienaventurado para manifestar que una de ellas es la verdadera y las demás son falsas. Porque dejando á un lado aquellos tres géneros de vida, se le quitan las dos partes de este número, y quedan noventa y seis sectas; y apartando á otro lado la diferencia añadida de los cínicos, se reducen á la mitad, y vienen á ser cuarenta y ocho; y si quitamos lo que pusimos sobre los nuevos académicos, vendrán á quedar la mitad, esto es, veinticuatro. Y asimismo, desmembrando lo que se añadió acerca de la vida social, quedarán en doce las sectas, que esta diferencia había duplicado hasta veinticuatro. De estas doce no podemos decir cosa particular por lo cual no debamos tenerlas por sectas, mediante á que nada más se busca en ellas que el fin de los bienes y de los males, y hallados los fines de los bienes, sin duda que, por el contrario, lo serán los de los males. Para que se vengan á formar estas doce sectas, se triplican aquellas cuatro cualidades: el deleite, la quietud, lo uno y lo otro y los principios de la naturaleza, que llama Varrón *primogénea*, que son las cosas que, naturalmente, están estampadas en nuestros corazones. Porque de estas cuatro, cada una de ellas se sujeta á veces á la virtud, de modo que parece que se deben apetecer, no por sí mismas, sino por amor á la virtud; otras veces se aventajan, de forma que parece que la virtud y estas cualidades deben apetecerse por sí mismas, y así triplican el número cuaternario y llegan á constituir doce sectas. De aquellas cuatro cualidades quita Varrón tres, es á saber, el deleite, la quietud,

tud y la una y la otra, no porque las repruebe, sino porque los primogéneos, ó principios de la naturaleza tienen también en sí el deleite ó la quietud. ¿Qué necesidad hay de hacer tres de estas dos, es á saber, dos cuando cada una se apetece de por sí, el deleite ó la quietud, y la tercera cuando ambas juntas, pues los principios de la naturaleza las contienen igualmente en sí mismas, y fuera de ellas otras muchas? Así que, de tres sectas, es de dictamen que debe tratarse con cuidado y exactitud cuál es la que se debe escoger, porque la razón verdadera no sufre que sea más de una la positiva, ya se halle en estas tres ó en alguna otra parte, lo cual veremos después. Entretanto, veamos, con la brevedad y claridad que pudiéremos, cómo escoge, de estas tres, una Varrón, mediante á que las tres nacen cuando los principios de la naturaleza deben apeteerse por la virtud, ó la virtud por los principios, ó lo uno y lo otro, esto es, la virtud y los principios por sí mismos.

CAPÍTULO III

Entre las tres sectas que tratan de la inquisición del sumo bien del hombre, cuál sea la que define Varrón que se ha de escoger, siguiendo el parecer de la Academia antigua, según Antíoco.

Cuál de estas tres sectas sea la verdadera y la que se debe seguir, nos lo pretende persuadir en esta forma: Primeramente, como en la filosofía no se busca el sumo bien del árbol, ni de las bestias, ni de Dios, sino del hombre, le parece que se debe investigar qué cosa es el hombre, y dice, que en la naturaleza del hombre hay

dos cosas, cuerpo y alma, y que de éstas dos, no duda que el alma es mejor y mucho más excelente; pero opina que se debe indagar si sólo el alma constituye hombre, de forma que el cuerpo le sirva como el caballo al caballero, porque el caballero no es hombre y caballo, sino solamente hombre; pero se dice caballero, porque en cierto modo tiene alguna relación con el caballo; ó si es el cuerpo lo que constituye el hombre, que relacionándose con el alma, como el bebedero ó vaso donde se bebe, con la bebida, porque de la taza y la bebida que contiene la taza no se dice juntamente póculo ó bebedero, sino sólo de la taza, por ser acomodada para tener la bebida, ó si ni el alma sola, ni solamente el cuerpo, sino juntamente lo uno y lo otro, forman el hombre, siendo sólo parte el alma ó el cuerpo, y constando todo él de ambas entidades para que sea hombre, como á dos caballos uncidos llamamos bigas ó yunta de dos caballos, de los cuales el uno, ya esté á la diestra ó á la siniestra, es parte de la yunta ó yugada, y á ninguno de ellos, esté donde esté respecto del otro, no le llamamos yunta ó yugada, sino á ambos juntos. De estas tres cosas escoge la tercera, y dice que el hombre ni es el alma sola, ni sólo el cuerpo, sino juntamente el alma y el cuerpo; por lo cual añade que el sumo bien del hombre con que viene á ser bienaventurado, consta de los bienes del alma y del cuerpo. Opina, pues, que los principios de la naturaleza se deben apetecer por sí mismos, y la virtud, que la doctrina y educación nos enseña como arte de vivir, es, entre los bienes del alma, singular y apreciable bien. Por lo cual, la misma virtud, esto es, el arte de vivir, luego que ha recibido los principios de la naturaleza, que existían sin ella, aunque les faltaba la doctrina, todas las cosas las apetece por amor de sí misma, y juntamente también á sí misma, y de todas juntas y de sí misma usa á fin de delei-

tarse con todas y gozar de todas más ó menos, según que cada cosa entre sí es mayor ó menor, pero gustando de todas y despreciando algunas menores cuando la necesidad lo pide, por alcanzar y gozar de las mayores. La virtud de ningún modo antepone á sí ninguno de los bienes, ya sean del alma ó del cuerpo, porque usa bien, así de sí misma como de todos los demás bienes que hacen al hombre bienaventurado, y donde ella no está, por muchos bienes que haya, no son bienes, ni se deben llamar bienes de aquel á quien, por usar mal de ellos, no pueden ser de utilidad. Así que, la vida del hombre, que participa de la virtud y de los otros bienes del alma y del cuerpo, sin los cuales no puede consistir la virtud, se dice bienaventurada. Y si goza también de otros, sin los cuales puede estar la virtud, pocos ó muchos, será más bienaventurada; y si de todos, de forma que no le falte bien alguno, ni del alma ni del cuerpo, será felicísima, porque no es la vida lo que constituye virtud, en atención á que no toda vida, sino la vida sabia, es virtud. Cualquiera vida puede estar sin virtud alguna, pero la virtud no puede estar sin alguna vida. Esto mismo puede decirse de la memoria y de la razón, y de otras cosas semejantes que haya en el hombre, porque estas cosas las tiene también antes de la doctrina, y sin ellas no puede haber doctrina alguna, ni por consiguiente virtud, porque ésta se aprende y adquiere. El correr con ligereza, tener cuerpo hermoso, extraordinarias fuerzas y otras cualidades semejantes, son cosas que, pudiendo la virtud hallarse sin ellas, y ellas sin la virtud, constituyen bienes; pero la virtud también ama estas prendas por respeto á sí misma, y usa y goza de ellas virtuosamente. Esta vida bienaventurada, dicen asimismo, ser la social ó política, supuesto que estima los bienes de los amigos como los suyos, y les desea á los amigos lo que á sí mismo,

ya vivan en casa, como la mujer y los hijos, y todos los domésticos, ó en el lugar donde tiene su casa, como es la ciudad, y son los que se llaman vecinos y ciudadanos, ó en todo el orbe, como son las gentes y naciones, que forman la sòciedad humana, ó en el mundo que se entiende por el cielo y por la tierra, defendiendo estos platónicos, que los dioses, á quienes nosotros familiarmente llamamos ángeles, son amigos del hombre sabio. También sostienen que de ningún modo debe dudarse de los fines de los bienes, ni tampoco de los fines de los males; y dicen que esta es la diferencia que hay entre ellos y los nuevos Académicos, y que nada les interesa que filosofe y ratiocine cada uno en orden á estos fines que tienen por verdaderos, en traje cínico ó en otro cualquiera hábito ú opinión. Entre los tres géneros de vida, ocioso, negocioso y el compuesto de uno y otro, dicen que les agrada el tercero. Esto es lo que opinaron y enseñaron los antiguos Académicos, según lo afirma Varrón siguiendo á Antíoco, maestro de Cicerón y suyo, de quien intenta probar Cicerón que en muchas dóctrinas parece más estoico que antiguo Académico. Pero á nosotros, que estamos más obligados á juzgar exactamente de estas materias, que á saber por grande arcano qué es lo que cada uno opinó acerca de ellas, ¿qué nos interesa su discusión?

CAPÍTULO IV

¿Qué opinan los cristianos del sumo bien y del sumo mal?

Si nós preguntaren, pues, qué es lo que responde á cada cosa de éstas la Ciudad de Dios, y primeramente qué es lo que opina de los fines últimos de los bienes

y de los males, responderemos que la vida eterna es el sumo bien y la muerte eterna el sumo mal, y que por eso, para conseguir la una y libertarse de la otra, es necesario que vivamos bien. La Escritura dice: (1) «que el justo vive por la fe», porque ni en la tierra vemos nuestro bien, por cuyo motivo es indispensable que, creyendo, le busquemos, ni lo que es vivir bien lo hallamos en nosotros como producción nuestra, sino cuando, creyendo y orando, nos ayuda el que nos dió igualmente la fe, con que confiemos y creamos que él nos ha de favorecer. Los que imaginaban que los fines de los bienes y de los males estaban en la vida presente, colocando el sumo bien ó en el cuerpo ó en el alma, ó en ambos, y por decirlo más claro, designándole ó en el deleite ó en la virtud, ó en uno y otro, ó en la quietud ó en la virtud, ó en ambas, ó juntamente en el deleite y quietud, ó en la virtud, ó en los dos, ó en los principios de la naturaleza, ó en la virtud, ó en uno y otro, pretendieron y quisieron con extraña vanidad ser en la tierra bienaventurados. Búrlase de estos ilusos la misma verdad por medio del Real Profeta, diciendo (2): «Sabe Dios que los discursos y pensamientos de los hombres son vanos»: ó, como cita el Apóstol, este testimonio (3): «Sabe Dios que los discursos y raciocinios de los sabios son vanos y fútiles».

¿Quién podrá, por más elocuente que sea, explicar y ponderar las miserias de esta vida? Cicerón las deploró como pudo en la consolación que escribió sobre la muerte de su hija, pero lo que pudo fué poco; pues los principios que llaman naturales, ¿cuándo, dónde y de qué manera pueden tener tan buena disposición en esta vida, que no vacilen y padezcan vicisitudes bajo la in-

(1) San Pablo, ep. á los Gálatas, cap. III, et Abacuc, cap. II.

(2) Salmo 98.

(3) San Pablo, I, ep. á los Corintios, cap. III.

constancia de los sucesos? Porque ¿qué dolor contrario al deleite, qué inquietud contraria á la quietud no puede suceder en el cuerpo de un sabio? La falta, defeción ú opresión de los miembros, á lo menos disminuye la integridad al hombre, la fealdad le aja la hermosura, la flaqueza le disipa la salud, el cansancio las fuerzas, las pesadumbres la agilidad. ¿Qué infortunio de estos hay que no pueda hacer presa en la carne del sabio? El estado del cuerpo y también el movimiento, cuanto más decentes y congruentes son, se cuentan entre los principios de la naturaleza; pero ¿qué sucederá si alguna mala disposición hace temblar los miembros con extrañas convulsiones, y si el espinazo se encorva, de forma que obligue al hombre á poner las manos en el suelo, haciéndole andar en cuatro pies? ¿Acaso no estragará todo el decoro y hermosura del estado y movimiento del cuerpo? ¿Qué diremos de los bienes primogéneos, que llaman del alma, donde ponen dos principios, para comprender y percibir la verdad, el sentido y el entendimiento? ¿Cuán inútil no quedará el sentido, si llega á ser el hombre sordo y ciego? ¿Dónde irá la razón y la inteligencia, dónde la sepultarán si acaece que con alguna enfermedad se vuelve demente? Cuando los frenéticos hacen ó dicen desatinos y disparates, por la mayor parte ajenos de su buena intención y loables costumbres, ó, por mejor decir, contrarios del todo á su buen propósito y costumbres, si dignamente los consideramos, apenas podemos contener las lágrimas. ¿Qué diré de los espirituados y endemoniados? ¿Dónde tienen escondido ó sojuzgado su entendimiento cuando el espíritu maligno usa á su albedrío de su alma y de su cuerpo? ¿Quién piensa que tal desastre no le puede suceder al sabio en esta vida? Tan defectuoso es lo que, se puede percibir de verdad en esta carne mortal, que según leemos en el libro de

la sabiduría, que dice las mayores verdades, «el cuerpo corruptible y esta nuestra casa de tierra agrava y comprime el alma cargada de la multitud de pensamientos y cuidados» (1). Pues el ímpetu ó el apetito con que practicamos alguna acción, si es que así se dice bien lo que los griegos llaman *ormen*, por cuanto ponen esto también entre los bienes de los principios naturales, ¿acaso no es el mismo con que se hacen los miserables movimientos de los dementes, y las acciones á que tenemos horror y aversión cuando se pervierte el sentido y se trastorna la razón?

La misma virtud, que no se halla entre los principios naturales, mediante á que viene después á introducirse en ellos con la doctrina, siendo la que se lleva la primacía entre los bienes humanos, ¿qué hace aquí sino traer una perpetua guerra con los vicios, no con los exteriores, sino con los interiores; no con los ajenos, sino realmente con los nuestros, y particularmente aquella que se llama en griego *sofrosine*, que es la templanza con que se refrenan los apetitos carnales para no llevar al alma, consintiendo en ellos, á despeñarse en los vicios? Porque no deja de haber algún vicio cuando, como dice el Apóstol (2), «la carne en sus deseos se encuentra y obra contra el espíritu», á cuyo vicio se opone la virtud, cuando, como insinúa el mismo Apóstol (3), «el espíritu en sus deseos se opone á la carne», porque estas dos cualidades, dice, «se contradicen la una á la otra, para que no hagamos lo que deseamos» (4). ¿Y qué es lo que apetecemos ejecutar cuando intentamos ver el cumplimiento del fin del

(1) Sap., cap. IX.

(2) San Pablo, ep. á los gálatas, cap. V. *Caro concupiscit adversus spiritum.*

(3) Id., lug. cit.

(4) Id., lug. cit. *Hæc enim sibi invicem adversatur, ut non ea quæ vultis, faciatis.*

sumo bien, sino que la carne no desee contra el espíritu, y que no haya en nosotros este vicio, sino acuerdo entre la carne y el espíritu? Aunque así lo apetezcamos en esta vida, supuesto que no lo podemos conseguir, á lo menos practiquemos esta loable acción con el favor de Dios, y no cedamos á la carne que desea contra el espíritu, pues rindiéndose el espíritu, vamos con nuestro consentimiento á cometer el pecado. De ningún modo nos persuadamos que entretanto que tuviéremos esta lucha interior, hemos conseguido la bienaventuranza, á la cual deseamos, venciendo, llegar. ¿Quién es tan sabio que no necesite luchar contra los apetitos y pasiones?

¿Y qué diremos de la virtud llamada prudencia? ¿Acaso con toda su vigilancia no se ocupa en diferenciar y discernir los bienes de los males, para que en amar los unos y huir de los otros no se incurra en algún error? Con esto, ella misma nos testimonia que estamos en los males, ó los males están en nosotros: porque nos enseña, que es malo consentir en el apetito carnal para pecar, y bueno resistirlo. Sin embargo, el mal, que la prudencia aconseja no consentir y la templanza rechaza, ni la prudencia ni la templanza le destierran de esta vida. La justicia, cuyo oficio primario es dar á cada uno lo que es suyo, mantiene en el hombre un orden justo de la naturaleza: que el alma esté sujeta á Dios, y el cuerpo al alma, y consiguientemente el alma y el cuerpo á Dios: ¿acaso no muestra que todavía está trabajando en aquella obra, y no descansando en el fin de ella? Porque tanto menos se sujeta el alma á Dios, cuanto menos concibe á Dios en sus pensamientos; y tanto menos se sujeta la carne al alma, cuanto más desea contra el espíritu. Mientras resida en nosotros esta dolencia, este contagio, esta lesión, ¿cómo nos atreveremos á decir que estamos ya en salvo? Y si no estamos aun en salvo,

¿cómo nos hallaremos bienaventurados con la final bienaventuranza? La virtud, que se llama fortaleza, en cualquiera ciencia que se hallare, es evidentísimo testigo de los males y miserias humanas, que la hacen sufrir con paciencia. Cuyos males, no sé por qué pretenden los filósofos estoicos que no son males, pues confiesan que, si fueran tan grandes que el sabio, ó no pueda, ó no de deba tolerarlos, le impelen á darse la muerte y á salir de esta vida. Tan particular es la ceguedad y soberbia de estos hombres preocupados, que piensan que en la tierra tienen el fin del bien, y que por sí mismos se hacen bienaventurados; que el sabio entre ellos, esto es, cual ellos le pintan con admirable vanidad, aunque ciegue, ensordezca y enmudezca, y aunque le estropeen y laceren los miembros, y le atormenten con dolores, y caigan sobre él todos cuantos males pueden decirse ó imaginarse, y tales trabajos que le obliguen á darse la muerte, debe llamar bienaventurada á una vida puesta entre tantos males. vida bienaventurada que, para que se acabe, busca el auxilio de la muerte. Si es bienaventurada, vívase en ella, y si por el temor de estas calamidades se huye de ella, ¿cómo es bienaventurada? ¿Cómo no se tienen por males los que sobrepujan el bien ó virtud de la fortaleza compeliéndola, no sólo á ceder y rendirse, sino á delirar, diciendo que una misma vida es bienaventurada, y persuadiendo que se debe huir de ella? ¿Quién hay tan ciego que no advierta que, si fuera feliz, no debería huirse de ella? Pero si por el contrapeso de su flaqueza, que tanto la oprime, confiesan que se debe huir, ¿qué razón hay para que humillando la cerviz de su soberbia, no la confiesen también por miserable? ¿Se mató Catón con admirable constancia, ó por impaciencia? Porque no se arrojara á esta acción si no llevara con impaciencia y desagrado la victoria del César. ¿Cuál fué su

fortaleza? En efecto cedió, en efecto se rindió, en efecto fué tan vencida, que dejó, desamparó y huyó de la vida bienaventurada. Y si dijeren que no era ya bienaventurada, confesarán que era miserable. ¿Cómo, pues, no eran males los que hacían la vida tan miserable y digna de huir ella? Los que confiesan que son males, como lo confiesan los Peripatéticos y los antiguos Académicos, cuya secta defiende Varrón, aunque hablan con más acierto, es también maravilloso su error, pues en estos males, aunque sean tan graves que hayan de librarse de ellos con la muerte, dándosela á sí mismo el que los padece, pretenden que goza la vida bienaventurada. Males son, dice, los tormentos y dolores del cuerpo, tanto peores cuanto sean mayores, y para que te libres y carezcas de ellos, es necesario que huyas de esta vida. ¿De que vida?, pregunto. De esta (dice) que es afligida con tantos males. ¿Será acaso bienaventurada con estos mismos males, de los cuales dices que se debe huir, ó la llamas bienaventurada porque te puedes librar de estos males con la muerte? ¿Qué sería, pues, si por algún oculto juicio de Dios te hiciesen detener en ellos, no te permitiesen morir, nunca te dejasen sin ellos, ni escapar con la muerte? Entonces á lo menos confesarías que era miserable la tal vida: luego no deja de ser miserable porque presto se deja, pues cuando fuera sempiterna, también la juzgas y tienes por miserable. Así que, no porque es breve nos debe parecer que no es miseria, ó lo que es más absurdo, porque es miseria breve, por eso también se puede llamar bienaventuranza. Grande es la fuerza de aquellos males que impelen al hombre, según ellos, hasta al más sabio, á quitarse á sí mismo la prenda que le hace hombre, confesando ellos, y diciendo con verdad, que lo primero y más fuerte que nos exige la naturaleza, es que el hombre se ame á sí mismo, y, por tanto, huya naturalmente de

la muerte, que sea tan amigo de sí propio, que el ser animal y el vivir en esta conjunción y compañía del alma y del cuerpo, lo ame y sumamente, lo apetezca. Grande es la fuerza de los males que vencen este instinto, con que de todos modos, con todas nuestras fuerzas huimos la muerte, y de tal manera queda vencido, que la que ya huíamos la deseamos, y cuando no la pudiéremos haber de otra conformidad, el mismo hombre se la da á sí mismo. Grande es el impulso é influencia de los males que hacen homicida á la fortaleza, si hemos de llamar fortaleza á la que de tal manera se deje vencer de los males, á la que había tomado, como virtud á su cargo al hombre para regirle y ampararle, y no sólo no puede guardarle con la paciencia, sino que se vé forzada á matarle. Y aunque es verdad que debe el sabio tolerar con paciencia la muerte, es la que le viene por otra mano que la suya, y si, según los Estoicos, es compelido á darsela á sí propio, confesará, que no sólo son males, sino males intolerables los que le llevan á tal extremo. La vida á quien fatiga el peso de tan grandes y tan graves males, ó está sujeta á semejantes casos, por ningún motivo se diría bienaventurada, si los hombres que lo dicen, así como vencidos de los males que les acosan, cuando se dan la muerte, ceden y se rinden á la infelicidad, así vencidos con inconstrastables razones, cuando buscan la vida bienaventurada, quisiesen sujetarse y rendirse á la verdad, y no etendiesen que en esta mortalidad debían gozar del fin del sumo bien, donde las mismas virtudes (que son á lo menos aquí la cosa mejor y más importante que quede haber en el hombre) cuanto más nos ayudan contra la fuerza de los peligros, trabajos y dolores, tanto más fieles testigos son de las miserias. Porque si son verdaderas virtudes, que no pueden hallarse sino en los que hay verdadera piedad y religión, no tienen la fa-

cultad de poder hacer que no padezcan los hombres, en quienes se hallan, ninguna miseria: mediante á que no son mentirosas las verdaderas virtudes, para que profesen esta virtud, sino que procuren que la vida humana, la cual es indispensable que con tantos y tan graves males como hay en el siglo sea mísera, con la esperanza del futuro siglo sea bienaventurada, así como también espera ser salva. Porque ¿cómo es bienaventurada la que no está aun salva? Por lo mismo el apóstol San Pablo no habla de los hombres impacientes, imprudentes, destemplados, malos é injustos, sino de los que viven según la verdadera piedad y religión, y de los que por esta razón, las virtudes que tienen las poseen verdaderas, cuando dice (1): «que nuestra salvación ha sido en expectativa, y la esperanza que se ve no es esperanza, porque lo que uno vee y lo posee, ¿cómo lo espera? Y si esperamos lo que no vemos, con la paciencia aguardamos el cumplimiento de nuestra salvación». Luego así como nos salvaron, ó hicieron salvos, asegurándonos con la esperanza, así con la misma esperanza nos hicieron bienaventurados; y así como no tenemos en la vida presente la salvación, tampoco tenemos la bienaventuranza, sino que la esperamos en la vida futura, y esto por medio de la virtud de la paciencia, porque aquí vivimos todos entre males y trabajos, los cuales debemos sufrir con conformidad y resignación, hasta que lleguemos á la posesión de aquellos sumos bienes donde todas las cosas serán de tal manera, que nos den contento é inefable deleite, y no habrá ya más que debamos sufrir. Esta salud que se disfrutará en el siglo futuro será también la final bien-

(1) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. VIII. *¿Spe salvi facti sumus, spes autem que videtur, non est spes, quod enim quis videt, quid sperat? Si autem quod non videmus, speramus per patientiam spectamus.*

aventuranza, cuya bienaventuranza, porque no la ven estos filósofos, no la quieren creer y procuran fabricarse para sí una vanísima felicidad con una virtud tan arrogante y soberbia como falsa y mentirosa.

CAPÍTULO V

Cómo á la vida social y política, aunque es la que particularmente debe desearse, de ordinario la trastornan muchos trabajos, encuentros é inconvenientes.

Lo que dicen que la vida del sabio es política y sociable, también nosotros lo aprobamos y confirmamos con más solidez que ellos, porque ¿de dónde diríamos que esta policía y Ciudad de Dios (sobre la cual tenemos ya entre manos el libro décimonono de esta obra) habría tomado su principio, ó cómo caminaría en sus progresos, ó llegaría á sus debidos fines si no fuese política la vida de los santos? Pero en las miserias de la vida mortal, ¿cuántos y cuán grandes males encierra en sí la sociedad y política humana? ¿Quién bastará á contarlos? ¿Y quién podrá ponderarlos? Escuchen lo que entre sus poetas cómicos dice un hombre con sentimiento y con dolor de todos los hombres: «Me casé. ¿Qué miseria hay que no hallase en este estado? Me nacieron hijos, y en ellos tuvieron origen otros nuevos cuidados que me aquejaban». Todos los inconvenientes que refiere el mismo Terencio que se hallan en el amor, «los agravios, sospechas, enemistades, guerras y luego paz», ¿no han llenado del todo y por todos sus extremos, la vida humana? ¿Acaso estas desventuras no suceden y se hallan ordinariamente en las amistades lícitas y honestas de los amigos? ¿Por ventura no

está llena de ellas del todo y por todo la vida humana, en la cual experimentamos agravios, sospechas, enemistades, guerras, como males ciertos? La paz la experimentamos como bien incierto y dudoso, porque no sabemos, ni la limitación de nuestras luces pueden penetrar los corazones de aquellos con quienes la deseamos tener y conservar, y cuando hoy los pudiésemos conocer, sin duda no sabríamos cuáles serían mañana. ¿Quiénes son y deben ser más amigos que los que viven unidos en una misma casa y familia? Y, con todo, ¿quién está seguro de ello, habiendo sucedido tantos males por ocultas maquinaciones, traiciones y calamidades, tanto más amargas cuánto era la paz más agradable y dulce, creyéndose verdadera cuando astuta y dolosamente se fingía? Esto lastima y penetra tan intensamente los corazones de todos, que hace llorar por fuerza, y como dice Tulio: no hay traición más secreta y oculta que la que se encubrió bajo el velo de oficio ó bajo algún pretexto de amistad sincera; mediante á que fácilmente te podrás precaver y guardar del que es enemigo declarado; pero este mal oculto, intestino y doméstico, no sólo le hay y se le ofrece al hombre, sino que también le mortifica antes que pueda descubrirle; por eso también viene bien esta sentencia del Salvador: «Los enemigos del hombre son sus domésticos y familiares», sentencia que nos lastima extraordinariamente el corazón; pues aunque haya alguno tan fuerte que lo sufra con paciencia, ó tan vigilante que se guarde con prudencia de lo que maquina contra él el amigo disimulado y fingido, sin embargo, es inevitable sienta y le aflija si es bueno el mal de aquellos pérfidos y traidores, cuando llega á conocer por experiencia que son tan malos, ya hayan sido siempre malos, fingiéndose buenos, ya se hayan transformado de buenos en malos, cayendo en esta maliciosa operación.

Si la casa, pues, que es en los males de esta vida el común refugio y sagrado de los hombres, no está segura, ¿qué practicará la ciudad, la cual, cuanto es mayor tanto más llena está de pleitos y cuestiones cuando no de discordias, que suelen llegar á turbulencias muchas veces sangrientas, ó haya guerras civiles, de las cuales en ocasiones están libres las ciudades, pero de los peligros nunca?

CAPÍTULO VI

Del error en los actos judiciales de los hombres, cuando está oculta la verdad.

¿Y qué diremos de los juicios que forman los hombres á otros hombres, juicios que no pueden faltar en las ciudades más tranquilas? ¿Cuán miserables son y dignos de cómpasión, pues los que juzgan son los que no pueden ver las conciencias de aquellos á quienes juzgan? Por ello muchas veces son forzados, á costa de los tormentos de testigos inocentes, á buscar la verdad de la causa que toca á otro. Cuando sufre y padece uno por su causa y, por saber si es culpado, le atormentan, siendo inocente, sufre una pena cierta por una culpa incierta, no porque esté claro y averiguado que haya cometido tal delito, sino porque se ignora si lo ha cometido. De esto se sigue por orden general que la ignorancia del juez viene á ser la calamidad del inocente. Y lo que es más intolerable y lastimoso, y más digno de regarlo, si fuese posible, con perennes fuentes de lágrimas, es que atormentando el juez al delatado por no matar con ignorancia al inocente, viene á suceder por la miseria de la ignorancia que mata atormentado

é inocente, á quien primero dió tormento por no matarle inocente. Porque si este tal, conforme á la sabiduría é inteligencia de los filósofos, escogiere huir antes de esta vida que sufrir tales tormentos, confesará que cometió lo que no cometió. Condenado éste y muerto, aun no sabe el juez si quitó la vida culpado ó inocente á quien, por no matarle por ignorancia siendo inocente, había atormentado, y si dió tormento por descubrir la verdad á uno incólume del delito, y no sabiéndola, le dió la muerte. En semejantes densas tinieblas como estas de la vida política, pregunto: ¿se sentará en los estrados por juez un hombre sabio, ó no se sentará? Seguramente se sentará, porque le obliga á ello y le trae compelido á este ministerio la política humana, y el desampararla lo tiene por acción impía y detestable. Y no tiene por acción abominable que en causas ajenas atormenten á los testigos inocentes, y que á los que son acusados por la mayor parte, siendo vencidos por la fuerza del dolor, y confesando lo que no han hecho, los castigan también inocentes y sin culpa, habiéndolos ya atormentado primero siendo inculpables, y que cuando no los condenen á muerte, por lo general, ó mueren en los mismos tormentos, ó vienen á morir de resultas de ellos. ¿Acaso no se observa que algunas veces, aun á los mismos que acusan, deseos seguramente de hacer bien á la política humana, porque las culpas no queden sin el debido castigo, y porque mintieron los testigos, y el reo se conservó valeroso en los tormentos, é inconfeso, no pudiendo probar los delitos que le acumularon, aunque se los imputaron con verdad, el juez que ignora esta circunstancia los condena? Tantos y tan grandes males como éstos no los tiene por pecados, por cuanto no lo hace el juez sabio con voluntad de hacer daño, sino por la necesidad fatal de no saber la verdad, y porque le impulsa

la humana política dándole el ministerio peculiar de administrar la justicia. Esta es, pues, la que por lo menos llamamos miseria del hombre, cuando no sea malicia del sabio. ¿Cómo es posible que atormente á los inocentes y castigue á los inculpados por la necesidad de no saber y precisión de juzgar, no contentándose con ser irresponsable, sino teniéndose por bienaventurado? ¿Con cuánta más consideración y humanidad, reflexionando en sí mismo, reconocerá en esta necesidad la miseria, y la aborrecerá por sí misma? Y si conoce la piedad, exclamará á Dios, diciéndole (1): «Líbrame, Señor, de mis necesidades.»

CAPÍTULO VII

De la diversidad de las lenguas que dificulta las relaciones entre los hombres, y de la miseria de las guerras, aun de las que se llaman justas.

Después de la ciudad sigue el orbe de la tierra, adonde ponen el tercer grado de la política humana, comenzando en la casa, pasando de esta á la ciudad y procediendo después hasta llegar al orbe de la tierra. El cual, sin duda como un Océano y abismo de aguas, cuanto es mayor, tanto más circundado está de peligros; adonde lo primero la diversidad de los idiomas enajena y divide al hombre del hombre, porque si en un camino se encuentran dos de diferentes lenguas, que no se entienda el uno al otro, y no pueden pasar adelante, sino que por necesidad hayan de estar juntos, más fácilmente se acomodarán y juntarán unos anima-

(1) Salmo 24.

les mudos, aun de distinta especie, que no ellos, sin embargo de ser hombres. Porque cuando los hombres no pueden comunicar entre sí lo que sienten, sólo por la diversidad de las lenguas, no aprovecha para que se junte la semejanza que entre sí tienen tan grande de la naturaleza; de forma que con mayor complacencia estará un hombre asociado de su perro, que con un hombre extranjero. Pero dirán que por lo mismo la imperiosa ciudad de Roma, para la conservación de la paz política en las naciones conquistadas, no sólo les obligó á recibir el yugo, sino también su idioma, por lo cual no faltaron, sino sobraron intérpretes. Es verdad: mas esto, ¿con cuántas y cuán crueles guerras, y con cuánta mortandad de hombres, y con cuánto derramamiento de sangre humana se alcanzó? Y con todo, no por ello, habiendo acabado todo esto, acabó la miseria de tantos males; pues aunque no hayan faltado ni falten enemigos, como lo son las naciones extranjeras con quienes se ha sostenido y sostiene continua guerra, sin embargo, la misma grandeza del imperio ha producido otra especie peor de guerras, y de peor condición, es á saber, las sociales y civiles, con las cuales se destruyen más infelizmente los hombres, ya sea cuando traen guerra por conseguir la paz, ya sea porque temen que vuelva á encenderse. Y si yo quisiese detenerme á decir, como lo merece el asunto (aunque sería imposible), tantos y tan varios estragos, tan duras é inhumanas necesidades de estos males, ¿cuándo habría de concluir con este nuestro discurso? Dirán que el sabio sólo hará la guerra justamente, como si por lo mismo no le hubiese de pesar más, si es que se acuerda de que es hombre, la necesidad de sostener las que sean justas; porque si no fueran justificadas, no las declararía, y, por consiguiente, ninguna guerra traería el sabio, y si la iniquidad de la parte contraria es la que da ocasión

al sabio á substentar la guerra justa, esta iniquidad debe causarle pesar, en atención á que es propio y característico de los corazones humanos compadecerse, aunque no resultara de ella necesidad alguna de guerra. Así que, todo el que considera con dolor estas calamidades tan grandes, tan horrendas, tan inhumanas, es necesario que confiese la miseria, y cualquiera que las padece, ó las considera sin sentimiento de su alma, erronea y miserablemente se tiene por bienaventurado, supuesto que ha borrado de su corazón todo sentimiento humano.

CAPÍTULO VIII

Cómo la amistad de los buenos no puede ser segura, mientras sea necesario temer los peligros de esta vida.

Aunque suceda que no haya una ignorancia tan depravada, como ordinariamente ocurre en la miserable condición de esta vida, que, ó tengamos por amigo al que realmente es enemigo, ó por enemigo al que es amigo. ¿Qué objeto hay que nos pueda consolar en esta política humana, tan llena de errores y trabajos, sino la fe no fingida y el amor que se profesan unos á otros los verdaderos y buenos amigos? A los cuales cuantos más fueren los que tuviéremos desparramados por los pueblos, tanto más tememos les suceda algún mal de los muchos que se padecen en este siglo, porque no sólo nos da cuidado que les aflija el hambre, las guerras, las enfermedades, el cautiverio, y que en él padezcan aflicciones superiores á cuanto se pueda imaginar, sino lo que hace más amargo el temor, que se conviertan en pérfidos y malos. Y cuando estas penalidades acaecen

(que vienen á ser más en número, sin duda, cuantos más son los amigos y más esparcidos se hallan en diferentes poblaciones), y llegan á nuestra noticia, ¿quién podrá creer ni exagerar las angustias y quemazones de nuestro corazón, sino quien las siente por experiencia? Porque no quisiéramos oír que eran muertos, aunque tampoco oyéramos esta triste nueva sin íntimo dolor. ¿Pues cómo puede ser que la muerte de las personas, cuya vida, por los consuelos de la amistad política, nos daba contento, no nos cause especie alguna de tristeza? Lo cual quien la prohíbe y quita, quite y prohíba, si puede, los coloquios y agradable trato y conversación de los amigos; ponga entredicho al vivir en amigable y estrecha sociedad; impida y destierre el afecto de todo aquello á que los hombres naturalmente tienen alguna obligación; rompa los lazos de las voluntades con una cruda insensibilidad, ó parézcale que debe usar de ellos de forma que no llegue ni toque gusto alguno, ni suavidad de ellos al alma. Y si esto de ningún modo puede ser, ¿cómo no nos ha de ser amarga la muerte de aquel cuya vida nos era dulce y suave? De aquí también una profunda melancolía, para cuyo remedio se aplican los consuelos de los cordiales amigos, si bien cuanto más excelente sea el alma, tanto más presto y con mayor facilidad sana en ella lo que hay que sanar. Así, pues, ya que la vida de los mortales haya de padecer aficciones y duelos, unas veces más blanda, otras más ásperamente, por las muertes de sus queridos y amigos, y particularmente de aquellos cuyos oficios son necesarios á la política y sociedad humana, con todo, querríamos más oír ó ver muertos á los que amamos, que verlos caídos ó apartados de la fe ó buenas costumbres, esto es, que verlos muertos en el alma. De esta inmensa y fecundísima materia de males y duelos está bien llena la tierra, por lo cual, dice la Escritu-

ra (1): «¿Acaso no es tentación toda la vida del hombre sobre la tierra?» Y por eso dice el mismo Señor (2) «Infeliz del mundo por los escándalos»: y en otra parte (3): «Por la abundancia de los pecados se resfría la caridad». De aquí que nos demos el parabién, y nos alegremos cuando mueren los buenos amigos, y que cuando su muerte más nos entristece, nos dé más cierto el consuelo, considerando que se han librado ya de los males con que en esta vida, aun los buenos, ó son combatidos y afligidos, ó desdicen de su bondad y se estraغان, ó por lo menos de lo uno y de lo otro corren riesgo.

CAPÍTULO IX

Cómo la amistad de los ángeles buenos no puede ser manifiesta á los hombres en este mundo por los engaños de los demonios.

Aunque en la sociedad y comunicación que tenemos con los ángeles buenos (la cual pusieron los filósofos que opinaron que los dioses eran nuestros amigos, en el cuarto lugar, subiendo desde la tierra al mundo, para comprender en su sistema también el cielo), por ningún pretexto sostenemos que semejantes amigos nos causen tristeza, ni con su muerte, ni con desdecir de su bondad, con todo, no nos tratan con la familiaridad que los hombres (lo cual pertenece también á las miserias de esta vida), y algunas veces Satanás, según leemos (4): «se |transfigura en ángel de luz», para tentar

(1) Job., cap. VII.

(2) San Mateo, cap. XVIII.

(3) San Mateo, cap. XXIV.

(4) San Pablo, II ep. á los Corintios, cap. II.

á los que es menester instruirlos así, ó es justo que sean engañados. Es necesaria grande misericordia de Dios para que ninguno, cuando piensa que tiene por amigos á los ángeles buenos, no tenga por amigos fingidos á los malos demonios, que le sean enemigos, tanto más dañosos y perjudiciales cuanto son más astutos y engañosos. ¿Y quién tiene necesidad de esta particular misericordia divina sino la grande miseria humana, que está tan oprimida de la ignorancia, que fácilmente se deja engañar con la ficción de estos? Así, pues, los filósofos que dijeron en la impía Ciudad que los dioses eran sus amigos, indudablemente encontraron y dieron en manos de los malignos demonios, á quienes toda aquella Ciudad está sujeta, para tener con ellos al fin la pena eterna; porque de sus ceremonias sagradas, ó, por mejor decir, sacrílegas, con que creyeron que los debían reverenciar, y de sus juegos y fiestas abominables, donde celebran sus culpas y torpezas, con que se persuadieron que debían aplacarlos, siendo ellos propios los autores de tales y tan grandes ignominias, bien claramente se puede echar de ver quiénes son los que adoran.

CAPÍTULO X

Del fruto que les está aparejado á los santos por haber vencido las tentaciones de esta vida.

Ni los santos ni los fieles que adoran á un solo, verdadero y sumo Dios, están seguros de los engaños y varias tentaciones, porque en este lugar propio de la flaqueza humana, y en estos días malignos, aun este cuidado y solicitud no es sin provecho, para que busquemos con más fervorosos deseos el lugar donde hay

plenísima y cierta paz: pues en él los dones de la naturaleza, esto es, los que da á nuestra naturaleza el Criador de todas las naturalezas, no sólo serán buenos, sino eternos, no sólo en el alma, la cual se ha de reparar con la sabiduría, sino también en el cuerpo, el cual se ha de renovar con la resurrección. Allí las virtudes no trabajarán, ni sostendrán continua lucha contra los vicios ni contra cualquiera género de males, sino que gozarán de la eterna paz por premio de su victoria: de conformidad que no la inquiete ni perturbe enemigo alguno, porque ella es la bienaventuranza final, ella el fin de la perfección, que no tiene fin que lo consuma. Pero en la tierra, aunque nos llamamos bienaventurados cuando tenemos paz, cualquiera que sea la que pueda tenerse en la buena vida, esta bienaventuranza, comparada con aquella que llamamos final, es en todas sus partes miseria. Así que, cuando los hombres mortales, en las cosas mortales, tenemos esta paz, cual aquí la puede haber, si vivimos bien, de sus bienes usa bien la virtud; pero cuando no la tenemos, también usa la virtud de los males que el hombre padece. No obstante, es verdadera virtud cuando todos los bienes, de que usa bien, y todo lo que hace, usando bien de los bienes y de los males, y en sí misma se refiere el fin adonde tendremos tal y tanta paz, que no la puede haber mejor ni mayor.

CAPÍTULO XI

Cómo en la bienaventuranza de la paz eterna tienen los santos su fin, esto es, la verdadera perfección.

Podemos, pues, decir que el fin de nuestros bienes es la paz, como dijimos que lo era la vida eterna, prin-

principalmente porque á la misma Ciudad de Dios, de que tratamos en este tan prolijo discurso, la dicen en el Salmo (1): «Alaba ¡oh Jerusalén! al Señor, y tú, Sión, alaba á tu Dios, porque confirmó y fortificó los cerrojos de tus puertas, y bendijo los hijos que están dentro de ti, el que puso á tus fines la paz»; porque cuando estuvieren ya confirmados los cerrojos de sus puertas, ya no entrará nadie en ella, ni tampoco nadie saldrá de ella. Por eso por sus fines debemos aquí entender aquella paz que queremos manifestar que es la final: pues aun el nombre místico de la misma ciudad, esto es, Jerusalén, como lo hemos ya insinuado, quiere decir visión de paz, por cuanto igualmente el nombre de paz ordinariamente le usurpamos y acomodamos á las cosas mortales, donde sin duda no hay vida eterna, por eso quise mejor llamar al fin de esta Ciudad donde estará su sumo bien, vida eterna, que no paz. Y hablando de este fin, dice el Apóstol (2): «Ahora, como os ha librado Dios de la servidumbre del pecado y os ha recibido en su servicio, tenéis aquí y gozáis del fruto de vuestra justicia, que es vuestra santificación, y esperáis el fin, que es la vida eterna». Pero por otra parte, como los que no están versados en la Sagrada Escritura, por la vida eterna pueden entender también la vida de los malos ó por la inmortalidad del alma, que también algunos filósofos admiten, ó, según nuestra fe, por las penas sin fin de los malos, quienes sin duda no pueden padecer eternos tormentos, sino viviendo eternamente en realidad de verdad, al fin de esta Ciudad, en la cual se llegará al sumo bien, le debemos llamar, ó paz en la vida eterna, ó vida eterna en la paz, para que más fácilmente lo puedan entender todos.

(1) Salmo 147.

(2) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. VI.

Porque es tan singular el bien de la paz, que aun en las cosas terrenas y mortales no solemos oír cosa de mayor gusto, ni desear objeto más agradable, ni, finalmente, podemos hallar cosa mejor. Si en esto nos detenemos algún tanto, no creo seremos pesados á los lectores, así por el fin de esta Ciudad de que tratamos, como por la misma suavidad de la paz, que tan agradable es á todos.

CAPÍTULO XII

Cómo los hombres, aun con el crudo rigor de la guerra y todos los desasosiegos é inquietudes, desean llegar al fin de la paz, sin cuyo apetito no se halla cosa alguna natural.

Quien considere en cierto modo las cosas humanas y la naturaleza común, advertirá conmigo que así como no hay quien no guste de alegrarse, tampoco hay quien no guste de tener paz: pues hasta los mismos que desean la guerra apetecen vencer, y, guerreando, llegar á una gloriosa paz. ¿Qué otra cosa es la victoria sino la sujeción de los contrarios? Lo cual conseguido, produce paz. Así que, con intención de la paz se sustenta también la guerra, aun por los que procuran ejercer la virtud bélica, siendo generales, mandando y peleando: por donde consta que la paz es el deseado fin de la guerra, porque todos los hombres, aun con la guerra buscan la paz, pero ninguno con la paz busca la guerra. Hasta los que quieren perturbar la paz en que viven, no es porque aborrecen la paz, sino por trocarla á su albedrío. No quieren, pues, que deje de haber paz, sino que haya la que ellos desean. Finalmente, aun cuando por sediciones y discordias civiles se apar-

tan y dividen unos de otros, si con los mismos de su bando y conjuración no tienen alguna forma ó especie de paz, no hacen lo que pretenden. Por eso los mismos bandoleros, para turbar con más fuerza y con más seguridad suya la paz de los otros, desean la paz con sus compañeros. Aun más: cuando alguno es tan poderoso y aventajado en fuerzas, y de tal manera huye el andar en compañía, que á ninguno se descubra, y saltando y prevaleciendo solo, oprimiendo y matando los que puede, robe y haga sus presas, por lo menos con aquellos que no puede matar y quiere que no sepan lo que hace, tiene alguna sombra de paz. Y en su casa sin duda procura vivir en paz con su mujer y sus hijos, y con los demás que tiene en ella, y se lisonjea y alegra de que éstos obedezcan prontamente á su voluntad: porque si no, se enoja, riñe y castiga, y aun si ve que es menester usar de rigor y crueldad, procura de este modo la paz de su casa, la cual ve que no puede haber si todos los demás en aquella doméstica compañía no están sujetos á una cabeza, que es él en su casa. Por tanto, si llegase á tener éste debajo de su sujeción y servidumbre á muchos, ó á una ciudad, ó á una nación, de manera que le sirviesen y obedeciesen, como quisiera que le sirvieran y obedecieran en su casa, no se metiera ya como ladrón en los rincones y escondrijos, sino que, como Rey, á vista de todo el mundo se engrandeciera y ensalzara, permaneciendo en él la misma codicia y malicia. Todos, pues, desean tener paz con los suyos, cuando quieren que vivan á su albedrío: porque aun aquellos á quienes hacen la guerra, los quieren, si pueden, hacerlos suyos, y en habiéndolos sujetado, ponerles las leyes de su paz.

Pero supongamos uno como el que nos pinta la fábula, á quien por la misma intratable fiereza le quisieron llamar más semi-hombre que hombre, aunque el reino

de éste era una solitaria y fiera cueva, y él, tan singular en malicia, que de ella tomaron ocasión para llamarle Caco, que en griego quiere decir malo, y aunque no tenía mujer que le divirtiese en suaves y amorosas conversaciones, ni pequeños hijos con quienes poder alegrarse, ni grandes á quienes mandar, ni gozase del trato familiar y conversación de ningún amigo, ni de la de su padre Vulcano, á quien por solo esto podemos decir que se le aventajó, y fué no poco más dichoso, en que no engendró otro tal monstruo como él, y aunque á ninguno diese cosa alguna sino á quien podía le quitase todo lo que quería, con todo, en aquella solitaria cueva cuyo suelo, como le pintan, «siempre estaba regado de sangre fresca ó recién vertida», no quería otra cosa que la paz, en la cual ninguno le molestase, ni fuerza ni terror de persona alguna le turbase su quietud. Finalmente, deseaba tener paz con su cuerpo, y cuanto tenía, tanto era el bien de que gozaba, porque mandaba á sus miembros que le obedeciesen puntalmente. Y para poder aplacar con toda la diligencia que podía su naturaleza, sujeta á la muerte, que por la falta que sentía se le rebelaba, exponiéndole una irresistible rebelión de hambre á dividir y desterrar el alma del cuerpo, robaba, mataba y engullía, y aunque inhumano y fiero, miraba fiera y atrozmente por la paz y tranquilidad de su vida y salud. Y así, si la paz que pretendía tener en su cueva y en sí mismo la quisiera también con los otros, ni le llamaran malo, ni monstruo, ni semi-hombre. Si la forma de su cuerpo, con vomitar negro fuego, espantaba á los hombres para que huyesen y no se asociasen con él, quizá era cruel, no por codicia de hacer mal, sino por la necesidad de vivir. Pero tal hombre, ó nunca le hubo, ó lo que es más creíble, no fué cual nos le pinta la ficción poética. Porque si no cargaran tanto la mano en enca-

recer y exagerar la malicia de Caco, fuera poca la alabanza que le cupiera á Hércules. Así que, como dije, más creíble es que no hubo tal hombre, ó semi-hombre, como tampoco otras ficciones y patrañas poéticas, porque las mismas fieras crueles é indómitas, de las cuales tomó parte de su fiereza (pues también le llamaron semifiero), conservan con cierta paz su propia naturaleza y especie: juntándose unas con otras, engendrando, pariendo, criando y abrigando á sus hijos, siendo las más de ellas insociables y montaraces; es decir, no como las ovejas, venados, palomas, estorninos y abejas, sino como los leones, raposas, águilas y lechuzas. Porque ¿qué tigre hay que blanda y cariñosamentè no arrulle sus cachorros, y, tranquilizada su fiereza, no los halague? ¿Qué milano hay, por más solitario que ande volando y rodeando la caza para cebar sus uñas, que no busque hembra, forme su nido, saque sus huevos, críe sus pollos y no conserve con la que es como madre de su familia, la compañía doméstica con toda la paz que puede? Cuanto más inclinado es el hombre y le conducen en cierto modo las leyes de su naturaleza á buscar la sociedad y conservar la paz en cuanto está de su parte con los demás hombres, pues aun los malos sostienen guerra por la paz de los suyos, y á todos, si pudiesen, los querrían hacer suyos, para que todos y todas las cosas sirviesen á uno; ¿de qué manera podría conseguirlo sino haciendo, ó por amor, ó por temor, que todos consientan y convengan en su paz? Así, pues, la soberbia imita perversamente á Dios, en atención á que debajo del dominio divino no quiere la igualdad con sus socios, sino imponer á sus alfadados y compañeros el suyo, en lugar del de Dios; aborreciendo la justa paz de Dios, y amando su injusta paz. Sin embargo, no puede dejar de amar la paz cualquiera que sea, porque ningún vicio hay tan opuesto á la naturaleza que can-

cele y borre hasta los últimos rastros y vestigios de la naturaleza.

Advierte que la paz de los malos, en comparación de la de los buenos, no se debe llamar paz el que sabe estimar y anteponer lo bueno á lo malo; y lo puesto en razón á lo perverso, aun inicuo, es necesario que en alguna parte, por alguna parte y con alguna parte natural, donde está, ó de que consta, esté en paz; porque de otra manera nada sería; como si uno estuviese pendiente cabeza abajo, sin duda que la situación del cuerpo y el orden natural de los miembros y articulaciones estaría invertido, porque lo que naturalmente debe estar encima está debajo, y lo que debe estar abajo está encima, y este trastorno, como turba la paz de la carne, le es molesto. Sin embargo, como el alma está en paz con su cuerpo, y solicita por su salud, de aqui que se duela; y si por el rigor de sus molestias desamparase al cuerpo y se ausentase de él, entre tanto que dura la unión y trabazón de los miembros, lo que queda no está sin cierta tranquilidad de las partes, y por eso hay todavía quien esté colgado. Cuando el cuerpo terreno inclina y tira hacia la tierra, y cuando con el lazo que está suspenso resiste, entonces igualmente aspira al orden natural de su paz, y con la voz de su peso, en cierto modo pide el lugar en que poder descansar, y aunque está ya sin alma y sin sentido alguno, con todo, no se aparta del sosiego natural de su orden, ya sea cuando la tiene, ya cuando inclina y aspira á ella. Porque si le aplican medicamentos y cosas aromáticas que conserven y no dejen deshacer y corromper la forma del cuerpo muerto, todavía una cierta paz junta y acomoda las partes con las partes, y aplica é inclina toda la máquina al lugar terreno conveniente, y por consiguiente quieto y pacífico. Pero cuando no se pone diligencia alguna en embalsamarlo, sino que lo

dejan á su curso natural, todo aquel tiempo está como peleando por la disgregación de humores cuyas exhalaciones molestan nuestros sentidos, porque esto es lo que se siente en el hedor, hasta que combinándose con los elementos del mundo, parte por parte y paulatinamente se reduzca á la paz y sosiego de ellos; pero sin derogar en nada las leyes del sumo Criador y ordenador que administra y gobierna la paz del universo, pues aunque del cuerpo muerto de un animal grande nazcan animalejos pequeños, por la misma ley del Criador, todos aquellos cuerpecitos sirven en saludable paz á sus pequeñas almas. Y aunque las carnes de los muertos las coman otros animales, y se extiendan y derramen por cualquiera parte, y se junten con cualesquiera, y se conviertan y muden en cualesquiera cosa, al fin encuentran las mismas leyes difusas y derramadas por todo cuanto hay para la salud y conservación de cualquiera especie de los mortales, acomodando y pacificando cada cosa con su semejante y conveniente.

CAPÍTULO XIII

De la paz universal, la cual, por las leyes naturales, no puede ser turbada indefinidamente.

La paz del cuerpo es la ordenada modificación y temperanza de las partes. La paz del alma irracional, la ordenada quietud de sus apetitos. La paz del alma racional, la ordenada conformidad y concordia de la parte contemplativa y activa. La paz del cuerpo y del alma, la vida metódica y la salud del animal. La paz del hombre mortal y de Dios inmortal, la concorde obedien-

cia en la fe, bajo de la ley eterna. La paz de los hombres, la ordenada concordia. La paz de la casa, la conforme uniformidad que tienen en mandar y obedecer los que viven juntos. La paz de la ciudad, la ordenada concordia que tienen los ciudadanos y vecinos en ordenar y obedecer. La paz de la ciudad celestial es la ordenadísima y conformísima sociedad establecida para gozar de Dios, y unos de otros en Dios. La paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden, y el orden no es otra cosa que una disposición de cosas iguales y desiguales, que da á cada una su propio lugar. Por lo cual los miserables, porque en cuanto son miserables sin duda no están en paz, aunque carecen de la tranquilidad del orden, donde no se halla turbación alguna, porque con razón y justamente son miserables, tampoco en su miseria pueden estar fuera del orden, aunque no conjuntos y unidos con los bienaventurados, sino apartados de ellos por la ley del orden. Estos miserables, aunque no están sin perturbación donde se encuentran, están acomodados con alguna congruencia; así hay en ellos alguna tranquilidad de orden, y, por consiguiente, también alguna paz. Con todo, son miserables, porque si en cierto modo no sienten dolor, sin embargo, no se hallan en parte donde deban estar seguros y sin sentir dolor. Pero más miserables son si no viven en paz con la ley que gobierna el orden natural, y cuando sienten dolor en la parte que le sienten, se les perturba la paz. Pero todavía hay paz donde ni el dolor ofende, ni la misma trabazón se disuelve. Resulta, pues, que hay alguna vida sin dolor, pero no puede haber dolor sin alguna vida; hay alguna paz sin guerra alguna, pero guerra no la puede haber sin alguna paz; porque la guerra supone siempre hombres ó naturalezas humanas que la mantienen, y ninguna naturaleza puede existir sin alguna especie de paz. Hay

naturaleza sin mal alguno, ó en la cual no puede haber mal alguno, pero no hay naturaleza sin bien alguno. Por lo cual, ni siquiera la naturaleza del mismo demonio, en cuanto es naturaleza, es cosa mala, sino que la perversidad la hace mala, no perseveró en la verdad; pero no escapó del juicio y castigo de la misma verdad, porque no quedó en la tranquilidad del orden, ni tampoco escapó de la potestad del sabio Ordenador. El bien de Dios, que tiene él en la naturaleza, no le exime y saca del poder de la justicia de Dios, con que le dispone y ordena en la pena; ni Dios allí aborrece ó persigue el bien que crió, sino el mal que el demonio cometió. Porque no quita del todo lo que concedió á la naturaleza, sino que quita algo y deja algo, para que haya quien se duela de lo que se quita, y el mismo dolor es testigo del bien que se quita y del bien que se deja; pues si no hubiera quedado bien alguno, no se pudiera doler del bien perdido; en atención á que el que peca es peor si se complace con la pérdida de la equidad; pero el castigo con pena, si de allí no adquiere algún otro bien, siente la pérdida de la salud. Y porque la equidad y la salud, ambas son bienes, y de la pérdida del bien antes se debe doler que alegrar, con tal que no sea recompensa de otro mejor bien (porque mejor bien es la equidad del ánimo que la salud del cuerpo), sin duda con más justo motivo el injusto se duele en el castigo, que se alegró en el delito. Así, pues, como el contento del bien que dejó cuando pecó es testigo de la mala voluntad, así el dolor del bien que perdió, cuando padece en el castigo la pena, es testigo de la naturaleza buena. Pues el que se duele de la paz que perdió su naturaleza, siente el dolor por parte de algunas reliquias que le quedaron de la paz, que le hacen amar la naturaleza. Y sucede con justa razón en el último y final castigo de las penas eternas, que los injustos é impíos

lloren en sus tormentos las pérdidas de los bienes naturales, y que sientan la justicia de Dios, justísima en quitárselos, los que despreciaron su liberalidad benig-nísima en dárselos. Así, pues, Dios con su eterna sabiduría crió todas las naturalezas, y justísimamente las dispone y ordena, entre todas las cosas terrenas. La de más lustre y ornamento formó el linaje mortal de los hombres, á quienes repartió algunos bienes acomodados á esta vida, es á saber, la temporal; conforme y de la manera que le puede haber en la vida mortal, y esta paz se la dió al hombre en la misma salud, incolumidad y comunicación de su especie, y le dió todo lo que es necesario, así para conservar como para adquirir esta paz, como son las cosas que convenientemente cuadran al sentido, como la luz que ve, el aire que respira, las aguas que bebe y todo lo que es á propósito para sustentar, abrigar, curar y adornar el cuerpo con una condición sumamente equitativa, que cualquier mortal que usare bien de estos bienes, acomodados á la paz de los mortales, pueda recibir otros mayores y mejores, es á saber, la misma paz de la inmortalidad, y la honra y gloria que á ésta la compete en la vida eterna para gozar de Dios y del prójimo en Dios, y el que usare mal, ni reciba aquéllos, ni pierda á éstos.

CAPÍTULO XIV .

El orden y las leyes divinas y humanas tienen por único objeto el bien de la paz.

Todo el uso de las cosas temporales en la Ciudad terrena se refiere y endereza al fruto de la paz terrena, y en la Ciudad celestial se refiere y ordena al fruto de la

paz eterna. Por lo cual, si fuésemos animales irracionales, no apeteciéramos otra cosa que la ordenada templanza de las partes del cuerpo, y la quietud y descanso de los apetitos; así que, nada apeteciéramos fuera del descanso de la carne y la abundancia de los deleites, para que la paz del cuerpo aprovechase á la paz del alma. Porque en faltando la paz del cuerpo se impide también la paz del alma irracional, por no poder alcanzar el descanso y quietud de los apetitos. Y lo uno y lo otro junto aprovecha á aquella paz que tienen entre sí el alma y el cuerpo; esto es, la ordenada vida y salud. Porque así como nos muestran los animales que aman la paz del cuerpo cuando huyen del dolor, y la paz del alma, cuando por cumplir las necesidades de los apetitos siguen el deleite, así huyendo de la muerte, bastantemente nos manifiestan cuánto amen la paz con que se procura la amistad del alma y del cuerpo. Pero como el hombre posee alma racional, todo esto que tiene de común con las bestias lo sujeta á la paz del alma racional, para que pueda contemplar con el entendimiento, y con esto hacer también alguna cosa, para que tenga una ordenada conformidad en la parte contemplativa y activa, la cual dijimos que era la paz del alma racional. Debe, pues, querer que no le moleste el dolor, ni le perturbe el deseo, ni le deshaga la muerte, para poder conocer alguna cosa útil é importante, y según este conocimiento, componer y arreglar su vida y costumbres. Mas para que en el mismo estudio del conocimiento, por causa de la debilidad del entendimiento humano no incurra en el contagio y peste de algún error, tiene necesidad del magisterio divino, á quien obedezca con certidumbre, y necesita de su auxilio para que obedezca con libertad. Y porque (1)

(1) San Pablo, II, ep. á los Corintios, cap. V.

«mientras está en este cuerpo mortal, anda peregrinado ausente del Señor, porque camina todavía con la fe, y no ha llegado aun á ver á Dios claramente»; por esto toda paz, ya sea la del cuerpo, ya la del alma, ó juntamente del alma y del cuerpo, la refiere á aquella paz que tiene el hombre mortal con Dios inmortal, de modo que tenga la ordenada obediencia en la fe bajo de la ley eterna. Y asimismo porque nuestro Divino Maestro, Dios, nos enseña dos principales mandamientos, es á saber, que amemos á Dios y al prójimo, en los cuales descubre el hombre tres objetos, que es amar á Dios, á sí mismo y al prójimo, y como no yerra en amarse á sí mismo el que ama á Dios, síguese que para amar á Dios haya de mirar también por el prójimo, de quien le ordenan que le ame como á sí mismo, y de la misma conformidad, por el bien de su esposa, de sus hijos, de sus domésticos, y de todos los demás hombres que pudiere. Y para esto ha de desear y querer, si acaso lo necesita, que el prójimo mire por él. De esta manera vivirá en paz con todos los hombres, con la paz de los hombres, esto es, con la ordenada concordia en que se observa este orden, cual es, primero, que á ninguno haga mal ni cause daño; y segundo, que haga bien á quien pudiere. Lo primero á que está obligado es al cuidado de los suyos, porque para mirar por ellos tiene la ocasión más oportuna y más fácil, según el orden así de la naturaleza como del mismo trato y sociedad humana. Y así dijo el Apóstol (1), «que el que no cuida de los suyos, y particularmente de los domésticos, éste tal niega la fe, y es peor que el infiel». De aquí nace también la paz doméstica, esto es, la ordenada y bien dirigida concordia que tienen entre sí, en mandar y obedecer los que habitan juntos. Porque mandan los

(1) San Pablo, I ep. á Thimotheo, cap. V, v. 3.

que cuidan y miran por los otros, como el marido á la mujer, los padres á los hijos, los señores á los criados, y obedecen aquellos por quienes se cuida, como las mujeres á sus maridos, los hijos á sus padres, los criados á sus señores. Pero en la casa del justo, que vive con fe y anda todavía peregrino y ausente de aquella Ciudad celestial, hasta los que mandan sirven á aquellos á quienes les parece que mandan; mediante á que no mandan por codicia ó deseo de gobernar á otros, sino por propio ministerio de cuidar y mirar por el bien de los otros, ni por ambición de reinar, sino por caridad de hacer bien.

CAPÍTULO XV

De la libertad natural y de la servidumbre, cuya primera causa es el pecado, por lo cual el hombre que es de perversa voluntad, aunque no sea esclavo de otro hombre, lo es de su propio apetito.

Esto es ley del orden natural, y así crió Dios al hombre: «Sea señor, dice, de los peces del mar, de las aves del aire y de todos los animales que andan sobre la tierra» (1). El hombre racional que crió Dios á su imagen y semejanza, no quiso que fuese señor sino de los irracionales; no quiso que fuese señor el hombre del hombre, sino de las bestias solamente. Y así á los primeros hombres santos y justos más los hizo Dios pastores de ganados que reyes de hombres, para darnos á entender de esta manera qué es lo que exige el orden de las cosas criadas y qué es mérito del pecado.

(1) *Génesis*, cap. I.

Porque la condición de la servidumbre por derecho positivo se entiende que se impuso al pecador, y por eso no vemos se haga mención del nombre de siervo en la Escritura, hasta que el justo Noé castigó con él el horrible pecado de su hijo. Así que este nombre tuvo su origen en la culpa, ella le mereció y no la naturaleza. Y aunque la etimología del nombre siervo ó esclavo en latín se entiende que se derivó de que á los que podían matar conforme á la ley de guerra, cuando los vencedores los reservaban ó conservaban, los hacían siervos quedando en su poder, por cuanto habían conservado sus vidas, sin embargo, tampoco esta diligencia es sin mérito del pecado. Pues aun cuando se haga la guerra justa, por el pecado pelea la parte contraria; y no hay victoria, aun cuando sucede á veces que la alcancen los malos, que por disposición y providencia divina no humille á los vencidos ó corrigiendo ó castigando sus pecados. Testigo es de esta verdad el siervo de Dios Daniel, cuando en el cautiverio confiesa á Dios sus pecados y los pecados de su pueblo, y protesta con un santo y verdadero dolor, que esta es la causa de aquel cautiverio. Así, pues, la primera causa de la servidumbre es el pecado, y de que se sujetase el hombre á otro hombre con el vínculo de la tradición servil, lo cual no sucede sin especial providencia y justo juicio de Dios, en quien no hay injusticia y no sabe repartir diferentes penas á los méritos de las culpas. Y, según dice el soberano Señor de nuestras almas: «que cualquiera que peca es siervo del pecado», así también muchos que son piadosos y religiosos sirven á señores inicuos, pero no libres; «porque todo vencido es esclavo de su vencedor». Y sin duda con mejor condición servimos á los hombres que á los apetitos, pues advertimos cuán tiránicamente destruye los corazones de los mortales, por no decir de otros, el mismo apetito de dominar. Y

en aquella paz ordenada con que los hombres están subordinados unos á otros, así como aprovecha la humildad á los que sirven, así daña la soberbia á los que mandan y señorean. Pero ninguno en aquella naturaleza en que primero crió Dios al hombre es siervo del hombre ó del pecado. Y aun la servidumbre penal que introdujo el pecado está trazada y ordenada con tal ley, que manda que se conserve el orden natural y prohíbe que se perturbe, porque si no se hubiera traspasado aquella ley no habría que reprimir y refrenar con la servidumbre penal. Por lo que el Apóstol (1) aconseja á los siervos y esclavos que estén obedientes y sujetos á sus señores y los sirvan de corazón con buena voluntad, para que, si no pudieren hacerlos libres los señores, ellos en algún modo hagan libre su servidumbre, sirviendo, no con temor cauteloso, sino con amor fiel (2), «hasta que pase esta iniquidad y calamidad y se reforme y deshaga todo el mando y potestad de los hombres, viniendo á ser Dios todo en todas las cosas».

CAPÍTULO XVI

De cómo debe ser justo y benigno el mando y gobierno de los señores.

Aunque tuvieron siervos y esclavos los justos, nuestros predecesores de tal modo gobernaban la paz de su casa, que por lo respectivo á estos bienes temporales diferenciaban la fortuna y hacienda de sus hijos de

(1) San Pablo, ep. á los Ephesios, cap. VI.

(2) Salmo 56 y San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. XV, v. 24

la condición de sus siervos, pero en lo que toca al servicio y culto de Dios, de quien deben esperarse los bienes eternos, con un mismo amor miraban por todos los miembros de su casa. Lo cual en tal conformidad nos lo dicta y manda el orden natural, que de este principio vino á derivarse el nombre de padre de familias, y es tan recibido, que aun los que mandan y gobiernan inicuaamente gustan de ser llamados con dicho nombre. Pero los que son verdaderos padres de familias, miran por todos los de su familia como por sus hijos, para servir y agradar á Dios; deseando llegar á la morada celestial, donde no habrá necesidad del oficio de mandar y dirigir á los mortales, porque entonces no será necesario el ministerio de mirar por el bien de los que son ya bienaventurados en aquella inmortalidad. Hasta que lleguen allá deben sufrir más los padres porque mandan y gobiernan, que los siervos porque sirven. Así, cuando alguno en casa, por la desobediencia va contra la paz doméstica, deben corregirle y castigarle de palabra, ó con el azote ó con otro castigo justo y lícito, cuanto lo exige la sociedad y comunicación humana y por la utilidad del castigado, para que vuelva á la paz de donde se había apartado. Porque así como no es acto de beneficencia hacer, ayudando, que se pierda mayor bien, así no es inocencia hacer, perdonando, que se incurra en mayor mal. Toca, pues, al oficio del inocente, no sólo no hacer mal á nadie, sino también estorbar y prohibir el pecado ó castigarle, para que ó el castigado se corrija y enmiende con la pena, ú otros escarmienten con el ejemplo. Y porque la casa del hombre debe ser principio ó una partecita de la ciudad, y todos los principios se refieren á algún fin propio de su género y toda parte á la integridad del todo, cuya parte es, bien claramente se sigue, que la paz de casa se refiere á la paz de la ciudad, esto es, que la ordenada concordia entre

sí de los cohabitantes en el mandar y obedecer, se debe regular con la ordenada concordia entre sí de los ciudadanos en el mandar y obedecer. De esta manera el padre de familias ha de tomar de la ley de la ciudad la regla para gobernar su casa, de forma que la acomode á la paz y tranquilidad de la ciudad.

CAPÍTULO XVII

Por qué la ciudad celestial viene á estar en paz con la ciudad terrena, y por qué en discordia.

La casa de los hombres que no viven por la fe (1), procura la paz terrena con los bienes y comodidades de la vida temporal; mas la casa de los hombres que viven por la fe, espera los bienes que le han prometido eternos en la vida futura; y de los terrenos y temporales usa como peregrina, no de forma que deje prenderse y apasionarse de ellos y que la desvíen de la verdadera senda que dirige hacia Dios, sino para que la sustenten con los alimentos necesarios, para pasar más fácilmente la vida y no acrecentar las cargas de este cuerpo corruptible (2), «que agrava y comprime al alma». Por eso el uso de las cosas necesarias para esta vida mortal es común á fieles ó infieles y á una y otra casa, pero el fin del uso le tiene cada uno propio y muy distinto. También la Ciudad terrena que no vive por la fe, desea la paz terrena, y en lo que pone la concordia que hay en el mandar y obedecer entre los ciudadanos, es en que observen cierta unión y conformidad de voluntades en

(1) Abacuc, cap. II.

(2) Lib. Sapient., cap IX.

los objetos que conciernen á la vida mortal. La Ciudad celestial, ó, por mejor decir, una parte de ella que anda peregrinando en esta mortalidad y vive por la fe, también tiene necesidad de semejante paz; y mientras en la Ciudad terrena pasa como cautiva la vida de su peregrinación, como tiene ya la promesa de la redención y el don espiritual, como prenda no duda sujetarse á las leyes de la Ciudad terrena, con que se administran y gobiernan las cosas que son á propósito y acomodadas para sustentar esta vida mortal. Porque como es común la misma mortalidad en las cosas tocantes á ella, guárdase la concordia entre ambas Ciudades. La Ciudad terrena tuvo ciertos sabios, hijos suyos, á quienes reprobaba la doctrina del cielo, los cuales, ó porque lo pensaron así ó porque los engañaron los demonios, creyeron que era menester conciliar muchos dioses á las cosas humanas, á cuyos diferentes oficios, por decirlo así, estuviesen sujetas diferentes cosas, á uno el cuerpo y á otro el alma; y en el mismo cuerpo, á uno la cabeza y á otro el cuello, y todos los demás á cada uno el suyo. Asimismo en el alma, á uno el ingenio, á otro la sabiduría, á otro la ira, á otro la concupiscencia; y en las mismas cosas necesarias á la vida, á uno el ganado, á otro el trigo, á otro el vino, á otro el aceite, á otro las selvas ó florestas, á otro el dinero, á otro la navegación, á otro las guerras, á otro las victorias, á otro los matrimonios, á otro los partos y la fecundidad, y así á los demás todos los ministerios humanos restantes. Pero como la Ciudad celestial conoce á un solo Dios para reverenciarle, entiende y sabe pía y sanamente que á él sólo se debe servir con aquella servidumbre que los griegos llaman *latría*, que no debe prestarse sino á Dios. Sucedió, pues, que las leyes tocantes á la religión no pudo tenerlas comunes con la Ciudad terrena, y por ello le fué preciso disentir y no conformarse con ella, y ser

aborrecida de los que opinaban lo contrario, sufrir sus odios, enojos, y los ímpetus de sus persecuciones crueles, á no ser rara vez cuando refrenaba los ánimos de los adversarios el miedo que les causaba su muchedumbre, y siempre el favor y ayuda de Dios. Así que esta Ciudad celestial, entretanto que es peregrina en la tierra, va llamando y conyocando de entre todas las naciones ciudadanos, y por todos los idiomas va haciendo recolección de la sociedad peregrina, sin atender á diversidad alguna de costumbres, leyes é institutos, que es con lo que se adquiere ó conserva la paz terrena, y sin reformar ni quitar cosa alguna, antes observándolo y siguiéndolo exactamente, cuya diversidad, aunque es varia y distinta en muchas naciones, se endereza á un mismo fin de la paz terrena, cuando no impide y es contra la religión, que nos enseña y ordena adorar á un solo sumo y verdadero Dios. Así que también la Ciudad celestial en esta su peregrinación usa de la paz terrena, y en cuanto puede, salva la piedad y religión, guarda y desea la trabazón y uniformidad de las voluntades humanas en los objetos que pertenecen á la naturaleza mortal de los hombres, refiriendo y enderezando esta paz terrena á la paz celestial. La cual de tal forma es verdaderamente paz, que sola ella debe llamarse paz de la criatura racional, es á saber, una bien ordenada y concorde sociedad que sólo aspira á gozar de Dios y unos de otros en Dios. Cuando llegáremos á la posesión de esta felicidad, nuestra vida no será ya mortal, sino colmada y muy ciertamente vital, ni el cuerpo será animal, el cual, mientras es corruptible, agrava y comprime al alma, sino espiritual, sin necesidad alguna, y del todo sujeto á la voluntad. Esta paz entretanto que anda peregrinando, la tiene por la fe, y con esta fe juntamente vive cuando refiere todas las buenas obras que hace para con Dios ó para con el prójimo, á fin de conseguir

aquella paz, porque la vida de la Ciudad efectivamente no es solitaria, sino social y política.

CAPITULO XVIII

Que la duda que la nueva Academia pone en todo, es contraria á la certidumbre y constancia de la fe cristiana.

Por lo respectivo á la diferencia que cita Varrón, alegando el dictamen de los nuevos Académicos, que todo lo tienen por incierto, la Ciudad de Dios totalmente abomina de semejante duda, reputándola como un disparate ó desvarío, teniendo de las cosas que comprende con el entendimiento y la recta razón, cierta ciencia, aunque muy escasa, por causa del cuerpo corruptible, que comprime al alma, porque como dice el Apóstol (1): «en parte sabemos»; y en la evidencia de cualquiera materia cree á los sentidos, de los cuales usa el alma por medio del cuerpo, porque más infelizmente se engaña quien cree que jamás se les debe dar asenso. Cree asimismo en la Sagrada Escritura del Viejo y del Nuevo Testamento, que llamamos canónica, de donde se concibió y dedujo la misma fe con que vive el justo, por la cual sin incertidumbre alguna caminamos mientras andamos peregrinando, ausentes de Dios. Y salva ella, quedando en su vigor y certidumbre, sin que con razón nos puedan reprender, dudamos de algunas cosas que no las hemos podido penetrar, ni con el sentido, ni con la razón, ni hemos tenido noticia de ellas por la Sagrada Escritura, ni por otros testigos á quienes fuera un absurdo y desvarío no dar crédito.

(1) San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. XIII.

CAPITULO XIX

Del hábito y costumbres del pueblo cristiano.

Nada interesa á esta Ciudad el que cada uno siga y profese esta fe en cualquier traje ó modo de vivir, como no sea contra los preceptos divinos, pues con esta misma fe se llega á conseguir la visión beatífica de Dios y la posesión de la patria celestial, y así hasta los mismos filósofos, cuando se hacen cristianos, no los compele á que muden el hábito, uso y costumbre de sus alimentos que nada obstan á la religión, sino sus falsas opiniones. Por eso la diferencia que trae Varrón en el vestir de los cínicos, si no cometen acción torpe ó deshonesta, no cuida de ella; pero en los tres géneros de vida, ocioso, activo, y compuesto de uno y otro, aunque se pueda en cada uno de ellos pasar la vida sin detrimento de la fe, y llegar á conseguir los premios eternos, todavía importa averiguar qué es lo que se profesa por amor de la verdad, y qué es lo que se emplea en el oficio de la caridad; porque ni debe estar uno de tal manera ocioso que en el mismo ocio no piense ni cuide del provecho de su prójimo, ni de tal conformidad activo, que no procure la contemplación de Dios. En el ocio no le debe entretener y deleitar la ociosidad, sin entender en nada sino la inquisición, ó el llegar á alcanzar la verdad, de forma que cada uno aproveche en ella, y que lo que hallare y alcanzare lo posea y goce y no lo envidie á otro, y en la acción no se debe pretender y amar la honra de esta vida, ó el poder, porque todo es vanidad: lo que hay debajo del sol, sino la misma obra que se hace por aquella honra ó potencia, cuando se hace bien y útilmente, esto es, de manera que valga para aquella salud

de los súbditos, que es, según Dios, como ya lo declaramos arriba. Por eso cuando dice el Apóstol (1): «que al que desea un obispado es buena obra la que desea», quiso declarar lo que es obispado, palabra griega que denota obra y trabajo, no honra y dignidad, mediante á que el que es superior de otros debe mirar por aquellos de quienes es superior y jefe, porque *epi* quiere decir sobre, y *Scopos* intención; luego *Episcopin*, debe entenderse de modo que sepa que no es obispo el que gusta de ser superior y no gusta ser de provecho. Así, pues, á ninguno prohíben que atienda al estudio de la verdad, el cual pertenece al ocio loable y bueno; pero el lugar superior, sin el cual no se puede regir un pueblo, aunque se tenga y administre como es debido, no conviene codiciarle y pretenderle; por lo cual el amor de la verdad busca al ocio santo, y la necesidad de la caridad se encarga del negocio justo; sin esta carga, cuando no hay quien se la imponga, debe entretenerse en entender sobre la inquisición de la verdad, pero si se la imponen, se debe tomar por la necesidad de la caridad; pero ni aun de esta conformidad debe desamparar del todo el entretenimiento y gusto de la verdad, porque no se despoje de aquella suavidad y le oprima esta necesidad.

CAPITULO XX

Que los ciudadanos de la ciudad de los santos, en esta vida temporal, son bienaventurados en la esperanza.

Por lo cual, siendo el sumo bien de la Ciudad de Dios la paz eterna y perfecta, no por la que los mortales pa-

(1) San Pablo, I ep. á los timoth., cap. III.

san naciendo y muriendo, sino en la que perseveran inmortales, sin padecer adversidad, ¿quién hay que niegue que aquella vida es felicísima, ó que en su comparación ésta que aquí se pasa, por más colmada que esté de los bienes del alma y del cuerpo y de las cosas exteriores, no la juzgue por más que miserable? Con todo, el que pasa esta de manera que el uso de ella le endereza al fin de la otra, al cual ama ardientemente, y fielmente espera, sin ningún absurdo se puede ahora llamar también bienaventurado, más por la esperanza de allá que por la posesión de acá. Pero esta posesión sin aquella esperanza es una falsa bienaventuranza y grande miseria, porque no usa de los verdaderos bienes del alma, mediante á que no es verdadera sabiduría aquella con que en las cosas que discierne con prudencia, y hace con valor, modera con templanza y distribuye con justicia, no endereza su intención á aquel fin, donde será Dios el todo en todas las cosas con eternidad cierta é infalible y paz perpetua.

CAPITULO XXI

Si conforme á las definiciones de Scipión, que trae Cicerón en su diálogo, hubo jamás República romana.

Ya es tiempo que lo más sucinta, compendiosa y claramente que pudiéremos, se averigüe lo que prometí manifestar en el libro segundo de esta obra, es á saber, que según las definiciones de que usa Scipión en los libros de la República de Cicerón, jamás hubo República romana; porque brevemente define la República diciendo que es cosa del pueblo, cuya definición, si es verdadera, nunca hubo República romana; porque nun-

ca hubo cosa de pueblo, cual quiere que sea la definición de la República, pues definió al pueblo diciendo que era una junta compuesta de muchos, trabada y enlazada con el consentimiento del derecho, comunión y participación del bien común; y más adelante declara que significa lo que llama consentimiento del derecho, manifestando en esto que sin justicia no se puede administrar ni gobernar rectamente la República. Luego donde no hubiere verdadera justicia tampoco podrá haber derecho, porque lo que se hace según derecho se hace justamente; pero lo que se hace injustamente no puede hacerse con derecho, en atención á que no se deben llamar ó tener por derecho las leyes injustas de los hombres; pues también ellos llaman derecho á lo que dimanó y se derivó de la fuente original de la justicia, confesando ser falso lo que suelen decir algunos erróneamente, que sólo es derecho ó ley lo que es en favor y utilidad del que más puede. Por lo cual, donde no hay verdadera justicia no puede haber unión ni congregación de hombres, trabada con el consentimiento del derecho, y por lo mismo tampoco pueblo, conforme á la enunciada definición de Scipión ó Cicerón. Y si no puede haber pueblo, tampoco cosa de pueblo, sino de multitud, que no merece nombre de pueblo, y, por consiguiente, si la República es cosa de pueblo, y no es pueblo el que no está enlazado y unido con el consenso del derecho, y no hay derecho donde no hay justicia, sin duda se colige que donde no hay justicia no hay República. Además, la justicia es una virtud que da á cada uno lo que es suyo. ¿Qué justicia, pues, será la del hombre que al mismo hombre le quita á Dios verdadero, y le sujeta á los impuros demonios? ¿Es esto acaso dar á cada uno lo que es suyo? ¿Por ventura el que usurpa la heredad al que la compró y la da al que ningún derecho tiene en ella, es injusto, y el que se

quita á sí mismo á Dios, que es su Señor, y el que le crió y sirve á los espíritus malignos, es justo?

Disputan ciertamente con grande vehemencia y vigor en los mismos libros de República contra la justicia, y en favor de ella, y se defiende al principio la injusticia contra la justicia, diciendo que la República no se podía conservar ni acrecentar sino por la injusticia, por ser cosa injusta que los hombres sirviesen á hombres que los dominasen; de cuya injusticia necesita usar la ciudad imperiosa, cuya República es grande para imperar y mandar en las provincias: respondióse en defensa de la justicia que esto es justo, porque á semejantes hombres les es útil la servidumbre, establecida en utilidad suya cuando se practica bien, esto es, cuando á los perversos se les quita la licencia de hacer mal, viviendo mejor sujetos que libres. Y para confirmar esta razón traen un famoso ejemplo, como tomado de la naturaleza, y dicen así: ¿Por qué Dios manda al hombre, el alma al cuerpo, la razón al apetito, y á las demás partes viciosas del alma? Sin duda con este ejemplo consta que importa á algunos y es útil la servidumbre, y que el servir á Dios lo es á todos. El alma que sirve á Dios muy bien manda al cuerpo, y en la misma alma la razón, que se sujeta á Dios, su Señor, muy bien manda al apetito y á los demás vicios. Por lo cual, siempre que el hombre no sirve á Dios, ¿qué puede pensarse que hay en él de justicia? Pues no sirviendo á Dios de ningún modo puede el alma justamente mandar al cuerpo, ó la razón humana á los demás vicios; y si en este hombre no hay justicia, sin duda que tampoco la podrá haber en la congregación de los hombres que consta de tales hombres. Luego no hay aquí aquella conformidad ó consejo del derecho que hace pueblo á la muchedumbre cuya cosa se dice ser la República. Y de la utilidad con cuyo lazo también

une Scipión á los hombres en esta definición para formar el pueblo, ¿qué diré? Pues si exactamente lo consideramos, no es utilidad la de los que viven impiamente, como viven todos los que no sirven á Dios y sirven á los demonios, los cuales son tanto más perversos cuanto más deseosos se muestran, siendo ellos espíritus inmundísimos, de que les ofrezcan sacrificios como á dioses. Así, pues, lo que dijimos de la conformidad y consentimiento del derecho, pienso que basta para que se eche de ver por esta definición que no es pueblo que merezca llamarse República aquel donde no haya justicia. Si nos respondieren que los romanos en su República no sirvieron á espíritus inmundos, sino á dioses buenos y sanos, ¿acaso será necesario repetir tantas veces una cosa, que está ya dicha con bastante claridad, y aun más de la necesaria? ¿Porque quién hay que haya llegado hasta aquí por el orden de los libros anteriores de esta obra, que pueda todavía dudar de que los romanos sirvieron á los demonios impuros, sino el que fuere, ó demasiadamente necio, ó descaradamente porfiado? Mas por no decir la cualidad y circunstancias de éstos, que ellos honraban y veneraban con sus sacrificios, baste que la ley del verdadero Dios nos dice: *Sacrificans Diis eradicabitur, nisi Deo tantum*: «Que al que ofreciese sacrificios á los dioses, y no solamente á Dios, le quitarán la vida.» Así que, ni á dioses buenos ni malos quiso que sacrificasen el que mandó esto con tanto rigor, y bajo una pena tan acerba.

CAPÍTULO XXII

Si es el verdadero Dios aquel á quien sirven los cristianos, y á quien solo se debe sacrificar.

Pero podrían responder: ¿Quién es este Dios, ó con qué testimonios se prueba ser digno de que le debieran obedecer los romanos, no adorando, ni ofreciendo sacrificios á otro alguno de los dioses, á excepción de este nuestro Dios y Señor? Grande ceguedad es preguntar todavía quién es este Dios: este es el Dios que dijo á Abraham: *In semine tuo benedicentur omnes gentes*, «en tu semilla y descendencia serán benditas todas las gentes»: lo cual, quieran ó no quieran, advierten que puntualmente se cumple en Cristo, que, según la carne, nació de aquel linaje, los mismos enemigos que han quedado de este santo nombre. Este es el Dios cuyo divino espíritu habló por aquellos, cuyas profecías á la letra, y como se cumplieron en la iglesia, que vemos derramada por todo el orbe, he relacionado en los libros pasados. Este es el Dios de quien Varrón, uno de los más doctos entre los romanos, sostiene que es Júpiter, aunque sin saber lo que dice: lo cual me pareció referirlo, porque Varrón, tan sabio, no pudo imaginar que no había este Dios, ni tampoco que era cosa poca: creyendo que era aquel á quien él tenía por el Sumo Dios. Finalmente, este es el Dios á quien Porfirio, uno de los más eruditos é instruidos entre los filósofos, aunque enemigo pertinacísimo de los cristianos, por expresión aun de los mismos oráculos de aquellos que él cree que son dioses, confiesa que es grande Dios.

CAPÍTULO XXIII

Las respuestas que refiere Porfirio dieron de Cristo los oráculos de los dioses.

Porque en los libros que llama teologías filosóficas, en los cuales examina y refiere las divinas respuestas en las materias tocantes á la filosofía (y empleo sus mismas palabras traducidas del griego al latín), dice que, preguntándole uno de qué dios se valdría para poder desviar á su mujer de la religión de los cristianos, respondió Apolo con unos versos que comprenden estas palabras, como si fueran de Apolo: «Antes podrás escribir en el agua, ó aventando las ligeras plumas, como una ave, volar por el aire, que separes de su propósito á tu impía mujer, ya que una vez se ha profanado. Déjala, como apetece, perseverar en sus vanos engaños, y celebre con inútiles lamentaciones á su dios muerto, á quien, bajo la conducta de jueces rectos y celosos de la justicia, quitó la vida á los golpes del hierro una muerte, entre las públicas, la más afrentosa». Después, á consecuencia de estos versos de Apolo, que sin observar el metro se han traducido, añade él: «En esto sin duda declaró la irremediable sentencia de los cristianos, al decir que los judíos conocen más á Dios que ellos». Ved aquí cómo, rebajando á Cristo, antepuso los judíos á los cristianos, confesando que los judíos conocen á Dios: porque así explicó los versos de Apolo, donde dice que fué muerto Cristo por jueces rectos y celosos de la justicia, como si, juzgando los judíos rectamente, le hubieran condenado con justo motivo. Sea lo que fuere de este oráculo falso, lo que el mentiroso sacerdote de Apolo de Cristo, y lo que Porfirio creyó, ó quizá lo que éste mismo fingió haber dicho el sacerdo-

te, sin tal vez haber pensado en ello, ya veremos cuán constante es este filósofo en lo que dice, ó cómo hace que concuerden entre sí los oráculos. En efecto; dice aquí que los judíos, como gente que conoce á Dios, juzgaron rectamente de Cristo, sentenciándole á la muerte más afrentosa. Luego debiera mirar lo que el Dios de los judíos, á quien abona con su testimonio, dice (1): «que al que sacrificare á los dioses, y no solamente á Dios, se le quite la vida». Pero vengamos ya á la explanación de asuntos más claros, y veamos cuán grande y poderoso confiesa ser el Dios de los judíos. Preguntado Apolo cuál era mejor, el Verbo ó la ley, respondió, dice, en verso, lo que sigue: y después pone los versos de Apolo, entre los cuales se contienen éstos, por tomar sólo de ellos lo que es bastante. «Pero Dios, nos dice, es rey engendrador, y rey, ante todas las cosas, de quien tiemblan el cielo, la tierra y el mar, y tienen temor los abismos de los infiernos, y los mismos dioses: cuya ley es el Padre á quien adoran y reverencian los santísimos hebreos». Por este oráculo de su dios Apolo, dijo Porfirio que era tan grande el Dios de los hebreos, que le temblaban los mismos dioses. Habiendo, pues, dicho este Dios que incurriría en pena de muerte el que sacrificase á los dioses, me admiro cómo el mismo Porfirio, ofreciendo sacrificios á los dioses, no temió su última ruina.

Dice también este filósofo algunos elogios de Cristo como olvidado de aquella ignominia, de que poco antes tratamos, ó como si soñaran sus dioses cuando decían mal de Cristo, y al despertar conocieran que era bueno y con razón le alabaran. En efecto; como si fuera cosa admirable, «parecerá, dice, á algunos cosa extraña é increíble lo que voy á decir: que los dioses declararon á

(1) Exodo, cap. XXII.

Cristo por Santísimo y que se hizo inmortal, y hacen mención de él llenándole de alabanzas. Pero de los cristianos (refiere) dicen que son profanos, que están envueltos é implicados en errores, y publican de ellos otras muchas blasfemias semejantes á éstas». Después pone oráculos de los dioses, que abominan y blasfeman de los cristianos, y añade: «Pero de Cristo, á los que preguntaban si era Dios, respondió Hecate: Ya sabes la serie y proceso del alma inmortal después que ha dejado el cuerpo, y cómo la que se apartó de la sabiduría siempre andaba errando; aquella alma es de un varón excelentísimo en santidad, que adoran y respetan los que andan deslumbrados y ajenos de la verdad». Después de las palabras de este oráculo, pone las suyas, y dice: «Así, pues, le llamó varón santísimo, y que su alma, como la de los santos, después de muerto, fué á gozar de la inmortalidad, y que á ésta adoran los cristianos que andan errados». Y preguntando, dice: ¿por qué motivo fué, pues, condenado? Respondió la diosa con oráculo: «Aunque el cuerpo está siempre sujeto á los tormentos que le combaten, sin embargo, el alma está en la morada celestial de los santos; aunque aquella alma dió ocasión fatalmente á las otras almas (á quienes los hados no concedieron que alcanzasen los dones de los dioses, ni tuvieron noticia del inmortal Júpiter) que se implicasen en error. Así que son los cristianos aborrecidos de los dioses, porque á los que el hado no permitió conocer á Dios, ni recibir los dones de los dioses, fatalmente les dió Cristo causa para que se enredasen en errores. Pero él fué piadoso, y como los piadosos fué al cielo, por lo que no blasfemarás de éste, más bien te compadecerás de la demencia de los hombres y del peligro que aquí nace en ellos tan fácil y tan próximo á precipitarlos en el abismo».

¿Quién hay tan ignorante que no advierta que estos oráculos, ó los fingió algún espíritu cauteloso, acérrimo antagonista de los cristianos, ó por algún otro motivo semejante respondieron así á los impuros demonios, para que, viéndolos cómo alaban á Cristo, persuadan que con verdad vituperan á los cristianos; y de esta manera, si pudieran, atajen y cierren el camino de la salud eterna, que es en el que se hace cada uno cristiano? Porque les parece que no contradice á la astucia que usan de mil maneras para engañar, que les crean cuando alaban á Cristo, con tal que les crean también cuando vituperan á los cristianos, á fin de que al que creyere lo uno y lo otro, hacerle alabar á Cristo, pero que no quiera ser cristiano. De esta manera, aunque alabe el nombre de Cristo, no le libra Cristo del dominio de los demonios, especialmente porque alaban á Cristo de forma que quien creyere que es como ellos nos le predicán, no será verdadero Cristiano, sino hereje fotiniano, que conoce á Cristo sólo como hombre y no como Dios, y por eso no puede ser salvado por él ni evitar ó salir de los lazos de estos demonios, que no saben decir verdad. Pero nosotros, ni podemos aprobar á Apolo cuando vitupera á Cristo, ni á Hecate cuando le alaba, pues el uno quiere que tengamos á Cristo por inicuo y pecador, supuesto que dice que le condenaron á muerte jueces rectos; y la otra, que le tengamos por hombre piadosísimo, pero por hombre solamente. Igual es la intención de los dos para que no quieran hacerse los hombres cristianos, porque, no siendo cristianos, no se podrán librar de su poder. Pero este filósofo, ó, por mejor decir, los que dan crédito á semejantes oráculos contra los cristianos, hagan primero, si pueden, que concuerden entre si Hecate y Apolo sobre Cristo, y que, ó le condenen los dos, ó le alaben también ambos, y aunque lo hicieran, abominaremos de los engañosos de-

monios, así cuando elogian como cuando baldonan á Cristo. Pero como su dios y su diosa discordan entre sí sobre Cristo, el uno vituperándole y la otra ensalzándole, cuando blasfeman de los cristianos no les deben creer los hombres si los hombres son rectos y sienten. Cuando Porfirio ó Hecate, alabando á Cristo, dice que él mismo dió fatalmente á los cristianos motivo para que se implicasen en error, descubre y manifiesta las causas, según él imagina, del mismo error; las cuales antes que, conforme á sus palabras, las declare, pregunto si dió Cristo fatalmente á los cristianos causa para enredarse é implicarse en error ó si la dió con su voluntad. En este caso, ¿cómo es justo? Y en aquél, ¿cómo es bienaventurado? Pero veamos ya las causas que da del error. Hay, dice, unos espíritus terrenos, mínimos en la tierra, sujetos á la potestad de malos demonios. A estos tales, los sabios de los hebreos, entre los cuales fué uno este Jesús, como lo has oído de boca del oráculo divino de Apolo, que referí arriba, á estos demonios pésimos y espíritus menores, prohibían los sabios de los hebreos que acudiesen los hombres temerosos de Dios, y les vedaban ocuparse en su servicio, prefiriendo que venerasen á los dioses celestiales y mucho más á Dios Padre. Y esto mismo, dice, lo ordenan los dioses, y arriba lo manifestamos, como nos advierten que tengamos cuenta con Dios, y mandan que siempre le reverencemos. Pero los ignorantes é impíos, á quienes verdaderamente no concedió el hado que alcanzasen de los dioses sus dones, ni que tuviesen noticia del inmortal Júpiter, sin querer atender ni á los dioses ni á los hombres divinos, dieron de mano á todos los dioses, y á los demonios prohibidos no sólo no los quisieron aborrecer, sino que los veneraron y adoraron. Fingiendo que adoran á Dios, dejan de hacer precisamente las operaciones por las

cuales se adora á Dios. Porque Dios, como autor y padre de todos, de ninguno tiene necesidad; pero es bien para nosotros que le honremos con la justicia y castidad y con las demás virtudes, haciendo que nuestra vida sea una oración que le esté pidiendo continuamente la imitación de sus perfecciones é inquisición de la verdad. Porque la inquisición, dice, purifica, y la imitación deifica el afecto, ensalzando las obras de Dios. Muy bien habla de Dios Padre, y nos dice las costumbres y ritos con que le debemos reverenciar, y de estos preceptos están llenos los libros proféticos de los hebreos, cuando censuran ó elogian la vida de los santos. Pero por lo respectivo á los cristianos, tanto yerra ó tanto calumnia cuanto quieren los demonios que él tiene por dioses; como si fuera dificultoso traer á la memoria las torpezas y disoluciones que se hacían acerca del culto y reverencia de los dioses en los teatros y templos, y ver lo que se lee, dice, y oye en las iglesias, ó qué es lo que en ellas se ofrece á Dios verdadero, y deducir de esto dónde está la edificación y dónde la destrucción de las costumbres. ¿Quién le dijo ó le pudo inspirar, sino el espíritu diabólico, tan vana y manifiesta mentira como la de que á los demonios, que prohíben adorar los hebreos, los cristianos antes los reverencian que aborrecen? Al contrario, el sumo Dios, á quien adoraron los sabios de los hebreos, aun á los santos ángeles del cielo y virtudes de Dios, á quienes como á ciudadanos, en esta nuestra peregrinación mortal, respetamos y amamos, nos veda que les sacrifiquemos, notificándolo rigurosamente en la ley que dió á su pueblo hebreo, é intimándonos con terribles amenazas: «que el que sacrificare á los dioses perderá la vida». Y para que ninguno entendiese que la ley mandaba que no sacrificasen á los demonios pésimos y espíritus terrenos, á quienes éste llama mínimos

ó menores, porque también á éstos en las Escrituras Santas los llaman dioses, no de los hebreos, sino de los gentiles, lo cual con toda claridad lo pusieron los Setenta intérpretes en el Salmo (1), diciendo «que todos los dioses de los gentiles son demonios», para que ninguno, repetimos, pensase que la ley prohibía sacrificar á estos demonios terrenos, pero que lo permitía á los celestiales, á todos, ó á algunos, seguidamente añadió, *nisi Domino soli*, «sino á Dios sólo», esto es, sino solamente á Dios, porque no piense acaso alguno que la frase *á Dios sólo* se entiende el Dios Sol á quien se deba sacrificar, y que no deba entenderse así, se ve bien claro en el texto griego.

El Dios de los hebreos, á quien abona con relevante testimonio este ilustre filósofo, dió ley á su pueblo hebreo escrita en idioma hebreo, cuya ley no es obscura ni incognita, sino que está esparcida ya y divulgada por todas las naciones, y en ella está escrita (2) «que el que sacrificare á los dioses y no sólo á Dios, morirá indispensablemente». ¿Qué necesidad hay de que en esta ley y en sus profetas andemos á caza de muchas particularidades que se leen á este propósito; pero qué digo yo andar á caza, supuesto que no son dificultosas ni raras, sino que andemos recogiendo las fáciles, y que se ofrecen á cada paso, y ponerlas en este discurso, para los que ven más claro que la luz, que el sumo y verdadero Dios quiso que á ninguno otro se ofreciesen sacrificios que al mismo Dios y Señor? Ved, pues, á lo menos esto, que brevemente, ó, por mejor decir, grandiosamente con amenaza, pero con verdad dijo, aquel Dios, á quien los más doctos que se conocen entre ellos celebran con tanta excelencia; oíganlo, té-

(1) Salmo 95.

(2) Exodo, cap. XXII.

manlo, obedézcanlo, porque á los inobedientes no les comprenda la pena y amenaza de la muerte: «El que sacrificare, dice, á los dioses y no solamente á Dios, morirá». No porque el Señor necesite de nadie, sino porque nos interesa el ser cosa suya. Así se canta en la Sagrada Escritura de los hebreos (1): «Dije al Señor, tú eres mi Dios, porque no tienes necesidad de mis bienes»; y el sacrificio más insigne y mejor que tiene este Señor, somos nosotros propios. Esto mismo es su Ciudad, y el misterio de este grande asunto celebramos con nuestras oblaciones, como lo saben los fieles, así como lo hemos ya visto en los libros anteriores. Los oráculos del cielo declararon á voces por boca de los profetas hebreos que cesarían las víctimas ofrecidas por los judíos en sombra de lo futuro, y las naciones, desde donde nace hasta donde se pone el sol, ofrecerían un solo sacrificio, como observamos ya que lo practican. De estos oráculos hemos citado algunos, cuantos nos parecieron bastantes, y los hemos ya insertado en esta obra. Por tanto, donde no hubiere la justicia, de que según su gracia, un solo y sumo Dios mande á la ciudad que le esté obediente, no sacrificando á otro que al mismo Dios; en todos los hombres de esta misma ciudad, obedientes á Dios, con orden legítimo, el alma mande al cuerpo y la razón á los vicios, para que todo el pueblo viva, se sustente, y posea la fe como vive y la posee un justo que obra y se mueve con el amor y caridad, con que el hombre ama á Dios como se debe, y á su prójimo como así mismo (2); donde no hay esta justicia, repito, sin duda que no hay congregación de hombres, unida por la conformidad en las leyes y dere-

(1) Salmo 15.

(2) San Mateo, cap. XXII; San Pablo, ep. á los Romanos, cap. I; á los Gálatas, cap II, y 5; y á los Hebreos, cap. X, y Habacuc, cap. II.

cho, y con la comunión de la utilidad y bien común; y no habiéndola no hay pueblo; si es verdaderamente esta la definición del pueblo, tampoco había República; porque no hay cosa del pueblo, donde no hay pueblo.

CAPÍTULO XXIV

Con qué definición se pueden llamar legitimamente, no solo los romanos, sino también los otros reinos, pueblo y República.

Si definiésemos al pueblo, no de ésta, sino de otra manera, como si dijésemos: el pueblo es una congregación de muchas personas, unidas entre sí con la comunión y conformidad de los objetos que ama, sin duda para averiguar que hay un pueblo será menester considerar las cosas que ama y necesita. Pero sea lo que fuere, lo que ama, si es congregación compuesta de muchos, no bestias, sino criaturas racionales, y unidas entre sí con la comunión y concordia de las cosas que ama, sin inconveniente alguno se llamará pueblo, y tanto mejor cuanto la concordia fuese en cosas mejores, y tanto peor cuanto en peores. Conforme á esta nuestra definición, el pueblo romano es pueblo, y su asunto principal sin duda alguna es la República. Pero que sea lo que aquel pueblo haya amado en sus primeros tiempos, y que en los que fueron sucediendo, y cual su vida y costumbres, con las que llegando á las sangrientas sediciones, y de allí á las guerras sociales y civiles, rompió y trastornó la misma concordia, que es en cierto modo la vida y salud del pueblo, nos lo dice la historia, de la cual extractamos muchas particularidades en los libros precedentes. Pero no por

eso diré que no es pueblo, ni que su asunto primario no es la república, entretanto que se conservare cualquiera congregación organizada y compuesta de muchas personas, unida entre sí con la comunión y concordia de las cosas que ama. Lo que he dicho de este pueblo y de esta república, entiéndase dicho y opinado de la de los Atenenses, ó de otra cualquiera de los Griegos, y lo mismo de la de los Egipcios, y de aquella primera Babilonia de los Asirios, cuando en sus Repúblicas estuvieron sus imperios grandes ó pequeños, y eso mismo de otra cualquiera de las demás naciones. Porque generalmente la Ciudad de los impíos, donde no manda Dios, y ella le obedece, de manera que no ofrezca sacrificio á otros dioses sino á él solo, y por esto, el ánimo mande con rectitud y fidelidad al cuerpo, y la razón á los vicios, carece de verdadera justicia.

CAPÍTULO XXV

Que no puede haber verdadera virtud donde no hay verdadera religión.

Por más loablemente que parezca que manda el alma al cuerpo, y la razón á los vicios, si el alma y la misma razón no sirve á Dios, así como lo ordenó el Señor que debían servirle, de ningún modo manda ni dirige bien al cuerpo y á los vicios. ¿De qué cuerpo y de qué vicios puede ser señora el alma que no conoce al verdadero Dios, ni está sujeta á sus altas disposiciones, sino rendida, para ser corrompida y profanada por los viciosísimos demonios? Por lo cual las virtudes que le parece tener, por las cuales manda al cuerpo y á los vicios, para alcanzar alguna cosa, si no las refiere á Dios,

más son vicios que virtudes. Porque algunos opinan que las virtudes son verdaderas y honestas cuando se refieren á sí mismas, y no se desean por otro objeto; también en tal caso tienen su hinchazón y soberbia, y, por tanto, no se deben estimar por virtudes, sino por vicios; porque así como no procede de la carne, sino que es superior la carne, lo que hace vivir á la carne, así no viene del hombre, sino que es superior al hombre, lo que hace vivir bienaventuradamente al hombre, y no sólo al hombre, sino también á cualquiera potestad y virtud celestial.

CAPÍTULO XXVI

De la paz que tiene el pueblo que no conoce á Dios, de la cual se sirve el pueblo de Dios, mientras peregrina en este mundo.

Así como la vida de la carne es el alma, así la vida bienaventurada del hombre es Dios, de quien dicen los sagrados libros de los hebreos (1): «Bienaventurado es el pueblo cuyo Señor es su Dios». Luego miserable é infeliz será el pueblo que no conoce á este Dios. Sin embargo, este pueblo ama también cierta paz que no se debe desechar, la cual no tendrá al fin, porque no usa y se sirve de ella bien antes del fin; pero goza de ella en el ínterin en esta vida y también nos interesa á nosotros, porque entretanto que ambas Ciudades andan juntas y mezcladas, usamos también nosotros y nos servimos de la paz de Babilonia, de la cual se libra el pueblo de Dios por la fe, de forma que entretanto anda peregrinando en ella; por eso advirtió el

(1) Salmo 148.

Apóstol á la Iglesia, que hiciese oración á Dios por sus reyes y por los que están constituídos en algún cargo ó dignidad pública, añadiendo (1): «para que pasemos la vida quieta y tranquila, con toda piedad y pureza». Y el profeta Jeremías, anunciando al antiguo pueblo de Dios cómo había de verse en cautiverio, mandándoles de parte de Dios que fuesen de buena gana y obedientes á Babilonia, sirviendo también á Dios con esta conformidad y resignación, igualmente les advirtió y exhortó á que orasen por ella, dando inmediatamente la razón (2), «porque en la paz de esta ciudad, dice, gozaréis vosotros de la vuestra», es á saber, de la paz temporal y común á los buenos y á los malos.

CAPITULO XXVII

De la paz que tienen los que sirven á Dios, cuya perfecta tranquilidad no se puede conseguir en esta vida temporal.

La paz, que es propia de nosotros, no sólo la disfrutamos en esta vida con Dios por la fe, sino que eternamente la tendremos con él, y la gozaremos no ya por la fe, ni por visión, sino claramente. Pero en la tierra la paz, así la común como la nuestra propia, es paz; de manera que es más consuelo de nuestra miseria, que gozo de la bienaventuranza. Y con la misma justicia nuestra, aunque es verdadera, por el fin del verdadero bien á quien se refiere, con todo en esta vida es de tal conformidad, que más consta de la remisión de

(1) San Pablo, I ep. á Timoteo, cap. II.

(2) Jeremías cap. XXIX.

los pecados que de la perfección de las virtudes. Testigo es de esta verdad la oración que hace toda la Ciudad de Dios, que es peregrina en la tierra, pues por todos sus miembros clama á Dios: «Perdónanos, Señor, nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores». Oración que tampoco es eficaz si la hacen aquellos cuya fe, sin obras es muerta; sino por aquellos, cuya fe obra y se mueve por caridad y predilección. Pues aunque la razón esté sujeta á Dios, con todo, en esta condición mortal y cuerpo corruptible que agrava y comprime el alma, no es ella perfectamente señora de los vicios, y por eso tienen necesidad los justos de hacer semejante oración. Porque en efecto, aunque parezca que manda, de ningún modo manda, y es señora de los vicios sin contraste ni repugnancia. Sin duda aparece en esto cierto flaqueza, aun al que es valeroso y pelea bien, y aun al que es señor de tales enemigos vencidos ya y rendidos, por cuyo motivo viene á pecar, cuando no tan fácilmente por obra, á lo menos por la palabra, que ligeramente resbala, ó con el pensamiento, que sin repararlo, vuela. Por lo cual, mientras hay necesidad de mandar y moderar á los vicios, no puede haber paz íntegra ni plenaria, pues los objetos que nos contrastan y repugnan no se vencen sin peligrosa batalla, y de las vencidas no triunfamos con paz segura, sino que todavía es indispensable reprimirlas con solícito y cuidadoso imperio. En estas tentaciones, pues, (de todas las cuales brevemente dice la Sagrada Escritura «que la vida del hombre está llena de peligros y tentaciones sobre la tierra»), ¿quién habrá que presuma que vive de manera que no tenga necesidad de decir á Dios perdónanos nuestras deudas, sino algún hombre soberbio? Y no grande, sino algún espíritu altivo, hinchado y presumido, á quien justamente se opone y resiste el que concede su divina gra-

cia á los humildes, y por lo mismo dice la Escritura (1): «que Dios resiste á los soberbios y á los humildes da su gracia». Así que, en esta vida, la justicia que puede tener cada uno es, que Dios mande al hombre que le es obediente, el alma al cuerpo, y la razón á los vicios, aunque la repugnen, ó sujetándolos, ó resistiéndolos: y que así le pidamos al mismo Dios gracia meritoria y perdón de las culpas, dándole acción de gracias por los bienes recibidos. Pero en aquella paz final, adonde debe referirse, y en razón de alcanzarla, se debe tener esta justicia, porque estando sana y curada con la inmortalidad é incorruptibilidad, no tendrá ya vicios la naturaleza, ni habrá objeto que á ninguno de nosotros nos repugne y contradiga, así de parte de otro como de sí propio, ni habrá necesidad de que mande y rija la razón á los vicios, porque no los habrá: sino que mandará Dios al hombre, y el alma al cuerpo, y habrá allí tanta suavidad y facilidad en obedecer, cuanta felicidad en el vivir y reinar. Esto allí en todos, y en cada uno será eterno, y de que es eterno estará cierto: y por eso la paz de esta bienaventuranza, ó la bienaventuranza de esta paz, será el mismo Sumo Bien.

CAPÍTULO XXVIII

Qué fin han de tener los impíos.

Pero al contrario, la miseria de los que no pertenecen á esta Ciudad será eterna, á la cual llaman también segunda muerte. Porque ni el alma podrá decirse

(1) Santiago ep. Canon, cap. IV: y San Pedro, I. ep., capítulo V.

que vive allí, pues estará ajena y privada de la vida de Dios, ni tampoco el cuerpo, mediante á que estará sujeto á los dolores y tormentos eternos. Y será más dura é intolerable esta segunda muerte, porque no se podrá acabar la infelicidad de este estado con la misma muerte: pues así como la miseria es contraria á la bienaventuranza, y la muerte á la vida, así también parece que la guerra es contraria á la paz. Con razón puede preguntarse, que pues hemos celebrado la paz que ha de haber en los fines de los bienes, ¿qué guerra, y de qué calidad podremos entender, por el contrario, la que ha de haber en los fines de los males? El que hace esta pregunta, advierta y considere qué es lo que hay dañoso en la guerra, y verá que no es otra cosa que la adversidad y conflicto que tienen las cosas entre sí. ¿Qué guerra puede imaginarse más grave y más penosa que aquella en que la voluntad es tan adversa á la pasión, y la pasión tan opuesta á la voluntad, que con la victoria de ninguna de ellas pueden fenecer semejantes enemistades, y donde de tal manera combate con la naturaleza del cuerpo la violencia del dolor que jamás el uno cede y se rinde al otro? Porque aquí, cuando acontece esta lucha ó vence el dolor, y la muerte nos priva del sentido ó, perseverando la naturaleza, vence, y la salud nos quita el dolor. Pero en la vida futura el dolor permanece para afligir y la naturaleza persevera para sentir, porque lo uno ni lo otro falta ni se acaba, para que no finalice la pena. Como á estos fines de los bienes y de los males, los unos que deben desearse, y los otros huirse, mediante el juicio final, han de pasar á los unos los buenos, y á los otros los malos, trataré de dicho juicio final con el favor de Dios en el libro siguiente.



LIBRO VIGÉSIMO

CAPÍTULO I

Que aunque Dios en todos tiempos juzga, en este libro señaladamente se trata de su último juicio.

Habiendo de tratar del último día del juicio de Dios, con los eficaces auxilios del Señor, y de confirmarlo y defenderlo contra los impíos é incrédulos, debemos primeramente sentar, como fundamento sólido de tan elevado edificio, los testimonios divinos. Los que no quieren prestarles su asenso, procuran impugnarlos con razones fútiles, humanas, falsas y seductoras, á fin de probar que significan otra cosa las autoridades que citamos de la Sagrada Escritura, ó negar del todo que nos lo dijo y anunció Dios. Porque en mi concepto no hay hombre mortal que los examinare, según se hallan declarados, y creyere que los profirió el sumo y verdadero Dios por medio de sus siervos, que no les reconozca autenticidad y veracidad, ya los confiese con la boca, ya, por algún vicio propio, se ruborice ó tema confesarlo; ya también pretenda defender obstinadamente con una pertinacia semejante del todo á demencia, lo que cree ser cierto. Lo que confiesa y aprueba toda la iglesia del verdadero Dios, que Cristo ha de descender de los cielos á juzgar á los vivos y á los muertos, este decimos será el último día del divino juicio,

es decir, el último tiempo: porque aunque es incierto é inaveriguado cuántos días durará este juicio, ninguno ignora, por más ligeramente que haya leído la Sagrada Escritura, que en ella se suele poner el día por el tiempo. Cuando decimos el día del juicio de Dios, añadimos el último ó el postrero, porque también al presente juzga, y desde el principio de la creación del hombre juzgó, desterrando del Paraíso y privando del sazonado fruto que producía el árbol de la vida á los primeros hombres, por la enorme culpa que cometieron, y también juzgó: *Quando Angelis peccantibus non pepercit*, «cuando no perdonó á los ángeles transgresores de sus divinas leyes», cuyo príncipe, pervertido por sí mismo, con singular envidia pervierte á los hombres. No sin un profundo, impenetrable y justo juicio de Dios, lo mismo en el cielo aéreo, que en la tierra la miserable vida, así de los demonios, como la de los hombres, está tan colmada de errores y calamidades. Pero aun cuando ninguno pecara, no sin recto y justo juicio conservara Dios en la eterna bienaventuranza todas las criaturas racionales, que con perseverancia se hubieran unido con su Señor. Juzga también, no sólo el linaje de los demonios y de los hombres, condenándolos á que sean infelices por el mérito de los primeros pecadores, sino las obras propias que cada uno hace, mediante el libre albedrío de su voluntad: porque también los demonios ruegan en el infierno que no los atormenten; y ciertamente que no sin justo motivo, ó se les perdona, ó según su maldad, se da á cada uno su respectivo tormento y pena. Y los hombres casi siempre clara y á veces ocultamente pagan siempre por juicio de Dios las penas merecidas por sus culpas, ya sea en esta vida, ya después de la muerte, aunque no hay hombre que proceda bien y con rectitud sin auxilios y favor divino; ni hay demonio ni hombre que haga mal sin el per-

miso del divino y justo juicio de Dios: pues como dice el Apóstol (1): «no hay injusticia en Dios»: y como añade en otro lugar (2): «incomprensibles son los juicios de Dios, é investigables sus altas disposiciones». No trataremos, pues, en este libro de aquellos primeros juicios de Dios, ni de estos medios, sino que con el favor é ilustración del Espíritu Santo, hablaremos del último juicio, cuando Cristo ha de venir del cielo á juzgar á los vivos y á los muertos. Este día propiamente se llama del juicio, porque no habrá lugar en él para la queja ó querrela de los ignorantes, de que por qué el malo es feliz, y el bueno infeliz. Entonces solamente la de los buenos será tenida por verdadera y cumplida felicidad, y la de los malos por digna y suma infelicidad.

CAPÍTULO II

De la variedad de las cosas humanas, en las cuales no podemos decir que falta el juicio de Dios, aunque no lo alcance nuestro discurso.

Pero ahora no sólo aprendemos á llevar con paciencia los males, los que padecen y sufren también los buenos, sino á estimar en mucho los bienes, lo que consiguen igualmente los malos. Y así en los objetos donde no advertimos la justicia divina, se hallan documentos divinos para nuestra salud; porque ignoramos por qué juicio de Dios el que es bueno es pobre, y el que es malo rico; que éste viva alegre, de quien pensamos que

(1) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. IX.

(2) Proverb., cap. V. y San Pablo, ep. á los Romanos, capítulo II y á los Ephes. cap. III.

por su mala vida debiera estar consumido en tristeza, y que ande melancólico el otro, cuya loable vida nos persuade que debiera vivir alegre; que el inocente salga de los tribunales, no sólo sin que se le dé la justicia que merece su causa, sino condenado, ya sea oprimido por la iniquidad del juez, ya convencido con testigos falsos, y que, por el contrario, su rival, perverso en realidad, salga, no sólo sin castigo, sino que, libre y triunfando, se burle y mofe de él; que el malo disfrute de una salud robusta, y al bueno le consuman los achaques y dolencias; que los jóvenes bandidos que roban y saltan anden muy sanos, y que los que á ninguno supieron ofender, ni aun de palabra, los veamos afligidos con varias molestias y horribles enfermedades; que á los niños que fueran útiles en el mundo no los permita la muerte lograr de la vida, y que los que parece que no debieran ni nacer, se gocen, y vivan dilatados años; que al que está cargado de culpas y excesos le eleven á honras y dignidades, y que el que es irrepreensible en su conducta esté obscurecido en las tinieblas del deshonor, y todo lo demás que se experimenta semejante á estas desigualdades, que sería imposible resumirlo y relacionarlo aquí. Si esto tuviera en su sinrazón, á nuestro parecer, constancia; de forma, que en esta vida (en la cual el hombre, como lo dice el real Profeta (1): «Se ha hecho un retrato de la vanidad, y sus días se pasan como sombra») no gozasen de estos bienes transitorios y terrenos sino los malos, ni tampoco padeciesen semejantes males sino los buenos, ¿pudiérase referir esto al justo, ó al benigno juicio de Dios, á efecto de que los que no habían de gozar de los bienes eternos, considerándose bienaventurados con los temporales, ó quedasen burlados ó engañados por su culpa y malicia, ó por

(1) Salmo 72.

la misericordia de Dios les sirviesen de algún consuelo? Y para que los que no habían de sufrir los tormentos eternos fuesen en la tierra afligidos por sus pecados, cualesquiera que fuesen, ó por pequeños que fuesen, ó fueran ejercitados con los males, para la perfección de las virtudes. Pero como ahora no sólo á los buenos les sucede mal y á los malos bien, lo cual nos parece injusto, sino que también á los malos muchas veces les sucede mal y á los buenos bien, vienen á ser más incomprensibles los juicios de Dios, y sus altas disposiciones más difíciles de penetrar. Por eso, aunque no sepamos la razón por qué Dios hace semejantes cosas, ó por qué permite que se hagan, habiendo en él suma potencia, suma sabiduría y suma justicia, y no habiendo ninguna flaqueza, ninguna temeridad y ninguna injusticia, sin embargo, con esto nos da saludables documentos para que no estimemos en mucho los bienes ó los males que vemos son comunes á los buenos y á los malos, y para que busquemos los bienes que son propios de los buenos, y huyamos particularmente aquellos males que son propios y primitivos de los malos. Pero cuando estuviéremos en aquel juicio de Dios, cuyo tiempo unas veces se llama con grande propiedad día del juicio, y otras día del Señor, echaremos de ver que no sólo lo que entonces se juzgare, sino también todo lo que se hubiere juzgado desde el principio del mundo, y lo que todavía se hubiere de juzgar hasta aquel día, ha sido con equidad y justicia. Donde asimismo advertiremos con cuán justo juicio de Dios sucede que se le escondan ahora y pasen por alto al sentido y juicio humano tantos, y casi todos los juicios de Dios, aunque en este particular no se les esconda á los fieles, que es justo lo que se les oculta y no pueden penetrar.

CAPÍTULO III

Qué es lo que dijo Salomón en el libro del *Eclesiastes* de las cosas que son comunes en esta vida á los buenos y á los malos.

En efecto; Salomón, aquel sapientísimo rey de Israel que reinó en Jerusalén, así comenzó el libro que se intitula el *Eclesiastes*, y es uno de los que tienen los juicios comprendidos en el Canon de los libros sagrados (1): «Vanidad de vanidades, y todo vanidad. ¿Qué cosa importante saca el hombre de todo el trabajo que emplea debajo del Sol?» Y enlazando con esta sentencia todo lo demás que allí dice, refiriendo las penalidades y errores de esta vida, y cómo corre y pasa en el interin el tiempo, donde no se posea cosa que sea sólida, nada que sea estable entre aquella vanidad de las cosas criadas debajo del Sol, se queja también en cierto modo de que (2) «haciendo tanta ventaja la sabiduría á la ignorancia, cuanta la hace la luz á las tinieblas, y siendo el sabio perspicaz y prudente, y el necio é ignorante ande á obscuras y á ciegas, con todo, todos corran una misma fortuna en esta vida que se pasa debajo del Sol», significándonos, en efecto, que los males que vemos son comunes á los buenos y á los malos. Dice también de los buenos que padecen calamidades como si fueran malos, y que éstos, como si fueran buenos, gozan de los bienes, con estas palabras (3): «Hay otra vanidad, dice, de ordinario en la tierra: que hay algunos justos á quienes sucede como si hubieran vivido

(1) *Ecclesiast.*, cap. I.

(2) *Ecclesiast.*, cap. II, v. 18.

(3) *Ecclesiast.*, cap. VIII.

como impíos, y hay algunos impíos á quienes sucede como si hubieran vivido como justos; lo que lo tuvo asimismo por vanidad». Y para intimarnos y notificarnos esta vanidad en cuanto le pareció suficiente, consumió el sapientísimo rey todo este libro, y no con otro fin sino con el de que deseemos aquella vida que no tiene vanidad debajo del Sol, sino que tiene y manifiesta la verdad debajo de aquel que crió este Sol. Con esta vanidad, pues, ¿acaso no se desvanecería el hombre, que vino á ser semejante á la misma vanidad, si no fuera por justo y recto juicio de Dios? Con todo, durante el tiempo de esta su vanidad, va á decir si resiste ú obedece á la verdad, y si está ajeno de la verdadera piedad y religión, ó si participa de ella, no con fin de adquirir y gozar de los bienes de esta vida, ni por huir de los males que pasan, sino por el juicio que ha de venir, por cuyo medio no sólo los buenos llegarán á tener los bienes, sino también los malos los males perpetuos y perdurables. Finalmente, este sabio concluye dicho libro en tales términos, que viene á decir (1): «Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es ser un hombre cabal y perfecto, pues todo lo que pasa en la tierra, bueno ó malo, lo pondrá Dios en tela de juicio, aun lo más despreciado». ¿Qué pudo decirse más breve, más verdadero y más importante? Temerás, dice, á Dios, y guardarás sus mandamientos, porque esto es todo el hombre; pues cualquiera que obrare así, sin duda que es fiel observante de los mandatos de Dios, y el que esto no es, nada es, supuesto que no se acomoda á la imagen de la verdad, cuando queda en la semejanza de la vanidad; porque toda esta obra, esto es, todo cuanto hace el hombre en esta vida, ó bueno ó malo, lo pondrá Dios en tela de juicio, aun lo más despreciable y aun al

(1) *Ecclesiast.*, cap. XII.

más despreciado, esto es, á cualquiera que nos parece aqui despreciado, y por eso pase aquí inadvertido, porque á éste también le ve Dios y no le desprecia, ni, cuando juzga, se le pasa entre renglones sin hacer caso de él.

CAPÍTULO IV

Que para tratar del juicio final de Dios se alegarán primero los testimonios del Testamento Nuevo y después los del Viejo.

Los testimonios que pienso citar en confirmación de este último juicio de Dios, los tomaré primeramente del Testamento Nuevo, y despues alegaré los del Viejo; pues aunque los antiguos sean primeros en tiempo, deben preferirse los nuevos por su dignidad, porque los viejos son pregones que se dieron de los nuevos. Así que, ante todo, relacionaremos los nuevos, y para su mayor confirmación extractaremos también algunos de los viejos. Entre éstos se numeran la ley y los profetas, y entre los nuevos el Evangelio y las letras y escritos apostólicos. Por eso dice San Pablo (1): «que por la ley se nos manifestó el conocimiento del pecado; pero que ahora sin la ley se nos ha demostrado la justicia de Dios, la cual nos pregonaron y testificaron la ley y los profetas; y la justicia de Dios es la que se nos da por la fe de Jesucristo á todos cuantos creen en él». Esta justicia de Dios pertenece al Nuevo Testamento, y tiene su testimonio y comprobación en el Viejo, esto es, en la ley y los profetas, por lo que pondremos primero la causa, y después alegaremos los testigos. Este orden, el

(1) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. III.

que Jesucristo nos muestra, debemos observar cuando dijo: «que el doctor que es sabio para predicar el reino de Dios, es semejante á un padre de familias que de su despensa ó tesoro hace sacar lo nuevo y lo viejo». No dijo lo viejo y lo nuevo, como lo hubiera dicho sin duda si quisiera guardar mejor el orden de los méritos que el de los tiempos.

CAPÍTULO V

Con qué autoridades de nuestro Salvador se nos declara que ha de haber juicio divino al fin del mundo.

Reprendiendo el mismo Salvador á las ciudades en donde había practicado y obrado grandes virtudes, prodigios y milagros, y, sin embargo, no habían creído, y anteponiendo á éstas las cualidades de los gentiles, dice así: «En verdad os digo, con menos rigor serán tratadas las ciudades de Tiro y Sydón el día del juicio que vosotros» (1). Y, poco después, hablando con otra ciudad (2): «En verdad te digo que con menos rigor y más blandura se procederá con la tierra de los de Sodomá el día del juicio que contigo». En este texto evidentemente declara que ha de venir el día del juicio; y en otra parte «los ninivitas, dice, se levantarán el día del juicio contra esta gente y la condenarán porque hicieron penitencia con la predicación de Jonás, y ved aquí otro que es más que Jonás. La reina del Austro, ni más ni menos, se levantará el día del juicio contra esta gente, y la condenará, porque ella vino desde lo último del orbe á oír la sabiduría de Salomón, y ved

(1) San Mateo, cap. XII.

(2) Idem lug. cit.

aquí otro que es más que Salomón». Dos cosas nos enseña en este lugar: que vendrá el día del juicio, y que vendrá con la resurrección de los muertos; porque cuando decía esto de los Ninivitas y de la reina del Austro, sin duda que hablaba de los muertos, los cuales dijo que habían de resucitar el día del juicio. Pero tampoco hemos de entender que dijo «y los condenarán», porque ellos hayan de ser jueces, sino porque en comparación de ellos, con razón serán condenados. En otro lugar, hablando de la confusión que hay en la actualidad entre los buenos y los malos, y de la distinción que habrá después, que sin duda será el día del juicio, trajo una parábola ó semejanza del trigo sembrado y de la cizaña que nació entre él, y declarando esta alusión á sus discípulos, dice: «el que siembra la buena semilla es el hijo del hombre, y el campo ó barbecho es este mundo. La buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña los hijos malos y perversos, y el enemigo que sembró la cizaña es el demonio; la cosecha es la consumación y fin del siglo, y los segadores los angeles; así, pues, como se coge la cizaña y la queman con el fuego, así sucederá en el fin del siglo. Enviará el Hijo del hombre sus ángeles, y entresacarán de su reino todos los escándalos, y á todos los que viven mal, y los echarán en el fuego; allí será el gemir y crugir extraño de dientes; entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su padre; el que tiene oídos para oír, oiga». Aquí, aunque no nombra el juicio ó el día del juicio, sin embargo, le expresó mucho más, declarándole con los mismos sucesos, y dice que será en el fin del siglo. También dijo á sus discípulos: «Con verdad os digo que vosotros, que me habéis seguido en la regeneración, cuando el Hijo del hombre estará sentado en la silla de su majestad, estaréis también sentados vosotros en doce sillas, juzgando las doce tribus de Is-

rael». De esta doctrina inferimos que Jesucristo ha de juzgar con sus discípulos. En otra parte dijo á los judíos (1): «si yo lanzo los demonios en nombre de Belzebú, ¿vuestros hijos en nombre de quién los lanzan? Por eso ellos serán vuestros jueces». No porque dice que han de sentarse en doce sillas debemos presumir que solas doce personas han de ser las que han de juzgar con Cristo, pues en el número de doce se nos significa cierta multitud general de los que han de juzgar por causa de las dos partes del número septenario, con que las más se significa la universidad, cuyas dos partes, es á saber, el tercero y el cuarto, multiplicados uno por otro, hacen doce, porque cuatro veces tres y tres veces cuatro son doce, sin hablar de otras razones que se podrían encontrar en el número duodenario para probar este propósito, pues de otro modo, habiendo ordenado por apóstol, en lugar del traidor Judas, á San Matías, el apóstol San Pablo, que trabajó más que todos ellos, no tendría dónde sentarse á juzgar, y él sin duda manifiesta que le toca con los demás santos ser del número de los jueces, diciendo (2): «No sabéis que hemos de juzgar los ángeles». También de parte de los mismos que han de ser juzgados existe igual razón por lo que respecta al número duodenario, pues no porque dice, para juzgar las doce tribus de Israel, la tribu de Leví, que es la décimatercia, ha de quedar sin ser juzgada por ellos, ó han de juzgar solamente á aquel pueblo, y no también á las demás gentes. Con lo que dice de la regeneración ciertamente quiso dar á entender la universal resurrección de todos los muertos, porque se reengendrará nuestra carne por la incorrupción, como se reengendró nuestra alma por la fe.

(1) San Mateo, cap. XII.

(2) San Pablo, I, ep. á los Corintios, cap. VI.

Muchas particularidades omito que parece se dicen del último juicio, pero consideradas con atención, se halla que son ambiguas y dudosas, ó que pertenecen más á otras cosas, es á saber, ó á la venida del Salvador, que por todo este tiempo viene en su Iglesia, esto es, en sus miembros parte por parte, y paulatinamente, porque toda ella es su cuerpo, ó á la destrucción y desolación de la terrena Jerusalén, pues cuando habla de ésta, habla, por lo general, como si hablara del fin del siglo, y de aquel último y terrible día del juicio. De suerte que no se puede echar de ver de ningún modo, si no se coteja entre sí todo lo que los tres evangelistas, Mateo, Marcos y Lucas sobre esto dicen, por cuanto uno dice algunas cosas con más obscuridad, y otro las explica más, para que las que aparecen concuerdan á una misma cosa, se advierta cómo y en qué sentido las dicen, lo cual procuré hacer en una carta que escribí á Hesychio, de buena memoria, obispo de la ciudad de Salona, cuyo título es: *Sobre el fin de este siglo*.

Debo insertar aquí lo escrito en el Evangelio de San Mateo acerca de la división que se hará de los buenos y de los malos en el rigurosísimo y postrimero juicio de Cristo (1): «Cuando, dice, viniere el Hijo del hombre con toda su majestad, acompañado de todos los ángeles, entonces se sentara en su trono real, y se congregarán ante su presencia todas las gentes: él apartará á los unos de los otros, como suele apartar el pastor las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas á su diestra, y los cabritos á la siniestra. Entonces dirá el Rey á los que estarán á su diestra: venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que está prevenido para vosotros desde la creación del mundo, porque tuve hambre y me disteis

(1) San Mateo, cap. XXV.

de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino, me acogisteis y hospedasteis en vuestra casa; y estando desnudo, me vestisteis; estando enfermo me visitasteis, y estando en la cárcel me vinisteis á ver». Entonces le responderán los justos, y dirán: «¿Cuándo os vimos, Señor, con hambre, y os dimos de comer? ¿Cuándo con sed, y os dimos de beber? ¿Y cuándo os vimos peregrino, y os acogimos y hospedamos? ¿O desnudo, y os vestimos? ¿O cuándo os vimos enfermo ó en la cárcel y os fuimos á ver?» Y les responderá el Rey, diciendo: «En verdad os digo, y es así; que todo cuanto habéis hecho con uno de estos mis más mínimos hermanos, lo habéis hecho conmigo». Entonces dirá también á los que estarán á su mano izquierda: «Idos, apartaos, alejaos de mí, malditos, al fuego eterno que se dispuso para el diablo y sus ángeles». Después censurará á estos otros porque no hicieron las cosas que dijo haber hecho los de la mano derecha. Y preguntándole ellos también cuándo le vieron padecer alguna de las necesidades indicadas, responderá que lo que no se hizo con uno de sus más mínimos hermanos, tampoco se hizo con el Señor. Y concluyendo su discurso: «Estos, dice, irán á los tormentos eternos, y los justos á la vida eterna» (1). Pero el evangelista San Juan claramente refiere que dijo que en la universal resurrección de los muertos había de ser el juicio, porque habiendo dicho (2): «que el Padre no juzgará él solo á ninguno, sino que el juicio universal de todos le tiene dado y encargado á su Hijo, queriendo que sea juez juntamente con él, para que así sea honrado y respetado por todos el Hijo como lo es el Padre, porque quien no honra al Hijo no honra al Padre, que envió al Hijo»; añadió (3): «En

(1) San Mateo, cap. XXV.

(2) San Juan, cap. XXV.

(3) Id. lug. cit.

verdad, os digo, que el que oye mi palabra y cree á aquel que me envió, tienè vida eterna y no vendrá á juicio, sino que pasará de la muerte á la vida». Parece que en este lugar dice también que sus fieles no vendrán á juicio. ¿Y cómo ha de ser cierto que por el juicio han de dividirse y apartarse de los malos, y han de estar á su mano derecha, sino porque en este pasaje puso el juicio por la condenación? Pues á semejante juicio no vendrán los que oyen su palabra y creen á aquel Señor que le envió.

CAPÍTULO VI

Cuál es la resurrección primera y cuál la segunda.

Después prosigue, y dice (1): «en verdad, en verdad os digo, que ha llegado la hora y es esta en que estamos, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán, porque así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así la dió también al Hijo para que la tuviese en sí mismo». No habla aquí de la segunda resurrección, es á saber, de la de los cuerpos que ha de ser al fin del mundo, sino de la primera que pasó ahora, porque para distinguirla, dijo: «ha venido la hora, y es esta en que estamos», la cual no es la de los cuerpos, sino la de las almas, mediante á que igualmente las almas tienen su muerte en la impiedad y en los pecados. Y según esta muerte, murieron, y son los muertos, de quienes el mismo Señor dice (2): «deja á

(1) San Juan, cap. V.

(2) San Mateo, cap. VIII.

los muertos que entierren sus muertos», es decir, que los muertos en el alma entierren á los muertos en el cuerpo». Así que, por estos muertos en el alma con la impiedad y pecado, ha venido, dice, la hora, y es esta en que estamos, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios y los que la oyeren vivirán. Los que la oyeren, dijo, los que la obedecieron, los que creyeren y perseveraren hasta el fin. Pero tampoco hizo aquí diferencia de los buenos y de los malos, porque para todos es bueno oír su voz y vivir, y pasar de la muerte de la impiedad á la vida de la piedad y amistad de Dios. De esta muerte habla el Apóstol, cuando dijo (1): «Luego todos estamos muertos y uno murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos y resucitó». Así que todos murieron y estaban muertos en los pecados, sin excepción de ninguno, ya fuese en los originales, ya en los que incurrieron por su voluntad, ignorando ó sabiendo y no practicando lo que era justo, y por todos los muertos murió uno que estaba vivo, esto es, uno que no tuvo especie alguna de pecado, para que los que consiguieren vida por la remisión de los pecados, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió por todos nuestros pecados y resucitó por nuestra justificación, á efecto de que, creyendo en el que justifica al impío, justificados y libres de nuestra impiedad, como quien vuelve de la muerte á la vida, podamos ser del número de los que pertenecen á la primera resurrección de las almas, que se hace ahora. Porque á esta primera no pertenecen sino los que han de ser bienaventurados para siempre; y á la segunda, cuando hable después, manifestará cómo tocan los bienaventurados y los infelices. Esta resurrección es de misericordia y la otra

(1) San Pablo, II ep. á los Corintios, cap. V., v. 15.

de juicio. Por eso dijo el Real Profeta (1): «Celebraré, Señor, tu misericordia y tu juicio». De este juicio, prosigue diciendo (2): «Y le dió poder para juzgar, porque es hijo de hombre». Aquí nos declara que ha de venir á juzgar en la misma carne en que vino para ser juzgado; pues por eso dice porque es hijo de hombre; y enseguida añade á propósito de lo que tratamos (3): «No os maravilléis de esto, porque ha de venir hora en la cual todos los que están en las sepulturas han de oír la voz del Hijo de Dios, y saldrán y resucitarán los que hubieren hecho buenas obras, para la resurrección de la vida, y los que las hubieren hecho malas, para la resurrección del juicio». Este es aquel juicio que poco antes, como ahora, le puso por la condenación, diciendo (4): «El que oye mi palabra y cree á aquel que me envió, tiene vida eterna y no vendrá á juicio, sino que pasará de la muerte á la vida». Esto es, alcanzando la primera resurrección con que al presente se pasa de muerte á vida, no vendrá á la condenación, la cual significó bajo el nombre de juicio, como también en este lugar donde dice: «y los que las hubieren hecho malas para la resurrección del juicio», esto es, de la condenación. Resucite, pues, en la primera el que no quisiere ser condenado en la segunda resurrección; porque ha venido la hora, y es esta en que estamos, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán, esto es, no serán condenados, que es la segunda muerte, en la cual serán lanzados y despeñados después de la segunda resurrección, que será la de los cuerpos, los que en la primera, que es la de las almas, no resucitan. Vendrá ahora (y no añade «es esta en que esta-

(1) Salmo 100.

(2) San Juan, cap. V.

(3) San Juan, cap. V.

(4) Id. lug. cit.

mos», porque será el fin del siglo, esto es, el final y grande juicio de Dios), cuando todos los muertos que estuvieren en las sepulturas oirán su voz, saldrán y resucitarán». No, dijo aquí como en la primera resurrección, «y los que oyeren», vivirán, porque no todos vivirán, es á saber, con aquella vida, la cual, por cuanto es bienaventurada, se ha de llamar sólo vida; pues, en efecto, sin alguna vida no pudieran oír y salir de las sepulturas, resucitando la carne. Y la razón porque no vivirán todos la declara en lo que sigue: «Saldrán, dice, los que hubieren hecho buenas obras á la resurrección de la vida, éstos son los que vivirán; pero los que las hubieren hecho malas, en la resurrección del juicio estos son los que no vivirán, porque morirán con la segunda muerte, porque, en efecto, hicieron obras malas, pues vivieron mal, y vivieron mal porque en la primera resurrección de las almas que se hace al presente, no quisieron revivir, ó habiendo revivido, no perseveraron hasta el fin». Así que, como hay dos regeneraciones, de las cuales ya hemos hablado arriba, la una según la fe, que se consigue en la actualidad por el bautismo; la otra según la carne, la cual vendrá á ser en su incorrupción é inmoralidad por medio del grande y final juicio de Dios, así también hay dos resurrecciones, la una primera, la cual se hace ahora y es de las almas, que nos libra de que lleguemos á la muerte segunda, y la otra segunda, la cual no se hace ahora, sino será al fin del siglo, y tampoco es de las almas, sino de los cuerpos, la cual, por medio del juicio final, á unos destinará á la segunda muerte y á otros á la vida que no tiene muerte.

CAPÍTULO VII

De los mil años de que se habla en el Apocalipsis de San Juan, y qué es lo que racionalmente debe entenderse.

De estas dos resurrecciones habla de tal manera en el libro de su *Apocalipsis* el Evangelista San Juan, que la primera de ellas algunos de nuestros escritores no solo no la han entendido, sino que la han convertido en fábulas ridículas, porque en el libro citado dice así: «Yo vi bajar del Cielo un ángel, que tenía la llave del abismo y una grande cadena en su mano; él tomó al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y le ató por mil años, y habiéndole precipitado al abismo, le encerró en él y lo selló, para que no seduzca más á las naciones, hasta que sean cumplidos los mil años, después de lo cual debe ser desatado por un poco de tiempo. Vi también unos tronos, y á los que se sentaron en ellos se les dió el poder de juzgar. Vi más, las almas de los que habían sido decapitados por haber dado testimonio á Jesús y por la palabra de Dios, y que no adoraron la bestia ni su imagen, ni recibieron su señal en las frentes ni en las manos; y éstos vivieron y reinaron con Jesucristo mil años. Los otros muertos no volverán á la vida hasta que sean cumplidos mil años, esta es la primera resurrección; bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder en ellos, y ellos serán sacerdotes de Dios y de Jesucristo, con quien reinarán mil años.» Los que por las palabras de este libro sospecharon que la primera resurrección ha de ser corporal, se han movido á pensar así entre varias causas, particularmente por el número de los mil

años, como si debiera haber de aquella conformidad en los Santos como un sabbatismo y descanso de tanto tiempo, es á saber, una vacación santa después de haber pasado los trabajos y calamidades de seis mil años desde que fué criado el hombre, desterrado de la feliz posesión del Paraíso y echado por el mérito de aquella enorme culpa en las miserias y penalidades de esta mortalidad. De forma que porque dice la Escritura «que un día para con el Señor es como mil años, y mil años como un día», habiéndose cumplido seis mil años como seis días, se hubiera de seguir el séptimo día como de sábado y descanso en los mil años últimos, es á saber, resucitando los santos á celebrar y disfrutar de este sábado. Esta opinión fuera tolerable si entendieran que en aquel sábado habían de tener algunos regalos y deleites espirituales con la presencia del Señor, porque hubo tiempo en que también yo fuí de esta opinión. Pero como dicen que los que entonces resucitaran han de entretenerse en unos excesivos banquetes carnales en que habrá tanta abundancia de manjares y bebidas que no sólo no guardan moderación alguna, sino que exceden los límites de la misma incredulidad, por ningún motivo puede creer esto ninguno sino los carnales. Los que son espirituales, á los que dan crédito á tales ficciones, los llaman en griego *Chiliastas*, que interpretado á la letra, significa Milenarios. Y porque sería asunto difuso y prolijo detenernos en refutar á estos espíritus preocupados, tomando cada cosa de por sí, será más conducente que declaremos ya cómo debe entenderse este pasaje de la Escritura.

El mismo Jesucristo, Señor nuestro, dice (1): «Ninguno puede entrar en casa del fuerte y saquearle su ha-

(1) San Marcos, cap. III, v. 27, y San Mateo, cap XII, v. 29.

cienda, sino atando primeramente al fuerte»; queriendo entender por el fuerte al demonio, porque éste es el que pudo tener cautivo al linaje humano, y la hacienda que le había de saquear Cristo, son los que habían de ser sus fieles, á los cuales poseía él presos en diferentes pecados é impiedades. Para maniatar y amarrar á este fuerte, vió el Apóstol en el Apocalipsis á un Ángel que bajaba del Cielo, que tenía la llave del abismo y una grande cadena en su mano; y prendió, dice, al dragón, aquella serpiente antigua que se llama Diablo y Satanás, y le ató por mil años, esto es, reprimió y refrenó el poder que usurpaba éste, para engañar y poseer á los que había de poner Cristo en libertad. Los mil años, por lo que yo alcanzo, pueden entenderse de dos maneras: ó porque este negocio se va haciendo en los últimos mil años, esto es, en el sexto millar de años, como en el sexto día, cuyos últimos espacios van corriendo ahora; después del cual se ha de seguir consiguientemente el sábado, que carece de oca-so ó postura del sol, es á saber, la quietud y descanso de los santos, que no tiene fin; de manera que á la final y última parte de este millar, como á una última parte de un día, la cual durará hasta el fin del siglo, la llama mil años por aquel modo particular de hablar, cuando por el todo se nos significa la parte, ó puso mil años por todos los años de este siglo, para notar con número perfecto la misma plenitud de tiempo. Pues el número millar hace un cuadrado sólido del número denario, porque multiplicando diez veces diez hace ciento, la cual no es aun figura cuadrada, sino llana ó plana, y para que tome fondo y elevación y se haga sólida, vuélvense á multiplicar diez veces ciento y hacen mil. Y si el número centenario se pone alguna vez por la universalidad ó por el todo, como cuando el Señor prometió al que dejase toda su hacienda y le si-

guiese (1), «que recibirá en este siglo el uno por ciento»; lo cual, explicándolo el Apóstol en cierto modo, dice (2): «Como quien nada tiene y lo posee todo», porque estaba antes ya dicho (3), «el hombre fiel es señor de todo el mundo, y de las riquezas»: ¿cuánto más se pondrán mil por la universalidad donde se halla el sólido de la misma cuadratura del denario? Así también se entiende lo que leemos en el Real Profeta (4): «Acordóse para siempre de su pacto y testamento, y de su palabra prometida para mil generaciones», esto es, para todas.

Y le echó, dice, en el abismo, es á saber, lanzó al demonio en el abismo. Por el abismo entiende la multitud innumerable de los impíos, cuyos corazones están con mucha profundidad sumergidos en la malicia contra la Iglesia de Dios. Y no porque no estuviese ya allí antes el demonio se dice que fué echado allí, sino porque, excluído de la posesión de los fieles, comenzó á poseer y dominar con más despotismo á los impíos; pues mucho más poseído está del demonio el que no sólo está ajeno de Dios, sino que también de balde aborrece á los que sirven á Dios.

Encerróle, dice, en el abismo, y echó su sello sobre él, para que no engañe ya á las gentes, hasta que se acaben mil años. Le encerró, quiere decir, le prohibió que pudiese salir, esto es, transgredir lo vedado. Y lo que añade: le echó su sello, me parece significa que quiso estuviese oculto, cuáles son los que pertenecen á la parte del demonio y cuáles son los que no pertenecen; cosa totalmente oculta en la tierra, pues es incierto si el que ahora parece que está en pie ha de venir á caer, y si que parece que está caído ha de levantar-

(1) San Mateo, cap. XIX.

(2) San Pablo, II ep. á los Corintios, cap. VI, v. 10.

(3) Id. lug. cit.

(4) Salmo 104.

se. Y con este entredicho y clausura se le prohíbe al demonio y se le veda el engañar y seducir á aquellas gentes que, perteneciendo á Cristo, engañaba ó poseía antes, porque á éstas escogió Dios y determinó (1), «mucho antes de crear el mundo sacarlas de la potestad de las tinieblas y transferirlas al reino de su amado Hijo», como lo dice el Apóstol. ¿Y qué cristiano hay que ignore que el demonio no deja de engañar al presente á las gentes, llevándolas consigo á las penas eternas, pero no á las que están predestinadas para la vida eterna? No debe movernos que muchas veces el demonio engaña también á los que, estando ya regenerados en Cristo, caminan por las sendas de Dios (2), «porque conoce y sabe el Señor los que son suyos». Y de éstos á ninguno engaña de modo que caiga en la eterna condenación; mediante á que á éstos los conoce el Señor, como Dios á quien á nadie se le esconde ni oculta, aun de lo futuro, y no como el hombre, que ve al hombre de presente, aunque ve aquel cuyo corazón no ve; pero lo que haya de ser después, ni aun de sí mismo lo sabe. Está atado y preso el demonio y encerrado en el abismo para que no engañe las gentes, de quienes como de sus miembros consta el cuerpo de la Iglesia, á las cuales tenía engañadas antes que hubiese Iglesia, porque no dijo para que no engañe á alguno, sino para que no engañe ya á las gentes, en las cuales sin duda quiso entender la Iglesia, hasta que finalicen los mil años, esto es, ó el remanente del día sexto, el cual consta de mil años, ó todos los años que en adelante ha de tener este siglo.

Tampoco debe entenderse lo que dice «para que no engañe las gentes hasta que se acaben los mil años»,

(1) San Pablo, ep. á los Ephes., cap. I, v. 4.

(2) San Pablo, II ep. á Timotheo, cap. II.

como si después hubiese de engañar á aquellas gentes que forman la Iglesia predestinada, á quienes se le prohíbe engañar por aquellas prisiones y clausura en que está, sino que, ó lo dice por aquel modo de hablar que se halla algunas veces en la Escritura, como es expresión del Real Profeta: «así están nuestros ojos vueltos á Dios nuestro Señor, hasta que tenga misericordia y se compadezca de nosotros»; como si habiendo usado de misericordia, dejaran los ojos de sus siervos de estar vueltos á Dios, su Señor, ó el sentido y orden de estas palabras, es así: «le encerró y echó su sello sobre él hasta que se pasen mil años». Lo que dijo en medio «y para que no engañe ya á las gentes», está de tal suerte concebido, que debe entenderse separadamente como si se añadiera después, de forma que diga [toda la sentencia, «le encerró y echó su sello sobre él hasta que pasen mil años, á efecto de que ya no seduzca á las gentes», esto es, que le encerró hasta que se cumplan los mil años, para que no engañe ya á las gentes.

CAPÍTULO VIII

Sobre atar y soltar al demonio.

«Después de estos, le soltarán, dice, por un breve tiempo». Si el estar amarrado y encerrado es, respecto, tdel demonio, no poder engañar á la Iglesia, el soltarle ¿será para que pueda? De ningún modo; porque jamás engañará á la Iglesia predestinada y escogida antes de la creación del mundo, de la cual dice la Escritura (1):

(1) San Pablo, II ep. á Timotheo, cap. II.

«Conoce y sabe Dios los que son suyos». Sin embargo, estará aquí la Iglesia en el tiempo en que han de soltar al demonio, así como lo ha estado desde que fué fundada, y lo estará en todo tiempo, esto es, en los suyos, en los que suceden, naciendo, á los que mueren: pues poco despues dice «que el demonio, suelto, vendrá con todas las gentes que hubiere engañado en todo el orbe de la tierra á hacer guerra á la Iglesia, y que el número de esta gente enemiga será como la arena del mar» (1). «Y ellos se esparcieron sobre la faz de la tierra, y dieron vuelta al campo de los Santos, y á la ciudad querida; mas Dios hizo bajar del cielo fuego que los devoró, y el diablo, que los seducia, fué arrojado al estanque de fuego y azufre, en donde la bestia y el falso profeta serán atormentados de día y de noche por los siglos de los siglos». Aunque esto ya pertenece al juicio final, me ha parecido conducente referirlo ahora; porque no presuma alguno que por el corto tiempo que estuviere suelto el demonio no habrá iglesia en la tierra, ó no la hallará en ella cuando le hubieren soltado, ó porque acabará con ella persiguiéndola con toda especie de seducciones. Así que, por todo el tiempo comprendido en el *Apocalipsis* es á saber, desde la primera venida de Cristo hasta el fin del mundo, en que será su segunda venida, no estará atado el demonio; de forma que el estar así amarrado durante el tiempo que San Juan llama mil años, sea no engañar á la Iglesia, pues ni aún suelto ciertamente no la engañará. Porque verdaderamente si el estar atado es respecto de él no poder engañar, ó no permitírselo, ¿qué será el soltarle, sino poder engañar y darle permiso para esto? Lo cual por ningún pretexto debe creerse, sino que el atar al demonio es no permitirle ejercer todo su imperio por medio de las ten-

(1) *Apocalip.* cap. XXX, vs. 8, 9 y 10.

taciones violentas ó seductoras para engañar á los hombres, ó forzándolos con violencia á seguir su partido, ó engañándolos cautelosamente. Si esta potestad se le permitiese por tan largo tiempo, y contra la imbecibilidad y flaqueza de tantos espíritus débiles, á muchos que Dios no quiere que padezcan siendo fieles los derribaría y apartaría de la fe; y á los que no fuésen fieles estorbaría que creyesen. Para que no haga semejante atentado, le amarraron.

Le soltarán cuando será breve el tiempo, porque leemos que por tres años y seis meses ha de manifestar toda su crueldad con todas sus fuerzas y las de los suyos, y serán tales aquellos á quienes ha de hacer la guerra, que no podrán ser vencidos ni con este ímpetu tan grande, ni con tantos engaños y ardides. Pero si nunca le desatasen, se descubriría menos su maligna potencia, menos se probaría la fidelísima paciencia de la santa Ciudad, y, finalmente, menos se echaría de ver de cuán grande malicia suya usó tan por extremo de bien el Omnipotente Dios, pues no le privó del todo que no tentase á los santos, aunque echándole fuera de todo lo interior de ellos donde se cree en Dios, para que con su combate exterior aprovecharan, y le maniató para evitar que derrame y ejecute toda su malicia contra la multitud innumerable de los flacos, con quienes convenía multiplicar y llenar la iglesia: á los unos que habían de creer, no los desviase de la fe de la verdadera religión; y á los que creían ya, no los derribase. Le desatarán al fin para que vea la Ciudad de Dios cuán fuerte contrario venció con tan inmensa gloria de su Redentor, favorecedor y libertador. ¿Y qué somos nosotros en comparación de los santos y fieles que habrá entonces? Para probar la virtud de éstos soltarán un tan fuerte enemigo con quien estando, como está, atado, peleamos ahora nosotros con todo riesgo y peligro. Aun-

que también en este espacio de tiempo no hay duda que ha habido y hay algunos soldados de Cristo tan prudentes y fuertes, que si se hallaran vivos en esta mortalidad, cuando hayan de soltar al infernal espíritu, todos sus engaños, estratagemas y acometimientos prudente y sagazmente las declinarán, y con extraordinaria resignación las sufrirán.

El atar al demonio, no solo se hizo cuando la Iglesia, fuera de la tierra de Judea, comenzó á extenderse por unas y otras naciones, sino que también se hace ahora, y se hará hasta el fin del siglo, en que le han de desamarrar: porque igualmente al presente se convierten los hombres de la infidelidad en que él los poseía á la fe, y se convertirán sin duda hasta el fin del mundo. En efecto; átese entonces á este fuerte, respecto de cualquiera de los fieles, cuando se le sacan de sus manos como cosa suya, y el abismo donde le encerraron no se acabó al morir los que había cuando comenzó á estar encerrado; sino que sucedieron otros á aquellos, naciendo, y hasta que fenezca este siglo suceden quien aborrezca á los cristianos, en cuyos ciegos y profundos corazones cada día, como en un abismo, se encierra el demonio. Pero hay alguna duda si en aquellos últimos tres años y seis meses, cuando estando suelto ha de mostrar toda su crueldad cuanto pudiere, llegará alguno á recibir la fe que antes no tenía. Porque como sea cierto lo que dice la Escritura, «que ninguno puede entrar en casa del fuerte y saquearle su hacienda, sino atando primero al fuerte», ¿estando suelto la saquearán? Parece, pues, que nos impulsa á creer este pasaje de la Escritura, que en aquel tiempo, aunque breve, nadie se unirá al pueblo cristiano, sino que el demonio peleará con los que entonces fueran ya cristianos. Y si hubiere algunos que, vencidos, le siguieren, éstos no pertenecían al número predestinado de los hijos de

Dios; porque no en vano el mismo apóstol San Juan, que escribió asimismo esta particularidad en el *Apocalipsis*, dijo de algunos en su Epístola (1): «Estos han salido de nosotros; mas no eran de los nuestros, porque si hubiesen sido de los nuestros hubieran permanecido con nosotros, mas esto ha sido para que se conozca que no son todos de los nuestros». ¿Pero qué será de los niños? Es muy creíble que no habrá en aquel tiempo ningún niño hijo de cristiano que haya nacido y no le hayan aun bautizado, y que ninguno nacerá tampoco en aquellos días, ó que si los hubiere, por ningún motivo los llevarán sus padres á la fuente de la regeneración. Porque si esto ha de ser así, ¿de qué forma, estando ya suelto el demonio, le han de quitar estos vasos y esta hacienda si en su casa ninguno entra á saquearla sin que primero le haya atado? Antes debemos creer que nõ faltarán en aquel tiempo ni quien se aparte de la Iglesia, ni tampoco quien se llegue á ella, sino que realmente serán tan valerosos, así los padres para bautizar sus hijos, como los que de nuevo hubieren de creer que vencerán á aquel fuerte aunque no esté atado; esto es, que aunque use contra ellos de todos sus artificios, y los apriete con el resto de sus fuerzas más que nunca, no sólo con vigilancia le entenderán sus estrategias, sino que con admirable paciencia sufrirán y se mantendrán contra sus fuerzas, y de esta manera se liberrarán de su poder aunque no esté atado. Ni por eso tampoco será falsa aquella sentencia evangélica, «que ninguno entrará en la casa del fuerte para saquearle su hacienda si antes no atare al fuerte»; pues conforme al tenor de esta sentencia, primeramente se ató al fuerte, y saqueándole sus vasos y alhajas, se ha multiplicado la Iglesia por toda la redondez de la tierra, por todas

(1) San Juan, I. ep., cap. II, v 19.

las naciones de fuertes y de flacos, de forma que con la virtud de la fe robustísima y corroborada con las profecías del cielo ya cumplidas, le pudiese quitar los vasos, aunque estuviese suelto. Porque así como debemos confesar que se resfría la caridad de muchos cuando abunda la iniquidad, y sobreviniendo las grandísimas y nunca vistas persecuciones y engaños del demonio, que andará ya suelto, muchos que no están escritos en el libro de la vida se le rendirán, así también debemos imaginar que no solo los fieles buenos que alcanzarán aquellos tiempos, sino también algunos de los que estarán todavía fuera por convertir, con los auxilios de la divina gracia, leyendo y considerando las Divinas Escrituras, en las cuales está profetizado entre las demás cosas el mismo fin, que verán ya venir, estarán más firmes para creer lo que no creían, y más fuertes y valerosos para vencer al demonio, aunque no esté atado: lo cual, si ha de ser así, debe creerse que precedió el atarle para que continuase el saquearlo y despojarle estando atado y estando suelto, porque esto quiere decir la Escritura cuando insinúa que ninguno entrará en la casa del fuerte para saquearle sus vasos y alhajas si primero no le atase.

CAPÍTULO IX

En qué consiste el reino en que reinarán los santos con Cristo por mil años, y en qué se diferencia del reino eterno.

Entretanto que está amarrado el demonio por el espacio de mil años, los santos de Dios reinarán con Cristo también otros mil años, los mismos sin duda; y deben entenderse en los mismos términos, esto es, ahora,

en el tiempo de su primera venida. Porque si fuera de aquel reino (de quien dirá en la consumación de los siglos, «venid, benditos de mi padre y tomad posesión del reino que está preparado para vosotros»), reinaran ahora de otra manera, bien diferente y desigual, con Cristo sus santos (á quienes dijo: «Yo estaré con vosotros hasta el fin y consumación del siglo»), tampoco al presente se llamaría la Iglesia su reino, ó reino de los cielos, porque en este tiempo, en el reino de Dios, aprende y se hace sabio aquel doctor de quien hicimos arriba mención (1), «que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo». y de la Iglesia han de recoger los otros segadores la cizaña que dejó crecer juntamente con el trigo hasta la siega. Explicando esto, dice (2): «La siega es el fin del siglo, y los segadores son los ángeles: así que de la manera que se recoge la cizaña y se echa en el fuego, así será en el fin del mundo. Enviará el Hijo del hombre sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos». ¿Acaso ha de recogerlos de aquel reino donde no hay escándalo alguno? Así, pues, de este su reino, que es en la tierra la Iglesia, se han de recoger. Además dice: «El que no guardare uno de los más mínimos mandamientos y los enseñare á los hombres, será el mínimo en el reino de los cielos; pero el que los observare exactamente y los enseñare, será grande en el reino de los cielos». El uno y el otro dice que estarán en el reino de los cielos, el que no practica las leyes y mandamientos que enseña, que eso quiere decir *solvere*, no guardarlos, no observarlos, y el que los ejecuta y enseña, aunque al primero llama mínimo, y al segundo grande. Seguidamente añade: «Yo os digo que si no fuere mayor vuestra virtud que la de los escribas y

(1) San Mateo, cap. XIII.

(2) Idem, idem.

fariseos», esto es, que la virtud de aquellos que no observan lo que enseñan. Porque de los escribas y fariseos dice en otro lugar, «que dicen y no hacen», «si no fuere mayor vuestra virtud que la suya», esto es, de modo que vosotros no quebrantéis, sino que antes practiquéis lo que enseñáis, no entraréis, dice, en el reino de los cielos», donde se hallan ambos, es á saber, el que no guarda lo que enseña y el que lo guarda, aunque el uno sea mínimo y el otro grande. De una manera se entiende el reino de los cielos, donde entra el que observa exactamente lo que enseña y no lo practica, y el que practica lo que enseña, que es la Iglesia actual, y de otra donde se hallará sólo aquel que guardó los mandamientos, que es la Iglesia cual entonces será, cuando no habrá en ella malo alguno. Ahora también la Iglesia se llama reino de Cristo y reino de los cielos; y reinan también ahora con Cristo sus santos, aunque de otro modo que reinarán entonces. No reina con Cristo la cizaña, aunque crezca en la Iglesia con el trigo, porque reinan con él los que ejecutan lo que dice el Apóstol (1): «Si habéis resucitado con Cristo, atended á las cosas del Cielo, donde Cristo está sentado á la diestra de Dios Padre: buscad las cosas del cielo, no las de la tierra». Y de estos tales dice asimismo (2): «que su conversar, vivir y negociar es en los cielos». Finalmente, reinan con el Señor los que están de tal conformidad en su reino, que son también ellos su reino. ¿Y cómo han de ser reino de Cristo los que (por no decir otras cosas), aunque están allí hasta que se recojan al fin del mundo de su reino todos los escándalos, buscan sólo en este reino sus intereses, las cosas que son suyas y no las de Jesucristo?

(1) San Pablo, ep. á los Colosenses, cap. III.

(2) San Pablo, ep. á los Filipenses, cap. III.

A este reino en que militamos, en que todavía luchamos con el enemigo, y á veces repugnamos los repugnantes vicios, y á veces, cediendo á ellos, vivimos hasta que lleguemos á la posesión de aquel reino quietísimo de suma paz, donde reinaremos sin tener enemigo con quien lidiar; á este reino, pues, y á esta primera resurrección que hay ahora se refiere el *Apocalipsis*; porque habiendo dicho cómo habían amarrado al demonio por mil años, y que después le desataban por breve tiempo, luego, recapitulando lo que hace la Iglesia, ó lo que se hace en ella en estos mil años, dice (1): «Vi unos tronos, y unos que se sentaron en ellos, y se les dió potestad de poder juzgar». No debemos pensar que esto se dice y entiende del último y final juicio, sino que se debe entender por las sillas de los Prepósitos; estos Prepósitos ha de entenderse que son los que ahora gobiernan la Iglesia. En cuanto á la potestad de juzgar, que es lo que es dado, ninguna se entiende mejor que aquella expresada en la Escritura (2): «Lo que ligareis en la tierra, será también atado en el cielo, y lo que desatareis en la tierra será también desatado en el cielo». De donde procede esta frase del Apóstol (3): «¿Qué me toca á mí el juzgar de los que están fuera de la Iglesia? ¿Acaso vosotros no juzgáis también á los que están dentro de ella? «Y vi las almas, dice San Juan, de los que murieron por el testimonio de Jesucristo (por la palabra de Dios ha de entenderse aquí lo que después dice), y reinaron mil años con Jesucristo», es á saber, las almas de los mártires antes de haberles restituído sus cuerpos; porque á las almas de los fieles difuntos no las apartan ni separan de la Iglesia, la que igual-

(1) *Apocalipsis*, cap. XX, v. 4.

(2) San Mateo, cap. XVIII, y San Juan, cap. XX.

(3) San Pablo, ep. á los Corintios, cap. V.

mente ahora es reino de Cristo, porque de otra manera no se hiciera memoria de ellos en el altar de Dios, en la comunión del Cuerpo de Cristo, ni nos aprovecharía el acogernos en los peligros á su bautismo, para que sin él no se nos acabe esta vida, ni á la reconciliación, si acaso por la penitencia ó mala conciencia está uno apartado y separado del gremio de la Iglesia. ¿Y por qué se hacen estas cosas, sino porque también los fieles difuntos son miembros suyos? Así que, aunque no sea con sus cuerpos, ya sus almas reinan con Cristo mientras duren y corren estos mil años. En este mismo libro y en otras partes leemos (1): «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, en su amistad y gracia, porque esos en lo sucesivo, dice el Espíritu Santo, descansarán de sus trabajos, pues las obras que hicieron los siguen». Por esta razón reinará primeramente con Cristo la Iglesia en los vivos y en los difuntos; pues como dice el Apóstol (2): «Por eso murió Cristo para ser Señor de los vivos y de los difuntos»: y por lo mismo sólo hizo mención de los mártires, porque principalmente reinan después de muertos los que hasta la muerte pelearon por la verdad. Pero como por la parte se entiende el todo, también entendemos todos los demás muertos que pertenecen á la Iglesia, que es el reino de Cristo.

Lo que sigue «y los que no adoraron la bestia ni su imagen, ni recibieron su marca ó carácter en sus frentes ó en sus manos», lo debemos entender juntamente de los vivos y de los difuntos. Quién sea esta bestia, aunque lo hemos de indagar con más exactitud, no es ajeno de la fe católica que se entienda por la misma Ciudad impía, y por el pueblo de los infieles, enemigo

(1) San Mateo, cap. XII.

(2) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. XII.

del pueblo fiel y Ciudad de Dios; y su imagen, á mi parecer, es el disfraz ó fingimiento de las personas que hacen como que profesan la fe y viven infielmente, porque fingen que son lo que realmente no son, y se llaman, no con verdadera semejanza y propiedad, sino con una falsa y engañosa apariencia, cristianos; pues á esta misma bestia pertenecen, no sólo los enemigos descubiertos del nombre de Cristo y de su ciudad gloriosa, sino también la cizaña que se ha de recoger de su reino, que es la Iglesia, en la consumación del siglo. ¿Y quiénes son los que no adoran á la bestia ni á su imagen, sino los que practican lo que insinúa el Apóstol (1), «que no llevan el yugo con los infieles», porque no adoran, esto es, no consienten, no se sujetan, ni admiten, ni reciben la inscripción, es á saber, la marca y señal del pecado en sus frentes por la profesión, ni en sus manos por las obras? Así que, ajenos de estos males, ya sea viviendo aun en esta carne mortal, ya sea después de muertos reinan con Cristo, aun en la actualidad, con cierta manera congrua y acomodada á esta vida por todo el espacio de tiempo que se nos significa con los mil años. Los demás, dice, no vivieron (2), «porque ahora es la hora en que los muertos han de oír la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren, vivirán»; pero los demás no vivirán. Y añade: hasta el complemento de los mil años debe entenderse que no vivieron aquel tiempo en que debieron vivir, es decir, procurando pasar de la muerte á la vida. Y así cuando venga el día en que se verificará la resurrección de los cuerpos, no saldrán de los monumentos y sepulturas para la vida, sino para el juicio, esto es, á la condenación, que se llama segunda muerte. Porque cualquiera que no vi-

(1) San Pablo, ep. á los Corintios, cap. VI, v. 14.

(2) San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. VI, v. 14.

viere hasta que se concluyan los mil años, esto es, en todo este tiempo en que se efectúa la primera resurrección, no oyere la voz del Hijo de Dios y no procurare pasar de la muerte á la vida, sin duda que en la segunda resurrección, que es de la carne, pasará á la muerte segunda con la misma carne. San Juan añade: «Esta es la primera resurrección: bienaventurado y santo es el que tiene parte en esta primera resurrección». Esto es, el que participa de ella; y sólo participa de ella el que no sólo resucita y revive de la muerte que consiste en los pecados, sino que también en lo mismo que hubiere resucitado y revivido permanece. «En estos, dice, no tiene poder la muerte segunda». Pero en los demás, en los que dijo arriba, sí la tiene. Los demás no vivieron hasta el fin de los mil años, porque en todo este espacio de tiempo, que llama mil años, por más que cada uno de ellos vivió en el cuerpo, no revivió de la muerte en que le tenía la inpiEDAD, para que, reviviendo de esta manera, se hiciera partícipe de la primera resurrección y no tuviera en él poderío la muerte segunda.

CAPÍTULO X

Cómo se ha de responder á los que piensan que la resurrección sólo pertenece á los cuerpos y no á las almas.

Hay algunos que opinan que la resurrección no se puede decir sino de los cuerpos, y por eso pretenden establecer como inconcuso que esta primera ha de ser también de los cuerpos, porque de los que caen, dicen, es el levantarse, y los que caen muriendo son los cuerpos, pues de caer se dijeron en latín, los cuerpos muertos *cadavera*; luego no puede haber, infieren, resurrección

ción de las almas, sino de los cuerpos. ¿Pero con qué intento proceden contra la expresa autoridad del Apóstol, que la llama resurrección? Porque según el hombre interior, y no según el exterior, sin duda resucitaron aquellos á quienes dice: «Si habéis resucitado con Cristo, atended á las cosas del cielo», lo cual comprobó en otro lugar por otras palabras (1): «Para que así como Cristo resucitó de entre los muertos por virtud de su divinidad, así también nosotros resucitemos y vivamos con nueva vida». Lo mismo quiso decir en otro lugar (2): «levántate tú que estás dormido, levántate de entre los muertos y te alumbrará Cristo». Lo que insinúan de que no pueden resucitar sino los que caen, por cuyo motivo imaginan que la resurrección pertenece á los cuerpos y no á las almas, porque de los cuerpos es propio el caer, procede de que no oyen estas palabras: «No os apartéis de él, para que no caigáis» (3); y «á su propio Señor toca si persevera ó si cae» (4); y «el que piensa que está firme, mire no caiga». Porque me parece nos debemos guardar de que suceda esta caída en el alma y no en el cuerpo; luego si la resurrección es de los que caen, y caen también las almas, sin duda que debemos conceder que igualmente las almas resucitan. A las palabras que San Juan seguidamente pone: «en éstos no tiene poder la muerte segunda»; añade y dice: «sino que serán sacerdotes de Dios, de Cristo y reinarán con él mil años». Sin duda no lo dijo solamente por los obispos y presbíteros, á los cuales llamamos ya propiamente en la Iglesia sacerdotes, sino que, como llamamos á todos los cristianos por la crisma y unción mística, así llama á todos sacerdotes, porque son miem-

(1) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. VI.

(2) San Pablo, ep. á los Efesios, cap. V.

(3) San Pablo, ep. a los Romanos, cap. XIV.

(4) San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. X.

bros de un sacerdocio, á los cuales llama el apóstol San Pedro (1): «pueblo santo y sacerdocio real». Sin duda que, aunque brevemente y de paso, nos dió á entender que Cristo era Dios, diciendo sacerdotes de Dios y de Cristo, esto es, del Padre y del Hijo, pues así como por la forma de siervo se hizo Cristo hijo del hombre, así también se hizo sacerdote para siempre, según el orden de Melchisedech (2), sobre lo cual hemos discurrido en esta obra más de una vez.

CAPÍTULO XI

De Gog y de Magog, á quienes al fin del siglo ha de mover el demonio, ya suelto contra la Iglesia de Dios.

«Y cumplidos (3), dice, mil años, soltarán á Satanás de su cárcel y saldrá á engañar las gentes que habitan en los cuatro extremos de la tierra á Gog y Magog, y los traerá á la guerra, cuyo número será como las arenas del mar». Para obligarlos á esta guerra, los seducirá entonces, pues también anteriormente por los arbitrios que podía los engañaba, causándoles muchos y diferentes males. Y dice *saldrá*, esto es, de los ocultos escondrijos de los odios y rencores, saldrá en público á perseguir la Iglesia, siendo esta la última persecución, por acercarse ya el último y final juicio, que padecerá la Santa Iglesia en todo el orbe de la tierra, es decir, la universal Ciudad de Cristo, de la universal Ciudad del demonio en toda la tierra. Y estas gentes, que llama Gog y Magog, no deben tomarse como si fuesen algu-

(1) San Pedro, I ep., cap. II.

(2) Salmo 109.

(3) *Apocalipsis*, cap. XX, v. 7.

nos bárbaros que tienen fijado su asiento en alguna parte determinada de la tierra, ó los Getas y Masajetas, como sospechan algunos fundados en las letras con que principian estos nombres ó algunos otros gentiles, ajenos y no sujetos á la jurisdicción romana, porque da á entender que éstos se hallarán por todo el orbe de la tierra, cuando dice: las gentes que habrá en algunas partes de la tierra, y éstas, prosigue, son Gog y Magog. Interpretados estos nombres, hallamos que quieren decir Gog el techo y Magog del techo, como la casa y el que sale y procede de la casa. Así que son las gentes en quienes arriba entendíamos que estaría encerrado el demonio como en un abismo, y el que parecè que sale y dimana de ellas, de suerte que ellas sean el techo y el del techo, y si ambos nombres los referimos á las gentes, y no el uno á las gentes y el otro al demonio, ellas son el techo, porque en ellas ahora se encierra y en cierto modo se oculta aquel nuestro antiguo enemigo, y ellas mismas serán del techo cuando del odio encubierto saldrán al odio público y descubierto. Y lo que dice (1): «y subieron sobre la latitud de la tierra y cercaron el ejército de los santos y la Ciudad amada», no se entiende que vinieron ó que habrán de venir á algún lugar determinado, como si en cierto lugar haya de estar el ejército de los santos y la Ciudad querida, pues ésta no es sino la Iglesia de Cristo, que está esparcida por todo el orbe de la tierra, y donde quiera que estuviere entonces la que estará en todas las gentes, lo que significó con el nombre de la latitud de la tierra, allí estará el ejército de los santos, allí estará la Ciudad querida de Dios, allí todos sus enemigos, porque también ellos con ella estarán en todas las gentes, las cercarán con el rigor de aquella persecución, esto es, la

(1) *Apocalipsis*, cap. XX, v. 8.

arrinconarán, apretarán y encerrarán en las angustias de la tribulación. Y no desamparará su milicia, la que mereció que la llamasen con nombre de ejército.

CAPÍTULO XII

Si pertenece al último castigo de los malos lo que dice que bajó fuego del cielo, y los consumió.

Sobre lo que dice que descendió fuego del cielo y los consumió (1), no debemos entender que éste es aquel último final castigo, que será cuando se les dirá: «Idos de mí, malditos, al fuego eterno», porque entonces ellos serán los que irán al fuego, y no el fuego el que vendrá del cielo sobre ellos. Aquí bien podemos entender por este fuego que baja del cielo la misma firmeza de los santos, con que han de resistir y no ceder á sus perseguidores, para hacer la voluntad de éstos, pues firmamento es el cielo, cuya firmeza los afligirá y atormentará con ardentísimo rencor y celo, por no haber podido atraer á los santos de Cristo al bando del Antecristo. Y éste será el fuego que los consumirá, el cual enviará Dios, porque por beneficio y gracia suya son invencibles los santos, por lo que rabiarán y se consumirán sus enemigos, en atención á que así como se toma el celo en buena parte, donde dice (2): «el celo de tu casa me consume», así, por el contrario, se toma en contraria acepción, esto es, en mala parte, donde dice (3): «ocupó el celo al pueblo ignorante». El fuego del cual aquí se habla consumirá á los contrarios, que

(1) *Apocalipsis*, cap. XX, v. 9.

(2) Salmo 68.

(3) Salmo *idem*.

no es el fuego del juicio final, y sí el castigo que ha de dar Cristo cuando venga á los perseguidores de su Iglesia, á los cuales hallará vivos sobre la tierra cuando ha de matar al Antecristo con el espíritu de su boca (1): «si á este castigo, digo, llama fuego que desciende del cielo, y que los consume», tampoco éste será el último castigo de los impíos, sino el que han de padecer después de la resurrección de los cuerpos.

CAPÍTULO XIII

Si se han de contar los mil años antes del tiempo de la persecución del Antecristo.

Esta última persecución, que será la que ha de hacer el Antecristo (como lo hemos ya insinuado en este libro, y se halla en el profeta Dániel), durará tres años y seis meses (2), cuyo tiempo, aunque corto, con justa causa se duda si pertenece á los mil años en que dice que estará atado el demonio, y en que los santos reinarán con Cristo (3), ó si este pequeño espacio ha de aumentarse á los mismos años, y ha de contarse fuera de ellos. Porque si dijésemos que este espacio pertenece á los mismos años, hallaremos que el reino de los santos con Cristo se entiende más tiempo de lo que está el demonio atado, pues sin duda los santos con su Rey reinarán también con especialidad durante la persecución, venciendo y superando tantos males y calamidades cuando ya el demonio no estará atado, para que pueda perseguirlos con todas sus fuerzas. En tal caso, ¿de qué forma determina esta Escritura y limita lo uno y lo

(1) San Pablo, II, ep. á los thesalonicenses, cap. II.

(2) Daniel, cap. XII.

(3) *Apocalipsis*, cap. XX, v. 2.

otro, es á saber, la atadura y prisi3n del demonio, y el reino de los santos, con unos mismos mil a1os, supuesto que tres a1os y seis meses antes se acaba la atadura del demonio, que el reino de los santos con Cristo en estos mil a1os? Y si dij6semos que este peque1o espacio de d6cha persecuci3n no debe contarse en los mil a1os, sino que, cumplidos, debe a1adirse, para entender bien lo que dice el *Apocalipsis* de que los sacerdotes de Dios y de Cristo reinarán con el Se1or mil a1os (1), a1adiendo que cumplidos los mil a1os soltarán á Satanás de su cárcel, pues así da á entender que el reino de los santos y la prisi3n del demonio han de cesar á un mismo tiempo, para que despu6s el espacio de aquella persecuci3n se entienda no perteneciente al reino de los santos ni á la prisi3n de Satanás, cuyas dos circunstancias se incluyen en los mil a1os, sino a1adido, y que debe contarse fuera de ellos, nos será forzoso confesar que los santos 6n aquella persecuci3n no reinarán con Cristo, ¿Pero qui6n habrá que se atreva á decir que entonces no han de reinar con 6l sus miembros, cuando particular y estrechamente estarán unidos con 6l, y en el tiempo en que cuanto fuere más vehemente la furia de la guerra, tanto mayor será la gloria de la firmeza y constancia, y tanto más numerosa la corona del martirio? Y si por causa de las tribulaciones que ha de padecer no hemos de decir que han de reinar, se deducirá que tampoco en los mismos mil a1os cualquiera de los santos que padecía tribulaciones, al tiempo de padecerlas no reinó con Cristo; y, por consiguiente, tampoco aquellos cuyas almas vió el autor de este libro, según dice, que padecieron muerte por dar testimonio de la fe de Cristo y por la palabra de Dios, reinarían con Cristo cuando padecían la persecuci3n, y

(1) *Apocalipsis*, cap. XX, v. 6.

eran reino de Cristo aquellos á quienes con más excelencia poseía Cristo; lo cual sin duda es absurdo, pues sin duda las almas victoriosas de los gloriosísimos mártires, vencidos y concluidos todos los dolores y penalidades, después que dejaron los miembros mortales reinaron y reinarán con Cristo hasta que se terminen los mil años, para reinar también después de recobrar los cuerpos inmortales. Así, pues, las almas de los que murieron por dar testimonio de Cristo; las que antes salieron de sus cuerpos y las que han de salir en la misma última persecución, reinarán con él hasta que se acabe el siglo mortal y se transfieran á aquel reino donde no habrá ya más muerte; por lo cual llegaron á ser más los años de los santos que reinarán con Cristo, que la prisión del demonio, porque cuando el demonio no estará ya atado en aquellos tres años y medio, reinarán con su Rey, el Hijo de Dios. Cuando San Juan dice: «los sacerdotes de Dios y de Cristo reinarán con el Señor mil años, y que, terminados éstos, soltarán á Satanás de su cárcel», debemos entender ó que no se acaban los mil años de este reino de los santos, sino los de la prisión del demonio, de manera, que los mil años, esto es, todos los años los tengan cada una de las partes, para acabar los suyos en diferentes y propios espacios, siendo más largo el reino de los santos, y más breve la prisión del demonio, ó realmente debemos creer que por ser el espacio de los tres años y medio brevísimo, no se pone en cuenta, sea en lo que parece que tiene de menos la prisión de Satanás, ó en lo que de más el reino de los santos; como lo manifesté hablando de los cuatrocientos años en el cap. XXIV, libro XVI de esta obra, los cuales, aunque eran algo más, sin embargo, los llamó cuatrocientos. Muchas cosas como estas hallaremos en la Sagrada Escritura, si lo quisiéremos advertir.

CAPÍTULO XIV

De la condenación del demonio con los suyos, y sumariamente de la resurrección de los cuerpos de todos los difuntos y del juicio de la última retribución.

Después de haber referido esta última persecución, breve y concisamente comprende todo cuanto el demonio y la ciudad enemiga con su príncipe ha de padecer en el último juicio, porque dice (1): «Y el demonio, que los engañaba, fué echado en un estanque de fuego y azufre, donde la bestia y los pseudos ó falsos profetas han de ser atormentados de día y de noche para siempre jamás». Ya dijimos en el cap. IX, que puede entenderse bien por la bestia la misma Ciudad impía y su pseudo-profeta ó Antecristo, ó aquella imagen ó ficción de que hablamos allí. Después de esto, recapitulando, refiere cómo se le reveló el mismo juicio final, que será en la segunda resurrección de los muertos de los cuerpos, y dice (2): «Vi entonces un gran trono blanco, y uno sentado en él, delante del cual la tierra y el cielo huyeron, y no quedó lugar para ellos». No dice que vió un trono grande y blanco, y uno sentado sobre él, y que de su presencia huyó el cielo y la tierra, porque esto no sucedió entonces, esto es, antes que se hiciese el juicio de los vivos y de los muertos, sino dijo que vió sentado en el trono á aquel á cuya presencia huirían el cielo y la tierra; pero huirían después, porque acabado el juicio, entonces dejará de ser este cielo y esta tierra, comenzando á ser nuevo cielo y nueva tierra; pues este mundo pasará, mudándose las cosas, no pereciendo del todo. Así lo dijo el Apóstol (3): «Por-

(1) *Apocalipsis*, cap. XX, v. 9.

(2) *Apocalipsis*, cap. XX, v. 11.

(3) San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. VII.

que se pasa la figura de este mundo, quiero que viváis sin solicitud y cuidado»; de modo que la figura es la que pasa, no la naturaleza. Habiendo, pues, dicho San Juan que vió á uno que estaba sentado en un trono, á cuya presencia (lo que después ha de suceder) huyó el cielo y la tierra (1): «después ví, dice, á los muertos grandes y pequeños en pie delante del trono, y fueron abiertos los libros, y después se abrió aun otro libro que es el libro de la vida, y los muertos fueron juzgados por lo que estaba escrito en los libros, según sus obras». Dice que se abrieron libros y el libro, y que este es el libro de la vida de cada uno; luego los libros que puso en primer lugar deben entenderse los sagrados, así los del Viejo como los del Nuevo Testamento, para que en ellos se registren los mandamientos y preceptos que Dios mandó guardar. El otro, que trata de la vida particular de cada uno, contiene cuanto cada uno observó ó no observó; cuyo libro, si carnalmente le quisiéramos considerar, ¿quién podrá estimar su grandeza, prolijidad y extension? ¿O en cuánto tiempo podrá leerse un libro donde están escritas las vidas de cuantos hombres ha habido y hay? ¿Acaso ha de haber tanto número de ángeles cuanto hay de hombres para que cada uno oiga á su Ángel recitar su vida? ¿Luego no ha de ser uno el libro de todos, sino para cada uno el suyo? Pero aquí la Escritura, queriendo darnos á entender que ha de ser uno, dice: y se abrió otro libro, por lo cual debemos entender cierta virtud y potencia divina con que sucederá que á cada uno se le vengan á la memoria todas las obras buenas ó malas que hizo y las verá con los ojos de su entendimiento con maravillosa presteza, acusando ó excusando á su conciencia el conocimiento que tendrá de ellas. De esta manera se

(1) *Apocalipsis*, cap. XX, v. 2.

hará el juicio de cada uno de por sí, y de todos juntamente, cuya virtud divina se llamó libro, porque en ella en cierto modo se lee todo lo que se recuerda haber hecho. Y para demostrar qué clase de muertos han de ser juzgados, esto es, chicos y grandes, recopila y dice, como retrocediendo á lo que había dejado, ó. por mejor decir, diferido (1): «y el mar dió los muertos que habían sido sepultados en sus aguas; la muerte y el infierno dieron también los muertos que en sí tenían». Esto sin duda sucedió primero que los muertos fuesen juzgados, y, sin embargo, dijo aquéllo primero. Por eso he dicho que resumiendo volvió á lo que había dejado; pero después siguió el orden de los sucesos, y para que se explicase este orden, repitió lo que ya se había dicho perteneciente al juicio de los muertos, y después de referir que dió el mar los muertos que había en él, y que la muerte y el infierno volvieron los muertos que en sí tenían, añadió inmediatamente lo que poco antes había dicho (2): «y cada uno fué juzgado según sus obras», que es lo mismo que antes dijo: «y los muertos fueron juzgados según sus obras».

CAPÍTULO XV

Qué muertos son los que dió el mar para el juicio, ó cuáles son los que volvió la muerte y el infierno.

Pero ¿qué muertos son los que dió el mar que estaban en él? ¿Acaso los que murieron en el mar no están en el infierno? ¿Acaso sus cuerpos se guardan en el

(1) *Apocalipsis*, cap. XX, v. 13.

(2) *Apocalipsis*, idem.

mar? O lo que es más absurdo, ¿el mar tenía los muertos buenos y el infierno los malos? ¿Quién ha de pensar tal cosa? Muy á propósito entienden algunos que en este lugar el mar significa este siglo. Así que, queriendo San Juan advertir que habían de ser juzgados los que hallará aquí Cristo todavía en sus cuerpos, juntamente con los que han de resucitar, á los que hallará en sus cuerpos los llamó muertos; lo mismo los buenos á quienes dice el Apóstol (1) «que están muertos acá, y que su vida está escondida y atesorada con Cristo en Dios», como á los malos, de quienes dice el sagrado cronista (2): «dejen á los muertos que encierren sus muertos», quienes pueden ser llamados también muertos, porque traen cuerpos mortales. Por ello dice el Apóstol (3): «que el cuerpo está muerto por el pecado, pero el alma vive por la justificación», mostrando que lo uno y lo otro se halla en el hombre viviente, y que está todavía en este cuerpo, el cuerpo muerto y el alma viva. No dijo cuerpo mortal, sino muerto; aunque poco después los llama también cuerpos mortales, que es como más comúnmente se llaman. Otros muertos, pues, dió el mar, que estaban en él, esto es, dió este siglo todos los hombres que había en él, porque aun no habían fallecido. Y la muerte y el infierno, dice, dieron sus muertos, los que tenían en sí. El mar les dió, porque así como se hallaron se presentaron; pero la muerte y el infierno los volvieron á dar, porque los redujeron á vida, de la cual se habían ya despedido. Y acaso no en vano no dice la muerte ó el infierno, sino ambas cosas; la muerte por los buenos que sólo pudieron padecer la muerte, pero no también el infierno, y el infierno por los malos, los cuales pasarán sus penas respectivas en

(1) San Pablo, ep. á los Colosenses, cap. III.

(2) San Mateo, cap. VIII.

(3) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. VIII, v. 10.

el infierno; porque si con razón parece creemos que también los santos antiguos que creyeron en Cristo antes que viniese al mundo estuvieron en los infiernos aunque en parte remotísima de los tormentos de los impíos, hasta que los sacó y libró de aquella cárcel la preciosa sangre de Jesucristo y su bajada á aquellos tenebrosos lugares, sin duda en lo sucesivo los fieles buenos, redimidos ya por aquel precio que por ellos se derramó, de ningún modo saben qué cosa es infierno hasta que, recobrando sus cuerpos, reciban los bienes que merecen. Y habiendo dicho «y fueron juzgados cada uno conforme á sus obras», brevemente añadió cómo fueron juzgados (1) «y el infierno y la muerte fueron arrojados al estanque de fuego», indicando con estas palabras al demonio, porque es el autor de la muerte y de las penas del infierno, y juntamente todo el escuadrón de los demonios, porque esto es lo que arriba más expresamente, anticipándose, había ya dicho; y el demonio, que los engañaba, fué echado en un estanque de fuego y de azufre (2). Pero lo que allí expresó con más obscuridad, á donde la bestia y el pseudo-profeta han de ser atormentados, aquí lo dice más claro (3), «y el que no se halló escrito en el libro de la vida, fué arrojado al estanque de fuego». No sirve este libro de memoria á Dios para que no se engañe por olvido, sino que significa la predestinación de aquellos á quienes ha de darse la vida eterna, porque no los ignora Dios, y para saberlos lee en este libro, sino que antes la misma presciencia que tiene de ellos, que es la que no se puede engañar, es el libro de la vida donde están los escritos, esto es, los conocidos para la vida eterna.

(1) *Apocalipsis* cap. XX, v. 14.

(2) *Apocalipsis*, cap. XX, v. 10.

(3) *Apocalipsis*, cap. XX, v. 15.

CAPÍTULO XVI

Del nuevo cielo y de la nueva tierra.

Concluído el juicio en el cual nos anunció habían de ser condenados los malos, resta que nos hable también respecto de los buenos. Y supuesto que ya nos explicó lo que dijo el Señor en compendiosas palabras: «éstos irán á los tormentos eternos» (1), corresponde ahora que nos declare lo que allí añade (2): «y los justos irán á la vida eterna» (3). «Después de esto vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el mar ya no le había». Según este orden ha de suceder lo que arriba, anticipándose, dijo, que vió uno sentado sobre un trono, á cuya presencia huyó el cielo y la tierra (4), porque feneció el juicio universal. Habiendo condenado á los que no se hallaron escritos en el libro de la vida y echádoles al fuego eterno (cuál sea este fuego y en qué parte del mundo haya de estar, presumo que no hay hombre que lo sepa, sino aquel que acaso lo sabe por revelación divina), entonces pasará la figura de este mundo por la combustión y quema del fuego mundano, como se hizo el Diluvio con la inundación de las aguas mundanas. Así que, con aquella combustión humana que insinué, las cualidades de los elementos corruptibles que cuadraban á nuestros cuerpos corruptibles perecerán y se consumirán, ardiendo completamente, y la substancia de los elementos tendrá aquellas cualidades que convienen con maravillosa transformación á los cuerpos

(1) San Mateo, cap. XV.

(2) Id. Ap. loc. cit.

(3) *Apocalipsis*, cap. XXI, v. 1.

(4) Id., cap. XX, v. 2.

inmortales, para que el mundo, renovado y mejorado, se acomode concordemente á los hombres renovados también y mejorados en la carne. Lo que dice: «y el mar ya no lo había», no me determinaría fácilmente á explicarlo si se secará con aquel ardentísimo calor ó si igualmente se transformará en otro mejor, pues aunque leemos que habrá nuevos cielos y nueva tierra, sin embargo, del mar nuevo no me acuerdo haber leído cosa alguna, sino lo que se dice en este mismo libro: «como un mar de vidrio, semejante al cristal» (1), aunque entonces no hablaba del fin del mundo ni parece que dijo propiamente mar, sino como un mar; igualmente que ahora (como la locución profética gusta de mezclar las palabras metafóricas con las propias y así ocultarnos en cierto modo su significación, tendiendo un velo á lo que insinúa) pudo hablar de aquel mar y no del mencionado, cuando dice: «y dió el mar sus muertos, los que estaban en él», porque entonces no será este siglo turbulento y tempestuoso con la vida de los mortales, lo que nos significó y figuró con el nombre de mar.

CAPÍTULO XVII

De la glorificación de la Iglesia sin fin después de la muerte.

«Y yo, Juan, ví bajar del cielo (2) la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén que venía de Dios, adornada como una esposa para su esposo. Y oí una voz grande que salía del trono y que decía: véis aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos y ellos serán su

(1) *Apocalipsis*, cap. IV, v. 6.

(2) *Apocalipsis*, cap. XXI, vs. 2, 3, 4 y 5.

pueblo, y el mismo Dios, quedando en medio de ellos, será su Dios; Dios les enjugará todas las lagrimas de sus ojos y no habrá más muerte, ni más llanto, ni más grito, ni más dolor, porque las primeras cosas son pasadas; entonces el que estaba sentado en el trono, dijo: véis aquí, hago yo nuevas todas las cosas». Dícese que baja del cielo esta Ciudad, porque es celestial la gracia con que Dios la hizo; por eso hablando con ella, la dice también por medio de Isaías (1): «Yo soy el Señor que te hizo». En efecto, desde su origen y principio desciende del cielo, después que por el discurso de este siglo, con la gracia de Dios, que viene de lo alto, va creciendo cada día el número de sus ciudadanos por medio del bautismo de la regeneración, en virtud del Espíritu Santo enviado del cielo. Pero por el juicio de Dios, que será el último y final, que hará su Hijo Jesucristo, será tan grande y tan nueva por especial beneficio de Dios la claridad con que se manifestará, que no le quedará rastro alguno de lo pasado, mediante á que los cuerpos mudarán igualmente su antigua corrupción y mortalidad en una nueva incorrupción é inmortalidad, pues querer entender el anuncio de este tiempo en que reinan con su rey por espacio de mil años, me parece que es demasiada obstinación, en atención á que bien claro dice que les enjugará todas las lágrimas de sus ojos y que no habrá más muerte, ni llanto, ni clamores, ni género de dolor. ¿Y quién habrá tan impertinente y tan fuera de sí de puro obstinado, que se atreva á afirmar que en los trabajos de la vida mortal, no sólo todo el pueblo de los santos, sino cada uno de los santos dejará de pasar ó haber pasado esta vida sin lágrimas algunas ni dolor, siendo así que cuanto uno es más santo y está más lleno de deseos santos, tanto más abundan-

(1) Isaías, cap. XLV.

tes son sus lágrimas en la oración? ¿Acaso no es la Ciudad soberana de Jurusalén la que dice (1): «De día y de noche me sirvieron de pan mis lágrimas» (2); «lavaré cada noche mi lecho con lágrimas y con ellas regaré mi estrado?» (3). «No ignoras, Señor, mis gemidos» (4). «¿Mi dolor se ha renovado?» ¿O por ventura no son hijos suyos los que (5) «gimen cargados de este cuerpo, del que no querrían verse despojados, sino vestirse sobre él y que la vida eterna se sorbiese y consumiese, no el cuerpo, sino lo que tiene de mortalidad?» ¿Acaso no son aquellos (6), «que teniendo las primicias de la gracia del espíritu tan colmadas, gimen en sí mismos deseando y esperando la adopción de los hijos de Dios y no cualquiera, sino la redención y perfecta libertad é inmortalidad del cuerpo y del alma?» ¿Por ventura el mismo apóstol San Pablo no era ciudadano de la celestial Jerusalem, ó no era mucho más cuando (7) «andaba tan triste y con continuo dolor en su corazón» por causa de los israelitas, sus hermanos carnales? ¿Y cuándo dejará de haber muerte en esta Ciudad, sino cuando se diga: «¿A dónde está ¡oh muerte! tu tesón? ¿A dónde está tu guadaña? La guadaña de la muerte es el pecado», el cual sin duda no le habrá entonces cuando se le diga ¿dónde está? Pero ahora no clama y nos da voces cualquiera de los humildes é ínfimos ciudadanos de aquella Ciudad, sino el mismo San Juan en su epístola (8): «Si dijéremos que no tenemos pecado, nos enga-

(1) Salmo 41.

(2) Salmo 6.

(3) Salmo 37.

(4) Salmo 88.

(5) San Pablo, II ep. á los Corintios, cap. III.

(6) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. VIII, v. 23.

(7) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. IX, v. 2.

(8) San Juan, I ep., cap. I, v. 8.

ñamos á nosotros mismos, y no está la verdad en nosotros». Aunque en este libro del *Apocalipsis* se declaran muchos misterios en estilo profético para excitar el entendimiento del lector, y hay pocas expresiones en él, por cuya claridad se puedan rastrear (poniendo algún cuidado y molestia) las demás, especialmente porque de tal suerte repite de muchas maneras las mismas cosas, que parece que dice otras; averiguándose que estas mismas las dice de una y otra y muchas maneras; con todo, las palabras donde dice: «que les limpiará todas las lágrimas de sus ojos y que no habrá más muerte, ni llanto, ni clamores, ni género de dolor, con tanta luz y claridad se dicen del siglo futuro y de la inmortalidad y eternidad de los santos (porque entonces solamente y allí precisamente no ha de haber estas cosas), que en la Sagrada Escritura no hay que buscar cosa clara si entendemos que éstas son obscuras.

CAPÍTULO XVIII

Qué es lo que el apóstol San Pedro predicó del último y final juicio de Dios.

Veamos ahora qué es lo que igualmente escribió el apóstol San Pedro de este juicio final (1). «Primeramente, dice, sabed que en los últimos tiempos vendrán unos impostores artificiosos, que seguirán sus propias pasiones; y dirán: ¿Dónde está la promesa de su venida? Porque desde que murieron nuestros padres, todas las cosas perseveran como desde el principio del mun-

(1) San Pedro, ep. II, cap. III desde vers. 3, hasta el 13 inclusive.

do. Mas ellos ignoran, porque quieren, que al principio fueron criados los cielos por la palabra de Dios, y que la tierra se dejó ver fuera del agua, y subsiste en medio de las aguas. Y que por estas cosas, el mundo que entonces era, pereció sumergido en las aguas. Mas los cielos y la tierra que ahora subsisten por la misma palabra, estan reservados para el fuego en el día del juicio, y de la perdición de los hombres impíos. Carísimos, una cosa hay que no debéis ignorar, y es, que delante del Señor un día es como mil años, y mil años como un solo día. No tardará el Señor, como piensan algunos, en cumplir su promesa, sino que por amor de vosotros espera con paciencia, no queriendo que algunos se pierdan, sino que todos se conviertan á él por la penitencia; porque el día del Señor vendrá como un ladrón, y entonces los cielos pasarán con grande ímpetu, los elementos se disolverán por el calor del fuego, y la tierra, con todo lo que hay en ella, será abrasada. Como todas estas cosas han de perecer, ¿cuáles debéis ser vosotros, y cuál la santidad de vuestra vida, y la piedad de vuestras acciones esperando y deseando que venga pronto la venida del día del Señor, en que el ardor del fuego disolverá los cielos y derretirá los elementos? Porque esperamos, según sus promesas, unos cielos nuevos y una tierra nueva, donde habitará la justicia». En esta su carta no dice cosa particular de la resurrección de los muertos, aunque sin duda ha dicho lo bastante acerca de la destrucción de este mundo, donde refiriendo lo que acaeció en el Diluvio, parece que en cierto modo nos advierte cómo hemos de entender y creer que al fin del siglo ha de perecer toda la tierra: porque igualmente dice que pereció en aquel tiempo el mundo que florecía entonces, y no sólo el orbe y globo de la tierra, sino también los cielos, por los cuales entendemos sin duda el aire hasta el espacio

que entonces ocupó el agua con sus crecientes. Todo ó casi todo este aire, que llama cielo ó cielos (no entendiéndose en estos ínfimos los supremos donde está el sol, la luna y las estrellas) se convirtió en agua, y de esta forma pereció con la tierra, á la cual, por lo respectivo á su primera forma, había destruído el Diluvio. Y los cielos, dice, y la tierra que ahora existe, por el mismo decreto y disposición se conservan reservados para el fuego, para ser abrasados en el día del juicio y destrucción de los hombres impíos. Por lo cual los mismos cielos, la misma tierra, esto es, el mismo mundo que pereció con el Diluvio y quedó otra vez fuera de las mismas aguas, ese mismo está reservado para el fuego final el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Tampoco duda decir que sucederá la perdición de los hombres por el trastorno tan singular y terrible que se experimentará, aunque su naturaleza permanezca en medio de las penas eternas. ¿Preguntará acaso alguno si, fenecido el juicio, ha de arder todo el orbe, antes que en su lugar se reponga nuevo cielo y nueva tierra, al mismo tiempo que se quemare donde estarán los santos, pues teniendo cuerpos es necesario que estén en algún lugar corporal? Puede responderse que estarán en las regiones superiores, donde no llegará á subir la llama de aquel voraz incendio, así como tampoco alcanzaron las aguas del Diluvio; porque los cuerpos que tendrán serán tales, que estarán donde quisieren estar. Tampoco temerán al fuego de aquel incendio, siendo, como son, inmortales é incorruptibles, así como los cuerpos corruptibles y mortales de aquellos tres jóvenes pudieron vivir sin daño alguno en el horno de fuego, que ardía extraordinariamente.

CAPÍTULO XIX

De lo que el apóstol San Pablo escribió á los Tesalonicenses, y de la manifestación del Antecristo, después del cual seguirá el día del Señor.

Bien advierto que necesito omitir muchas circunstancias que ocurren y están escritas sobre este último y final juicio de Dios en los libros evangélicos y apotólicos, porque no abulte demasiado este volumen; pero por ningún pretexto debemos pasar en silencio lo que el apóstol San Pablo escribe á los Tesalonicenses (1). «Os rogamos, hermanos, dice, por la venida de nuestro Señor Jesucristo, y por la congregación de los que nos hemos de unir con el Señor, que no os apartéis fácilmente de vuestro dictámen, ni os atemoriceis, ni por algún espíritu, por palabra, ni por carta enviada en mi nombre, anunciando que llega ya la venida del Señor; no os engañe alguno; porque antes vendrá aquel rebelde, y se manifestará aquel hombre hijo del pecado y de la perdición, el cual se opondrá y levantará contra toda doctrina, y sobre todo lo que se dice y cree de Dios en la tierra: de suerte que llegará á sentarse en el templo de Dios, vendiéndose á sí mismo por Dios. ¿No os acordáis que cuando estaba aun con vosotros os decía esto? Bien sabéis lo que ahora detiene que se manifieste aquél á su tiempo, porque ya en la actualidad principia á obrar el misterio de la iniquidad: sólo el que tiene ahora, tenga hasta que se quite de en medio, y entonces se manifestará aquel malvado á quien el Señor quitará la vida con el aliento de su boca, y deshará con

(1) San Pablo, II. ep. á los Thesalonicenses, cap. II., vers. I y siguientes.

el resplandor de su presencia á aquel cuya venida será según la operación de Satanás con todo su poder, con señales y prodigios mentirosos, y con toda maliciosa sedición, para engañar y perder á los perdidos réprobos, porque no recibieron el amor de la verdad para que se salvaran. Y por esto les enviará Dios un espíritu de error, á efecto de que crean la mentira y sean juzgados y condenados todos los que no creyeren la verdad, sino que consintieron y aprobaron la maldad».

No hay duda que todo esto lo dice del Antecristo y del día del juicio; porque este día del Señor, dice que no vendrá hasta que venga primero aquel que llama rebelde á Dios nuestro Señor: lo cual, si puede decirse de todos los malos, ¿cuánto más de éste? Pero en qué templo de Dios se haya de sentar como Dios, es incierto si será en aquellas ruinas del templo que edificó el rey Salomón, ó en la Iglesia, porque á ningún templo de los ídolos ó demonios llamará el Apóstol templo de Dios. Algunos quieren que en este lugar por el Antecristo se entienda, no el mismo príncipe y cabeza, sino en cierto modo todo su cuerpo, esto es, la muchedumbre de los hombres que pertenecen á él juntamente con su príncipe. Y piensan que mejor se dirá en latin, como está en el griego, no *in templo Dei*, sino *in templum Dei sedeat*, como si él fuese el templo de Dios, esto es, la Iglesia; como decimos, *sedet in amicum*, esto es, como amigo. Lo que dice «y ahora bien sabéis lo que le detiene», esto es, ya sabéis la causa de su tardanza y dilación para que se descubra aquél á su tiempo, y porque dijo que lo sabían ellos, no quiso decirlo expresamente. Nosotros, que ignoramos lo que aquéllos sabían, deseamos alcanzar con trabajos y penalidades lo que quiso decir el Apóstol, y no podemos; especialmente porque lo que añade después hace más obscuro y misterioso el sentido. ¿Qué quiere decir: «porque ya ahora

principia á obrar el misterio de la iniquidad, sólo el que ahora tiene, tenga hasta que se quite de en medio?» ¿Y entonces se descubrirá aquel inicuo? Yo confieso que de ningún modo entiendo lo que quiso decir: sin embargo, no dejaré de insertar aquí las sospechas humanas que sobre esto he oído ó leído.

Algunos piensan que dijo esto del Imperio Romano, y el apóstol San Pablo no lo quiso decir claramente, porque no le calumniasen é hiciesen cargo de que deseaba mal al Imperio Romano, el cual entendían que había de ser eterno; como esto que dice: «y ahora principia á obrar el misterio de la iniquidad», imaginan que lo dijo por Nerón, cuyas operaciones ya parecían semejantes á las del Antecristo, por lo cual sospechan algunos que ha de resucitar, y que ha de ser el Antecristo, aunque otros piensan que tampoco murió, sino que le escondieron para que creyeran que era muerto, y que vivo está escondido en el vigor de la edad juvenil en que estaba cuando se dijo que le mataron, hasta que se descubra á su tiempo y le restituyan en su reino. Mucho me admira la gran presunción de los que tal opinan; sin embargo, lo que dice el Apóstol: «sólo el que ahora tiene, tenga hasta que se quite de en medio», no fuera de propósito, se entiende que lo dice del mismo Imperio Romano, como si dijera: sólo resta que el que ahora reina, reine hasta que le quiten de en medio, esto es, hasta que le destruyan y acaben, y entonces se descubrirá aquel inicuo, por el cual ninguno duda que entiende el Antecristo. Otros también, sobre lo que dice: «bien sabéis lo que le detiene, y que principia á obrar el misterio de la iniquidad», piensan que lo dijo de los malos é hipócritas que hay en la Iglesia, hasta que lleguen á tanto número que constituyan un numeroso pueblo al Antecristo, y que este es el misterio de la iniquidad, por cuanto parece oculto; que, además, el

Apóstol amonesta á los fieles que perseveren constantes en la fe que profesan, cuando dice: «sólo el que ahora tiene, tenga hasta que se quite de en medio»; esto es, hasta que salga de en medio de la Iglesia el misterio de la iniquidad que ahora está oculto, porque á esté misterio piensan que pertenece lo que dijo San Juan evangelista en su epístola (1): «hijitos, ha llegado la última hora, y como habéis oído decir que ha de venir el Antecristo, también hay ahora muchos Antecristos ó doctores falsos, y esto nos da á conocer que ha llegado la última hora. Estos han salido de nosotros, mas no eran de los nuestros, porque si hubieran sido de los nuestros hubiera permanecido con nosotros». Igualmente, dicen, antes del fin, en esta hora, á que llama San Juan la última, han salido muchos herejes de en medio de la Iglesia, á quienes llama muchos Antecristos; así entonces saldrán de allí todos los que pertenecerán, no á Cristo, sino á aquel último Antecristo, y entonces se manifestará. Unos conjeturan de una manera y otros de otra, sobre estas palabras obscuras del Apóstol, aunque no hay duda en lo que dijo de que no vendrá Cristo á juzgar á los vivos y los muertos, si antes no viniere á engañar á los muertos en el alma su adversario el Antecristo, aunque pertenece al oculto juicio de Dios el haber de ser engañados por él. Su venida será, como se ha dicho, con todo el poder de Satanás, con señales y prodigios falsos y engañosos para seducir á los perdidos y réprobos, porque entonces estará suelto Satanás, y obrará por medio del Antecristo prodigios admirables, pero falsos. Aquí suelen dudar si se llaman señales y prodigios mentirosos, porque vendrá á engañar á los sentidos humanos con fantasmas y apariencias, de forma que parezca que hace lo que no

(1) San Juan, I ep., cap. II, v. 18.

hace, ó porque aquellos mismos portentos, aunque sean verdaderos, han de ser para atraer á la mentira á los que creyeren que aquéllos no pudieron hacerse sin virtud divina, ignorando la virtud y potestad que tiene el demonio, principalmente cuando le concederán poder que jamás tuvo; pues, en efecto, no diremos que fueron fantasmas cuando vino fuego del cielo y consumió de un golpe tan dilatada é ilustre familia con tantos y tan numerosos hatos de ganado del Santo Job, y cuando el torbellino impetuoso, derribando la casa, le mató los hijos; todo lo cual fué, sin embargo, obra de Satanás, á quien dió Dios este poder. A cuál de estas dos causas las llamó señales y prodigios mentirosos, entonces se echará de ver mejor, aunque por cualquiera de ellas que los llame así, serán alucinados y engañados con sus señales y prodigios los que merecerán ser seducidos, porque no recibieron, dice, el amor de la verdad para que se salvaran. Y no dudó el Apóstol añadir (1): «y por eso les enviará Dios un espíritu erróneo, para que crean á la mentira y á la falsedad». Dice que Dios le enviará, porque Dios permitirá que el demonio ejecute estas maravillas por sus justos é impenetrables juicios, aunque el demonio lo haga con intención inicua ó maligna. Para que sean juzgados, dice, y condenados todos cuantos no creyeren en la verdad, sino que consintieron y aprobaron la iniquidad, por cuya razón los juzgados serán engañados, y los engañados serán juzgados, aunque los juzgados serán engañados por aquellos juicios de Dios, ocultamente justos, y justamente ocultos, con los cuales desde el principio, desde que pecó la criatura racional, nunca dejó de juzgar. Y los engañados serán juzgados con el último y manifiesto juicio por Jesucristo, que juzgará y condenará justísimamente, habiendo

(1) San Pablo, II ep. á los Thesalonicenses, cap. II, v. 10.

sido el Señor injusta é impiamente juzgado y condenado.

CAPÍTULO XX

Qué es lo que San Pablo en la primera epístola que escribe á los thesalonicenses enseña de la resurrección de los muertos.

Aunque en el citado lugar no habló de la resurrección de los muertos, no obstante, en la epístola primera que escribe á las mismos thesalonicenses, dice (1): «No queremos que ignoréis, hermanos, lo que pasa de los muertos, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza; porque si creemos que Jesucristo murió y resucitó, asimismo hemos de creer que Dios, á los que murieron, los ha de volver á la vida por el mismo Jesús, resucitados por él y con él; porque os digo en nombre del Señor que nosotros, que ahora vivimos, ó los que vivieren entonces cuando viniere el Señor, no hemos de resucitar primero que los otros, que murieron antes, porque el mismo Señor en persona, con imperio y majestad, á voz y pregón de un arcangel, y al son de una trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que hubieren muerto en Cristo resucitarán primero, después nosotros, los que nos hallaremos vivos todos juntamente con los que murieron antes, seremos arrebatados y llevados en las nubes por los aires á recibir á Cristo, y así estaremos siempre con el Señor». Estas palabras apostólicas con toda claridad nos enseñan la

(1) San Pablo, I ep. á los Thesalonicenses, cap. IV, v. 13, et seq.

resurrección que debe haber de los muertos cuando venga nuestro Señor Jesucristo, es á saber, á juzgar los vivos y los muertos. Pero se suele dudar si los que hallará en la tierra Cristo Señor nuestro vivos, cuya persona transfirió el Apóstol en sí, y en los que entonces vivían con él, nunca han de morir, ó si en el mismo instante que serán arrebatados, juntamente con los resucitados, por los aires á recibir á Cristo, pasarán con admirable presteza por la muerte á la inmortalidad, pues no hemos de juzgar imposible que mientras los llevan por los aires, en aquel espacio intermedio no puedan morir y resucitar. Lo que dice: «y así siempre estaremos con el Señor», no debemos entenderlo como si dijera que nos habíamos de quedar con el Señor siempre en el aire, porque ni él ciertamente quedará allí, porque viviendo ha de pasar, mediante á que viniendo el Señor, le iremos á recibir, y no estándose quedo. Y así estaremos con el Señor, esto es, así estaremos siempre, teniendo cuerpos eternos donde quiera que estuviéremos con él. Según este sentido, parece que el mismo Apóstol nos induce á que entendamos que también aquellos á quienes el Señor hallare vivos en el mundo, en aquel corto espacio de tiempo que han de pasar por la muerte y recibir la inmortalidad, cuando dice (1): «que todos han de ser vivificados por Cristo», diciendo en otro lugar, con motivo de hablar sobre la resurrección de los muertos (2): «Si el grano que tú siembras no se vivifica, sino muere y se corrompe primero». ¿Cómo, pues, los que hallare Cristo vivos en la tierra se han de vivificar por él con la inmortalidad si no mueren? Advirtiéndole que dijo el Apóstol «lo que tú siembras no se vivifica si primero no muere», aunque no di-

(1) San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. XV, v. 22.

(2) Id., Ap., loc. cit., v. 36.

gamos con propiedad que se siembra, sino de los cuerpos de los hombres que, muriendo, vuelven á la tierra, como lo expresa la sentencia que pronunció Dios contra el padre del linaje humano cuando pecó: «tierra eres, y á la tierra volverás» (1); hemos de confesar que á los que hallare Cristo cuando viniere sin que hayan salido aun de sus cuerpos, ni les comprenden estas palabras del Apóstol, ni las del *Génesis*, porque siendo arrebatados á lo alto por las nubes, ni los siembran, ni van á la tierra, ni vuelven de ella, ya no pasan por la muerte, ya la sufran por un momento en el aire.

Pero aun se nos ofrece otra duda. El mismo Apóstol, hablando de la resurrección de los cuerpos á los Corintios, dice: *omnes resurgemus* (2), todos resucitaremos, ó como se lee en otros códices: *omnes dormiemus*, todos hemos de dormir. Siendo positivo que no puede haber resurrección sin que preceda muerte, por el sueño no podemos entender en aquel pasaje sino la muerte. ¿Cómo todos han de dormir ó resucitar, si tantos como hallará Cristo en sus cuerpos, ni dormirán ni resucitarán? Si creyéremos que los santos que se hallaren vivos cuando venga Cristo, y fueren arrebatados para salirle á recibir, en el mismo rapto saldrán de los cuerpos mortales, y volverán á los mismos cuerpos ya inmortales, no encontraríamos dificultad alguna en las palabras del Apóstol; así cuando dice que «el grano que tú siembras no se vivificará si antes no muere», como cuando dice: que todos hemos de resucitar, ó todos hemos de dormir; porque estos tales no serán vivificados con la inmortalidad, si primero por poco momento que pase no mueren; y así tampoco dejarán de participar de la resurrección aquellos á quienes prece-

(1) *Génesis*, cap. III.

(2) San Pablo, I, ep. á los Corintios, cap. XV, v. 51.

de el sueño, aunque brevísimo, pero efectivamente alguno. ¿Y por qué se nos ha de figurar increíble que tanta multitud de cuerpos se siembre en cierto modo en el aire, y que allí luego resucite y reviva inmortal é incorruptiblemente, creyendo, como creemos, lo que el mismo Apóstol claramente dice, que la resurrección ha de ser en un batir de ojos, y que con tanta facilidad, y con tan inestimable velocidad, el polvo de los antiquísimos cuerpos muertos ha de volver á los miembros que han de vivir sin fin? Ni tampoco debemos pensar que se libertarán los santos de aquella sentencia que se pronunció contra el hombre: tierra eres, y á la tierra has de volver, aun cuando al morir sus cuerpos no caigan en la tierra, sino que en el mismo raptó, al morir, resuciten en el espacio de tiempo que van por el aire; porque á la tierra irás, quiere decir, irás en perdiendo la vida, á lo que eras antes que tomases vida, esto es, serás sin alma lo que eras antes que fueses animado; pues tierra fué á la que inspiró Dios en su aspecto el soplo de vida, cuan fué criado el hombre animal vivo, como si le dijieran: tierra eres animada, lo que antes no eras: tierra serás sin alma, como antes lo eras; lo cual son aun antes que se corrompan y pudran todos los cuerpos de los difuntos, como también lo serán los santos si murieren, donde quiera que mueran, cuando carecieren de la vida que al momento han de recobrar. De esta conformidad irás á la tierra, porque de hombres vivos se harán tierra, como se va á la ceniza lo que se hace ceniza, y se va á la senectud lo que se hace viejo, y se va á cascote lo que del barro se hace cascote, y otras sesenta cosas que decimos de esta manera. Pero cómo ha de ser esto, que ahora conjeturamos según las débiles fuerzas de nuestro limitado entendimiento, podremos saberlo entonces. Porque si queremos ser cristianos es necesario que creamos que ha de haber resurrección de los cuer-

pos muertos cuando viniere Cristo á juzgar los vivos y muertos, y no es vana en esto nuestra fe, porque no podamos perfectamente comprender el cómo ha de ser. Tiempo es ya, como prometimos arriba, de que manifestemos lo que pareciere bastante, de lo que dijeron también los profetas en el Viejo Testamento de este último y final juicio de Dios. En lo cual, á lo que entiendo, no será necesario detenernos mucho, si procurare el lector valerse de lo que hemos ya dicho.

CAPÍTULO XXI

Qué es lo que el profeta Isaías dice de la resurrección de los muertos y de la retribución del juicio.

El profeta Isaías dice (1): «Resucitarán los muertos, y resucitarán los que estaban en las sepulturas, y se alegrarán todos los que están en la tierra; porque el rocío, que procede de ti les dará la salud; pero la tierra de los impíos caerá». Las primeras expresiones de este vaticinio pertenecen á la resurrección de los bienaventurados; mas en aquellas donde expresa que la tierra de los impíos caerá, se entiende bien claro que los cuerpos de los impíos caerán en la eterna condenación. Y si quisiéremos reflexionar con exactitud y distinción lo que dice de la resurrección de los buenos, hallaremos que á la primera se debe referir lo que insinúa: «resucitarán los muertos»; y á la segunda lo que sigue: «y resucitarán los que estaban en las sepulturas». Y si más adelante quisiéremos saber de aquellos Santos que en la tierra hallará vivos el Señor, congruamente se les

(1) Isaías, cap. XXVI, v. 19.

puede acomodar lo que añade: «y se alegrarán todos los que están en la tierra, porque el rocío que procede de ti les dará la salud». Salud en este lugar se entiende muy bien por la inmortalidad, porque esta es la íntegra y plenísima salud que no necesita repararse con alimentos como cotidianos. El mismo Profeta dando primero esperanza á los buenos, y después infundiendo terror á los malos, dice de este modo (1): Esto dice el Señor. Veis cómo yo desciendo sobre ellos como un río de paz y como un arroyo que sale de madre y riega la gloria de las gentes. A los hijos de éstos los llevaré sobre los hombros, y en mi seno los consolaré; así como cuando alguna madre consuela á su hijo, así os consolaré yo, y en Jerusalén seréis consolados, veréis, y se holgará vuestro corazón, y vuestros huesos nacerán como hierba. Y se conocerá la mano del Señor en los que le reverencian, y su indignación y amenaza en los contumaces; porque vendrá el Señor como fuego, y sus carros como un torbellino, para manifestar el grande furor de su venganza, y el estrago que ha de hacer con las llamas encendidas de fuego, pues con fuego ha de juzgar el Señor toda la tierra, pasará á cuchillo toda carne, y será innumerable el número de los que matará el Señor». En la promesa de los buenos, dice que el Señor declina y baja como un río de paz; en cuyas expresiones sin duda debemos entender la abundancia de su paz, tan grande, que no pueda ser mayor; con ésta, en efecto, al fin seremos bañados, de la cual hablamos extensamente en el libro anterior. Este río, dice, que le inclina y deriva sobre aquellos á quienes promete tan singular bienaventuranza, para que entendamos que en aquella región felicísima que hay en los cielos, todas las cosas se llenan y satisfacen con este río; mas por

(1) Isaías, cap. LXI, v. 12 et seq.

cuanto la paz influirá y derramará también en los cuerpos terrenos la virtud de la incorrupción é inmortalidad, por eso dice que inclina y deriva este río, para que de la parte superior en cierto modo venga á bañar también la inferior, y así haga á los hombres iguales con los ángeles. Por Jerusalén asimismo hemos de entender, no aquella que es sierva con sus hijos, sino la libre, que es madre nuestra, y según el Apóstol (1) «eterna en los cielos», donde después de los trabajos, fatigas y cuidados mortales, seremos consolados, habiéndonos llevado como á pequeñuelos suyos en sus hombros y en su seno; porque rudos y novatos nos recibirá y acogerá á aquella bienaventuranza nueva y desusada para nosotros, con suavísimos regalos y favores. Allí veremos y se alegrará nuestro corazón». No declaró lo que hemos de ver; ¿pero qué será sino á Dios? De forma que se cumpla en nosotros la promesa evangélica (2) «de que serán bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios», y todas las otras maravillas y grandezas que ahora no vemos; pero, creyéndolas según la humana capacidad, las imaginamos incomparablemente mucho menos de lo que son». Y veréis, dice, y se holgará vuestro corazón»: Aquí creéis, allí veréis.

Pero por qué dijo: «y se holgará vuestro corazón» Para que no pensásemos que aquellos bienes de Jerusalén pertenecían sólo al espíritu, añadió: «Vuestros huesos nacerán y reverdecerán como la hierba»; donde comprendió la resurrección de los cuerpos, como añadiendo á lo que había dicho: «Ni tampoco se harán cuando los viéremos, sino cuando se hubieren hecho los veremos»; porque ya antes había dicho lo del cielo nuevo y de la tierra nueva, refiriendo muchas veces y

(1) San Pablo, I ep. á los Gálatas, cap. IV.

(2) San Mateo, cap. V.

de diferentes maneras las cosas que al fin promete Dios á los Santos (1). «Habrá, dice, nuevos cielos y nueva tierra, no se acordarán de los pasados, ni les pasarán por el pensamiento, sino que en éstos hallarán alegría y contento: yo me regocijaré en Jerusalén, me alegrar  en mi pueblo, y no se oirá más en ella voz alguna de llanto, etc.». Esta profecía intentan algunos espíritus carnales referirla   aquellos mil años ya insinuados; pues, conforme   la locución profética, mezcla las frases y modos de hablar metafóricos con los propios, para que la intención cuerda y diligente con un cierto trabajo útil y saludable, llegue al sentido espiritual; pero á la flojedad carnal   la rudeza del entendimiento, que   no ha estudiado,   se ha ejercitado poco, contentándose con percibir la corteza de la letra, le parece que no hay que penetrar ni buscar más en lo interior. Y baste haber dicho esto sobre las expresiones proféticas que se escriben antes de este pasaje; pero en éste, de donde nos hemos apartado, habiendo dicho: «y vuestros huesos nacerán   reverdecer n como nace y reverdece la hierba»; para manifestar que hacía ahora menc n de la resurrección de la carne, pero sólo de la de los buenos, añadió: «y se conocer  la mano del Señor en los que le reverencian y sirven.»  Qu  se denota aquí sino la mano del que distingue y aparta sus siervos y amigos de los que le despreciaron? A estos se refiere en lo que sigue: «Y su amenaza en los contumaces»,  , como dice otro intérprete, «en los incrédulos». Tampoco entonces amenazar , sino que lo que ahora dice con amenaza, entonces se cumplirá efectivamente, porque «vendrá el Señor, dice, como fuego, y sus carros como tempestad, para mostrar el gran furor de su venganza, y el estrago que ha de hacer con las llamas en-

(1) Isaias, cap. LXV, v. 17.

cendidas del fuego; pues con fuego ha de juzgar el Señor toda la tierra, y pasará á cuchillo toda la carne, y será innumerable el número de los que herirá el Señor», ya sea con fuego, ó con tempestad ó con cuchillo, ello significa la pena del juicio; supuesto que dice que el mismo Señor ha de venir como fuego, para aquellos se entiende sin duda, á quienes ha de ser penal su venida; y por sus carros, que los llamó en plural, entendemos incongruamente, los Ministros angélicos. En lo que dice que con fuego y cuchillo ha de juzgar toda la tierra y toda la carne, tampoco aquí debemos entender á los espirituales y santos, sino á los terrenos y carnales, de quienes dice la Escritura (1) «que saben y gustan de las cosas de la tierra (2), y que saber y vivir según la carne es muerte»; y á los que llama el Señor carne cuando dice (3): «No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne». Lo que dice aquí: «muchos serán los que herirá el Señor»; de esta herida ha de resultar la muerte segunda; aunque se puede también tomar en bien el fuego, el cuchillo y la herida, porque igualmente dijo el Señor que quería enviar fuego al mundo, y que se vieron sobre los discípulos lenguas como de fuego cuando vino el Espíritu Santo (4): «No vine, dice el mismo Señor, á poner paz en la tierra, sino el cuchillo». A la palabra de Dios llama la Escritura cuchillo de dos filos aludiendo á los dos Testamentos, y en los *Cantares* dice la Iglesia Santa que está herida de caridad, como si estuviera herida de las saetas del amor; pero como leemos aquí, ú oímos que ha de venir el Señor castigando, claro está cómo han

(1) San Pablo, ep á los Filipenses, cap. III.

(2) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. VIII.

(3) *Génesis*, cap. VI.

(4) San Mateo, cap. X.

de entenderse estas palabras. Después, habiendo referido brevemente los que habían de ser condenados por este juicio, bajo la figura de los manjares que se vedaban en la ley antigua, de los cuales no se abstuvieron, significando los pecadores impíos, resume desde el principio la gracia del Nuevo Testamento, comenzando desde la primera venida del Salvador, y concluyéndola en el último y final juicio, de que tratamos ahora; pues refiere que dice el Señor que vendrá á congregiar todas las gentes, y que éstas vendrán y verán su gloria; pues como dice el Apóstol, *omnes peccaverunt, et egent gloria Dei*, «todos pecaron y tienen necesidad de la gloria de Dios». Y dice que dejará sobre ellos señales, para que admirándose de ellas, crean en él, y que los que se salvaren de estos, los despachará y los enviará á diferentes gentes, y á las islas más remotas, donde nunca oyeron su nombre ni vieron su gloria, y que estos anunciarán su gloria á las gentes. Que traerán á los hermanos de éstos con quien hablaba, esto es, á aquellos que siendo en la fe hijos de un mismo Dios Padre, serán hermanos de los israelitas escogidos, y que los traerán de todas las gentes, ofreciéndolos al Señor en jumentos y carruajes (por cuyos jumentos y carruajes se entienden bien los auxilios de Dios por medio de sus ministros é instrumentos de cualquier género que sean, ó angélicos ó humanos) á la Ciudad santa de Jerusalén, que ahora en los fieles Santos está derramada por toda la tierra; porque donde los ayuda la divina gracia, allí creen, y donde creen allí vienen, y los comparó el Señor como por una semejanza á los hijos de Israel cuando le ofrecían sus hostias y sacrificios con Salmos en su casa; lo cual donde quiera hace al presente la Iglesia, y promete que de ellos ha de escoger para sí sacerdotes y levitas; lo que también vemos que se hace ahora; pues no según el linaje de la carne y san-

gre, como era el primer sacerdocio según el orden de Aarón, sino como convenía en el Testamento Nuevo, en el que Cristo es el Sumo Sacerdote según el orden de Melchisedech, vemos en la actualidad que conforme al mérito que á cada uno concede la divina gracia, se van eligiendo sacerdotes y levitas, quienes no por el nombre de sacerdotes, el cual muchas veces le alcanzan los indignos, sino por la santidad, que no es común á los buenos y á los malos, se deben estimar y ponderar.

Habiendo hablado así sobre esta evidente y clara misericordia que vemos que ahora comunica Dios á su Iglesia, les prometió también los fines, á los cuales ha de venirse á parar por el último y final juicio, después de hecha la distinción y separación de los buenos y de los malos, diciendo por el Profeta. ó diciendo del Señor, el mismo Profeta: «Porque así como permanecerá el cielo nuevo y la tierra nueva delante de mí, dice el Señor, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre, y mes tras mes, y sábado tras sábado, vendrá toda carne á adorar en mi presencia en Jerusalén, dice el Señor, y saldrán y verán los miembros de los hombres que prevaricaron contra mí. El gusano de ellos no morirá, y su fuego no se apagará, y será visión y abominación á toda carne». Así acaba este Profeta su libro, como así también acabará el mundo. Algunos no traducen *los miembros de los hombres*, sino *cuerpos muertos de varones*, significando por los cuerpos muertos la pena evidente de los cuerpos, aunque no suele llamarse cuerpo muerto sino el cuerpo sin alma, y realmente aquellos han de ser cuerpos animados, porque de otra manera no podrían sentir los tormentos, á no ser que se entienda serán cuerpos muertos, esto es, de aquellos que caerán en la segunda muerte; por eso no fuera de propósito se pueden también llamar cuerpos muertos: como se entiende también la otra expresión

que cité arriba del mismo Profeta (1): «la tierra de los impíos caerá». ¿Y quién no ve que de *caer* se derivó la palabra *cadáver*? Y que aquellos intérpretes hablaron de varones en lugar de hombres, está claro, aunque nadie dirá que no ha de haber en aquel tormento mujeres prevaricadoras; sino que de lo más principal, mayormente de aquel de quien fué formada la mujer, se entiende uno y otro sexo. Pero lo que con más particularidad hace al intento, es cuando igualmente de los buenos se dice: «Vendrá toda carne, porque de todo género de hombres constará este pueblo», mediante á que no han de estar allí todos los hombres, supuesto que los más se hallarán en las penas. Mas según principié á decir, cuando el Profeta habla de la carne se refiere á los buenos, y cuando habla de los miembros ó cuerpos muertos alude á los malos. Sin duda después de la resurrección de la carne, cuya fe se establece con estos y semejantes vocablos, lo que apartará á los buenos de los malos llevando á cada uno á sus respectivos fines, declara que es el juicio futuro.

CAPÍTULO XXII

Cómo debe entenderse la salida de los Santos á ver las penas de los malos.

Pero ¿cómo saldrán los buenos á ver las penas de los malos? (2) ¿Acaso con el movimiento del cuerpo dejarán aquellas estancias y moradas bienaventuradas, é irán á los lugares de las penas y tormentos? Ni por pensamiento, sino que saldrán por ciencia (3), porque en este

(1) Isaias, cap. XVI, v. 19.

(2) Isaias, cap. LXVI, v. 24.

(3) San Mateo, cap. VIII, v. 9.

modo de decir se nos significó que los que padecerán los tormentos estarán fuera. Y así también el Señor llamó á aquellos lugares tinieblas exteriores, cuya contraposición es aquel *intra* que dice al buen siervo (1): «entra en el gozo de tu Señor», para que no pensemos que allá entran los malos, á fin de que se sepa y tengan noticia de ellos; antes sí parece que salen á ellos los buenos por la ciencia con que los han de conocer, porque han de comprender y tener exacta noticia de lo que está fuera; pues los que estarán en las penas no sabrán lo que se hace allá dentro en el gozo del Señor. Pero los que estuvieren en aquel gozo, sabrán lo que pasará allá fuera en las tinieblas exteriores. Y por eso dijo saldrán, porque no se les esconderán ni aun los que estarán allá fuera: en atención á que si los Profetas pudieron saber estos ocultos sucesos antes que acaeciesen, porque estaba Dios, por muy poco que fuese, en el espíritu de aquellos hombres mortales, ¿cómo no han de saber entonces las cosas ya sucedidas los Santos inmortales, cuando *Deus erit omnia in omnibus*, «Dios estará y será todo en todos?» Permanecerá, pues, en aquella bienaventuranza la descendencia y nombre de los Santos: la descendencia, es á saber, de la que dice San Juan *et semen ejus in ipso manet*, «que su descendencia permanecerá en él». Y el nombre del cual, por el mismo Isaías, dice: *nomen æternum dabo eis, et erit ejus mensis ex mense, et Sabbatum ex Sabbato*, «les daré un nombre eterno, y tendrán un mes después de otro, y un sábado después de otro sábado»: como quien dice luna tras luna, y descanso tras descanso: esto es, sus fiestas y solemnidades serán perpetuas, cuyas dos cosas las tendrán ellos cuando pasaren de estas sombras viejas y temporales á aquellas

(1) San Mateo, cap. XXV, v. 6.

luces nuevas y eternas. Lo que pertenece al fuego inextinguible y al gusano vivacísimo que ha de haber en los tormentos de los malos, en diferentes maneras lo han declarado y entendido varios autores; porque algunos atribuyen lo uno y lo otro al cuerpo, otros lo uno y lo otro al alma, otros sólo propiamente el fuego al cuerpo, y el gusano metafóricamente al alma, lo cual parece más creíble. No es tiempo ahora de disputar sobre esta diferencia, por cuánto en este libro nos hemos propuesto la idea de tratar sólo del juicio final, con el que se efectuará la división y distinción de los buenos y de los malos; y en lo concerniente á los premios y penas, en otra parte lo trataremos extensamente.

CAPÍTULO XXIII

Qué es lo que profetizó Daniel de la persecución del Antecristo, del juicio de Dios y del Reino de los Cielos.

De este juicio final habla Daniel de tal suerte, que dice que vendrá también primero el Antecristo, y llega con su narración al reino eterno de los Santos. Porque habiendo visto en visión profética cuatro bestias, que significaban cuatro reinos, y al cuarto vencido por un rey, que se conoce ser el Antecristo, y después de éstos, habiendo visto al Reino eterno del Hijo del hombre, que se entiende Cristo, dice (1): «Grande fué el horror y admiración de mi espíritu: yo, Daniel, quedé absorto con esto, y sola la imaginación y visión interior me aterró. Y llegué á uno de los que estaban allí, le pre-

(1) Daniel, cap. XII.

gunté la verdad de todo lo que allí se representaba, y me declaró la verdad.» Después prosigue lo que oyó á aquel á quien preguntó la verdad de todas estas cosas, como el otro se las declara, y dice: «Estas cuatro bestias grandes son cuatro reinos que se levantarán en la tierra, los cuales se desharán y tomarán al fin el Reino los Santos del Altísimo, y le poseerán para siempre por todos los siglos de los siglos. Después pregunté particularmente de la cuarta bestia, porque era muy diferente de las demás, y mucho más terrible; tenía dientes de acero, uñas de bronce, comía, desmenuzaba y hollaba á las demás con sus piés: también pregunté de sus diez cuernos que tenía en la cabeza, y de otro que le nació de entre ellos y derribó los tres primeros. Este cuerno tenía ojos, y una boca que hablaba cosas grandes y prodigiosas, y parecía mayor que los demás. Estaba yo atento, y vi que aquel cuerno hacía guerra á los Santos y prevalecía contra ellos, hasta que vino el antiguo de días y dió el Reino á los Santos del Altísimo, llegó el tiempo determinado y vinieron á conseguir el Reino de los Santos». Esto dice Daniel que preguntó. Después, inmediatamente, prosigue y pone lo que oyó, diciendo, *et dixit*, y dijo, esto es, aquel á quien habia preguntado, respondió y dijo: «La cuarta bestia será el cuarto reino en la tierra, el cual será mayor que todos los reinos, comerá toda la tierra, la hollará y la quebrantará. Y sus diez cuernos es porque de él nacerán diez reyes, y tras éstos nacerá otro que con sus males sobrepujará á todos los que fueron naturales de él, y abatirá y humillará á los tres Reyes. Y hablará palabras injuriosas contra el Altísimo, quebrantará los Santos del Altísimo, le parecerá que podrá mudar los tiempos y la ley, y se le entregará en su mano hasta el tiempo y tiempos y la mitad del tiempo. Y se sentará el Juez, le quitará su principado y domi-

nio para acabarle y destruirle del todo para siempre. Y el reino y potestad y la grandeza de los reyes que hay debajo de todo el cielo se entregará á los Santos del Altísimo. Cuyo reino es reino eterno, y todos los reyes le servirán y obedecerán. Hasta aquí es lo que me dijo, y á mí Daniel me turbaron mucho mis pensamientos, se me demudó el color del rostro y guardé en mi corazón estas palabras que me dijo.» Aquellos cuatro reinos declaran algunos y tienen por los de los Asirios, Persas, Macedonios y Romanos. Quien quisiere saber con cuánta conveniencia y propiedad se dijo esto, lea los Comentaríos que escribió sobre Daniel, con particular escrupulosidad y erudición, el presbítero Jerónimo; pero que ha de venir á ser cruelísimo el Reino del Antecristo contra la Iglesia, aunque por poco tiempo, hasta que por el último y final juicio de Dios reciban los Santos el Reino eterno, el que leyere esta doctrina, aunque no sea con mucha atención, no podrá dudarlo. El tiempo y tiempos y la mitad del tiempo se advierte aun por el número de los días que después se ponen, y alguna vez en la Sagrada Escritura se declara también por el número de los meses, qué es un año, dos años y medio año, y, por consiguiente, tres años y medio: pues aunque en latín parece que se ponen los tiempos indefinidamente y sin limitación, con todo, aquí están puestos en el número dual, del cual carecen los latinos; y como le tienen los griegos, así también dicen que lo tienen los hebreos. Dice, pues, tiempos, como si dijera dos tiempos; sin embargo, confieso que recelo nos engañemos acaso en los diez reyes que parece ha de hallar el Antecristo, como si hubiesen de ser diez hombres, y que así venga de repente y sin pensarlo al tiempo que no haya tantos reinos en el dominio romano; porque ¿quién sabe si por el número denario quiso significarnos generalmente todos los reyes, después de

los cuales ha de venir el Antecristo, como con el milenario, centenario y septenario se nos significa por la mayor parte la universalidad, y con otros muchos números que no es necesario ahora referir? En otra parte dice el mismo Daniel (1): «Vendrá un tiempo de tanta tribulación, cual no se ha visto después que comenzó á haber gente en la tierra hasta aquel tiempo; en el cual se salvarán los de vuestro pueblo, todos los que se hallaren escritos en el libro. Y muchos que duermen en las fosas de la tierra, se levantarán y resucitarán, unos á la vida eterna y otros á la ignominia y confusión eterna. Y los doctos é inteligentes resplandecerán como la claridad y resplandor del firmamento, y todos los justos como estrellas para siempre jamás». Este pasaje es muy semejante á aquel del Evangelio relativo á la resurrección sólo de los cuerpos de los muertos; porque de los que allá dice que están en los monumentos ó sepulturas, acá dice los que duermen en las fosas de la tierra, ó como otros interpretan, en el polvo de la tierra; como allá dice *procedent*, saldrán, así aquí *exurgent*, se levantarán. Y como allá, *qui bona fecerunt, in resurrectionem vitæ, qui autem mala egerunt, in resurrectionem judicii*, «los que hicieron buenas obras, á la resurrección de la vida, y los que las hicieron malas, á la resurrección del juicio y condenación»: así en este lugar, *hi in vitam æternam, et hi in opprobrium, et in confusionem æternam*, «los unos á la vida eterna, y los otros á la ignominia y confusión eterna». No debe parecernos que hay diversidad alguna, porque dice allá, todos los que están en los monumentos; y aquí el Profeta no dice todos, sino muchos que duermen en las fosas de la tierra; pues en la Escritura algunas veces se pone muchos. Y así dice Dios á Abraham (2): «yo te he hecho

(1) Daniel, cap. XII.

(2) Génesis, cap. XVII, v. 5.

padre de muchas gentes»: á quien, sin embargo, en otro lugar dice (1): «en tu semilla y descendencia serán benditas todas las naciones». De esta resurrección poco después le dicen á este mismo profeta Daniel también (2): «pero tú ven y descansa; porque antes que se cumplan los días de la consumación, tú descansarás y resucitarás en tu suerte al fin de los días».

CAPÍTULO XXIV

Lo que está profetizado en los Salmos de David sobre el fin del mundo, y el último y final juicio de Dios.

Muchas particularidades se hallan en los Salmos relativas al juicio final; pero las más de ellas se dicen de paso y sumariamente: con todo, lo que allí se dice con completa evidencia acerca del fin de este siglo, no me pareció oportuno remitirlo al silencio (3): «Al principio, Señor, tú estableciste la tierra, y los cielos son obras de tus manos: ellos perecerán; pero tu permanecerás, y todos se envejecerán como la vestidura, y como una cubierta los mudarás y se mudarán; mas tú siempre serás el mismo, y tus años jamás faltarán». Pregunto yo ahora: ¿cuál es la causa por que alabando Porfirio la religión de los hebreos, con que ellos reverencian y adoran al sumo y verdadero Dios, terrible y formidable á los mismos dioses, arguye á los cristianos de grandes necios, aun por testimonio de los oráculos de sus dio-

(1) *Génesis*, cap. XXII, v. 18.

(2) *Daniel*, cap. XII, v. 13.

(3) *Salmo* 101, v. 26.

ses, porque decimos que ha de perecer y acabarse este mundo? Observen aquí cómo en los libros de la religión de los hebreos le dicen á Dios, á quien por confesión de tan ilustre filósofo temen con horror los mismos dioses: «los cielos son obras de tus manos, ellos perecerán». ¿Acaso cuando perecieren los cielos no perecerá el mundo, cuya parte suprema y más segura son los mismos cielos? Y si este artículo, como escribe el citado filósofo, no agrada á Júpiter, con cuyo oráculo, como con autoridad irrefragable se culpa y condena á los cristianos, por ser esta una de las cosas que creen, ¿por qué asimismo no culpa y condena la sabiduría de los hebreos como necia, en cuyos libros tan piadosos y religiosos se halla? Y si en aquella sabiduría de los judíos, que tanto agrada á Porfirio, que la apoya y celebra con el testimonio de sus dioses, leemos que los cielos han de perecer, ¿por qué tan vanamente abomina de que en la fe de los cristianos, entre las demás cosas, ó mucho más que en todas, creamos que ha de perecer el mundo, supuesto que si él no perece no pueden perecer los cielos? Y en los libros sagrados que propiamente son nuestros, no comunes á los hebreos y á nosotros, esto es, en los libros evangélicos y apostólicos se lee (1). «que pasa la figura de este mundo» y leemos, (2) «que el mundo se pasa»: y (3) «que el cielo y la tierra pasarán». Pero imagino que *preterit*, *transit* y *transibunt* se dice con menos exactitud que *peribunt*, perecerán. Asimismo en la epístola del apóstol San Pedro, donde dice que pereció con el Diluvio el mundo que entonces había, bien claro está que parte significó por el todo, y en cuanto y como dice que pereció, y que los cielos se conservaron

(1) San Pablo, II, ep. á los Corintios, cap. VII.

(2) San Juan, I. ep., cap. II.

(3) San Pedro, II ep., cap. III.

ó repusieron reservados al fuego, para ser abrasados el día del juicio y destrucción de los hombres impíos, y en lo que poco después dice (1): «Vendrá el día del Señor como un ladrón, y entonces los cielos pasarán con grande impetu, los elementos se disolverán por el calor del fuego, y la tierra con todo lo que hay en ella será abrasada»; y después añade (2): «Pues como todas estas cosas han de perecer, ¿cuáles debéis ser vosotros?» Puede entenderse que perecerán aquellos cielos que dijo estaban puestos y reservados para el fuego, y que arderán aquellos elementos que están en esta parte más ínfima del mundo, llena de tempestades y mudanzas, en la cual dijo que estaban puestos los cielos inferiores, quedando libres y en su integridad los de allá arriba, en cuyo firmamento están las estrellas. Pues lo que dice también la Escritura (3): que las estrellas caerán del cielo, fuera de que con mucha más probabilidad puede entenderse de otra manera, antes nos muestra que han de permanecer aquellos cielos, si es que han de caer de allí las estrellas, pues ó es modo de hablar metafórico, que es lo más creíble, ó es que habrá en este ínfimo cielo algún objeto sin duda más admirable que lo que ahora hay. Y así es también aquel pasaje de Virgilio (4). «Vióse una estrella con una larga cola, discurrió por el aire con mucha luz». Pero esto que cita del Salmo, parece que no deja cielo que no haya de perecer; porque donde dice (5): «obras de tus manos son los cielos, ellos perecerán»: así como á ninguno excluye que sea obra de las manos de Dios, así á ninguno excluye de su última ruina. No querrán, sin duda explicar el Salmo con las palabras del apóstol San

(1) San Pedro, II ep., cap. III., v. 10.

(2) Id., lug. cit. v. 11.

(3) San Mateo, cap. XXIV.

(4) Vir., Eneida, II.

(5) Salmo 101.

Pedro, á quien extraordinariamente aborrecen sino defender y salvar la religión y piedad de los hebreos, aprobada por los oráculos de los dioses, para que á lo menos no se crea que todo el mundo ha de perecer, tomando y entendiendo por el todo la parte en donde dice: *ipsi peribunt*, ellos perecerán; pues sólo los cielos inferiores han de perecer, así como en la citada epístola de San Pedro se entiende por el todo la parte donde dice, que pereció el mundo con el Diluvio, aunque sólo pereció su parte ínfima con sus cielos. Pero como he dicho, no se dignarán reconocerlo, ó por no aprobar el genuino sentido del apóstol San Pedro, ó por no conceder tanto á la final combustión, cuanto decimos que pudo hacer el Diluvio, pretendiendo que no es posible perezca todo el género humano, ni con muchas aguas, ni con ningunas llamas. Réstales decir que alabaron sus dioses la sabiduría de los hebreos, porque no habían leído este Salmo.

También en el Salmo 49 se infiere que habla del juicio final de Dios, cuando dice (1): «Vendrá Dios manifestamente, nuestro Dios, y no callará. Delante de Él irá el fuego abrasando, y en su rededor un turbión terrible. Convocará el cielo arriba, y la tierra, para discernir y juzgar su pueblo; congregad á él sus santos, los que disponen y ordenan el testamento y la ley de Dios, y el cumplimiento de ella sobre los sacrificios». Esto lo entendemos nosotros de Jesucristo nuestro Señor, á quien esperamos que vendrá del cielo á juzgar á los vivos y á los muertos. Porque públicamente vendrá á juzgar entre los justos y los injustos, después de haber venido oculto y encubierto á ser juzgado injustamente por los impíos. Este mismo, digo, vendrá manifestamente, y no callará esto es, aparecerá y se manifestará con toda

(1) Salmo 49, v. 3.

evidencia con voz terrible de juez, el que cuando vino primero encubierto calló delante del juez de la tierra, cuando (1), «como una mansa oveja se dejó llevar para ser inmolado, y no abrió su boca, como el cordero cuando le están esquilando», según lo leemos en el profeta Isaías, y lo vemos cumplido en el Evangelio. Por lo respectivo al fuego y tempestad, ya dijimos cómo había de entenderse, tratando un punto que tiene cierta coherencia y correspondencia con el de la profecía de Isaías (2). En lo que dice: «convocará el cielo arriba», supuesto que con mucha conformidad los santos y los justos se llaman cielo, esto será lo mismo que dice el apóstol (3). «Juntamente con ellos seremos arrebatados y llevados en las nubes por los aires á recibir á Cristo». Porque, según la inteligencia material y superficial de la letra, ¿cómo se llama y convoca el cielo arriba, no pudiendo estar sino arriba? Lo que añade, «y la tierra para discernir y juzgar su pueblo», si solamente se entiende por la palabra *advocabit*, convocará, esto es, convocará también la tierra, y no se entiende la palabra *sursum*; arriba, parece tendrá este sentido según la fe católica; que por el cielo entendamos aquellos que han de juzgar con el Señor, y por la tierra los que han de ser juzgados. Y al decir «convocará el cielo arriba», no entendemos aquí que los arrebatará por los aires, sino que los subirá y sentará en los asientos de los jueces. Puede entenderse también «convocará el cielo arriba», esto es, en los lugares superiores y soberanos por convocará á los ángeles, para bajar con ellos á hacer el juicio. Convocará también la tierra, esto es, los hombres que han de ser juzgados en la tierra. Pero si hemos de suponer que se entienden

(1) Isaías, cap. LIII. v. 7.

(2) Isaías, cap. LXV.

(3) San Pablo, I ep. á los Thesalónicos, cap. IV.

una y otra palabra, la tierra, y arriba, de forma que haga este sentido, convocará el cielo arriba, y convocará la tierra arriba; me parece que no puede cársele otra inteligencia más conforme que la de que los hombres serán arrebatados y llevados por los aires á recibir á Cristo. Y que los llamó cielos por las almas, y tierra por los cuerpos, y discernir y juzgar su pueblo, ¿qué es sino mediante el juicio, apartar y dividir los buenos de los malos, como se suelen separar las ovejas de los cabritos? Después, dirigiéndose á los ángeles, dice: «Congregad á él sus justos»; porque sin duda tan grande negocio habrá de hacerse por ministerio de los ángeles. Y si preguntásemos y deseásemos saber qué justos son los que habrán de reunir y congregar los ángeles, dice que son los que disponen y ordenan el testamento, la ley de Dios y el cumplimiento de ella sobre los sacrificios. Esta es toda la vida de los justos, disponer el testamento de Dios sobre los sacrificios: porque ó las obras de misericordia están sobre los sacrificios, esto es, se han de preferir á los sacrificios, conforme á lo que dice Dios: *Misericordiam magis volo, quam sacrificium*, «más quiero la misericordia que el sacrificio», ó sobre los sacrificios entendamos en los sacrificios, como decimos que se hace una grande revolución sobre la tierra, lo que en efecto se hace en la tierra, en cuyo caso sin duda las mismas obras de caridad y misericordia son sacrificios muy agradables á Dios, como me acuerdo haberlo declarado ya en el libro X; en cuyas obras los justos disponen el pacto y testamento de Dios, porque las hacen por las promesas que se contienen en su Nuevo Testamento. Congregados sus justos, y colocados á su diestra, les dirá en el último juicio y final sentencia Jesucristo: *Venite benedicti Patris mei, possidete paratum vobis Regnum á constitutione mundi: esurivi enim, et dedisti mihi manducare*, «Venid, benditos de mi

Padre, y poseed el Reino que os está preparado desde la creación del mundo; porque cuando tuve hambre, me disteis de comer», y lo demás que allí refiere en orden á las obras buenas de los buenos, y de los premios eternos que se les han de adjudicar por la última y definitiva sentencia.

CAPÍTULO XXV

De la profecía de Malachías en que se declara el último y final juicio de Dios; y quiénes son los que dice que se han de purificar con las penas purgatorias.

El profeta Malachías ó Malachí, á quien igualmente llamaron Angel, y piensan algunos que es el sacerdote Esdras, de quien hay admitidos en el Canon otros libros (porque esta opinión dice Jerónimo que es válida entre los hebreos), vaticinó el juicio final, diciendo (1): «Ved que viene el Señor que vosotros aguardáis, dice el Señor Todopoderoso: ¿Y quién podrá sufrir el día de su entrada? ¿O quién se atreverá á mirarle seguro á la cara? Porque vendrá como fuego purificador y como la hierva ó jabón de los que lavan. Y se sentará como juez á acrisolar y purificar. Como quien acrisola el oro y la plata purificará los hijos de Leví; los fundirá y colará, los hará pasar por el coladero, como dicen, como se pasa el oro y la plata, y ellos ofrecerán al Señor sacrificios en justicia, y agradará al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalén, como en los tiempos pasados y como en los años primeros. Y vendrá á vosotros en juicio y seré testigo veloz y pronto contra los perversos,

(1) Malachías, cap. III.

contra los adúlteros, contra los que juran en falso en mi nombre, defraudan de su salario á los jornaleros, oprimen con su potencia á las viudas y maltratan á los huérfanos y no guardan su justicia al extraño, y los que no me temen, dice el Señor Todopoderoso, porque yo soy el Señor vuestro Dios que no me mudo». Por lo que aquí dice, parece se declara con más evidencia que habrá en aquel juicio varias penas purgatorias de algunos; pues donde dice: ¿Quién sufrirá el día de su entrada? ¿O quién se atreverá á mirarle con confianza á la cara? Porque vendrá como fuego purificador y como hierba de los que lavan, y se sentará á acrisolar y purificar como quien acrisola el oro y la plata, y purificará los hijos de Leví y los fundirá como oro y como plata, ¿qué otra cosa debemos entender? Isaías también se explica alusivamente á esto mismo cuando dice (1): «Lavará el Señor las inmundicias de los hijos é hijas de Sión y purificará la sangre de en medio de ellos con espíritu de juicio y espíritu de incendio». A no ser que acaso hayamos de decir que se purificarán de las inmundicias, y en cierto modo se acrisolarán cuando separen de ellos á los malos por el juicio y condenación penal, de forma que la separación y condenación de los impíos sea la purificación de los buenos, por cuanto en lo sucesivo vivirán sin mezclarse con ellos los malos. Pero cuando dice: «y purificará los hijos de Leví y los fundirá como el oro y la plata, estarán ofreciendo al Señor sacrificios en justicia y agradará al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalén», sin duda que nos manifiesta que los mismos que serán purificados agradarán después al Señor con sacrificio de justicia. Así ellos se purificarán de su injusticia con que desagradaban al Señor, y cuando estuvieren ya limpios y puros serán los sacrificios en en-

(1) Isaías, cap. IX.

tera y perfecta justicia. Porque estos tales, ¿qué cosa ofrecen al Señor que le sea más aceptable que á sí mismos? Pero esta cuestión de las penas purgatorias la habremos de diferir para tratarla con más extensión y por menor en otra parte. Por los hijos de Leví, de Judá y de Jerusalén debemos entender la misma Iglesia de Dios congregada, no sólo de los hebreos, sino también de las otras naciones, aunque no como ahora es, en la cual si dijésemos (1): «que no tenemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos y no está la verdad en nosotros», sino cual será entonces purgada y limpia con el último juicio, como lo está el trigo en la era después de aventado, estando también ya purificados con el fuego los que tuvieren necesidad de semejante purificación, de tal conformidad, que no haya ya uno sólo que ofrezca sacrificio por sus pecados, porque los que así le ofrecen están sin duda en pecado, por cuya remisión le ofrecen para que, siendo agradable y acepto á Dios, se les remita y perdone el pecado.

CAPÍTULO XXVI

De los sacrificios que los santos ofrecerán á Dios, los cuales han de agradarle como le agradaron los sacrificios en los tiempos pasados y años primeros.

Queriendo Dios manifestar que su Ciudad no observaría ya entonces estas costumbres, dijo que los hijos de Leví le ofrecerían sacrificios en justicia; luego no en pecado, y, por consiguiente, ni por el pecado. Así podemos entender que en lo que añade (2): «que agrada-
rá

(1) San Juan, I ep., cap. I, v. 8.

(2) Malachías, cap. III.

al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalén, como en los tiempos pasados y como en los años primeros», inútilmente los judíos se prometen el restablecimiento de sus pasados sacrificios conforme á la ley del Viejo Testamento, pues en aquella época no ofrecían los sacrificios en justicia, sino en pecado, cuando principalmente los ofrecían por la expiación de los pecados; de modo que el mismo sacerdote (el cual debemos creer sin duda que era el más justo entre los demás, conforme al mandamiento de Dios) acostumbraba primeramente (1) «ofrecer por sus pecados y después por los del pueblo». Por lo cual nos conviene declarar cómo debe entenderse esto que dice: «cómo en los tiempos pasados y como en los años primeros». Acaso denota aquel tiempo en el que los primeros hombres vivían en el Paraíso, pues entonces, como estaban puros y limpios de todas las manchas del pecado, se ofrecían á sí mismos á Dios por hostia y sacrificio purísimo. Pero después que fueron expulsados de aquel jardín delicioso por el enorme pecado que cometieron, y quedó condenada en ellos la naturaleza humana, á excepción del Mediador, nuestro Salvador, y después del bautismo los niños y pequeños (2): «ninguno hay limpio de mancilla, como dice la Escritura, ni aun el niño nacido de un solo día». Y si dijese que también podemos asegurar con razón que ofrecen sacrificio en justicia los que le ofrecen con fe, porque (3) «el justo de la fe vive», aunque á sí mismo se engaña si dice que no tiene pecado y no lo dice, porque vive de la fe; ¿acaso habrá quien diga que esta época de la fe puede igualarse con aquella del último fin,

(1) San Pablo, ep. á los Hebreos, cap. VII.

(2) Job, cap. XXV.

(3) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. I, y San Juan, I ep., cap. I.

cuando con el fuego del juicio final estarán purificados los que ofrecen sacrificio en justicia, cuando después de tal purificación debe creerse que los justos no tendrán género alguno de pecado? Seguramente que aquel tiempo, por lo respectivo á no tener pecado, no debe compararse con ningún tiempo, sino con el en que los primeros hombres vivieron en el Paraíso antes de la prevaricación, con una felicidad inocentísima. Así que muy bien se entiende que nos significó esto la Escritura cuando dice: «como en los tiempos pasados y como en los años primeros», pues también por el profeta Isaías, después que nos prometió nuevo cielo y nueva tierra, entre otras cosas que refiere allí de la bienaventuranza de los santos en forma de alegorías y figuras misteriosas, cuya congrua declaración me indujo á dejar el cuidado que llevo de no ser prolijo, dice (1): «Los días de mi pueblo serán como los del árbol de la vida». ¿Y quién hay que haya puesto algún estudio en la Sagrada Escritura, que no sepa dónde estaba el árbol de la vida, cuya fruta, quedando privados de ellas los primeros hombres cuando su propio crimen los desterró del Paraíso, quedó guardada por una guardia de fuego muy terrible puesta alrededor del árbol?

Y si alguno pretendiere establecer como inconcuso que aquellos días del árbol de la vida, de que hace mención el profeta Isaías, se entienden por estos días que ahora corren de la Iglesia de Cristo, y que al mismo Cristo llama proféticamente árbol de la vida, porque él es la sabiduría de Dios, de la cual dice Salomón (2), «que es árbol de vida para todos los que la abrazaren»; y que aquellos primeros hombres no duraron años en el Paraíso, sino que los echaron de él tan presto que

(1) Isaías, cap. LXV.

(2) Proverbios, cap. III.

no tuvieron tiempo de procrear allí hijos, y que por lo mismo no se puede entender por aquel tiempo lo que dice: «como en los tiempos pasados y años primeros», omitiré esta cuestión por no verme precisado (lo que sería alargarme con demasía) á revolver y examinarlo todo, para que parte de esta doctrina la confirme la verdad manifestada; mediante á que se me ofrece á la imaginación otra inteligencia, para que no creamos que por particular beneficio nos promete el Profeta los tiempos pasados y años primeros de los sacrificios carnales, pues aquellas hostias y sacrificios de ley antigua, que de ciertas reses y animales sin defecto, ni género de vicio ni imperfección, mandaba Dios que se le ofreciesen en sacrificios, eran figura de los hombres santos, cual sólo se halló Cristo sin ningún género de pecado. Y por eso, después del juicio, cuando estarán también purificados con el fuego los que tuvieron necesidad de igual purificación, en todos los Santos no se hallará vestigio de pecado, y así se ofrecerán á sí mismos en justicia; de forma que aquellas hostias que vendrán á ser del todo sin tacha ni mancilla y sin ningún género de vicio ni imperfección, serán sin duda como en los tiempos pasados, y como en los años primeros, cuando en sombra y representación de esto que había de ser al tiempo designado, se ofrecían purísimas y perfectísimas víctimas; porque habrá entonces en los cuerpos inmortales y en el espíritu de los Santos la pureza que se figuraba en los cuerpos de aquellas hostias.

Después, por los que no merecerán la purificación, sino la condenación, dice: «Vendré á vosotros en juicio, y seré testigo veloz y pronto contra los impíos y contra los adúlteros, etc». Y habiendo indicado estos pecados dignos del último anatema, añade: «Porque yo soy el Señor vuestro Dios y no me mudo», como si di-

jera: cuando os haya transformado vuestra culpa en peores y mi gracia en mejores, yo no me mudo. Dice que será él testigo, porque en su juicio no tendrá necesidad de testigos. Y éste será pronto y veloz, ó porque vendrá de improvisó, y con su impensada venida será un juicio acelerado y brevísimo el que nos parecía á nuestro corto modo de aprender tardísimo, ó porque convencerá á las mismas conciencias sin prolijidad alguna de palabras; pues como dice la Escritura (1): «Conocerá Dios y examinará los pensamientos de los impíos»; y el Apóstol (2): «Según que sus propios pensamientos los acusaren ó excusaren, conforme á ellos los juzgará Dios el día en que vendrá á juzgar los secretos de los hombres por Jesucristo, según el Evangelio que yo os he predicado». Luego también debemos entender que será el Señor testigo veloz, cuando sin dilación nos traerá á la memoria cuanto pueda convencernos, y nos castigará la conciencia.

CAPÍTULO XXVII

Del apartamiento de los buenos y de los malos, por el cual se declara la división que habrá en el juicio final.

Lo que con otro intento referí de este mismo Profeta en el libro XVIII, pertenece también al juicio final, donde dice (3): «Ya tendré yo á estos, dice el Señor Todopoderoso, en el día que tengo de hacer lo que digo, como hacienda mía propia; yo los tendré escogidos,

(1) Libro Sapientísimo, cap. I.

(2) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. II.

(3) Malachías, cap. III.

como el hombre que tiene elegido á un hijo obediente, y que le sirve bien. Volveré y veréis la diferencia que hay entre el justo y el injusto, y entre el que sirve á Dios y el que no le sirve; porque sin duda vendrá en aquel día ardiendo como un horno, el cual los abrasará y serán todos los idólatras y los que sirven impiamente como una paja seca, y los abrasará en aquel día en que ha de venir, dice el Señor Todopoderoso, de manera que no quede raíz ni ramo de ellos. Pero á los que teméis mi nombre, os nacerá el Sol de justicia y vuestra salud en sus alas; saldréis y os regocijaréis como los novillos que se ven sueltos de la prisión, y hollaréis á los impíos hechos ya ceniza debajó de vuestros pies, dice el Señor Todopoderoso». Esta diferencia de los premios y de las penas, que divide á los justos de los pecadores, y que no echamos de ver debajo de este Sol, en la vanidad de esta vida, cuando se nos descubriere bajo de aquel Sol de justicia, en la manifestación de aquella vida, habrá ciertamente un juicio, cual nunca le hubo.

CAPÍTULO XXVIII

Que la ley de Moisés debe entenderse espiritualmente, para que, entendiéndola carnalmente, no sea con justa razón reprehensible.

Lo que añade el mismo Profeta (1): «Acordaos de la ley de mi siervo Moisés, que yo le dí en Horeb, para que la observase puntualmente todo Israel», refiere á propósito los preceptos y juicios después de haber de-

(1) Malachias, cap. IV y Exodo, cap. XX.

clarado la notable diferencia que ha de haber entre los que guardaren la ley y entre los que la despreciaren, para que juntamente aprendan asimismo á entender espiritualmente la ley, y busquen en ella á Cristo, que es el Juez que ha de hacer este apartamiento entre los buenos y los malos. Porque no en vano el mismo Señor dijo á los judíos (1): «si creyeséis á Moisés, también me creeríais á mi, porque de mi escribió él»: pues como tomaban la ley carnalmente y no sabían que sus promesas terrenas eran figuras de cosas celestiales, incurrieron en aquellas murmuraciones que se atrevieron á propalar (2): «Vano es el que sirve, á Dios ¿Qué utilidad hemos sacado de haber observado sus mandamientos y vivido sencillamente en el acatamiento del Señor Todopoderoso? Viendo esto tenemos por dichosos á los extraños, mediante á que vemos medrados y engrandecidos á todos los que viven mal». Estas sus expresiones, en algún modo han obligado al Profeta á anunciarles y protestarles el juicio final, donde los malos ni aun falsa ni aparentemente serán felices; sino que evidentemente serán muy miserables, y los buenos no sentirán miseria, ni aun la temporal, sino que gozarán de una bienaventuranza evidente y eterna; mediante á que arriba había referido acerca de éstos algunas palabras alusivas á lo mismo que decía (3): «todos los malos son buenos en los ojos del Señor, y estos tales deben agradarle». A estas murmuraciones contra Dios se precipitaron, entendiendo carnalmente la ley de Moisés. Y por lo mismo dice el rey Profeta, que por poco se le fueran sus pies, se deslizara y cayera de puro celo y envidia de ver la paz de que gozaban los peca-

(1) San Juan, cap. V.

(2) Malachías, cap. III, v. 14.

(3) Malachías, cap. II, v. 17.

dores, de modo que entre otras cosas viene á decir (1): «¿Cómo es posible que sepa Dios nuestras cosas y que en lo alto se sepa lo que acá pasa?» Y vino á decir también (2): «¿Acaso he justificado en vano mi corazón y lavado mis manos entre los inocentes?» Para resolver esta cuestión tan difícil que resulta de ver á los buenos en miseria y á los malos en prosperidad, dice (3): «Esto es asunto muy difícil de comprender para mi ahora, hasta que entre en el Santuario de Dios y lo acabe de entender en el día final». Porque en el juicio final no será así, sino que descubriéndose entonces la infelicidad de los malos, y la prosperidad y felicidad de los buenos, se advertirá otra cosa muy diferente de lo que ahora pasa.

CAPÍTULO XXIX

De la venida de Elías antes del juicio, y cómo descubriendo con su predicación los secretos de la divina Escritura, se convertirán los judíos.

Habiéndonos advertido que se acordasen de la ley de Moisés, porque preveía que aun después de mucho tiempo no la habían de tomar y entender espiritualmente, como sería justo, inmediatamente añade (4): «Yo les enviaré antes que venga aquel día grande y famoso del Señor, á Elías Thesbite; él les predicará y convertirá el corazón del padre en el hijo, y el corazón del hombre

(1) Salmo 72, v. 11.

(2) Idem, Salmo loc. cit.

(3) Idem, Salmo 72, v. 11.

(4) Malachias, cap. IV, v. 5.

en su prójimo, porque cuando venga yo no destruya del todo la tierra».

Es muy común y recibido en la boca y corazón de los fieles que explicándoles la ley este profeta Elías, grande y admirable, han de venir á creer los judíos en el verdadero Cristo, es decir, en el nuestro, porque este profeta es el que se espera, no sin razón, que ha de venir antes que venga á juzgar el Salvador, y éste también, no sin causa, se cree que vive aun ahora, mediante á que fué al que arrebataron de entre los hombres en un carro de fuego, como expresamente lo dice la Sagrada Escritura. Cuando viniere éste manifestando á los judíos espiritualmente la ley, que ahora entienden carnalmente, convertirá el corazón del padre en el hijo, esto es, el corazón de los padres en los hijos; porque los Setenta intérpretes pusieron el número singular por el plural, y quiere decir, de suerte que así también los hijos, esto es, los judíos, entiendan la ley como lo entendieron sus padres, es decir, los Profetas; entre quienes comprendía también al mismo Moisés, en atención á que se convertirá el corazón de los padres en los hijos, cuando se les enseñare á los hijos la inteligencia de los padres; y el corazón de los hijos en sus padres, cuando lo que sintieron los unos sintieren también los otros. Aquí también los Setenta dijeron: «el corazón del hombre en su prójimo», porque son entre sí muy prójimos los padres y los hijos, aunque en las expresiones de los Setenta, los cuales hicieron su versión auxiliados é inspirados del Espíritu Santo, puede hallarse otro sentido, y éste más selecto, tal que se entienda claramente que Elías ha de convertir el corazón de Dios Padre en el Hijo, no porque hará que el Padre ame al Hijo, sino porque enseñará que el padre ama al hijo á efecto de que los judíos amen también al mismo que antes aborrecían, que es nuestro Cristo; pues ahora, en sentir de

los judíos, tiene Dios apartado el corazón de nuestro Cristo, mediante á que no admiten que Cristo es Dios, ni Hijo de Dios. En dictamen de ellos, pues entonces se convertirá su corazón al Hijo, cuando ellos ablandando y convirtiendo su corazón, aprendieren y supieren el amor del Padre para con el Hijo. Lo que sigue, «y el corazón del hombre á su prójimo»; esto es, convertirá Elías el corazón del hombre á su prójimo, ¿qué otra cosa puede entenderse mejor que el corazón del hombre al Hombre Cristo? Porque siendo Dios nuestro Dios, tomando forma de siervo, se dignó también hacerse nuestro prójimo. Esto, pues, hará Elías: «porque cuando venga yo, no destruya del todo la tierra», en atención á que tierra son todos los que saben y gustan de las cosas terrenas, como hasta la actualidad los judíos carnales, y de este vicio nacieron aquellas murmuraciones contra Dios, cuando decían: «que le debían de agradar los malos, y que era vano é iluso el que sirve á Dios».

CAPÍTULO XXX

Que en el Testamento Viejo, cuando leemos que Dios ha de venir á juzgar, debemos entender que es Cristo.

Otros muchos testimonios hay en la Sagrada Escritura sobre el juicio final de Dios; pero haríamos larga digresión si intentáramos reunirlos todos. Baste, pues, haber probado que lo dice así el Viejo y Nuevo Testamento, aunque en el Viejo no está tan expreso que Cristo ha de hacer por sí el juicio, esto es, que haya de venir Cristo desde el cielo á juzgar, como lo está en el Nuevo. Porque cuando dice allá que vendrá el Señor

Dios, no se deduce que se entienda Cristo, mediante á que el Señor Dios es el Padre, lo es el Hijo y lo es el Espíritu Santo; luego tampoco este punto nos conviene dejarle sin examen. Primeramente manifestaremos cómo Jesucristo habla como el Señor Dios en los libros de los profetas, y, sin embargo, se expresa evidentemente Jesucristo; para que asimismo, cuando no se expresa así, y, con todo, se dice que ha de venir á aquel juicio final el Señor Dios, se pueda entender Jesucristo. Hay un pasaje en el profeta Isaías que claramente nos muestra lo mismo que digo, y en él dice Dios por su profeta (1): «Escuchadme, Jacob é Israel, á quien yo he puesto este nombre. Yo soy el primero, y soy para siempre. Mi mano fundó la tierra y mi diestra estableció el cielo. Los llamaré y acudirán juntos, se congregarán todos y oirán. ¿Quién hay que haya dicho esto? Como te amaba hice tu voluntad sobre Babilonia, de conformidad que quité de allí el linaje de los Caldeos. Yo lo dije y yo le llamé, y yo le traje y le di buen viaje. Llegaos á mí, y escuchad lo que digo. Desde el principio nunca dije ó hice una sola cosa á escondidas; cuando se hacían, allí estaba yo; y ahora mi Señor me envió y su Espíritu». En efecto; él es el que hablaba como Señor Dios, y, sin embargo, se entendiera Jesucristo si no añadiera «y ahora mi Señor me envió y su Espíritu». Porque esto lo dijo según la forma de siervo, de cosa futura, usando de la voz del tiempo pasado, como se lee en el mismo profeta (2): «como una oveja le llevaron á sacrificar»; no dice le llevarán, sino que por lo que había de ser en lo venidero puso la voz del tiempo pasado. Y muy de ordinario usa el profeta de esta locución ó manera de explicarse.

(1) Isaías, cap. XLVIII, v. 12.

(2) Isaías, cap. LIII, v. 6.

Hay otro lugar en Zacarías que nos manifiesta lo mismo con toda evidencia, es decir, que el Todopoderoso envió al Todopoderoso. ¿Quién á quién, sino Dios Padre á Dios Hijo? Porque dice así (1): «Esto dice el Señor Todopoderoso. Después de la gloria me envió á las gentes que os despojaron á vosotros; porque el que os tocara es como quien me toca á mí en las niñas de los ojos. Advertid que yo descargaré mi mano sobre ellos, y serán despojos de los que fueron sus siervos, y conoceréis que el Señor Todopoderoso me envió á mí». Ved aquí cómo dice Dios Todopoderoso, que le envió Dios Todopoderoso. ¿Quién se atreverá á entender aquí á otro que á Cristo, que habla de las ovejas que se perdieron de la casa de Israel? Porque el mismo Jesucristo dice en el Evangelio (2): «que no fué enviado sino para salvar las ovejas que se perdieron de la casa de Israel», las cuales comparó aquí á las niñas de los ojos de Dios, por el singular y afectuosísimo amor que las tiene; y esta especie de ovejas fueron también los mismos apóstoles. Después de la gloria, se entiende de su resurrección (antes de la cual, según dice el evangelista San Juan (3): «que aun no había Dios dado su espíritu, porque aun no se había glorificado Jesús»), también fué enviado á las gentes en sus apóstoles, y así se cumplió lo que leemos en el Real Profeta (4): «Me sacarás de las contradicciones de mi pueblo, y me harás cabeza de las gentes», para que los que habían despojado á los israelitas, y á quienes habían servido los mismos israelitas cuando estaban sujetos á los gentiles, fuesen despojados, no del modo que ellos depusieron á los israelitas, sino que ellos mismos fuesen los

(1) Zacarías, cap. II.

(2) San Mateo, cap. XVI.

(3) San Juan, cap. VII.

(4) Salmo 17.

despojos de los israelitas, porque así lo prometió el Señor á sus apóstoles cuando les dijo (1): «que los haría pescadores de hombres». Y á uno de ellos le dijo (2): «En lo sucesivo pescarás hombres». Serán, pues, despojos más para su bien, como los vasos y alhajas que el Evangelio quita de la manos de aquel fuerte, después de haberle amarrado más fuertemente (3). Y hablando el Señor por el mismo profeta dice (4): «En aquel día procuraré destruir y acabar todas las gentes que vienen contra Jerusalén, y derramaré sobre la casa da David y sobre los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia y misericordia, y volverán los ojos á mí por aquel á quien maltrataron, y llorarán sobre él un gran llanto, como sobre un hijo carísimo, y se dolerán como sobre la muerte del unigénito». ¿Acaso pertenece á otro que á Dios el destruir y exterminar todas las gentes enemigas de la Ciudad santa de Jerusalén que vienen contra ella, esto es, que le son contrarias? O como otros lo han interpretado, vienen sobre ella, estó es, para sujetarla á su dominio. ¿Pertenece á otro que á Dios el derramar sobre la casa de David y sobre los moradores de la misma Ciudad el espíritu de gracia y de misericordia? Esto sin duda toca á Dios, y en persona del mismo Dios lo dice el Profeta, y, sin embargo, manifiesta Cristo que él es este Dios que obra maravillas y portentos tan grandes y tan divinos, cuando añade y dice: «y volverán los ojos á mí porque me ultrajaron, y llorarán por ello un gran llanto, como sobre la muerte de un hijo muy querido, y se dolerán como sobre la de un unigénito», porque les pesará en aquel día á los judíos, aun á aquellos que entonces han de recibir

(1) San Mateo, cap. IV.

(2) San Lucas, cap. V.

(3) San Marcos, cap. III, y San Mateo, cap. XII.

(4) Zacarías, cap. XII.

el espíritu de gracia y misericordia, por haber perseguido, mofado y ultrajado á Cristo en su pasión, cuando volvieren los ojos á él y le vieren venir en su majestad, y conocieren que aquel á quien cuando le vieron primero abatido y humillado le escarnecieron y burlaron sus padres. Aunque también los mismos padres, los autores de aquella tan execrable tragedia resucitarán y le verán, mas para ser castigados, no para ser corregidos. Así, pues, se debe entender que se refiere á ellos, donde dice: «Y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia y misericordia, y volverán los ojos á mí porque me ultrajaron», sino que de su linaje y descendencia vendrán los que en aquel tiempo por Elías han de creer. Pero así como dijimos á los judíos: vosotros matásteis á Cristo; aunque este crimen no le cometieron ellos, sino sus padres, así también éstos se dolerán y les pesará de haber hecho en cierto modo lo que hicieron aquellos de cuya estirpe ellos descienden; y aunque habiendo recibido el espíritu de gracia y misericordia, siendo ya fieles, no serán condenados con sus padres que fueron impíos, con todo, se dolerán como si ellos hubieran perpetrado el execrable crimen que sus padres cometieron. No se dolerán, pues, porque les remuerda la culpa del pecado, sino que sentirán con afectos de piedad. Y en realidad de verdad, donde los Setenta intérpretes dijeron: y volverán los ojos á mí porque me ultrajaron, lo traducen del hebreo así: *et aspicient ad me, quem confixerum*, «y volverán los ojos á mí á quien enclavaron, con lo que con más claridad se representa á Cristo crucificado; aunque aquel insulto, ultraje y escarnio que quisieron mejor poner los Setenta, no faltó tampoco al Señor en todo el curso de su pasión, porque le escarnecieron y ultrajaron cuando le prendieron, cuando le ataron, cuando le condenaron á muerte,

cuando le vistieron con la ignominiosa vestidura y le coronaron de espinas, cuando le hirieron con la caña en su cabeza, y haciendo burla de él, puestos de rodillas le adoraron, cuando llevaba acuestas su cruz y cuando estaba clavado en el madero de la cruz. Y así, siguiendo no solamente la una interpretación, sino juntándolas ambas, y leyendo que le ultrajaron y enclavaron, más plenamente reconocemos la verdad de la pasión del Señor.

Cuando leemos en los profetas que vendrá Dios á hacer el juicio final, aunque no se ponga otra distinción, sólo por causa del mismo juicio debemos entender á Cristo; porque aunque el Padre juzgará, sin embargo, juzgará por medio de la venida del Hijo del Hombre. Tampoco él ha de juzgar á ninguno por la manifestación de su presencia (1), «sino que el juicio universal de todos le tiene entregado á su Hijo», el cual se manifestará en traje de hombre para juzgar, así como siendo hombre fué juzgado. ¿Y quién otro puede ser aquel de quien asimismo habla Dios por Isaías bajo el nombre de Jacob y de Israel, de cuyo linaje tomó su bendito cuerpo, cuando dice así (2): «Ved aquí á Jacob mi siervo, yo le recibiré, y á Israel mi escogido le ha agrado mi alma? Le he dado mi Espíritu, manifestará el juicio á las gentes. No clamará ni cesará, ni se oirá fuera su voz. No quebrantará la caña quebrada, ni apagará el pábilo que humea, sino que con verdad manifestará el juicio. Resplandecerá y no le quebrantarán hasta que ponga en la tierra el juicio, y esperarán las gentes en su nombre». En el hebreo no se lee Jacob é Israel; lo que allí se lee es «mi siervo», porque los Setenta intérpretes, queriendo advertir cómo ha de entenderse

(1) San Juan, cap. V.

(2) Isaías, cap. XLII.

aquello, pues, en efecto, lo dice por la forma de siervo, en la cual el Altísimo se nos manifestó humilde y despreciable, para significárnosle pusieron el nombre del mismo hombre de cuya descendencia y linaje tomó esta misma forma de siervo. Diósele el Espíritu Santo, lo cual, como lo insinúa el Evangelio (1), se mostró bajo la figura de paloma. Manifestó el juicio á las gentes, porque dijo lo que estaba por venir y oculto á las gentes. Por su mansedumbre no clamó, y, con todo, no cesó ni desistió de predicar la verdad; pero no se oyó su voz afuera, ni se oye, pues por los que están fuera apartados y desmembrados de su cuerpo no es obedecido. No quebrantó ni mató á los mismos judíos sus perseguidores, á quienes compara á la caña quebrada que ha perdido su entereza, y al pábilo ó pavesa que humea después de apagada la luz, porque los perdonó el que no venía aún á juzgar, sino á ser juzgado por ellos. En verdad les manifestó el juicio, diciéndoles con previsión y anticipación de tiempo cuándo habían de ser castigados si perseverasen en su malicia. Resplandeció su rostro en el monte, y en el mundo su fama no se doblegó ó quebrantó, porque no cedió á sus perseguidores, de forma que desistiese y dejase de estar en sí y en su Iglesia; y por eso nunca fué ni será lo que dijeron ó dicen sus enemigos (2): «¿Cuándo morirá y perecerá su nombre?» Hasta que ponga en la tierra el juicio. Ved aquí cómo está claro y manifiesto el secreto que buscábamos. Porque éste es el juicio final que pondrá Cristo en la tierra cuando venga del cielo. De lo cual vemos ya cumplido lo que aquí últimamente se pone «y en su nombre esperarán las gentes». Siquiera por esto, que no lo pueden negar, crean también lo que descaradamente

(1) San Mateo, cap. III.

(2) Salmo 40.

niegan. ¿Pues quién habrá de esperar lo que estos que todavía no quieren creer en Cristo? Lo ven ya, como lo vemos nosotros cumplido, y porque no pueden negarlo (1) «crujen los dientes y se pudren y consumen». ¿Quién, digo, podría suponer que las gentes habían de esperar en el nombre de Cristo cuando le prendían, ataban, herían, escarnecían y crucificaban? ¿Cuándo los mismos discípulos (2) perdían ya la esperanza que habían comenzado á tener en él? Lo que entonces apenas un ladrón esperó en la cruz (3), ahora lo esperan las gentes que están derramadas por todo el orbe (4), y por no morir con muerte eterna se signan con la cruz en que él murió.

Ninguno hay que niegue ó dude que Jesucristo ha de hacer el juicio final de modo y manera que nos lo expresan estos testimonios de la Sagrada Escritura, sino los que no sé con qué incrédula osadía ó ceguedad no prestan su asenso á la misma Escritura, la cual se ha cumplido ya, manifestando su verdad á todo el orbe de la tierra. Así que, en aquel juicio, ó por aquellos tiempos, sabemos que ha de haber todo esto: Elías Thesbites, la fe de los judíos, el Antecristo que ha de perseguir, Cristo que ha de juzgar la resurrección de los muertos, la separación de los buenos y de los malos, la quema general del mundo y la renovación del mismo. Todo lo cual, aunque debe creerse que ha de suceder, de qué forma y con qué orden acontecerá, nos lo enseñará entonces la experiencia mejor que ahora lo puede acabar de comprender la inteligencia humana. Sin embargo, presumo que sucederá según el orden que dejo referido.

Dos libros nos restan tocantes á esta obra para cum-

(1) Salmo 3.

(2) San Mateo, cap. XXVI

(3) San Lucas, cap. XXIV.

(4) San Lucas, cap. XXIII.

plir, con el favor de Dios, nuestra promesa: el uno tratará de las penas de los malos, y el otro de la felicidad de los buenos. En ellos principalmente, con los auxilios del Altísimo, refutaremos los argumentos humanos que les parece á los infelices que hacen y proponen sabiamente contra lo dicho y contra las promesas divinas, y desprecian como falsos y ridículos los saludables pastos con que se alienta y substenta la fe que nos da la salud eterna. Pero los que son sabios, según Dios, para todo lo que pareciere increíble á los hombres, con tal que esté en la Sagrada Escritura, cuya verdad de muchos modos está establecida, tienen por indisoluble argumento la verdadera omnipotencia de Dios, el cual saben por cierto que en manera alguna pudo en ella mentir, y que le es posible lo que se le hace imposible al incrédulo é infiel.



LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO

CAPÍTULO I

Del orden que ha de observarse en esta discusión.

Habiendo ya llegado por mano y alta disposición de Jesucristo, Señor nuestro, Juez de vivos y muertos, á sus respectivos fines ambas Ciudades, la de Dios y la del demonio, trataremos en este libro con la mayor diligencia y exactitud, según nuestras débiles fuerzas intelectuales, auxiliados de Dios, cuál ha de ser la pena del demonio y de todos cuantos á él pertenecen. He querido observar este orden para venir á tratar de la felicidad de los santos, porque uno y otro ha de ser juntamente con los cuerpos; y más increíble parece el durar los cuerpos en las penas eternas, que el permanecer sin dolor alguno en la eterna bienaventuranza. Cuando se haya expuesto que aquella pena no debe ser increíble, me servirá y favorecerá mucho para que se crea con más facilidad la inmortalidad, que está libre y exenta de todo género de pena, como es la que han de gozar los cuerpos de los santos. Este orden no desdice del estilo de la Sagrada Escritura, en la cual, aunque algunas veces se pone primero la bienaventuranza de los buenos, como en aquella sentencia (1): «Los que hubieren

(1) San Juan, cap. V., v. 29.

practicado obras buenas resucitarán para la resurrección de la vida, y los que las hubieren hechos malas á la resurrección del juicio y condenación». Sin embargo, en varias ocasiones se pone también la última, como en aquella expresión (1): «Enviará el Hijo del Hombre sus ángeles, recogerán y juntarán de su reino todos los escándalos, y los arrojarán en el fuego ardiendo, adonde habrá llantos y crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre». Y lo que dice el Profeta (2): «Así irán los malos á las penas eternas, y los buenos á la vida eterna». Y finalmente en las profecías (cuyas autoridades sería asunto largo insinuarlas todas), si alguno lo advirtiere, hallará que se guarda algunas veces este orden y otras el otro; pero ya tengo apuntada la causa por qué he hecho elección del citado orden.

CAPÍTULO II

Si pueden los cuerpos ser perpetuos en el fuego.

¿A qué efecto he de demostrar sino para convencer á los incrédulos de que es posible que los cuerpos humanos, estando animados y vivientes, no sólo nunca se deshagan y disuelvan con la muerte, sino que duren también en los tormentos del fuego eterno? Porque no les agrada que atribuyamos este prodigio á la omnipotencia del Todopoderoso, antes sí, ruegan que lo demostremos por medio de algún ejemplo. Si responde-

(1) San Mateo, cap. XIII.

(2) Malachias, cap. XXV.

mos á éstos que hay efectivamente algunos animales corruptibles porque son mortales, que, sin embargo, viven en medio del fuego, y que asimismo se halla cierto género de gusanos en los manantiales de aguas cálidas ó termales, cuyo calor ninguno participa de él que no sea lastimado, y ellos no sólo viven dentro de él sin padecer daño, sino que fuera de aquel lugar no pueden vivir, seguramente que cuando así les mostremos este raro fenómeno, ó no lo querrán creer si no se lo podemos manifestar con la evidencia, ó si podemos evidenciárselo registrándolo por sus propios ojos ó probarlo con testigos idóneos, con la misma incredulidad instan y porfían que no basta esta demostración para ejemplo ó legítima consecuencia de la cuestión que se trata, por cuanto los tales animales no viven siempre, y en el citado calor viven sin dolor, en atención á que en aquellos elementos, siendo convenientes y proporcionados á su naturaleza, vegetan y se sustentan y no se lastiman ó acongojan, como si no fuera más increíble vegetarse, nutrirse y sustentarse con semejante alimento, que lastimarse y menoscabarse con él. Porque maravilla es sentir dolor en el fuego, y, con todo, vivir; pero aun es mayor maravilla vivir en el fuego, y no sentir dolor. Y si esto se cree, ¿por qué no lo otro?

CAPÍTULO III

Si es consecuencia que al dolor corporal suceda la muerte de la carne.

Pero, dicen, ningún cuerpo hay que pueda sentir dolor y que no pueda morir. ¿Y esto de dónde lo sabemos? Porque ¿quién está seguro de si los demonios sienten

dolor corporalmente, cuando confiesan á voces que padecen horribles tormentos? (1) Y si respondieren que no hay cuerpo alguno terreno, es á saber, sólido y visible, y, por decirlo mejor, en una palabra, que no hay carne alguna que pueda sentir dolor y que no pueda morir, ¿qué otra cosa dicen sino lo que los hombres han penetrado con el sentido del cuerpo y con la experiencia? Porque, efectivamente, no conocen carne que no sea mortal. Este es todo el argumento de los que imaginan que de ningún modo puede ser lo que no han visto por experiencia. ¿Pero qué razón hay para hacer al dolor argumento de la muerte, siendo antes indicio y prueba real de la vida? Porque aunque preguntamos y dudamos si puede vivir siempre, sin embargo, es cierto é innegable que vive todo lo que siente dolor, y que cualquiera dolor que sea no se puede hallar sino en objeto que viva. Así que, es indispensable que viva lo que siente dolor, y no es preciso que mate el dolor, mediante á que aun á estos cuerpos mortales, y, que en efecto, han de morir, no los mata ó consume todo dolor. La causa eficiente de que algún dolor pueda matar, consiste en que de tal manera está el alma trabada con el cuerpo, que cede á los dolores vivos y se ausenta de él, porque la misma trabazón de los miembros y potencias vitales es tan débil, que no puede sufrir y durar contra aquella violencia que causa un extraordinario ó sumo dolor. Y entonces el alma se unirá con un cuerpo de tal calidad y en tal modo, que aquella trabazón, así tampoco la corromperá dolor alguno. Por tanto, aunque al presente no hay carne alguna de tal configuración que pueda sufrir dolor y no pueda sufrir la muerte, sin embargo, entonces será la carne tal, cual no es ahora; así como también será tal la muerte cual no es ahora;

(1) San Mateo, cap. X.

porque la muerte será sempiterna, cuando ni podrá el alma vivir no teniendo á Dios en su favor, ni estar exenta de dolores del cuerpo estándose muriendo. La primera muerte expele del cuerpo al alma, aunque no quiera; la segunda muerte tiene al alma en el cuerpo, aunque no quiera. Pero comúnmente se dice de una y otra muerte, que padece el alma de su peculiar cuerpo lo que no quiere. Consideran nuestros antagonistas que ahora no hay carne que pueda padecer dolor, y que no pueda también sufrir la muerte, y no reflexionan en que, sin embargo, hay cierto objeto que es mejor que el cuerpo; porque el mismo espíritu, con cuya presencia vive y se rige el cuerpo, puede sentir dolor y no puede morir. Ved aquí cómo hemos hallado objeto, el cual, teniendo sentido de dolor, es inmortal. Esto mismo sucederá también entonces en los cuerpos de los condenados, lo que sabemos que sucede en el espíritu de todos; aunque si lo meditásemos con más atención, el dolor que se llama del cuerpo más pertenece al alma, porque del alma es propio el dolerse, y no del cuerpo, aun cuando la causa del dolor le nace del cuerpo, cuando duele en aquel lugar donde es molestado el cuerpo. Así como decimos cuerpos sensitivos y cuerpos vivientes, procediendo del alma el sentido y vida del cuerpo, así también decimos que los cuerpos se duelen, aunque el dolor del cuerpo no puede ser sino procedente del alma. Duélese, pues, el alma con el cuerpo en aquel su propio lugar donde acontece alguna sensación que duele. Duélese también sola, aunque esté en el cuerpo, cuando por alguna causa asimismo invisible, está triste estando bueno el cuerpo; porque, en efecto, se dolía aquel rico en el infierno cuando decía (1): «Estoy en continuo tormento en esta llama»; pero el cuerpo, ni

(1) San Lucas, cap. XVI.

muerto se duele, ni vivo sin el alma se duele. Así que, si procediera bien el argumento de que puede suceder la muerte, porque pudo también suceder el dolor, más propiamente pertenecería el morir al alma, á quien toca con más razón el dolerse; mas como aquella que puede más propiamente dolerse no puede morir, no se prueba que porque aquellos cuerpos hayan de estar en dolores, creamos también que han de morir. Dijeron algunos platónicos que de los cuerpos terrenos y de los miembros enfermizos y mortales le proviene al alma el temer, el desear, el doler y alegrarse. Por lo cual dijo Virgilio (1): «De aquí procede (refiriéndose á los enfermizos y mortales miembros del cuerpo terreno) que teman, codicien, se duelan y alegren». Pero ya los convencimos en el libro XIV de esta obra, de que tenían las almas, hasta las purificadas, según ellos, de toda la inmundicia y vascosidad del cuerpo, un deseo terrible con que nuevamente principian á querer volver á los cuerpos; y donde puede haber deseo, sin duda también puede haber dolor; porque el deseo frustrado, cuando no alcanza lo que anhela, ó pierde lo que había conseguido, se convierte en dolor. Por lo cual, si el alma, que es la que sola ó principalmente siente dolor, sin embargo, á su manera tiene cierta inmortalidad propia y peculiar suya, no podrán morir aquellos cuerpos, porque sentirán dolor. Finalmente, si los cuerpos hacen que las almas sientan dolor ¿por qué diremos que les pueden causar dolor, y no les pueden causar la muerte, sino porque no se sigue inmediatamente que causa la muerte lo que causa el dolor? ¿Y por qué motivo será increíble que de la misma manera aquel fuego pueda causar dolor á aquellos cuerpos, y no la muerte, como los mismos cuerpos hacen doler y sentir á las almas, á las

(1) Virgilio, lib. VI. *Eneida*.

cuales, sin embargo, no por eso las fuerzan á que mueran? Luego el dolor no es argumento necesario y concluyente de que han de morir.

CAPÍTULO IV

De los ejemplos naturales.

Por lo cual si, como lo escriben los que han indagado y examinado la naturaleza y propiedades de los animales, la salamandra vive en el fuego, y algunos montes de Sicilia, bien conocidos por sus erupciones y volcanes, ardiendo en vivas llamas, hace ya mucho tiempo, y continuando con la misma fuerza, permanecen, sin embargo, íntegros en su mole, nos son testigos bien idóneos de que no todo lo que arde se consume. La misma alma nos manifiesta con toda evidencia que no todo lo que puede sentir dolor puede también morir. ¿Para qué, pues, nos piden ejemplos de las cosas naturales, á efecto de que les demostremos no ser increíble que los cuerpos de los condenados á los tormentos eternos, no pierden el alma en el fuego, sin mengua ni menoscabo arden, y sin poder morir padecen dolor? Porque entonces tendrá la substancia de esta carne tal calidad concedida por la mano poderosa de aquel que tan maravillosas y varias las dió á tantas naturalezas como vemos, que por ser tantas en número no nos causan admiración. ¿Y quién si no Dios, Criador de todas las cosas, dió á la carne del pavo real muerto la prerrogativa de no podrirse ó corromperse? Lo cual, como me pareciese increíble cuando lo oí, sucedió que en la ciudad de Cartago nos pusieron á la mesa una ave de

éstas cocida, y tomando una parte de la pechuga, la que me pareció, la mandé guardar: y habiéndola sacado y manifestado después de muchos días, en los cuales cualquiera otra carne cocida se hubiera corrompido, nada me ofendió el olor; volví á guardarla, y al cabo de más de treinta días la hallamos del mismo modo, y lo mismo pasado un año, á excepción de que en el bulto estaba disminuida, pues se advertía estar ya seca y enjuta. ¿Quién dió á la paja una naturaleza tan fría que conserva la nieve que se entierra en ella, ó tan vigorosa y cálida, que madura las manzanas y otras frutas verdes y no maduras? ¿Quién podrá explicar las maravillas que se contienen en el mismo fuego, que todo lo que con él se quema se vuelve negro, siendo él lúcido y resplandeciente, y casi á todo cuanto abraza y toca con su hermosísimo color le extraga y destruye el color, y de una ascua brillante lo convierte en un carbón muy negro? Pero tampoco es esto regla general; pues, al contrario, las piedras cocidas con fuego resplandeciente se vuelven blancas, y aunque él sea más bermejo, y ellas brillen con su color blanco, sin embargo, parece que conviene á la luz lo blanco, como lo negro á las tinieblas. Cuando arde el fuego en la leña, y cuece las piedras, en materias tan contrarias tiene contrarios efectos. Y aunque la piedra y la leña sean diferentes, no son contrarias entre sí, como lo son lo blanco y lo negro, y uno de estos efectos causa en la piedra, y el otro en la leña, pues, clarifica la piedra y obscurece la leña, siendo así que moriría en aquélla si no viviese en ésta. ¿Y qué diré de los carbones? ¿No es un objeto digno de admiración que por una parte sean tan frágiles, que con un ligerísimo golpe se quiebran, y con poco que los aprieten se muelen y hacen polvo, y por otra tienen tanta solidez y firmeza que no hay humedad que los corrompa, ni tiempo que los consuma,

de forma que los suelen enterrar los que señalan y colocan límites y mojones para convencer al litigante que al cabo de cualquiera tiempo se levantara y pretendiere que aquella piedra que ha fijado es el mojón y límite? ¿Y quién les dió la virtud de que sepultados en tierra húmeda, en la cual los leños se pudrieran, puedan durar incorruptos tanto tiempo, sino aquel fuego que lo corrompe y consume todo?

Consideremos también, además de lo insinuado, la maravilla ó portento que observamos en la cal, cómo se vuelve blanca con el fuego, con el cual otras cosas se vuelven negras, como tan ocultamente concibe el fuego del mismo fuego, y convertida ya en terrón frío al tacto, le conserva tan oculto y encubierto, que por ninguna manera se descubre á sentido alguno; pero hallándole y descubriéndole con la experiencia, aun cuando no le vemos, sabemos ya que está allí adormecido, por lo que la llamamos cal viva, como si el mismo fuego que está en ella encubierto fuese el alma invisible de aquel cuerpo visible. ¿Y qué grande maravilla es que cuando se apaga, entonces se enciende? Porque para quitarla aquel fuego que tiene escondido, la echamos en el agua, ó la rociamos con agua, y estando antes fría, comienza á hervir, con lo que todas las cosas que hierven se enfrían. Así que, expirando, como si dijéramos, aquel terrón, se deja ver el fuego que estaba escondido cuando se va; y después, como si le hubiese ocupado la muerte, está frío, tanto, que aun cuando le mojen con agua, no arderá ya más, y á lo que llamábamos cal viva, lo llamamos ya muerta. ¿Qué cosa puede haber al parecer que pueda añadirse á esta maravilla? Y, con todo, puede añadirse; porque si no le echásemos agua, sino aceite, con que se fomenta y nutre más el fuego, no hierve por más y más que la echen. Y si este raro fenómeno le leyéramos ú oyéramos de alguna piedra de

las Indias, y no pudiéramos experimentarlo, sin duda nos persuadiríamos de que ó era mentira, ó nos causara extraña admiración. Las cosas que vemos cada día con nuestros propios ojos, no porque sean menos maravillosas, sino por el continuo uso y experiencia que tenemos de ellas, vienen á ser menos estimadas; de suerte que hemos ya perdido la admiración de algunas que nos han podido traer singulares y admirables de la India, que es una parte del mundo muy remota de nuestro país.

Hay muchos entre nosotros que conservan la piedra diamante, especialmente los plateros y lapidarios, la cual dicen que no cede ni al hierro ni al fuego, ni á otro algún impulso, sino solamente á la sangre del cabrón. Pero los que la tienen y conocen, pregunto: ¿se admiran de ella, como aquellos á quienes de nuevo se les acierta á dar noticia exacta de su virtud y potencia? Y á los que así se instruye acaso no lo creen; y si lo creen, se maravillan de lo que no han visto por experiencia; y si acontece observarlo experimentalmente, todavía se admiran de lo raro y particular. Mas la continua y ordinaria experiencia paulatinamente nos va quitando el motivo de la admiración. Tenemos noticia de la piedra imán, que maravillosamente atrae el hierro. La primera vez que lo observé quedé absorto; porque advertí que la piedra levantó en lo alto una sortija de hierro, y después, como si al hierro que había levantado le hubiera comunicado su fuerza y virtud, esta sortija la llegaron ó tocaron con otra, y también la levantó; y así como la primera estaba inherente, ó pegada á la piedra, así la segunda sortija á la primera. Aplicaron en los mismos términos la tercera, é igualmente la cuarta, colgaba ya como una cadena de sortijas trabadas unas con otras, no enlazadas por la parte interior, sino pegadas por la exterior. ¿Quién no se pasmará de ver semejante

virtud que no sólo tenía en sí la piedra, sino que se difundía y pasaba por tantos cuantos tenía suspensos, atados y trabados con lazos invisibles? Pero causa aún mejor admiración lo que supe de esta piedra por testimonio de Severo, obispo de Mileba, quien me refirió haber visto, siendo Batanario gobernador de Africa, y comiendo en su mesa el obispo, que sacó esta misma piedra, y teniéndola en la mano debajo de un plato de plata, puso un hierro encima del plato, y después, así como por abajo movía la mano en que tenía la piedra, así por arriba se movía el hierro, revolviéndole de una parte á otra con una presteza admirable: he referido lo que ví y oí al obispo, á quien di tanto crédito como si yo mismo lo hubiera presenciado. Diré asimismo lo que he leído de esta piedra imán, y es, que si cerca de ella ponen el diamante, no atrae al hierro, y si le hubiese ya levantado, le suelta al punto que le aproximan el diamante. De la India se transportan estas piedras; pero si habiéndolas ya conocido, dejamos de admirarnos de ellas, cuanto más aquellos de donde las traen, si acaso las tienen muy á mano, y podrá ser que las posean como nosotros la cal, de la que no nos admiramos en verla de una manera que asombra hervir con el agua con que se suele matar el fuego, y no hervir con el aceite, con que se acostumbra encender el fuego, por ser cosa ordinaria y tenerla muy á la mano.

CAPÍTULO V

Cuántas cosas hay que no podemos conocerlas bien, y no hay duda de que las hay.

Sin embargo, los infieles é incrédulos, cuando les anunciamos y predicamos los milagros divinos, pasa-

dos ó por venir, como no podemos manifestárselos que los vean por sus mismos ojos, nos piden la causa y razón de ellos, la cual, como no se la podemos suministrar (porque exceden las fuerzas del entendimiento humano), imaginan que es falso lo que les decimos. En cambio debieran, de tantas maravillas como podemos ver ó vemos, darnos también la razón. Y si advierten que no es posible al hombre, nos habrán de confesar precisamente que no por eso dejó de ser alguno de los portentos que notamos, ó que no habrá de ser porque no pueda darse razón de ellos, supuesto que tales suceden también y los hay, de los cuales no puede asignarse directamente la causa. Así que, no iré discurrendo por infinitas particularidades que están escritas, de las que han acontecido y han pasado ya, sino de las que existen todavía y se conservan en ciertos parajes, donde si alguno quisiere y pudiere ir, averiguará si son ciertas, y solamente referiré algunas pocas. Dicen que la sal de Agrigento, en Sicilia, acercándola al fuego se deshace y derrite como en agua, y poniéndola en agua chasquea y salta como en el fuego. Y que entre los Garamantas hay una fuente tan fría por el día que no puede beberse, y tan caliente de noche que no puede tocarse. Que en Epiro se halla otra fuente en la cual las hachas, como en las demás, se apagan, estando encendidas; pero, lo que no sucede en las demás, se encienden estando apagadas. Que la piedra asbestos, en Arcadia, se llama así porque, una vez encendida, nunca puede ya apagarse. Que la madera de cierta higuera de Egipto no sobrenada como las otras maderas en el agua, sino que se hunde; y lo que es más admirable, habiendo estado algún tiempo en el fondo, vuelve de allí á subir á la superficie del agua, cuando estando mojada debía ser más pesada con el peso del líquido. Que en la tierra de Sodoma se crían ciertas manzanas que llegan al

parecer á madurar; pero, mordidas ó apretadas con la mano, rompiéndose el hollejo, se deshacen y resuelven en humo y pavesas. Que la piedra piritá, en Persia, quemada en la mano del que la tiene si la aprieta mucho, por lo que se llama así, tomando su denominación del fuego. Que en la misma Persia se cría también la piedra selénita, cuya blancura interior crece y mengua con la luna. Que en Capadocia las yeguas conciben del viento, y que sus crías no viven más de tres años. Que la isla de Tilos, en la India, se aventaja á las demás tierras, porque cualquier árbol que se cría en ella, nunca pierde las hojas.

De estas y otras innumerables maravillas que se hallan insertas en las historias, no de las que han sucedido y pasado, sino que existen todavía (que intentar yo referirlas aquí estando empleado en otras materias, sería asunto muy prolijo), dennos la causa si pueden estos infieles é incrédulos que no quieren creer las divinas letras, teniéndolas por otras antes que por divinas, porque contienen cosas increíbles, como es esta de que ahora tratamos, pues no hay razón (dicen) que admita que se abraza la carne y no se consuma, que sienta dolor y no pueda morir. Hombres, en efecto, de gran discurso y razón y que nos la pueden dar de todas las cosas que nos consta son admirables, dennos, pues, la causal de las pocas que hemos citado, las cuales sin duda si no supiesen que son así y les dijésemos que habían de ser, mucho menos las creerían que lo que les decimos ahora que algún día ha de ser. Porque, ¿quién de ellos nos daría crédito si como les decimos que ha de haber cuerpos humanos vivos de tal calidad que han de estar siempre ardiendo y con dolor, y, sin embargo jamás han de morir, les dijésemos que en el siglo futuro ha de haber sal de tal especie que la haga el fuego derretir como se derrite ahora en el agua, y que á

la misma la haga el agua chasquear como chasquea al presente en el fuego, ó que ha de haber una fuente cuyas aguas en la frialdad de la noche ardan de manera que no se puedan tocar, y que en los calores del día estén tan frías que no se puedan beber, ó que ha de haber piedra que con su calor abrase la mano del que la apretare, ó que estando encendida por todas partes, de ningún modo pueda matarse, y lo demás que, dejando otras infinitas cosas, me pareció referir? Así que si les dijésemos que había de haber estas cosas en aquel siglo que había de venir y nos respondiesen los incrédulos: si quereis que las creamos dadnos la razón de cada una de ellas, nosotros les confesaríamos sinceramente que no podíamos, porque á éstas y otras tales obras admirables del Altísimo quedaría rendida la razón y el débil discurso del hombre; pero, sin embargo, es razón muy sentada y constante entre nosotros que no sin poderosos motivos hace el Omnipotente cosas de que el flaco espíritu del hombre no puede dar razón, y que aunque en muchas cosas no es incierto lo que quiere, con todo, es ciertísimo que nada le es imposible de todo cuanto quiere, y que nosotros le creemos cuando nos dice lo que ha de ser, pues no podemos creer que es menos poderoso ó que miente. Pero estos censores que nos calumnian y motejan nuestra fe y nos piden razón, ¿qué nos responden á estas cosas de que no puede dar la causal el hombre, y, sin embargo, son así y parecen opuestas á la misma razón natural? Las cuales, si las dijéramos á estos infieles é incrédulos que habían de suceder, nos pidieran la razón de ellas, como nos la piden de las que les decimos que han de acontecer. Por consiguiente, ya que en estas y otras semejantes obras de Dios falta la razón, y no por eso dejan de ser, tampoco dejarán de ser aquéllas, porque de las unas ni de las otras no pueda el hombre dar la razón.

CAPÍTULO VI

De las diversas causas de los milagros.

Acaso dirán aquí que por ningún motivo hay semejantes maravillas y que no las creen; que es falso lo que de ellas se dice, falso lo que se escribe, y añadirán arguyendo así: Si es que debemos prestar asenso á tales portentos, creed también vosotros lo que asimismo se refiere y escribe que hubo ó hay un templo dedicado á Venus, y en él un candelero en el cual había una luz encendida expuesta al sereno de la noche, que ardía de manera que no podía apagarla ni la ventisca ni el agua que cayese del cielo, por cuyo motivo, como la citada piedra, se llamó también esta candela *lychnos asbestos*, esto es, candela inextinguible. Dirán esto para reducirnos al estrecho apuro de que no podamos responderles, porque si les dijésemos que no debe creerse, desacreditaríamos lo que se escribe de las maravillas que hemos referido, y si concediéremos que debe darse crédito, haríamos un particular honor á los dioses de los gentiles. Pero nosotros, como dije en el libro XVIII de esta obra, no tenemos necesidad de creer todo lo que contienen las historias de los gentiles, pues también entre sí los mismos historiadores (como dice Varrón), casi de intento se contradicen en muchas particularidades, sino que creemos, si queremos, aquello que no se opone á los libros que sin duda tenemos precisión de creer. Y de las maravillas y portentos que se hallan en ciertos parajes, nos bastan para lo que queremos persuadir á los incrédulos que ha de venir á ser, lo que podemos nosotros asimismo tocar y ver por experiencia, y no hay dificultad en hallar para este efecto testigos idóneos. Respecto al templo de Venus y á la candela in-

extinguible, no sólo con este ejemplar no nos estrechan, sino que nos abren un camino muy anchuroso, mediante á que para esta candela que nunca se apaga, añadimos nosotros muchos milagros ó maravillas de las ciencias así humanas como de las mágicas, esto es, las que hacen los hombres por arte é influencia del demonio y las que ejecutan los demonios por sí mismos. Las cuales, cuando intentáramos negarlas, iríamos contra la misma verdad de las sagradas letras, á quien creemos sinceramente. Así, pues, en aquella candela, ó el ingenio y sagacidad humana fabricó algún artificio con la piedra asbesto, ó era por arte mágica lo que los hombres admiraban en aquel templo, ó algún demonio bajo el nombre de Venus asistía allí presente con tanta eficacia, que pareciese real y efectivo á los hombres este milagro y permaneciese por mucho tiempo. Los demonios son atraídos para que habiten en las criaturas (que crió Dios y no ellos) con diferentes objetos deleitables conforme á su diversidad, no como animales, con manjares ó cosas de comer, sino como espíritus, con señales que convienen al gusto, complacencia y deleite de cada uno por medio de diferentes hierbas, árboles, animales, encantamientos y ceremonias. Y para dejarse atraer de los hombres, ellos mismos primero los alucinan y engañan astuta y cautelosamente, ó inspirando en sus corazones el veneno oculto de su malicia, ó apercibiéndoles con engañosas amistades. Y de éstos hacen algunos pocos discípulos, doctores y maestros de otros muchos, porque no se pudo saber sino enseñándolo ellos antes, qué es lo que cada uno de ellos apetece, qué aborrezca, con qué nombre se atrae, con qué se le haga fuerza, de todo lo cual nacieron las artes mágicas, sus maestros y artífices. Pero con esto, sobre todo, poseen los corazones de los hombres, de lo cual principalmente se glorían cuando se transfiguran en ángeles de

luz (1). Obran, pues, muchos portentos, los cuales, cuanto más los confesamos por maravillosos, tanto más cautamente debemos huirlos. Pero aun estos nos aprovechan también para el asunto que al presente tratamos, porque si tales maravillas pueden hacerlas los espíritus malignos, ¿cuánto mejor podrán los ángeles santos y cuánto más poderoso que todos estos es Dios, que formó igualmente á los mismos ángeles que obran tan insignes portentos?

Por tanto, si pueden practicarse tantas, tan grandes y tan estupendas maravillas (como son las que llaman *mechanimata* ó invenciones de máquinas y artificios), aprovechándose los ingenios humanos de las cosas naturales que Dios ha criado, que los que las ignoran y no entienden piensan que son divinas, y así sucedió en cierto templo, que poniendo dos piedras imanes de igual proporción y grandeza, la una en el suelo y la otra en el techo, se sustentaba un simulacro ó figura hecha de hierro en medio de una y otra piedra pensil en el aire, como si fuera milagrosamente por virtud divina para los que no sabían lo que había arriba y abajo, y como dijimos ya, que pudo haber algo de este artificio en aquella candela de Venus, acomodando allí el artifice la piedra asbesto; y si los demonios pudieron subir tanto de punto las obras de los magos, á quien nuestra Sagrada Escritura llama hechiceros y encantadores, que le pareció al famoso poeta que podían cuadrar al ingenio del hombre, cuando dijo, hablando de cierta mujer que sabía tales artes (2): «esta con sus encantos se promete y atreve á ligar y desatar las voluntades que quisiere, á detener las corrientes rápidas de los ríos, á hacer que retrocedan en su curso ordinario los

(1) San Pablo, II ep. á los Corintios, cap. II.

(2) Virg., lib. IV. *Eneida*.

astros, remueve las sombras nocturnas de los finados, verás bramar debajo de los pies la tierra y bajar de los montes los fresnos». ¿Cuánto más podrá hacer Dios (aunque parece increíble á los obstinados incrédulos) siendo tan fácil á su omnipotencia y ésta tan suprema, supuesto que Él es quien hizo y crió la virtud que reside en las piedras y en los otros entes y los ingenios perspicaces de los hombres, que con admirable método se aprovechan de ellos? Él mismo es el que crió las naturalezas angélicas, que son más poderosas que todas las substancias animadas de la tierra, excediendo todo cuanto hay admirable á los ojos humanos con virtud maravillosa y suprema, obrándolo, mandándolo y permitiéndolo todo con admirable sabiduría, sirviéndose y usando de todo, no menos maravillosamente cuanto es admirable el orden con que lo crió.

CAPÍTULO VII

Que la razón suprema para creer en las cosas sobrenaturales es la omnipotencia del Criador.

¿Por qué no podrá hacer Dios que resuciten los cuerpos de los muertos, y que padezcan con fuego eterno los cuerpos de los condenados, siendo así que es el que hizo el mundo tan lleno de tantas maravillas y prodigios en el cielo, en la tierra, en el aire y en las aguas, siendo la fábrica y estructura prodigiosa del mismo mundo el mayor y más excelente milagro de cuantos milagros en él se contienen, y de que está tan lleno? Pero éstos con quién ó contra quiénes disputamos, que creen que hay Dios, el cual hizo y crió este mundo, y

que formó los dioses, por cuyo médio gobierna y rige el orbe, y que no niegan, antes sí celebran las potestades que en el mundo obran milagros, ya sean espontáneos, ya se consigan por medio de cualquiera acto y ceremonia religiosa, ya sean también mágicos, cuando les proponemos la virtud y fuerza maravillosa que existe en algunos entes que ni son animales racionales, ni espíritus que tengan discurso ni razón, como son los citados antes, suelen responder: esta virtud y vigor es natural, su naturaleza es de esa condición; estas virtudes tan eficaces son peculiares á las mismas naturalezas. Así que, toda su explicación de que el fuego hace fluída y derrite la sal de Agrigento, y el agua la hace chasquear y saltar, es porque ésta es su naturaleza. Pero lo cierto es que antes parece ser contra el orden de la naturaleza, la cual suministró el agua para que derritiese la sal y no el fuego, y que se tostase al fuego y no al agua. Esta misma razón dan de la fuente existente en el país de los Garamantas, donde un caño está frío de día y hierve de noche, lastimando con una y otra propiedad á los que la tocan. Esta misma dan de la otra fuente que, estando fría al parecer de los que la prueban, y apagando como las otras fuentes el hacha encendida, no obstante, es, con efecto, bien diferente y no menos maravilloso, pues enciende el hacha apagada. Esta también dan de la piedra asbesto, la cual, no conteniendo en sí fuego alguno propio, tomándolo de otro objeto arde de manera que no puede apagarse. Esta la que dan de las demás cosas que es excusado referir, las cuales, aunque parezca que tienen una propiedad y virtud desusada contra la naturaleza, no dan de ello otra explicación sino decir que esta es su peculiar naturaleza. Breve y concisa es, á la verdad, esta razón, lo confieso, y suficiente respuesta. Pero siendo Dios el que crió todas las naturalezas, ¿á qué intentan

que les demos otra razón eficaz, cuando no dan crédito á algún prodigio, considerándolo imposible, y á su petición de que expliquemos la causa les respondemos que esta es la voluntad de Dios Todopoderoso, el cual no por otro motivo se llama Todopoderoso, sino porque todo lo que quiere lo puede; como pudo criar tantos y tan prodigiosos entes, que si no se viesen ó lo refiriesen aun hoy testigos fidedignos, sin duda parecerían imposibles, no sólo los que referí que son muy ignorados entre nosotros, sino los que son sumamente notorios. Los que los autores refieren en sus libros dando cuenta de ellos personas que no tuvieron revelación del Espíritu Santo, y como hombres quizá pudieron errar, puede cada uno, sin justa reprehensión, dejarlos de creer. Porque tampoco yo quiero que temerariamente se crean todas las maravillas que relacioné, mediante á que no las doy asenso, como si no me quedase duda alguna de ellas, á excepción de las que yo mismo he visto por experiencia, y cualquiera fácilmente puede experimentarlas, como el fenómeno de la cal, que hierve en el agua y en el aceite esta fría; el de la piedra imán, que no sé cómo con su atracción no mueve una pajilla y arrebatada el hierro; el de la carne del pavo real, que no admite putrefacción, habiéndose corrompido la de Platón; el de que la paja esté tan fría que no deje derretirse la nieve, y tan caliente que haga madurar la fruta; el del fuego, que siendo blanco y resplandeciente, según su brillo, cociendo las piedras las convierte en blancas y contra esta su blancura y brillantez quemando varias cosas, los obscurece y vuelve negras. Semejante á éste es aquel prodigio de que con el aceite claro se hagan manchas negras, como se hacen también líneas negras con la plata blanca, y también el de los carbones, que con el fuego se convierten en otra esencia tan opuesta, que de hermosísima madera se vuel-

ve tan desfigurada, de dura tan frágil, y de corruptible tan incorruptible. De estas maravillas, algunas las sé yo como las saben otros muchos, y algunas las sé como las saben todos, siendo tantas, que sería alargarnos demasiado referirlas todas en este libro. Pero de las que he escrito en él, y no las he visto por experiencia, sino que las leí (á excepción del prodigio de la fuente, donde se apagan las hachas que están ardiendo y se encienden las apagadas y el de la fruta de la tierra de los Sodomitas, que en lo exterior está como madura y en lo interior como humosa), nunca pude hallar testigos que fuesen idóneos para que me informasen si era verdad. Y aunque no encontré quien me dijese que había visto aquella fuente de Epiro, sin embargo, hallé quien conocía otra semejante en Francia, no lejos de la ciudad de Grenoble. Y el de la fruta de los árboles del país de Sodoma, no sólo nos los enseñan historias fidedignas, sino que asimismo son tantos los que aseguran haberlo visto, que no puedo dudar de su identidad. Todo lo demás lo conceptúo de tal calidad, que ni me determino á afirmarlo ni á negarlo; sin embargo, lo inserté porque lo leí en los historiadores de estos mismos contra quienes disputamos, para manifestar la diversidad de cosas que muchos de ellos creen hallándolas escritas en los libros de sus literatos, sin que les den razón alguna de ellas los que no se dignan darnos crédito, ni aun dándoles la razón, cuando lo que supera la capacidad y experiencia de su inteligencia, les decimos que lo ha de hacer Dios Todopoderoso. ¿Pues qué razón más sólida, más persuasiva ni más convincente puede darse de tales prodigios, sino decirles que el Todopoderoso los puede obrar y que ha de hacer los que leemos, porque los anunció al mismo tiempo que otros muchos verificados ya? Porque el Señor hará las cosas que parecen imposibles, pues dijo que las había

de practicar el que prometió é hizo que las gentes incrédulas creyesen cosas increíbles.

CAPÍTULO VIII

No es contra la naturaleza que en alguna cosa cuya naturaleza se sabe, comience á haber algo diferente de lo que se sabía.

Y si respondieren que no creen lo que les decimos de los cuerpos humanos, que han de estar continuamente ardiendo y que nunca han de morir, porque nos consta que fué criada muy de otra manera la naturaleza de los cuerpos humanos, no cabiendo aquí la explicación que se daba de naturalezas y propiedades maravillosas de algunos objetos, diciendo que son propias de su naturaleza, pues nos consta que esto no es propiedad del cuerpo humano, podemos responderles conforme á la Sagrada Escritura, es á saber: que este mismo cuerpo del hombre de un modo fué antes del pecado, cuando no podía morir, y de otro después del pecado, como nos consta ya de la penalidad y miseria de esta mortalidad que su vida no puede ser perpetua. Así, pues, muy de otra manera de lo que ahora á nosotros nos consta y de como le conocemos, se hábrá en la resurrección de los muertos; pero porque no dan crédito á la Sagrada Escritura, donde se lee del modo que vivió el hombre en el Paraíso, y cuán libre y ajeno estaba de la necesidad de la muerte, porque si creyesen, no nos alargáramos tanto en disputar sobre la pena que han de padecer los condenados, conviene que aleguemos algún testimonio de lo que escriben los que entre ellos fueron los más doctos, para que se vea claramente que es posible que una cosa llegue á ser de otra manera de lo que al prin-

cipio fué y le cupo por determinación de su naturaleza

Hállanse referidas en los libros de Marco Varrón, intitulados de *Las Familias del pueblo romano*, estas mismas palabras que extractaré aquí según que allí se leen: *In caelo mirabile extitit portentum, nam in stella Veneris nobilissima, quam Plautus Vesperuginem: Homerus Hesperon appellat, pulcherrimam dicens: Castor scribit, tantum portentum extitisse, ut mutare colorem, magnitudinem, figuram, cursum, quod cacium ita, neque postea sit. Hoc factum Ogyge Rege, dicebant Adrastus Cizicenus, et Dion Neapolites, Mathematici nobiles.* «Sucedió, dice, en el cielo un maravilloso portento, porque en la ilustrísima estrella de Venus, que Plauto llama Vespérugo, y Homero Hespero, diciendo que es hermosísima; Castor escribe que se advirtió un portento tan singular, que mudó el color, magnitud, figura y curso, cuyo fenómeno ni antes ni después ha sucedido. Esto dicen Adrašto Ciziceno y Dion Napolitano, famosos matemáticos, que aconteció en tiempo del rey Ogyges». Varrón, escritor de tanta fama, no llamara á esta extraña maravilla prodigio singular, si no le pareciera que era contra el orden de la naturaleza; pues decimos que todos los portentos son contra el orden de la naturaleza; aunque realmente no lo son, porque ¿cómo puede ser contra el curso ordinario de la naturaleza lo que se hace por voluntad de Dios, ya que la voluntad de un Autor y Criador tan grande y tan supremo es la naturaleza del objeto criado? Así que el portento se obra, no contra el orden de la naturaleza, sino en contraposición al débil conocimiento que se tiene de la naturaleza. ¿Y quién será suficiente para referir la inmensidad de prodigios que se hallan escritos en las historias de los gentiles? En el que acabamos de exponer, pondremos lo que interesa al asunto presente. ¿Qué cosa hay tan puesta en orden por el Autor

de la naturaleza acerca del cielo y de la tierra, como el ordenado curso de las estrellas? ¿Qué cosa hay que tenga leyes más constantes? Y, sin embargo, cuando quiso el que rige y gobierna con sumo imperio lo que crió, la estrella que por su magnitud y brillantez entre las demás es muy conocida, mudó el color y grandeza de su figura, y, lo que es más admirable, el orden y la ley fija de su curso y movimiento. Turbó sin duda entonces, si es que las había ya, algunas reglas de la astrología, las cuales están fijadas con una cuenta tan exacta y casi inequívocable sobre los cursos y movimientos pasados y futuros de los astros, que rigiéndose por estos cánones ó tablas se atrevieron á decir que el figurado prodigio de la estrella de Venus jamás había sucedido. Sin embargo, nosotros leemos en la Sagrada Escritura que se detuvo el sol en su curso, habiéndolo suplicado así á Dios el varón santo Josué, hasta acabar de ganar una batalla que tenía principiada; y que retrocedió, para significar con este prodigio que Dios ratificaba su promesa de prolongar la vida del rey Ezequías quince años. Pero aun estos milagros que sabemos los concedió Dios por los méritos de sus siervos, cuando nuestros contradictores no niegan que han sucedido, los atribuyen á la influencia de las artes mágicas, como lo que referí arriba que dijo Virgilio (1): «de la maga que hacía suspender las corrientes de los ríos y retroceder el curso de los astros». En la Sagrada Escritura leemos también que se detuvo un río por la parte de arriba, y corrió por la de abajo, marchando el pueblo de Dios con su capitán Josué, de quien arriba hicimos mención, y que después sucedió lo mismo, pasando por el mismo río el profeta Elías, y después el profeta Eliseo; y que se atrasó el mayor de los planetas,

(1) Virgilio, lib. XV. *Eneida*.

reinando Ezequías, como ahora lo acabamos de insinuar. Mas lo que escribe Varrón sobre la estrella de Venus, ó el lucero, no dice fuese favor concedido á alguno que lo solicitase.

No confundan, pues, ni alucinen sus entendimientos los infieles con el conocimiento de las naturalezas, como si Dios no pudiese hacer en algún ente otro efecto distinto de lo que conoce de su naturaleza la experiencia humana, aunque las mismas cosas de que todos tienen noticia en el mundo no sean menos admirables, y serían estupendas á todos los que las quisieran considerar seriamente, si se acostumbrasen los hombres á admirarse de otras maravillas que de las raras. Porque, ¿quién hay que discurriendo con recta razón no advierta, por una parte, que en la innumerable multitud de los hombres, y en una tan singular semejanza de naturaleza, con grande maravilla cada uno tiene de tal manera su rostro, que si no fuesen tan semejantes entre sí, no se distinguiría su especie de los demás animales, y si no fuesen entre sí tan desemejantes, no se diferenciaría cada uno en particular de los demás de su especie? De modo que reconociéndolos semejantes, hallamos que son distintos unos de otros. Pero es admirable la consideración de la desemejanza, porque con más justa razón parece que la naturaleza común es más afecta á la semejanza, y, sin embargo, aunque las cosas que son raras son las admirables, mucho más nos maravillamos cuando hallamos dos tan parecidos, que en conocerlos y distinguirlos, siempre, ó las más veces nos equivocamos.

Pero lo que he dicho que escribió Varrón, con ser historiador suyo, y tan instruído, acaso no creerán que sucedió realmente, ó porque no duró y parseveró por mucho espacio de tiempo aquel curso y movimiento de aquella estrella, que volvió á su acostumbrado movi-

miento, no les hará mucha fuerza este ejemplo. Démolos, pues, otro, que aun ahora se lo podemos manifestar, y pienso que debe bastarles para que comprendan cuando vieren otra cosa en el progreso de alguna naturaleza, de que tuvieran exacta noticia, que deben tasar la potestad de Dios, como si no fuese poderoso para convertirla y transformarla en otra muy diferente de la que ellos conocían. La tierra de los Sodomitas no fué sin duda en otro tiempo cual es ahora, sino que era como las demás, y tenía la misma fertilidad, y aun mayor, porque en la Sagrada Escritura vemos que la compararon al Paraíso de Dios. Esta, después que descendió sobre ella fuego del cielo, como lo confirma también la historia de los infieles, y lo ven ahora los que viajan á aquellos países, pone horror con su prodigioso hollín, y la fruta que produce encubre la ceniza que contiene en su interior, con una corteza que aparenta estar madura. Ved aquí que no era tal cual es ahora. Advertid que el Autor de las naturalezas convirtió con admirable mutación su naturaleza en esta variedad y representación tan abominable y fea. Y lo que sucedió hace tanto tiempo, persevera al cabo de tanto tiempo.

Como no fué imposible á Dios criar las naturalezas que quiso, no le es imposible mudarlas en lo que quisiere. De donde nace también la multitud de aquellos milagros que llaman monstruos, ostentos, portentos y prodigios, que si hubiera de referirlos nunca acabaríamos de llegar al fin de esta obra. Dícese que los llamaron monstruos de *monstrant*, porque con su significación nos muestran alguna cosa; y ostentos de *ostendendo*; portentos de *portendendo*, esto es, *præostendendo*; y prodigios porque pronostican, esto es, que nos dicen las cosas futuras. Los que por ellos conjeturan y adivinan, ya se engañen, ya por instinto de los demonios (que tienen cuidado de intrincar con las redes de la mala

curiosidad los ánimos de los hombres que merecen semejante castigo) adivinen la verdad, ya por decir muchas cosas, acaso tropiecen con alguna que sea verdad; porque tales portentos, que se obran como contra el orden de la naturaleza, y así se dice (con el cual modo de hablar, dijo también el Apóstol que el acebuche injerto contra su naturaleza en la oliva, participa de la crasitud de la oliva), y se llaman monstruos, ostentos, portentos y prodigios, nos deben mostrar, significar y pronosticar que ha de hacer Dios lo que dijo que había de hacer de los cuerpos muertos de los hombres, sin que se lo impida dificultad alguna, ó le ponga excepción ley alguna natural. Y de que así lo expresó, creo que con claridad lo he manifestado en el libro antecedente, recopilando y tomando de la Sagrada Escritura en el Viejo y Nuevo Testamento, no todo lo que toca á este propósito, sino lo que me pareció suficiente para la comprobación de la doctrina comprendida en esta obra.

CAPÍTULO IX

Del infierno y calidad de las penas eternas.

Infaliblemente será, y sin remedio, lo que dijo Dios por su Profeta en orden á los tormentos y penas eternas de los condenados: «que su gusano nunca morirá, y su fuego nunca se extinguirá»; porque para recomendarnos esta doctrina con más eficacia, también nuestro Señor Jesucristo, entendiendo por los miembros que escandalizan al hombre todos aquellos que cada uno ama como á sus miembros, y ordenando que éstos se

corten, dice (1): «Mejor será que entres manco en la vida, que ir con dos manos al infierno al fuego inextinguible, donde el gusano de los condenados nunca muere, y su fuego jamás se apaga». Lo mismo dice del pie en estas palabras (2): «Mejor será que entres cojo en la vida eterna, que no con dos pies te echen en el infierno al fuego perpetuo, donde el gusano de los condenados jamás muere, y el fuego nunca se apaga». Lo mismo dice también del ojo: «mejor es que entres con un ojo en el reino de Dios, que no con dos te echen al fuego del infierno, donde el gusano de los condenados jamás muere, y el fuego nunca se apaga». No reparó en repetir tres veces en un solo lugar unas mismas palabras. ¿A quién no infundirá terror esta repetición y la amenaza de aquellas penas, tan rigurosa de boca del mismo Dios? Mas los que quieren que estas dos cosas, el fuego y el gusano, pertenecen á los tormentos del alma, y no á los del cuerpo, dicen que los desechados del reino de Dios también se abrasan y queman en la pena y dolor del alma, que tarde y sin utilidad se arrepienten; y por eso pretenden que no sin cierta conveniencia se pudo poner el fuego por este dolor que así quema, pues dijo el Apóstol (3): «¿Quién se escandaliza sin que yo no me quemé y abrase?» Este mismo dolor igualmente creen que se debe entender por el gusano; porque escrito está, añaden (4): «que así como la polilla roe el vestido, y el gusano el madero, así la tristeza consume el corazón del hombre». Pero los que no dudan que en aquel tormento ha de haber penas para el alma y para el cuerpo, dicen que el cuerpo se abrasará con el fuego, y el alma será roída en cierto modo por

(1) San Marcos, cap. IX, v. 42.

(2) Idem, Evang. lug. cit., v. 44.

(3) San Pablo, II ep. á los Corintios, cap. II.

(4) Proverbios, cap. XXV.

el gusano de la tristeza. Lo cual, aunque es más creíble, porque, en efecto, es disparate que haya de faltar allí dolor del cuerpo ó del alma, con todo, soy de dictamen que es más obvio el decir que lo uno y lo otro pertenece al cuerpo, que no que lo uno ni lo otro; y por lo mismo en aquellas palabras de la Escritura no se hace mención del dolor del alma, porque bien se entiende ser consecuencia legítima, aunque no lo exprese, de que estando el cuerpo atormentando así al alma, ha de sentir también los tormentos de la ya esteril é infructuosa penitencia; por cuanto leemos asimismo en el Testamento Viejo que «el castigo de la carne del impío es el fuego y el gusano» (1). Pudo más resumidamente decir el castigo del impío, ¿por qué dijo de la carne del impío, sino ó porque lo uno y lo otro, esto es, el fuego y el gusano será la pena y el tormento de la carne, ó si quiso decir el castigo de la carne, mediante á que ésta será la que se castigará en el hombre, esto es, el haber vivido según los impulsos de la carne, y por esto también caerá en la muerte segunda, que significó el Apóstol (2) diciendo: si vivieseis según la carne, moriréis? Escoja cada uno lo que más le agradare, ó atribuyendo el fuego al cuerpo, y al alma el gusano, lo uno propiamente, y lo otro metafóricamente, ó lo uno y lo otro propiamente al cuerpo; porque ya bastantemente queda arriba averiguado que pueden los animales vivir también en el fuego sin consumirse, y en el dolor sin morir, por alta providencia del Criador Omnipotente, á quien el que negare que esto le es posible, ignora que de él procede todo lo que es digno de admiración en todas las cosas naturales. Pues el mismo Dios es el que hizo en este mundo todos los milagros y maravillas

(1) *Eclesiastes*, cap. VII.

(2) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. VIII.

grandes y pequeñas que hemos referido; siendo incomparablemente más aún las que no hemos insinuado y las encerró en este mundo, maravilla única y la mayor de todas cuantas hay. Así que, podrá cada uno escoger lo que mejor le pareciere, ya piense que el gusano pertenece propiamente al cuerpo ó al alma metafóricamente, transfiriendo el nombre de las cosas corporales á las incorpóreas. Cuál de estos sea la verdad, ello mismo nos lo manifestará más fácilmente cuando sea tan grande la ciencia de los santos, que no tenga necesidad de experimentarlas para conocer aquellas penas, sino que los bastará para saberlo la sabiduría que entonces tendrán plena y perfecta; porque ahora (1) «conocemos en parte, hasta que llegue el colmo y perfección»; pero con tal que de ningún modo creamos que aquellos cuerpos serán de tal complexión, que no sientan dolor alguno del fuego.

CAPÍTULO X

Si el fuego del infierno, siendo corpóreo, puede con su contacto abrasar los espíritus malignos, esto es, á los demonios incorpóreos.

Aquí se ofrece la duda sobre si no ha de ser aquel fuego incorpóreo de tal condición que ofenda del modo que sea ofendida y sienta dolor el alma, sino corpóreo, que ofenda con el tacto, de suerte que con él se puedan atormentar los cuerpos. En este caso ¿cómo han de padecer en él pena y tormento los espíritus malignos? El mismo fuego en que están los demonios será el que se acomodará al tormento de los hombres, como lo dice

(1) San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. XIII.

Jesucristo (1): «Idos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado al demonio y á sus ángeles»; porque también los demonios tienen sus peculiares cuerpos, como han opinado personas doctas, compuestos de este aire craso y húmedo cuyo impulso sentimos cuando corre viento; porque si este elemento no pudiese padecer del fuego, en los baños, cuando está caliente no quemaría; pues para que pueda quemar, primero ha de encenderse. Pero si dijese alguno que los demonios no tienen figura alguna de cuerpo, no hay motivo para que en este punto nos molestemos por averiguarlo, ó para que obstinadamente los disputemos: porque ¿qué razón hay para que no digamos que también los espíritus incorpóreos pueden ser atormentados con el fuego corpóreo, por un modo admirable, però verdadero; puesto que los espíritus humanos, que son sin duda incorpóreos, pudieron ahora encerrarse en los miembros corporales, y entonces se podrán juntar y enlazarse indisolublemente con sus cuerpos? Seguramente se juntarían si no tuvieran cuerpo alguno los espíritus de los demonios, ó, por mejor decir, los espíritus demonios, aunque incorpóreos, con el fuego corporal para ser atormentados, no para que el mismo fuego con que se unieren con su ayuntamiento sea inspirado y se haga animal que conste de espíritu y cuerpo, sino, como dije, para que, juntándose con modo admirable é inefable, reciban del fuego pena, y no para que den vida al fuego; porque también este otro modo con que los espíritus se unen con los cuerpos y se hacen animales, y no es admirable, le puede dar alcance el hombre, siendo lo mismo que es el hombre. Pudiera decir que arderán los espíritus sin tener cuerpo, como ardía en los calabozos oscuros del infierno aquel rico cuando decía (2): «Pa-

(1) San Mateo, cap. XXV.

(2) San Lucas, cap. XVI.

de zco dolores y tormentos en esta voraz llama»; si no viera que está la respuesta en la mano, qué tal era aquella llama, cuáles eran los ojos que levantó y con que vió á Lázaro, y cuál la lengua para quien deseaba una gotita de agua, y cuál el dedo de Lázaro con que pedía que se le hiciese aquel beneficio; y, con todo, las almas allí estaban sin sus cuerpos. Así también era incorpórea aquella llama con que se abrasaba, y aquella gotita de agua que pedía, cuales son también las visiones de los que en sueños ó en éxtasis ven objetos incorpóreos, pero que tienen semejanza de cuerpos; porque el mismo hombre, aunque se halla en tales visiones con el espíritu y con el cuerpo, con todo, de tal suerte entonces se ve á sí semejante á su mismo cuerpo, que de ningún modo se puede discernir ni distinguir. Mas aquella terrible gehenna que la Escritura llama igualmente estanque de fuego y azufre (1), será fuego corpóreo y atormentará á los cuerpos de los hombres condenados, y á los aéreos de los demonios; ó de los hombres los cuerpos con sus espíritus y de los demonios los espíritus sin cuerpo, juntándose al fuego corporal para recibir tormento y pena, y no para darle vida; porque como dice la misma Verdad, un mismo fuego ha de ser el que ha de atormentar á los unos y á los otros.

CAPÍTULO XI

Si es razón y justicia que no sean más largos los tiempos de las penas y tormentos que lo fueron los de los pecados.

Pero aquí algunos de estos contra quienes defendemos la Ciudad de Dios, imaginan ser una injusticia que

(1) *Apocalipsis*, cap. XX.

por los pecados, por enormes que sean, es á saber, por los que se cometen en un breve tiempo, sea nadie condenado á pena eterna, como si hubiese habido ley que ordene que en tanto espacio de tiempo sea uno castigado, cuanto gastó en cometer aquella culpa por la que mereció serlo. Ocho géneros de penas señala Tulio que se hallan prescriptas por las leyes: daño, prisión, azotes, tali6n, afrenta, destierro, muerte y servidumbre. ¿Cuál de estas penas es la que se ajusta á la brevedad y presteza con que se cometió el delito para que dure tanto su castigo cuanto duró el delincuente en cometerle, sino es acaso la pena del tali6n, mediante á que ésta establece que padezca cada uno lo mismo que hizo? Conforme á esta sanción es aquella de la ley mosaica que mandaba pagar (1) «ojo por ojo, diente por diente», porque es factible que en tan breve tiempo pierda uno el ojo por el rigor de la justicia, en cuanto se lo quitó á otro por la malicia de su pecado. Pero si el que da un ósculo á mujer ajena es razón que le castiguen con azotes, pregunto: el que comete este delito en un instante ¿no viene á padecer los azotes por un tiempo incomparablemente mayor, y el gusto de un breve deleite se viene á castigar con un largo dolor? ¿Pues qué diremos de la prisión? ¿Acaso hemos de entender que debe estar en ella uno tanto cuanto se detuvo en hacer el delito por el cual mereció ser preso, siendo así que justísimamente paga un esclavo las penas por algunos años en grillos y cadenas, porque con la lengua ó con algún golpe dado en un momento amenazó ó hirió á su amo? ¿Y qué diremos del daño, la afrenta, el destierro, la servidumbre, como por la mayor parte se dan en tales circunstancias que jamás se relajan ni remiten? ¿Acaso, según nuestro método de vivir, no parecen á las penas

(1) Exod., cap. XXI.

eternas mediante á que no puede ser eterna la misma vida que con ellas se castiga? Sin embargo, los pecados que se castigan con penas que duran larguísimo tiempo, se cometen en un solo momento, y jamás ha habido quien opine que tan breves deben ser las penas de los delincuentes como lo fueron el homicidio ó el adulterio, ó el sacrilegio ó cualquiera otro delito, el cual se debe estimar, no por la extensión del tiempo, sino por la grandeza de la malicia. Y cuando por algún grave delito quitan á uno la vida, ¿por ventura las leyes estiman y ponderan su castigo por el espacio en que le matan, que es muy breve, ó le borran para siempre del número de los vivientes? Lo mismo que es el desterrar á los hombres de esta Ciudad mortal con la pena de la primera muerte, es el desterrar á los hombres de aquella Ciudad inmortal con la pena de la segunda muerte, porque así como no preceptúan las leyes de esta Ciudad que vuelva á ella ninguno que haya sido muerto, así tampoco las de aquélla que vuelva á la vida eterna ningún condenado á la muerte segunda. ¿Cómo, pues, será verdad, dicen, lo que enseña vuestro Cristo, *in qua mensura mensi fueritis, in ea remetietur vobis*, «que con la medida que midiéreis, con esa misma se os volverá á medir», si el pecado temporal se castiga con pena eterna? No atienden ni consideran que llama la misma medida, no por el igual espacio de tiempo, sino por el retorno del mal, es decir, que el que hiciere mal padezca mal, aunque esto se puede tomar propiamente por lo que hablaba el Señor cuando dijo esto de los juicios y condenaciones. Por tanto, el que juzga y condena injustamente, si es juzgado y condenado justamente, con la misma medida recibe, aunque no lo mismo que dió, porque con el juicio hizo y padece con el juicio, aunque con la condenación por él dada hizo lo que era injusto y padece con la condenación que sufre lo que es justo.

CAPÍTULO XII

De la grandeza de la primera culpa, por la cual se debe eterna pena á todos los que se hallaren fuera de la gracia del Salvador.

La pena eterna parece dura é injusta al sentido humano, porque en esta flaqueza de los sentidos enfermos y mortales nos falta aquel sentido de la altísima y purísima sabiduría con que podamos advertir la impiedad y maldad tan execrable que se cometió en la primera culpa; porque cuanto más gozaba el hombre de Dios, con tanta mayor iniquidad dejó á Dios y se hizo digno de un mal eterno, el que desdijo en sí el bien que pudiera ser eterno. Por eso fué condenada toda la descendencia del linaje humano, pues el que primeramente cometió este crimen fué castigado con toda su posteridad, que entonces estaba arraigada en él, para que ninguno escapase de este justo y merecido castigo sino por la misericordia y no debida gracia, y el linaje humano se dispusiese de manera que en algunos se manifieste lo que puede la piadosa gracia y en los demás lo que el justo castigo. Estas dos cosas juntas no se podían realizar en todos, pues si todos vinieran á parar en las penas de la justa condenación, en ninguno se descubriera la misericordiosa gracia del Redentor. Por otra parte, si todos pasaran de las tinieblas á la luz, en ninguno se mostrara la severidad del castigo; siendo muchos más los castigados que los que participan de la gracia, para darnos á entender en esto lo que de razón se debía á todos, y si á todos se les recompensara como merecían, nadie justamente pudiera reprender la justicia del que así los castigaba. Pero como son tantos los que escapan libres, tenemos motivo para dar gra-

cias á Dios, el que gratuitamente y por singular fineza nos hace la merced de libertarnos de aquella perpetua carcel.

CAPÍTULO XIII

Contra la opinión de los que piensan que á los pecadores se les dan las penas después de esta vida, á fin de purificarlos.

Los platónicos, aunque no enseñan que haya pecado alguno que quede sin condigno castigo, opinan que todas las penas se aplican para la enmienda y corrección, así las que dan las leyes humanas como las divinas, ya sea en la vida actual, ya en la futura, cuando acontece que, ó se perdona aquí á alguno su culpa ó le castiguen de suerte que en la tierra no quede enteramente corregido y enmendado. Conforme á esta doctrina es aquella expresión de Marón, cuando habiendo dicho de los cuerpos terrenos y de los miembros enfermizos y mortales, que á las almas (1) «de aquí les proviene el temer, desear, dolerse, alegrarse, y que estando en una tenebrosa y obscura carcel, no pueden desde allí contemplar su naturaleza». Prosiguiendo, dice: «que aun cuando en el último día las deja esta vida; con todo, dice, no se despide de ellas toda la desventura ni se les desarraiga del todo el contagio que se les pegó del cuerpo, y es preciso que muchas cosas que con el tiempo se han forjado en lo interior, como si las hubieran injertado, hayan ido brotando y creciendo maravillosamente. Así que padecen sus tormentos y pagan las penas de los pasados yerros, y unas tendidas y suspensas en el aire,

(1) Virg., lib. VI. *Eneida*.

otras bajo el inmenso golfo de las aguas, pagan la culpa contraída ó se la acrisolan con el fuego». Los que son de esta opinión no quieren que después de la muerte haya otras penas que las purgatorias, de suerte que porque el agua, el aire y el fuego son elementos superiores á la tierra, quieren que por alguno de éstos se purifique mediante las penas expiatorias ó purificadoras, lo que se había contraído del contagio de la tierra. Porque el aire se entiende en lo que dice tendidas y colgadas al viento, el agua en lo que dice debajo del inmenso golfo del mar, y el fuego le declaró por su nombre propio, cuando dijo ó se la acrisolan en el fuego. Pero nosotros, aun en esta vida mortal, confesamos que hay algunas penas purgatorias, no con que sean afligidos aquellos cuya vida con ellas ó no se mejora, ó por mejor decir, se empeora y relaja más, sino que son purgatorias para aquellos que, ostigados y refrenados con ellas, se corrigen, moderan y enmiendan. Todas las demás penas, ya sean temporales ó eternas, conformes cada uno a la de ser tratado por la Providencia divina, se aplican, ó por los pecados, ya sean pasados, ó en los que aun vive el paciente, ó por ejercitar y manifestar las virtudes por medio de los hombres y de los ángeles, ya sean buenos, ya sean malos. Pues aunque uno sufra algún mal por yerro ó malicia de otro, aunque es positivo que peca el hombre que damnifica á otro por ignorancia ó injusticia, mas no peca Dios que permite se haga con justo, aunque oculto y secreto juicio suyo. Sin embargo, las penas temporales, unos las padecen solamente en esta vida, otros después de la muerte, otros ahora y entonces, pero todos antes de aquel severísimo y final juicio. Mas no van á las penas eternas que han de tener después de aquel juicio todos aquellos que después de la muerte las padecían temporales, porque á algunos lo que no se les perdonó en la vida presente, ya

dijimos arriba que se les perdona en la futura, esto es, que no lo pagan con la pena eterna del siglo venidero.

CAPÍTULO XIV

De las penas temporales de esta vida, á que está sujeta la naturaleza humana.

Rarísimos son los que no pagan alguna pena en esta vida, sino solamente después en la otra. Y aunque yo he conocido á algunos, y de estos he oído que hasta la decrepita senectud no han sentido ni una leve calentura, pasando su vida en paz, tranquilidad y salud robusta; sin embargo, la misma vida de los mortales, toda ella no es otra cosa que una interminable pena, porque toda es tentación, como lo dice la Sagrada Escritura (1): «tentación es la vida del hombre sobre la tierra», mediante á que no es pequeña pena la misma ignorancia é impericia, la cual en tanto grado nos parece que debe huirse, que con penas llenas de dolores acostumbramos apremiar á los niños á que aprendan alguna facultad ó ciencia. Y el mismo estudio á que los compelemos con los castigos les es á ellos tan penoso, que á veces quieren más sufrir las mismas penas con que los forzamos á que estudien, que aprender cualquiera ciencia. ¿Quién no se horrorizará y querrá antes morir, si le dan á escoger una de dos cosas, ó la muerte, ó volver otra vez á la infancia? La cual no da principio á la vida riendo, sino llorando sin saber la causa, anunciando así los males en que entra. Sólo Zoroastro, rey de los Bactrianos, dicen que nació riendo, aunque tam-

(1) Job, cap, VII, v. 1.

poco aquella risa, por no ser natural, sino monstruosa, le anunció felicidad alguna; porque, según dicen, fué inventor de la mágica, la cual le aprovechó muy poco ni aun contra sus enemigos, para poder gozar siquiera de la vana felicidad de la vida presente, pues le venció Nino, rey de los Asirios. Por todas circunstancias, lo que dice la Escritura (1): «Grave es y muy pesado el yugo que han de llevar los hijos de Adán desde el día que salen del vientre de su madre hasta que vuelven á la sepultura, que es la madre común de todos»; es tan infalible que se haya de cumplir, que los mismos niños que están libres ya del vínculo, que sólo tenían por el pecado original por virtud del bautismo; entre otros muchos males que padecen, algunos también son acosados y molestados en ocasiones por los espíritus malignos. Aunque no creemos que este padecimiento puede ofenderles después que acaban la vida por causa de él en dicha edad.

CAPÍTULO XV

Que todo lo que hace la gracia de Dios, que nos libra del abismo del antiguo mal, pertenece á la novedad del siglo futuro.

Es aquel grave yugo que llevan sobre sí los hijos de Adán, desde el día que salen del vientre de su madre hasta que vuelven á la sepultura, que es el vientre de la madre común de todos; se halla el medio miserable á que se ajusta nuestra vida para que entendamos que se nos ha hecho penal y como un purgatorio por causa

(2) *Eclesiastes*, cap. XL.

del enorme pecado que se cometió en el Paraíso, y que todo cuanto se hace con nosotros por virtud del Nuevo Testamento no pertenece sino á la nueva herencia de la futura vida, para que, recibiendo en la presente la prenda, alcancemos á su tiempo aquella felicidad por que se nos dió la prenda para que ahora vivamos con esperanza, y aprovechando de día en día, mortifiquemos con el espíritu las operaciones de la carne. Porque (1) «sabe el Señor los que son suyos, y que todos los que se mueven por el espíritu de Dios son hijos de Dios», aunque lo son por gracia, no por naturaleza. Pues el que es único y solo por naturaleza Hijo de Dios por un efecto de su misericordia y por nuestra redención se hizo Hijo del hombre, para que nosotros, que somos por naturaleza hijos del hombre, nos hiciéramos por su gracia y mediación hijos de Dios. Porque en perseverando en sí inmutable, recibió de nosotros nuestra naturaleza, á efecto de podernos recibir en ella y sin dejar su divinidad, se hizo partícipe de nuestra fragilidad, para que nosotros, transformados en un estado más floreciente, perdiésemos, por la participación de su inmortalidad y justicia, el ser pecadores y mortales (2), y llenos del sumo bien conservásemos en la bondad de su naturaleza el bien que obró en la nuestra. Porque así como por un hombre pecador llegamos á ese mal tan grave, así por un Hombre Dios justificador vendremos á conseguir aquel bien tan sublime. Ninguno debe confiar y presumir que ha pasado de este hombre pecador á aquel Hombre Dios, sino cuando estuviere ya donde no habrá tentación, y cuando tuviere y poseyere aquella paz que busca por medio de muchas batallas en esta

(1) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. VIII, y á Timotheo, cap. II, v. 10.

(2) San Pablo, epístola á los Romanos, cap. V.

guerra, donde *caro concupiscit aduersus spiritum, et spiritus aduersus carnem*, «la carne aspira contra el espíritu y el espíritu contra la carne»; cuya guerra nunca la hubiera si la naturaleza humana hubiese perseverado con el libre albedrío en la rectitud en que Dios la crió. Pero como cuando era feliz no quiso tener paz con Dios, ahora que es infeliz pelea consigo, y esto, aunque es también un mal miserable, con todo, es mejor y más tolerable que los primeros años é infancia de esta vida. Porque mejor es lidiar con los vicios, que no que sin ninguna lid ni contradicción dominen y reinen. Mejor es, digo, la guerra con esperanza de la paz eterna, que el cautiverio sin ninguna esperanza de libertad. Bien que deseemos carecer también de esta guerra y nos encendamos con el fuego del divino amor para gozar aquella ordenada paz, donde con constante firmeza lo que es inferior y más flaco se sujeta á lo mejor. Pero si (lo que no quiere Dios) no hubiese esperanza alguna de un bien tan grande, debiéramos querer más vivir en la aflicción y molestia de esta guerra que rendirnos, y dejar á los vicios, no haciéndoles resistencia, el dominio sobre nosotros.

CAPÍTULO XVI

Debajo de qué leyes de gracia están todas las edades de los reenjendrados.

Es tan grande la misericordia de Dios para con los vasos de misericordia que tiene preparados para la gloria, que aun en la primera edad del hombre, esto es, la infancia, que sin hacer resistencia alguna está sujeta á la carne, y en la segunda, que se llama pubertad, en la

cual la razón aun no ha entrado en esta batalla y está sujeta casi á todos los viciosos deleites; pues aun cuando pueda ya hablar, y por lo mismo parezca que ha salido de la infancia, sin embargo, en ella la flaqueza y flexibilidad de la razón aun no es capaz de precepto; en esta edad, pues, con que haya recibido los Sacramentos del Redentor (1), si en tan tiernos años acaba el curso de su vida como se ha trasplantado ya de la potestad de las tinieblas al reino de Cristo (2), no sólo no sufre las penas eternas, sino que, aun después de la muerte, no padece tormento alguno en el purgatorio; porque basta la regeneración espiritual para que no se le siga el daño que, después de la muerte, junto con la muerte, contrajo la generación carnal. Pero en llegando ya á la edad que es capaz de precepto y puede sujetarse al imperio de la ley, es indispensable que demos principio á la guerra contra los vicios, y que la hagamos rigurosamente, para que no nos obliguen á caer en los pecados que ocasionen nuestra eterna condenación. Que si los vicios no han adquirido aún fuerzas con el curso y costumbre de vencer, fácilmente se vencen y ceden; pero si están acostumbrados á vencer y dominar, con grande trabajo y dificultad se podrán vencer. Ni esto puede ejecutarse sinceramente sino aficionándose á la verdadera justicia, que consiste en la fe de Cristo. Porque si nos estrecha la ley con el precepto y nos faltan los auxilios del espíritu, creciendo por la misma prohibición el deseo y venciendo el apetito del pecado, se nos viene á aumentar el reato de la prevaricación, esto es, la culpa de la infracción de la ley. Aunque es verdad que algunas veces unos vicios que son claros y manifiestos se vencen con otros vi-

(1) San Pablo, I ep. á Timotheo, cap. II.

(2) San Pablo, ep. á los Colosenses, cap. I.

cios ocultos y secretos que se cree ser virtudes, y en ellos reina la soberbia y una soberanía despótica de agradarse á sí propio que amenaza ruina. Hemos, pues, de dar por vencidos los vicios cuando se vencen por amor de Dios, cuyo amor ningún otro nos le da sino el mismo Dios, y no de otro modo sino por el mediador de Dios y de los hombres, Jesucristo Hombre y Dios, quien se hizo partícipe de nuestra moralidad por hacernos partícipes de su divinidad. Poquísimos son los que se hacen dignos de alcanzar tanta felicidad y dicha, que desde el principio de su juventud no hayan cometido pecado alguno que pueda condenarlos, ó torpezas, ó crímenes execrables ó algún error de perversa impiedad, á no ser que por un particular don y liberalidad del espíritu triunfen de todo lo que les podía sojuzgar y sujetar con el deleite carnal. Pero muchos, habiendo recibido el precepto de la ley, si se ven vencidos, prevaleciendo los vicios y hechos ya transgresores de la ley, se acogen á la gracia auxiliante, para que de esta manera, haciendo áspera y condigna penitencia y peleando valerosamente, sujetando primero el espíritu á Dios, y prefiriéndole á la carne, puedan salir vencedores. Cualquiera que desea escapar y libertarse de las penas eternas, no sólo debe bautizarse, sino también justificarse en Cristo, como si verdaderamente pasase y se transfiriese de la potestad del demonio al yugo suave de Cristo. Y no piense que ha de haber penas del purgatorio sino en el ínterin que venga aquel último y tremendo juicio. Aunque no puede negarse que igualmente el mismo fuego eterno, conforme á la diversidad de los méritos, aunque malos, será para algunos más benigno y para otros más riguroso, ya sea variando su fuerza y ardor, según la pena que cada uno merece, ya sea ardiendo para siempre lo mismo, pero sin ser para todos igual sufrimiento.

CAPÍTULO XVII

De los que piensan que las penas del hombre
no han de ser eternas.

Ya advierto que conduce tratar y disputar aquí en sana paz con nuestros misericordiosos antagonistas, que no quieren creer que todos aquellos á quienes el justísimo Juez ha de juzgar por dignos del tormento del infierno, ó algunos de ellos hayan de padecer pena que sea eterna, sino creéis que después de ciertos plazos designados, más largos ó más cortos, según la calidad del pecado de cada uno, al cabo han de salir de allí libres. En lo cual sin duda se mostró demasiado misericordioso Orígenes, creyendo que el mismo demonio y sus ángeles, después de graves y dilatados tormentos habían de salir de aquellas penas, y venir á juntarse con los santos ángeles. Pero la Iglesia con justa causa reprobó á Orígenes por esta falsa doctrina, como también por otras causas justas, y especialmente por las bienaventuranzas y miserias alternativas sin cesar, y por las interminables idas y venidas de éstas á aquéllas y de aquéllas á éstas, en ciertos intervalos de siglos; pues aun esto en que parecía misericordioso, le perdió, mediante á que fabricó á los santos unas verdaderas miserias con que pagasen sus penas, y unas falsas bienaventuranzas en que no tuviesen gozo verdadero y seguro, esto es, que fuese cierto, y sin temor de perder el bien eterno. Pero muy distinta doctrina es aquella en que yerra con humano afecto la misericordia de los que imaginan que las miserias de los hombres condenados en aquel juicio han de ser temporales, y la felicidad de todos los que se han de salvar tarde ó temprano, eternas. Cuya opinión, si es buena y

verdadera porque es misericordiosa, tanto mejor será y más cierta cuanto fuese más misericordiosa. Extiéndase, pues, la fuente de esta piedad hasta los ángeles condenados, que han de ser libres, á lo menos al cabo de tantos y tan dilatados siglos como quisieren. ¿Por qué causa corre esta fuente hasta llegar á toda la naturaleza humana, y en llegando á la angélica se para y se seca? Con todo, no se atreven á pasar más adelante con su misericordia, y llegar hasta poner igualmente en libertad al mismo demonio. Si alguno se atreve, aunque vence en efecto á éstos, sin embargo, se advierte que yerran tanto más disformemente, y tanto más perversamente contra la rectitud de la divina palabra, cuanto á sí propio le parece que su opinión es más clemente y piadosa.

CAPITULO XVIII

De los que presumen que en el último y final juicio ningún hombre será condenado por las intercesiones de los santos.

Hay también algunos, como yo mismo he experimentado en varios coloquios y conferencias á que he asistido, que pareciendo que veneran la doctrina contenida en la Sagrada Escritura, viven por otra parte mal, y sosteniendo su causa propia, atribuyen á Dios para con los hombres mucha mayor misericordia que los ya insinuados; porque dicen que aunque sea positivo lo que tiene dicho Dios en orden á los hombres malos é infieles que son dignos de la pena eterna, y merecen ser castigados, cuando llegaren al tribunal y juicio de Dios vencerá la misericordia, mediante á que los ha de perdonar, dicen, el benigno y piadoso Dios por las oracio-

nes é intercesión de sus santos; pues si rogaban por ellos cuando se veían perseguidos de sus enemigos, ¿con cuánta más razón cuando los verán postrados, humildes y arrepentidos? Porque no es creible, dicen, que los santos entonces hayan de perder las entrañas de misericordia cuando estarán plenísimos de perfectísima santidad, y que los que rogaban por sus enemigos cuando ellos mismos tampoco se hallaban sin pecado, en aquella ocasión no rueguen por sus amigos humillados y rendidos cuando se hallarán libres de todo pecado; ó que no oirá Dios á tantos y tales hijos suyos cuando serán tan santos, que no se hallará en ellos impedimento alguno para oír sus oración. El testimonio del Real Profeta, que dice (1): «¿acaso se olvidará Dios de ser misericordioso, ó tendrá en su ira sus piedades?» Sólo los que lo alegan no quieren que los hombres infieles é impíos sean atormentados sólo por un dilatado número de años, y que después salgan libres y absueltos de todos sus males, sino mucho más estos de que hablamos. Su ira es, dicen éstos, que todos los indignos de la eterna bienaventuranza por su sentencia sean castigados con pena eterna, cuya pena, si permitiese Dios ó que sea larga, ó siquiera alguna, contendría en su ira sus misericordias, lo cual dice el Real Profeta que no hará, pues al decir ¿acaso detendrá largo tiempo en su ira sus misericordias? manifiesta que del todo no las detendrá. Así, pues, opinan éstos que la amenaza del juicio de Dios no es falaz, aunque á ninguno haya de condenar, como no podemos decir que fué mentirosa su amenaza cuando dijo que había de destruir á Nínive, y, sin embargo, no tuvo efecto, dicen, lo que anunció, que sería sin arbitrio alguno, porque no dijo Nínive será destruída sino hicieren penitencia y se en-

(1) Salmo 76.

mendaren sus moradores, sino que, sin añadir esta circunstancia, anunció la ruina y destrucción de aquella ciudad, cuya amenaza piensan que es cierta, porque lo que dijo Dios fué lo que ellos verdaderamente merecían padecer, aunque no hubiese de ejecutarlo el Señor, pues aunque perdonó á los penitentes, dicen, sin duda no ignoraba que habían de hacer penitencia, y, con todo, absoluta y determinadamente dijo que habían de ser destruidos. Así que esto, dicen, era verdad en el rigor que ellos merecían; pero no en razón de la misericordia, la cual no detuvo en su ira para perdonar á los humildes y rendidos aquella pena con que había amenazado á los contumaces. Si entonces, pues, perdonó, dicen, cuando con perdonar había de entristecer á su santo profeta, ¿cuánto más perdonará por los que se lo suplicarán con más compasión, cuando para que los perdone pedirán y rogarán todos sus santos? Esto que ellos imaginan en su corazón, piensan que lo pasó en silencio la Sagrada Escritura, para que muchos se corrijan y enmienden por el temor de las penas, ó largas ó eternas, y haya quien pueda rogar por los que no se corrigieren, y, sin embargo, imaginan que del todo no lo omitió la Sagrada Escritura; porque, dicen, ¿qué quiere decir aquello (1) «¿cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura, Señor, que ocultaste á los que te temen!», sino que entendamos que por este temor escondió Dios una tan grande y tan secreta dulzura de su misericordia? Y añaden que por lo mismo dijo también el Apóstol (2): «los encerró Dios á todos en la infidelidad para usar de misericordia con todos»; esto es, para darnos á entender que á ninguno ha de condenar. Y, no obstante, los que así opinan no extienden su opinión hasta el

(1) Salmo 30.

(2) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. XI.

punto de librar ó no condenar al demonio y á sus ángeles, porque se mueven con misericordia humana sólo para los hombres, y hacen principalmente su causa, prometiendo, como por una general misericordia de Dios hacia el linaje humano, á su mala vida un falso perdón. Así se aventajarán á éstos en encarecer la misericordia de Dios los que prometen esta remisión y gracia igualmente al príncipe de los demonios y á sus ministros.

CAPÍTULO XIX

De los que prometen también á los herejes gracia y perdón de todos sus pecados por la participación del cuerpo de Cristo.

Hay otros que prometen esta liberación ó exención de la pena eterna, no generalmente á todos los hombres, sino únicamente á los que hubieren recibido el bautismo de Cristo y participasen de su cuerpo, aunque vivan en medio de cualquiera herejía ó doctrina impía que obstinadamente abrazasen, por lo que dice Cristo (1): «Este es el pan que descendió del cielo, para que si alguno comiere de él, no muera. Yo soy el pan vivo que descendí del cielo; y si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre»; luego es necesario, dicen, que se libren éstos de la muerte eterna, y que lleguen á conseguir alguna vez la vida eterna.

(1) San Juan, cap. VI.

CAPÍTULO XX

De los que prometen el perdón á todos los católicos, aunque después incurrirán en herejía ó idolatría.

Hay otros que prometen igual felicidad, no á todos los que han recibido el Sacramento del Bautismo de Jesucristo y su sacrosanto cuerpo, sino sólo á los católicos, aunque vivan mal, porque no sólo sacramentalmente, sino realmente comieron el cuerpo de Cristo estando en el mismo cuerpo, de quienes dice el apóstol (1): «aunque muchos somos un pan, y componemos un solo cuerpo»; de forma que aunque después incurran en algún error herético ó en la idolatría de los gentiles, sólo porque en el cuerpo de Cristo, esto es, en la Iglesia católica recibieron el bautismo de Cristo y comieron el cuerpo de Cristo, no llegan á morir para siempre, sino que al fin alguna vez vienen á conseguir la vida eterna; y toda aquella impiedad, aunque sea muy grande, no afectará á la duración y grandeza de las penas, pero no ocasionará que sean eternas.

CAPÍTULO XXI

De los que enseñan que los que permanecen en la fe católica, aunque vivan perversamente, y por esto merezcan ser quemados, se han de salvar por su creencia en la fe.

Hay también algunos que por lo que dice la Sagrada Escritura (2): «que el que perseverare hasta el fin, se

(1) San Pablo, II ep. á los Corintios, cap. X.

(2) San Mateo, cap. XXIV.

salvará»: no prometen esta felicidad sino á los que perseverasen en el gremio de la Iglesia Católica, aunque vivan mal; es á saber, porque se han de salvar por medio del fuego, por el mérito de su creencia, de la cual dice el Apóstol (1): «nadie puede poner otro fundamento que el que hemos dicho, que es Jesucristo: si alguno edificare sobre este fundamento oro, plata, piedras preciosas, leña, heno y paja, á su tiempo se declarará y advertirá lo que cada uno hubiere hecho; porque el día del Señor lo declarará, pues con el fuego se manifestará, y lo que cada uno hubiere practicado, qué tal ha sido lo probará y averiguará el fuego; y si perseverare sin recibir daño, lo que uno hubiere obrado sobre el edificio, este tal recibirá su premio; pero si lo que hubiere hecho ardiere, padecerán daño las tales obras, mas él se salvará; pero de tal conformidad como lo que sale acendrado por el fuego». Dicen, pues, que el católico cristiano, como quiera que viva tiene á Cristo en el fundamento, el cual no le tiene ningún hereje, pues está destroncado y apartado por la herejía de la unidad y unión de su cuerpo. Y por causa de este fundamento, aunque el católico cristiano viva mal, como el que edificó sobre el fundamento leña, heno y paja, piensan que se salvan por el fuego; esto es, que se libran después de las penas de aquel fuego con que en el último y final juicio serán castigados los malos.

(1) San Pablo, I, ep. á los Corintios, cap. XIII.

CAPÍTULO XXII

De los que piensan que cumpliendo las obras de misericordia, los pecados que cometen no están sujetos al juicio de la condenación.

He hallado también otros que opinan que sólo han de arder en la eternidad de los tormentos los que no cuidaron de hacer por sus pecados las obras de misericordia y limosnas, conforme á la expresión del apóstol Santiago (1): «porque será juzgado sin misericordia el que no hubiere usado de misericordia»: luego el que la practicare, dicen, aunque no corrija ni modere su vida y costumbres, sino que, entre aquellas misericordias y limosnas que hiciera, viviere mal é inicuaamente, conseguirá en el juicio la misericordia, de manera que, ó no le castiguen con condenación alguna, ó después de algún tiempo corto ó dilatado, salga libre de aquella condenación. Y por eso piensan que el mismo juez de los vivos y de los muertos no quiso declarar que había de decir otra cosa, así á los de la mano derecha (2), á quienes ha de conceder la vida eterna, como á los de la siniestra, á quienes ha de condenar á los tormentos eternos, sino las limosnas y misericordias que hubieren hecho, ó hubieren omitido. A esto mismo dicen pertenece lo que pedimos diariamente en la oración del Padre nuestro (3), «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores»; porque cualquiera que perdona el pecado al que pecó contra él, sin duda usa de misericordia, la cual en tales términos nos la recomienda el mismo Señor, que dijo: «si perdo-

(1) San Jacob, ep. Can., cap. II. v. 13.

(2) San Mateo, cap. XXV.

(3) Id., Evang., cap., VI, v. 12.

naseis á los hombres sus pecados, también os perdonará á vosotros vuestro Padre vuestros pecados; y si no perdonaseis á los hombres, tampoco vuestro Padre, que está en los cielos, os perdonará á vosotros». Luego á esta especie de limosna y misericordia pertenece también lo que dice el apóstol Santiago: que se usará de juicio sin misericordia con el que no hizo misericordia. Y nó dijo el Señor, dicen, grandes ó pequeños pecados, sino os perdonará vuestro Padre vuestros pecados, si vosotros igualmente perdonaseis á los hombres. Por lo mismo presumen que á los que viven mal, hasta que acaben el último período de su vida se les perdonará diariamente por esta oración todos los pecados de cualquiera calidad y cantidad que fueren, así como se dice cada día la misma oración; con tal que sólo se acuerden de que cuando les piden perdón los que los han ofendido con cualquiera injuria, se le perdone de corazón. Luego que haya respondido á todas estas objeciones, con el favor de Dios habré dado fin á este libro.

CAPÍTULO XXIII

Contra los que dicen que no han de ser perpetuos los tormentos del demonio, ni los de los hombres impíos.

Primeramente conviene que averigüemos y sepamos por qué la Iglesia no ha podido tolerar la doctrina de los que prometen al demonio, despues de muy terribles y largas penas, la purgación ó el perdón; porque tantos santos y tan instruidos en la Sagrada Escritura del Nuevo y Viejo Testamento, no hemos de decir que envidiaron la purificación y la bienaventuranza del reino de los cielos, después de los tormentos de cualquiera

calidad y especie que sean, á cualesquiera ángeles, de cualquiera calidad y género que fuesen, sino que vieron que no se podía anular la sentencia divina, la que dijo el Señor que había de pronunciar en el último juicio, diciendo (1): «idos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el demonio y sus ángeles»; porque en estos términos el demonio y sus ángeles han de arder con fuego eterno, como está escrito en el *Apocalipsis* (2): «el demonio que los engañaba, fué echado en un estanque de fuego y azufre, donde también la bestia y los pseudos profetas serán atormentados de día y de noche por los siglos de los siglos»: lo que allá dijo eterno, aquí lo llamó siglos de los siglos. Con estas palabras la Sagrada Escritura no suele significar sino lo que no tiene fin de tiempo; por lo cual absolutamente no puede hallarse otra causa ni más justa ni más manifiesta, porque en nuestra verdadera religión tenemos y creemos firme é irrevocablemente que ni el demonio ni sus ángeles jamás han de tener regreso á la justicia y vida de los santos; sino porque la Escritura, que á nadie engaña, dice que Dios no los perdonó, y que en el interin los condenó con anticipación, de forma que los arrojó y encerró en las tenebrosas cárceles del infierno, para guardarlos y castigarlos después en el último y final juicio (3), cuando los recibirá el fuego eterno, donde serán atormentados por los siglos de los siglos. Siendo esto, así, ¿cómo se han de escapar (4) y librar de la eternidad de esta pena todos ó algunos hombres después de cualquiera tiempo, por largo que sea, sin que quede sin vigor y fuerza la fe con que creemos que ha de ser eterno el castigo y tormento de los demonios?

(1) San Mateo, cap. XXV.

(2) *Apocalipsis*, cap. XX.

(3) San Pedro, II ep., cap. II.

(4) *Apocalipsis*, cap. XX.

Porque si á los que ha de decir el Señor: «idos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado al demonio y á sus ángeles» (1): ó todos, ó algunos de ellos no siempre han de estar allí. ¿Qué razón hay para que creamos que el demonio y sus ángeles no hayan de estar siempre allí? ¿Acaso, pregunto, la sentencia que pronunciará Dios contra los malos, así ángeles como hombres, ha de ser verdadera contra los ángeles, y falsa contra los hombres? Porque así vendrá á ser sin duda si ha de valer más, no lo que dijo Dios, sino lo que sospechan los hombres: y ya que esto no es posible, no deben argüir contra Dios, antes sí deben, mientras es tiempo, obedecer al precepto divino, los que quisieren escapar y librarse del tormento eterno. Además, ¿cómo se entiende tomar el tormento eterno por el fuego de largo tiempo, y creer que la vida eterna es sin fin, habiendo Cristo en un mismo lugar, y en una misma sentencia dicho, comprendiendo ambas cosas (2): «así irán éstos al tormento eterno, y los justos á la vida eterna»: si lo uno y lo otro es eterno, sin duda ó que en ambas partes lo eterno debe entenderse de largo tiempo con fin, ó en ambas sin fin perpetuo; porque igualmente se refiere el uno al otro, por una parte el tormento eterno, y por otra la vida eterna? Y es un notable absurdo decir aquí donde es uno mismo el sentido, que la vida eterna será sin fin, y el tormento eterno tendrá fin. Y así, supuesto que la vida eterna de los santos será sin fin, á los que les tocase la desgracia de ir á los tormentos eternos, ciertamente no tendrá ésta fin.

(1) San Mateo, cap. XXV.

(2) San Juan, cap. III.

CAPÍTULO XXIV

Contra los que piensan que en el juicio ha de perdonar Dios á todos los culpados por la intercesión de sus santos.

También esta doctrina procede contra los que, favoreciendo su causa, procuraran ir contra la palabra de Dios, como con una misericordia mayor, de forma que sea cierto lo que dijo Dios de que habían de padecer los hombres, no porque hayan de padecer, sino porque lo merecen. Los perdonará, dicen, por las fervorosas oraciones de sus santos, los cuales entonces rogarán tanto más por sus enemigos cuanto sean más santos, y su oración más eficaz y más digna de que la oiga Dios, porque no tendrán ya pecado alguno. ¿Y por qué motivo con su misma perfectísima sanidad, y con aquellas oraciones purísimas y llenas de misericordia, poderosas para alcanzar todas las gracias, no rogarán también por los ángeles á quienes está preparado el fuego eterno, para que Dios temple su sentencia, la revoque y libre de aquel fuego voraz? ¿O acaso habrá alguno que presuma que también habrá esto de ser así, afirmando que igualmente los ángeles santos, juntamente con los hombres santos, que en aquella situación serán iguales á los ángeles de Dios, rogarán por los que habían de ser condenados, así ángeles como hombres, para que no padezcan por la misericordia lo que merecían en realidad, cosa que todo el que estuviese constante en la fe jamás lo dijo ni dirá? Porque de otra manera no habrá razón para que ahora no ruegue también la Iglesia por el demonio y sus ángeles, á quien su Maestro, Dios y Señor nuestro, la ordenó que rogase por sus propios enemigos. Así que, la razón que hay para que la Iglesia no ruegue por los ángeles malos, los

cuales sabe que son sus enemigos, la habrá para que, en aquel juicio, tampoco ruegue por los hombres que han de ser condenados al fuego eterno, aunque esté en la mayor elevación y perfección de santidad; pues al presente ruega por los que entre los hombres se le muestran enemigos, porque es tiempo de poder hacer penitencia con fruto. ¿Y qué es lo que principalmente ruega por ellos, sino que les dé Dios, como dice el Apóstol, arrepentimiento y penitencia (1): «y que vuelva en sí y se libren de los lazos del demonio, que los tiene cautivos á su voluntad?» Finalmente, si la Iglesia tuviese noticia cierta de los que, viviendo todavía, están predestinados al fuego eterno con el demonio, tampoco rogaría por ellos, como no ruega por éste. Pero porque de ninguno está cierta, ruega por todos, digo, por los hombres sus enemigos que viven aún en este mundo, aunque no por todos sea oída; pues solamente lo es por aquellos que, aunque contradicen á la Iglesia, sin embargo, de tal manera están predestinados, que por ellos oye Dios á la Iglesia, y se hacen hijos de la Iglesia. Y si algunos tuvieren hasta la muerte el corazón impenitente, y de enemigos no se convirtieran en hijos, ¿por ventura la Iglesia ruega ya por estos, es decir, por las almas de los tales difuntos? Por cierto no. ¿Y por qué sino porque ya los tiene en cuenta de que son de la parcialidad del demonio, supuesto que ínterin vivieron no se transfirieron á Cristo? Pues la misma causa hay para que no se rece por los hombres que han de ser condenados al fuego eterno, que hay para que ni ahora ni entonces se rece por los ángeles malos; la que asimismo hay para que aunque al presente se rece por los hombres vivos, no obstante de que sean malos, con todo, no se ruegue por los infieles é impíos que son ya difuntos;

(1) San Pablo, II ep. á Timoteo, cap. II.

pues por algunos de éstos oye Dios la oración de su Iglesia ó la de algunos corazones píos y devotos; pero por aquellos que, siendo reengendrados en Cristo, no vivieron en la tierra tan mal que no los juzga por indignos de semejante misericordia, ni tampoco tan santamente que sea averiguado que no necesitan de tal misericordia. Así como tampoco, acabada la resurrección de los muertos, no faltarán con quienes, después de las penas que suelen padecer las almas de los difuntos, se use de misericordia, de suerte que no los echen al fuego eterno. Porque no se dirá con verdad de algunos que (1) «no se les perdonará ni en este siglo ni en el futuro», si no hubiera á quienes se les perdonara, ya que no en éste, á lo menos en el venidero. Pero habiendo dicho el mismo juez de los vivos y de los muertos (2): «Venid, benditos de mi Padre, tomad la posesión y gozad del reino que os está preparado desde el principio del mundo». Y á otros, por el contrario (3): «Idos de mí, malditos, al fuego eterno que está dispuesto para el diablo y sus ángeles, y así irán éstos á los tormentos eternos, y los justos á la vida eterna». Es demasiada presunción decir que ninguno de aquellos á quienes dice Dios que irán al tormento eterno ha de ir á padecer las perpetuas penas, y hacer con la fe sincera de esta presunción que se pierda la esperanza ó se dude también de la misma vida eterna. Nadie, pues, entienda así el Salmo que dice (4): «¿acaso ha de olvidarse Dios de usar de su misericordia, ó detendrá en su ira sus misericordias?» Pensando que la sentencia de Dios en cuanto á los hombres buenos es verdadera, y en cuanto á los malos falsa, ó en cuanto á los hombres bue-

(1) San Mateo, cap. XII.

(2) San Mateo, cap. XXV.

(3) Idem, Evang. lug. cit.

(4) Salmo 76.

nos y ángeles malos verdadera, y en cuanto á los hombres malos falsa. Porque lo que dice el Real Profeta pertenece á los vasos de misericordia, y á los mismos hijos de promisión, entre los cuales era uno también el mismo Profeta, quien habiendo dicho: ¿Acaso se olvidará Dios de ser misericordioso, ó detendrá en su ira sus misericordias? añadió (1): «y dije, ahora comienzo á vivir, esta mudanza es de la diestra del Altísimo» explicando sin duda lo que vaticinó, «acaso detendrá en su ira sus misericordias»; porque la ira de Dios también alcanza esta vida mortal, donde (2) «el hombre ha sido hecho semejante á la vanidad, y sus días pasan como sombra»; y con todo, en esta su ira no se olvidará Dios de usar de misericordia, haciendo «que salga el sol para los buenos y para los malos, y lloviendo para los justos y los pecadores»: y así no detiene en su ira sus misericordias, y particularmente en aquello que expresamente declaró este Salmo, diciendo: «ahora principio á vivir, esta mudanza es de la diestra del Altísimo», porque en esta vida llena de miserias y trabajos, que es la ira de Dios, muda en mejor los vasos de misericordia; aunque todavía en la miseria de esta vida corruptible quede su ira, porque ni aun en su propia ira detiene sus misericordias. Cumpliéndose en esta conformidad la verdad de este divino cántico, no hay necesidad de que se entienda también allá, de donde han de ser atormentados eternamente todos los que no pertenecen á la Ciudad de Dios. Pero los que quieren entender esta sentencia hasta los tormentos de los condenados, por lo menos entienden de esta manera, que perseverando en ellos la ira de Dios, la que está anunciada al eterno tormento, no detiene Dios en esta su ira sus

(1) Salmo, 76.

(2) Salmo 143.

misericordias, y hace Dios que no sean atormentados con tanta atrocidad de penas cuanta ellos merecen; no de tal forma que no padezcan jamás aquellas penas, ó que alguna vez se acaben, sino que las sufren más benignas y ligeras de lo que merecen. Porque así quedará la ira de Dios, y no detendrá sus misericordias; entendiéndose que lo confirmó porque no lo contradijo.

Pero á los que piensan que se dijo más con amenaza que con verdad «idos de mi malditos, al fuego eterno (1), irán éstos al tormento eterno, y serán atormentados por los siglos de los siglos (2): el gusano de ellos no morirá, su fuego no se extinguirá», y lo demás que sigue, no tanto yo, como la misma Sagrada Escritura clara y plenamente los arguye y convence. Porque los Ninivitas en esta vida hicieron penitencia (3), y por ser en esta vida fructuosa, porque sembraron en este campo donde Dios quiso que se sembrase con lágrimas lo que después se segase y cogiese con alegría (4), con todo, ¿quién negará que se verificó en ellos lo que les anunció el Señor, á no ser que no advierta con reflexión cómo Dios suele destruir los pecadores, no sólo enojado, sino también teniendo de ellos misericordia? Porque de dos maneras se suelen destruir los pecadores: ó como los Sodomitas cuando se castiga á los mismos hombres por sus pecados, ó como los Ninivitas cuando se destruyen los mismos pecados de los hombres por la penitencia. Sucedió, pues, lo que dijo el Señor; porque fué destruida Nínive, que era mala, y se edificó la buena, que antes no era, y quedando en pie los muros y las casas, se arruinó la ciudad en su mala vida y costumbres. Así, aunque el profeta se en-

(1) San Matco, cap. XXV.

(2) *Apocalipsis*, cap. XX. é *Isaias*, cap. LXI.

(3) *Jonás*, cap. III.

(4) Salmo XII.

tristeció porque no sucedió lo que aquella gente temió que había de sucederles por su profecía, sucedió lo que por presciencia de Dios se dijo, mediante á que sabía el que lo anunció cómo había de cumplirse y mudarse en mejoría.

Mas para que conozcan éstos impiamente misericordiosos qué es lo que quiere decir la Escritura (1): «¡cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura, Señor, la que ocultaste á los que te temen!» lean también lo que sigue (2): «y la manifestaste á los que esperan en ti.» ¿Qué quiere decir ocultástela á los que te temen y la manifestaste á los que esperan en ti, sino que á los que por temor de las penas (3) (como los judíos) quieren autorizar y establecer su justicia, que es la de la ley, no es dulce y suave la justicia de Dios, porque no la conocen? Porque no han gustado de ella, porque esperan en sí mismos y no en él, y por eso se les esconde la abundancia de dulzura de Dios, pues aunque temen á Dios, es con aquel temor servil que no se halla en la caridad, porque (4) «el temor no está con la caridad, antes la caridad perfecta echa afuera el temor». Por eso á los que confían en el Señor les manifiesta su dulzura inspirándoles su caridad, para que con temor santo (no con el que expele de sí la caridad, sino con el que permanece para siempre) cuando se glorían, se gloríen en el Señor, porque la justicia de Dios es Cristo, el cual, como dice el Apóstol (5), «nos le hizo Dios á nosotros sabiduría nuestra y justicia, santificación y redención para que, como dice la Sagrada Escritura, el que se gloria se gloríe en el Señor». Esta justicia de Dios, que nos da la

(1) Salmo 30.

(2) Salmo id.

(3) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. X, v. 3.

(4) San Juan, I ep., cap. IV, v. 18.

(5) San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. I.

gracia sin méritos nuestros, no la conocen aquellos judíos (1) que intentan establecer su justicia y por eso no están sujetos á la justicia de Dios, que es Cristo, en cuya justicia se halla gran cantidad de la dulzura de Dios, por la cual dice el salmista (2): «gustad y ved cuán dulce es el Señor». Y en esta peregrinación que nos agrada no nos hartamos, antes sí tenemos hambre y sed de ella, para satisfacernos completamente después cuando le viéremos cómo es en sí y ha de cumplirse lo que dice la Escritura (3): «me hartaré cuando se me manifestare tu gloria». Así declara Cristo la grande abundancia de su dulzura á los que esperan en él. Pero si Dios oculta á los que le temen su dulzura imaginando los que aquí combatimos que es porque no ha de condenar á los impíos, á fin de que no sabiéndolo éstos y con el temor de ser condenados vivan bien, y para que de esta manera pueda haber quien ruegue por los que no viven bien, ¿cómo la manifiesta á los que confían en él, pues según sueñan estos ilusos, por esta dulzura no ha de condenar á los que no esperan en él? Busquemos, pues, aquella su dulzura que pone patente á los que esperan en él y no la que presumen que manifiesta á los que le menosprecian y blasfeman. Así que en vano busca el hombre, después de este cuerpo, lo que no procuró granjear y adquirir en este cuerpo.

También esta expresión del Apóstol (4): «permitió Dios que comprendiese á todos la infidelidad para usar con todos de misericordia»; no la dice porque á ninguno ha de condenar y ya explicamos antes por qué lo dijo. Hablando el Apóstol de los judíos que después han de creer como los gentiles, que ya creían, dice en sus

(1) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. X, v. 8.

(2) Salmo 33.

(3) Salmo 16 y San Juan, I ep., cap. III.

(4) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. II, v. 32.

cartas (1): «Porque así como vosotros en otro tiempo no creiais en Dios y ahora habéis alcanzado misericordia con ocasión de la incredulidad de los judíos, así también ellos ahora no creen en Cristo, para que después vengan á conseguir misericordia con motivo de la vuestra». Después añade estas palabras, que equivocadamente complacen á los que combatimos: «Permitió Dios que comprendiese á todos la incredulidad para usar con todos de misericordia». ¿Quiénes son todos sino aquellos de quienes hablaba, como quien dice, ellos y vosotros? Así que Dios permitió que á todos, así á los gentiles como á los judíos (2), «á quienes antevió y predestinó hacerlos conformes á su Hijo», los comprendiese la incredulidad para que, mediante la penitencia, confusos de la amargura de su incredulidad y convirtiéndose por la fe á la dulzura de la misericordia de Dios, entonasen aquel cántico del Real Profeta (3): «cuán grande es la abundancia de tu dulzura, Señor, que ocultaste á los que te temen y la que manifestaste á los que esperan, no en sí mismos, sino en ti.» Compadécese, pues, de todos los vasos de misericordia. ¿Y quiénes son todos? Todos aquellos que de los gentiles y de los judíos predestinó, llamó, justificó y glorificó; no todos los hombres, y de todos aquellos, á ninguno ha de condenar.

(1) San Pablo, ep. á los Romanos, cap. X, v. 30.

(2) Idem Ap. lug. cit., cap. VIII, v. 92.

(3) Salmo 30.

CAPÍTULO XXV

Si los que se han bautizado entre los herejes y se han relajado después viviendo mal, ó los que se han bautizado entre los católicos y se han hecho herejes y cismáticos, ó los que se han bautizado entre los católicos y, sin apartarse de ellos, han perseverado en vivir mal, pueden, por el privilegio de los Sacramentos, esperar la remisión de la pena eterna.

Pero respondemos ya también á los que no solamente al demonio y á sus ángeles, pero ni aun á todos los hombres prometen que han de librarse del fuego eterno, sino sólo á aquellos que se hubieren lavado con el bautismo de Cristo y hubieren participado de su cuerpo y sangre, como quiera que hayan vivido y en cualquiera heregía ó impiedad que hayan cometido. Contra éstos habla el Apóstol diciendo (1): «que las obras de la carne son bien claras y conocidas, como son la fornicación, la inmundicia, la lujuria, la idolatría, las hechicerías, enemistades, pleitos, emulaciones, rencores, discordias, herejías, envidias, embriagueces, glotonerías y otros semejantes vicios, de los cuales os aviso como os lo tengo ya amonestado, que los que practican tales obras no poseerán el reino de Dios». Lo que aquí dice el Apóstol fuera sin duda falso, si estos ilusos, después de cualquier tiempo, por prolongado que sea, se ven libres y llegan á conseguir el reino de Dios. Supuesto que no es falso, seguramente los tales no alcanzarán el reino de Dios. Y si nunca han de conseguir la posesión del citado reino, estarán en el tormento eterno, porque no puede darse lugar medio donde no estén en tormento los que no estuvieren en aquel reino. Por eso lo que

(1) San Pablo, ep. á los Gálatas, cap. V, v. 19.

dice Cristo (1): «Este es el pan que bajó del cielo para que no muera el que comiere de él. Yo soy el pan vivo que descendí del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá para siempre», con razón se pregunta cómo debe entenderse. Es verdad que á estos á quienes ahora respondemos los excluyen de tal sentido aquellos á quienes después hemos de responder, que son los que prometen esta liberación, no á todos los que tienen el Sacramento del bautismo y del cuerpo de Cristo, sino á solos los católicos, aunque vivan mal, porque comieron, no sólo sacramentalmente, sino realmente el cuerpo de Cristo, estando, en efecto, en su cuerpo. De cuyo cuerpo dice el Apóstol (2): «aunque somos muchos, somos un pan y hacemos un cuerpo.» El que está, pues, en la unidad de su cuerpo, esto es, en la trabazón y unión de los miembros cristianos, cuyo Sacramento cuando comulgan los fieles suelen recibir en el altar, este tal se dice verdaderamente que come el cuerpo de Cristo y bebe la sangre de Cristo, y, por consiguiente, los herejes y cismáticos que están apartados de la unidad de este cuerpo pueden recibir el mismo Sacramento, mas no de suerte que les sirva de provecho, antes sí de mucho daño, para ser condenados más grave y rigurosamente que si los condenaran por larguísimo tiempo, con tal que fuera limitado, porque no están en aquel vínculo de paz que nos significa aquel Sacramento. Por otra parte, tampoco estos que entienden bien que no debe decirse que come el cuerpo de Cristo el que no está en el cuerpo de Cristo, prometen erroneamente á los que de la unidad de aquel cuerpo caen en la herejía ó en la superstición de los gentiles, la liberación del fuego eterno. Lo primero, porque deben considerarse cuán into-

(1) San Juan, cap. VI.

(2) San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. X.

lorable cosa sea y cuán por extremo ajena y descaminada de la doctrina sana, que los más ó casi todos los que salen del gremio de la Iglesia católica siendo autores de heregías y haciéndose heresiarcas, sean mejores que los que nunca fueron católicos ó cayeron en los lazos de ellos, caso de que á los tales heresiarcas les hiciera esta mutación de estado salir libres de eterno tormento, porque fueron bautizados en la Iglesia católica y recibieron al principio, estando en la unión del verdadero cuerpo de Cristo, el Sacramento del sacrosanto cuerpo de Cristo, pues sin duda es peor el que apostató y desamparó la fe y de apóstata se hizo cruel combatidor de la fe, que aquel que no dejó ni desamparó la que nunca tuvo. Lo segundo, porque también á éstos los ataja el Apóstol después de haber insinuado las operaciones de la carne, amenazándoles con la misma verdad (1): «que los que hacen semejantes obras no poseerán el reino de Dios.»

Tampoco deben vivir seguros en sus malas costumbres los que aunque perseveran hasta casi el fin en la comunión de la Iglesia católica, por lo que dice la Escritura (2): «que el que perseverare hasta el fin, se salvará»; por la perversidad y mala disposición de su vida dejan y desamparan la misma justicia de la vida, que para ellos es Cristo; ya sea fornicando, ó cometiendo en su cuerpo otras inmundicias y maldades, que el Apóstol relaciona, ó viviendo con exceso de regalos y torpezas ó haciendo parte de aquello que, según dice el Apóstol, priva del reino de Dios. Los que cometen tales vicios estarán en el tormento eterno, pues no podrán estar en el reino de Dios, porque perseverando en esta mala vida hasta los últimos períodos de la presente,

(1) San Pablo, ep. á los Gálatas, cap. V.

(2) San Mateo, cap. X.

sin duda no puede decirse que perseveraron en Cristo hasta el fin, mediante á que perseverar en Cristo es perseverar en su fe; cuya fe, según la define el mismo Apóstol (1), «obra por caridad», y la caridad, como lo dice en otro lugar (2), «no hace obras malas». Así que, no puede decirse que comen el cuerpo de Cristo, ni se deben contar entre los miembros de Cristo; porque dejando otras particularidades, no pueden estar juntamente (3) «los miembros de Cristo y los miembros de la ramera». Finalmente, el mismo Cristo diciendo (4) «el que come mi carne y bebe mi sangre, en mí queda y yo en él»: nos manifiesta lo que es el comer, no sólo sacramentalmente, sino realmente el cuerpo de Cristo, y el beber su sangre, porque esto es quedar en Cristo, y que quede también en el Cristo; pues dijo estas expresiones como si dijera: el que no queda en mí y en quien no quedo yo, no diga ó imagine que come mi cuerpo ó bebe mi sangre con fruto; de modo que no quedan en Cristo los que no son sus miembros. Y no son miembros de Cristo los que se hacen miembros de la ramera, sino es dejando de ser pecadores por la penitencia y volviéndose buenos por la reconciliación.

CAPÍTULO XXVI

Qué cosa sea tener á Cristo en el fundamento y á quiénes se promete la salud casi por medio del fuego.

Pero tienen (dicen) los cristianos católicos por fundamento de su creencia á Cristo, de cuya unión no se

(1) San Pablo, ep. á los Gálatas, cap. V.

(2) Idem, I ep. á los Corintios, cap. XIII.

(3) San Juan, cap. VI.

(4) Idem, Evang. lug. cit.

apartaron, aunque hayan edificado sobre este fundamento cualquiera vida, por perversa que sea, como leña, heno y paja (1) Así que la fe recta es por la cual Cristo es el fundamento, aunque con daño, pues aquello que se edificó encima ha de ser abrasado; sin embargo, los podrá á lo último salvar alguna vez y librar de la eternidad de aquel fuego. Responde á éstos breve y concisamente el apóstol Santiago (2): «¿qué aprovechará que alguno diga que tiene fe si le faltan las obras? ¿Acaso sola la fe podrá salvarle?» ¿Y quién es (dicen) de quien dice el apóstol San Pablo (3): «él se salvará y cómo será sino por el fuego?» Busquemos, pues, quien sea éste; aunque es innegable no ser el que ellos piensan, porque no puede haber contradicción entre los dictámenes de los apóstoles el que dice que aun cuando uno tenga malas obras le salvará su fe por medio del fuego, y el que asegura que si no tuviere obras, no le podrá salvar su fe.

Hallaremos quien pueda ser salvo y libre por el fuego, si primero indagamos qué es tener á Cristo por fundamento; lo cual para que al momento lo advirtamos con un ejemplo, debemos notar que en la construcción del edificio nada se antepone al fundamento ó cimiento. Cualquiera que tiene á Cristo en su corazón, de tal suerte que no le prefiere las cosas terrenas y temporales, ni aun las que son lícitas y permitidas, tiene á Cristo por fundamento; pero si se las antepone, aunque parezca que profesa la fe de Cristo, no es en el fundamento Cristo á quien semejantes cosas antepone. Además, si sin hacer mérito de los preceptos de su salvación ejecuta cosas ilícitas, es claro que no antepuso á Cristo, sino que le pospuso y menospreció, despreciando sus

(1) San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. III.

(2) Santiago, cap. II, v. 14, ep. Canon.

(3) San Pablo, I ep á los Corintios, cap. III, v. 15.

mandamientos cuando contra sus preceptos *prefiere*, pecando, satisfacer sus apetitos. Así que, si un cristiano ama apasionadamente á una ramera, y uniéndose con ella forman un mismo cuerpo (1), en el fundamento no tiene ya á Cristo; pero si uno estima á su esposa si es según Cristo, ¿quién duda que por fundamento *temdrá* á Cristo? Y si es según este siglo carnalmente (2), «si con efecto de torpes apetitos, como lo hacen las gentes que no conocen á Dios», también permisivamente, y haciéndonos particular gracia de este don, nos concede el Apóstol, ó por mejor decir, por el Apóstol, Cristo que pueda tener por fundamento á Cristo, porque si no antepone á Cristo este apetito y deleite, aunque edifique encima leña, heno y paja, Cristo es el fundamento y por eso vendrá á salvarse por el fuego. Porque tales deleites y amores terrenos, aunque por la unión conyugal no son damnables, con todo, los quemará y acrisolará el fuego de la tribulación, á cuyo fuego pertenece también lo orfandad y cualquiera calamidades que nos privan de estos gustos. Por lo mismo al que las hubiere edificado será perjudicial esta edificación, mediante á que le privará de lo que edificó encima, y se afligirá y atormentará con la pérdida de los placeres, que alegraban; mas se salvará por este fuego por el mérito del fundamento, porque en caso que el perseguidor cruel le propusiese si quería más poseer tranquilamente sus deleites ó á Cristo, no preferiría aquellos á Cristo. Adviertan cómo en las palabras del Apóstol no edifica sobre este fundamento oro, plata y piedras preciosas; «el que está, dice, sin mujer, cuida de las cosas de Dios, y de cómo agradará á este gran Señor». Miren cómo otro edifica leña, heno y paja; «pero el que se halla ca-

(1) San Pablo, I ep. á los Corintios, cap. VI.

(2) San Pablo, I ep. á los Thesalonicenses, cap. IV, v. 5'

sado cuida de las cosas del mundo y de qué manera agradará á su esposa». «Ha de manifestarse la calidad de las obras que cada uno hubiera hecho, porque el día del Señor lo declarará»: esto es, el día de la tribulación, «mediante á que en el fuego (añade) se le revelará». A esta misma tribulación la llama fuego, como en otro lugar dice: «los vasos del alfarero los prueba el horno, y á los hombres justos la tentación de la tribulación, y cuáles sean las operaciones que cada uno hubiere hecho, el fuego lo averiguará.» Y si permaneciere la obra que hubiere ejecutado alguno (porque permanece lo que cada uno cuidó de las cosas de Dios, y de cómo agradaría á Dios), «lo que hubiere edificado encima tendrá su premio»; esto es, le recibirá conforme á la exactitud con que hubiere cumplido sus operaciones; «pero si la obra que hubiere ejecutado alguno, ardiere, padecerá daño»; porque se hallará privado del objeto que amó, y «sin embargo se salvará», en atención á que ninguna tribulación le pudo apartar ni derribar de la constancia, estabilidad y firmeza de aquel fundamento; «pero de tal manera como si fuese por el fuego»; pues lo que poseyó, no sin amor que le causase complacencia, no lo perderá sin dolor que le aflija. Hallamos, pues, en mi concepto, fuego que á ninguno de estos condene; sino que á uno le enriquece y á otro le daña, y á los dos prueba.

Pero si quisiésemos que en este lugar se entienda aquel fuego con que amenaza el Señor á los de la mano siniestra: «idos de mí, malditos, al fuego eterno», de forma que creamos que entre éstos se incluyan también los que edificaban sobre el fundamento leña, heno y paja, y que los libre de aquel fuego, después del tiempo que les cupo por los malos méritos, el mérito del buen fundamento, ¿quiénes pensamos que serán los de la mano derecha, á quienes dirá: «venid, benditos de mi

Padre, y poseed el reino que os está preparado», sino aquellos que edificaron sobre fundamento de oro, plata y piedras preciosas? Si ha de entenderse en estos términos, se sigue que los unos y los otros, es á saber, los de la mano derecha y los de la siniestra, serán arrojados en aquel fuego, del cual dice la Escritura: «pero de tal conformidad, como si fuese por el fuego», porque los unos y los otros han de ser probados con aquel fuego, de quien dice «que el día del Señor lo declarará porque en el fuego se manifestará, y cuál sea la obra que cada uno hubiere ejecutado, el fuego lo probará y averiguará»; luego si lo uno y lo otro lo ha de probar y averiguar el fuego, cuando la obra de cada uno permaneciere, esto es, no consumiere el fuego lo que hubiere edificado encima, reciba su premio, y cuando la obra de alguno ardiere, padezca daño, sin duda no es el eterno aquel fuego. Porque en el fuego eterno serán echados por la eterna condenación sólo los de la mano siniestra, y aquél prueba á los de la mano derecha. Pero entre éstos á unos prueba de manera que no queme ni consume el edificio que hallare que ellos han fabricado sobre Cristo, que es el fundamento, y á otros los prueba de otra manera, esto es, de suerte que lo que edificaron encima arda, y por lo mismo padezcan detrimento, aunque se salven; porque tuvieron á Cristo con excelente caridad puesto, firme é inmutable en el fundamento. Y si han de salvarse, se sigue que estarán también á la mano derecha, y que con los demás oirán: «venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado», y no á la mano izquierda, donde se hallarán los que no se han de salvar, y por eso oirán: «idos de mí, malditos, al fuego eterno». Porque ninguno de ellos se libertará de aquel fuego, mediante á que todos irán al tormento eterno, donde el gusano de ellos no morirá, y no se apagará el

fuego con que serán atormentados de día y de noche para siempre. Pero si después de la muerte de este cuerpo, hasta que llegemos á aquel día que después de la resurrección de los cuerpos ha de ser el último en que se verificará la condenación y remuneración, si en este espacio de tiempo quieren decir que las almas de los difuntos padecen semejante fuego, y que no lo sienten las que no vivieron en este cuerpo, de manera que su leña, heno y paja se consuma, y que le sienten las que llevaron consigo tales fábricas, ya sea sólo allá, ya acá y allá, ya sea acá para que allá no hallen el fuego de la transitoria tribulación que les abraza y queme las fábricas terrenas, aunque sean veniales y libres del rigor de la condenación, no lo reprendo ó contradigo, porque quizá es verdad. También puede pertenecer á esta tribulación la misma muerte del cuerpo, la cual se engendró al cometerse el primer pecado, y la heredó á su tiempo cada uno, según la calidad de su edificio. Pueden ser asimismo las persecuciones de la Iglesia con que fueron coronados los mártires, y las que padecen cualesquiera cristianos, porque éstas prueban como el fuego los unos y los otros edificios, y á los unos los consumen con sus edificadores si no hallan en ellos á Cristo por fundamento, y á los otros los consumen dejando á sus edificadores, si le hallan, porque, en efecto, aunque con daño, ellos se salvarán, y á otros no los consumen, porque los hallan tales que permanecen para siempre. Habrá también al fin del mundo en tiempo del Antecristo una tribulación sin igual. ¡Qué de edificios habrá entonces, así de oro como de heno, sobre el buen fundamento que es Cristo Jesús, para que aquel fuego pruebe á los unos y á los otros, dando á los unos contento y á los otros daño, sin destruir á los unos ni á los otros, por causa de la estabilidad y firmeza del fundamento! Cualquiera que prefiere á Cristo, no digo

yo su esposa, de cuya cópula usa para el deleite carnal, sino las mismas cosas á que tenemos obligación natural, y se llaman piadosas, en que no hay estos deleites, amándolas como hombres carnalmente, no tienen á Cristo por fundamento; y por lo mismo, no por el fuego será salvo, sino que no se salvará por cuanto no podrá hallarse con el Salvador, quien hablando sobre este asunto con la mayor claridad, dice: «el que ama á su padre ó á su madre más que á mí, no es digno de mí; y el que ama á su hijo ó á su hija más que á mí, no es digno de mí»; pero el que á semejantes personas ama carnalmente, de forma que no las antepone á Cristo, y que quiere antes carecer de ellas que de Cristo, cuando llegare é este trance ha de salvarse por el fuego, mediante á que es necesario que la pérdida de ellas le cause tanto dolor cuanto era el entrañable amor que las tenía. Y el que amare á su padre y á su madre, hijos é hijas según Cristo, de suerte que cuide y mire por ellos, á fin de conseguir el reino de Cristo y unirse con él, ó que los ame porque son miembros de Cristo, por ninguna razón se halla este amor entre la leña, heno y paja para ser consumido, sino que totalmente será parte del edificio de oro, plata y piedras preciosas. ¿Y cómo puede amar más que á Cristo á los que en efecto ama por Cristo.

CAPÍTULO XXVII

Contra la opinión de los que se persuaden que no les han de hacer daño alguno los pecados que cometieron cuando hacían limosnas.

Resta únicamente responder á los que dicen que sólo han de arder en el fuego eterno los que no cuidan

de distribuir por la remisión de sus culpas las limosnas y hacer las obras de misericordia necesarias, con ocasión de lo que dice el apóstol Santiago: «que será juzgado y condenado sin misericordia el que no hizo misericordia». Luego el que la ejerció, dicen, aunque no corrigió su mala vida y costumbres, sino que vivió impía y disolutamente, entre las mismas limosnas y obras de misericordia, con piedad será juzgado, de manera que, ó no sea condenado ó, despues de transcurrido algún tiempo, se libre de la última condenación. No por otro motivo piensan que Cristo ha de efectuar el apartamiento y división entre los de la mano derecha y los de la siniestra, sólo por la balanza de haber hecho ú omitido las limosnas; de los cuales á los unos destinará á la posesión de su reino, y á los otros á los tormentos eternos. Y para persuadirse que se les pueden remitir los pecados que cometen sin cesar, por graves y enormes que sean, por el mérito de las limosnas procuran alegar en su favor la oración que nos dictó el mismo Señor; porque así como, añaden, no hay día en que los cristianos no digan esta oración, así no hay pecado alguno que se cometa cada día, cualquiera que sea, que por ella no se nos perdone cuando decimos: «perdónanos nuestras deudas», si procurásemos practicar lo que se sigue, «así como nosotros perdonamos á nuestros deudores». Porque no dice el Señor, según ellos, si perdonáseis los pecados á los hombres los perdonará á vosotros vuestro Padre los pecados pequeños de cada día, sino «os perdonará vuestros pecados», cualesquiera que sean y cuantos quiera, aunque se cometan diariamente y mueran sin haber corregido ni enmendado su vida, entendiendo que por la limosna no se les niega el perdón, y presumiendo que les pueden ser perdonados.

Pero adviertan éstos que debe hacerse por los peca-

dos la limosna digna y cual es menester, porque si dijeran que cualquiera limosna era poderosa á alcanzar la divina misericordia para los pecados, así para los que se cometen cada día como para los enormes y para cualquiera abominable costumbre de pecar, de manera que el perdón siga cuotidianamente al pecado, echarían de ver que decían una cosa absurda y ridícula. Porque de esta suerte sería indispensable confesar que un hombre poderoso, con diez dineros que cada día diese de limosna, podría redimir los homicidios y adulterios, y cualesquiera otros delitos graves. Y si proferir semejante expresión es un absurdo y grave desatino, ciertamente que si quisiéramos saber cuáles son las limosnas dignas para conseguir el perdón de los pecados, de las cuales decía también aquel precursor de Cristo: «haced frutos dignos de penitencia», sin duda hallaremos que no las practican los que lastiman mortalmente su alma, cometiendo cada día graves culpas. Porque en materia de usurpar la hacienda ajena, es mucho más lo que hurtan, de lo cual dando una pequeña parte á los pobres, piensan que para este efecto apacientan y sirven á Cristo, es á saber, para que creyendo que han comprado de él, ó, por mejor decir, que cada día compran la libertad y licencia desenfrenada de cometer sus culpas y maldades, seguramente puedan ejecutar tantas abominaciones. Las cuales, cuando por una sola culpa mortal distribuyesen á los miembros necesitados de Cristo todo cuanto tienen, y no desistiesen de semejantes operaciones no teniendo caridad, «que no hace cosa mala», de nada les pudiera aprovechar. El que quiere hacer limosnas dignas de la remisión de sus pecados, principie practicándolas en sí mismo; porque es cosa indigna que no las haga para sí el que las hace al prójimo, viendo que dice el Señor: «amarás á tu prójimo como á ti mismo», é igualmente «procura ser mi-

sericordioso con tu alma, agradando á Dios». Así que el que no hace esta limosna (que es agradar á Dios) por su alma, ¿cómo puede decirse que hace limosnas dignas por sus pecados? A este propósito es también aquella sentencia de la Escritura: «que el que es malo para sí, para ninguno puede ser bueno», mediante á que las limosnas son las que ayudan á las oraciones y peticiones; y así debemos advertir lo que leemos en el Eclesiástico: «hijo, si hubieres pecado, no pases adelante, antes ruega á Dios que te perdone las culpas ya cometidas». Luego se deben hacer las limosnas para que cuando rogásemos que nos remitan nuestros pecados pasados, seamos oídos, y no para que perseverando en ellos creamos que por las limosnas nos dan licencia para vivir mal.

Por eso dijo el Señor que había de hacer buenas (á los de la mano derecha) las limosnas que hubiesen distribuído, y cargo riguroso á los de la siniestra de las que no hubiesen hecho, para manifestarnos por este medio cuánto valen las limosnas para conseguir el perdón de los pecados pasados, no para cometerlos continuos y perpetuos libremente, y sin que les cueste otra molestia. Y no puede decirse que hacen semejantes limosnas los que no quieren enmendar su vida, apartándose de la ocasión y costumbre arraigada de pecar, que ya tienen como innata en su pervertido corazón. Porque en estas palabras: «cuando no hicisteis la limosna á uno de estos mis más mínimos siervos, á mí me la dejasteis de hacer», nos manifiesta claramente que no la hacen: pues si cuando dan el pan á un cristiano hambriento se lo diesen como si realmente lo diesen al mismo Cristo, sin duda que á sí mismos no se negarían el pan de justicia, que es el mismo Jesucristo, porque Dios no mira á quién se da la limosna, sino con qué intención se da. Así que, el que ama á Cristo en el cris-

tiano, le da la limosna, con el mismo ánimo que se llega á Cristo, no con el que quiere apartarse é irse libre y sin castigo de Cristo: que tanto más se va y aleja uno de Cristo cuanto más ama lo que reprueba Cristo. ¿Qué le aprovecha á uno el bautizarse si no se justifica? ¿Acaso el que dijo: «si no renaciere el hombre con el agua y el Espiritu Santo no entrará en el reino de Dios», no nos dijo también: si no fuere mayor vuestra justicia que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos»? ¿Por qué razón tantos, por temor de aquello, acuden á bautizarse, y tan pocos, no temiendo esta desgracia, cuidan de justificarse? Así pues, como no dice uno á su hermano *loco* por estar enojado con él, sino con su pecado, pues de otra manera merecería el fuego del infierno, así, por el contrario, el que da limosna al cristiano, no la da al cristiano si en él no ama á Cristo, y no ama á Cristo el que rehúsa justificarse en Cristo. Si alguno incidiere en esta culpa diciendo á su hermano *loco*, esto es, si le injuriare injustamente, no pretendiendo corregirle su pecado, es poco para redimir este pecado el hacer limosnas, si no añadiere también el remedio de la reconciliación. Porque lo que allí continúa diciéndose es: «si ofrecieres tu ofrenda en el altar, y allí te acordases que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí tu ofrenda en el altar, y ve ante todas cosas, y reconcíliate con tu hermano, y entonces vendrás, y ofrecerás tu ofrenda». Aprovecha, pues, poco hacer limosnas, por grandes que sean, para redimir cualquier pecado mortal, si se continúa en la costumbre de cometer los mismos pecados.

La oración cotidiana que nos enseñó el mismo Señor (por lo cual la llamamos también Oración Dominical, ó del Señor), aunque borra y quita los pecados diarios, cuando se dice cada día perdónanos nuestras deudas, y cuando lo que sigue inmediatamente, que es: «así como

nosotros perdonamos á nuestros deudores», no sólo se dice, sino también se hace. Se dice porque se cometen pecados, y no por cometerlos: mediante á que por esta oración nos quiso enseñar el Salvador que por más justa y santamente que vivamos en las tinieblas y flaquezas de esta vida no nos faltan pecados por los cuales debemos rogar para que se nos perdonen, y perdonar nosotros á los que pecan contra nosotros, para que igualmente nos perdonen á nosotros. Así, pues, no dice el Señor: «si perdonaseis á los hombres sus pecados, os perdonará á vosotros vuestro Padre los vuestros»; para que, confiados en esta oración, pudiésemos pecar cada día con seguridad, ó por ser tan poderosos que nada se nos diera de las leyes humanas, ó por ser tan astutos que engañáramos á los mismos hombres; sino para que supiésemos que no estábamos sin pecados, aunque estuviésemos libres de los mortales. Advirtió esto mismo el Señor á los sacerdotes de la ley antigua en orden á sus sacrificios, á los cuales ordenó que los ofreciesen primeramente por sus pecados, y después por los del pueblo. También se deben mirar con advertencia las propias palabras de tan grande Maestro y Señor nuestro; pues no dice si perdonaseis los pecados de los hombres; también vuestro Padre os perdonará á vosotros cualesquiera pecados, sino que dice: vuestros pecados; porque enseñaba la oración que debían decir cada día, y hablaba con sus discípulos, que estaban sin duda justificados. ¿Qué quiere decir vuestros pecados, sino los pecados sin los cuales no os hallaréis ni aun vosotros que estáis justificados y santificados? Los que por esta oración buscan ocasión de poder pecar cada día mortalmente, dicen que el Señor significó también los pecados graves, porque no dijo os perdonará los pecados ligeros, sino vuestros pecados; pero nosotros, considerando la calidad de las personas con quienes hablaba,

y notando que dice vuestros pecados, no debemos imaginar otra cosa que los veniales, mediante á que los pecados de aquellos sujetos no eran ya graves. Pero ni aun los mismos graves, que de ningún modo se deben cometer, mejorando la vida y costumbres, se perdonan á los que piden perdón y oran, si no practican lo que allí se ordena: así como nosotros perdonamos á nuestros deudores; porque si los pecados mínimos, en que incurren hasta los más justos, no se perdonan de otra manera, ¿cuanto más los que estuvieren implicados en muchas y graves culpas, aunque desistan ya de cometerlas, no alcanzarán perdón si se mostraren duros é inexorables en perdonar á otros los que hubieren pecado contra ellos? Dice el Señor: «si no perdonaseis á los hombres sus pecados, tampoco os perdonará á vosotros vuestro Padre», y á este intento hace lo que dice igualmente el apóstol Santiago: «que será juzgado y condenado sin misericordia el que no hizo misericordia». Porque nos debemos de acordar al mismo tiempo de aquel siervo á quien alcanzó su Señor, ajustadas cuentas en diez mil talentos, y se los perdonó, mandando después que los pagase, porque no se había condolido de su compañero, que le debía cien dineros. En estos, que son hijos de promisión y vasos de misericordia, tiene lugar lo que dice el mismo Apóstol, «que la misericordia se exalta sobre la justicia». Pues hasta aquellos justos que vivieron con tanta santidad que tienen privilegio para recibir en los eternos tabernáculos á otros que granjearon su amistad por medio de la ganancia de la iniquidad: para que fuesen tales, los libró por la misericordia aquel que justifica al impío, é imputa esta merced y premio por cuenta de la gracia, y no del débito. Porque del número de éstos es el Apóstol, que dice: «que por la misericordia de Dios consiguió ser fiel ministro suyo».

Y aquellos á quienes los tales reciben en los tabernáculos eternos, debemos confesar que no son de tal vida y costumbres que les baste su vida para libertarlos sin el sufragio é intercesión de los santos, y así en ello sobrepuja mucho la misericordia á la justicia. Mas no por eso debemos pensar que algún malvado y perverso que no haya mudado su vida en otra buena, ó más tolerable, sea admitido en los eternos tabernáculos y moradas, porque sirvió á los santos con la ganancia de la equidad, esto es, con el dinero ó con las riquezas que fueron mal adquiridas, ó, si bien adquiridas, no verdaderas, sino las que la iniquidad imagina que son riquezas; no conociendo cuáles son las verdaderas riquezas, de las cuales están abundantes y sobrados aquellos que reciben á los otros en las eternas moradas. Hay, pues, cierto género de vida, que ni es tan mala que á los que viven conforme á ella no les aproveche en parte para conseguir el reino de los cielos la larga liberalidad de las limosnas, con que sustentan la necesidad de los justos y se granjean amigos que lo reciban en los tabernáculos eternos, ni tan buena que les baste para alcanzar tan grande bienaventuranza, si por los méritos de aquellos cuya amistad granjearon no alcanzan misericordia. Suele causarme admiración cuando advierto que aun en Virgilio se halla estampada esta sentencia del Señor, que dice: «Procurad grangearos amigos con la ganancia de la iniquidad, para que también ellos os acojan en las eternas moradas»; á la cual es muy parecida esta donde se dice: «el que recibe al profeta por el respeto y circunstancias de ser profeta, recibirá el galardón de profeta, y el que acoge al justo porque es justo, recibirá el premio de justo». Porque describiendo aquel poeta los campos Eliseos, donde suponen que habitan las almas de los bienaventurados, no solo puso allí á los que por sus propios

méritos pudieron alcanzar la posesión de aquel ameno lugar, sino que añade (1): «y los que con sus obras obligaron á otros á que se acordasen de ellos». Es á la letra como si les dijera lo que de ordinario suele decir un cristiano, cuando humildemente se encomienda á á algún justo que es Santo, y dice: acordaos, Señor, de mí, y para que sea más factible, procura merecerlo haciéndole obras buenas. Pero cuál sea este método y cuáles los pecados que nos impiden el poder conseguir el reino de Dios, y sin embargo, podemos alcanzar indulgencia y perdón de ellos por los méritos de los santos nuestros amigos, es sumamente dificultoso el averiguarlo y peligrosísimo el definirlo. Yo á lo menos, aunque hasta ahora no he cesado de trabajar por saberlo, no he podido darle alcance ó comprenderlo. Y quizá se se nos esconden, para que no aflojemos en el cuidado de guardarnos generalmente de todos los pecados. Porque si se supiesen cuáles son los pecados por los cuales aunque permanezcan todavía, y no se hayan redimido mejorando la vida, se debe solicitar y esperar la intercesión de los santos, la flojedad humana seguramente se implicaría en ellos, y no cuidaría de desenvolverse de semejantes enredos con el auxilio de alguna virtud, sino sólo pretendería librarse con los méritos de otros, cuya amistad hubiese granjeado con las limosnas hechas mediante la ganancia ó tesoro de la iniquidad; pero no sabiéndose la cualidad de este pecado redimible, aunque persevere, sin duda se pone más cuidado y más vigilancia en aprovechar y mejorar la vida, instando en la oración, y no se deja tampoco el cuidado de procurar la amistad de los santos con la riqueza mal adquirida. Esta liberación, que procede, ó de las oraciones que cada uno hace por sí ó de la intercesión de los

(1) Virgilio, lib. VI. *Eneida*.

santos, sirve para que no le arrojen al fuego eterno, no para que, si le hubieren echado, después de cualquier tiempo, por largo que sea, le saquen de allí. Pues aun los que piensan que se debe entender lo que dice la Escritura de que la buena tierra trae abundante y copioso fruto, «una á treinta, otra á sesenta y otra á ciento por uno», en el sentido de que los santos, según la diversidad de sus méritos, libran á los hombres, unos á treinta, otros á sesenta y otros á ciento suelen sospechar que será en el día del juicio, no después del juicio. Y viendo uno que con esta opinión los hombres con particular engaño se prometían la gracia y remisión de sus culpas, porque así parece que todos pueden alcanzar la libertad de las penas, dicen que dijo muy á propósito y con cierto gracejo, que antes debíamos vivir bien para que cada uno viniese á ser de los que han de interceder para librar á otros, á efecto de que no vengan á reducirse tanto los intercesores que, llegando presto cada uno al número que le cabe, de treinta, ó de sesenta ó de ciento, queden muchos que no puedan ser libres de las penas por intercesión de ellos, y se halle entre estos tales cualesquiera que con temeridad tan vana se promete que ha de gozar del fruto ajeno. Basta haber respondido así por nuestra parte á aquellos que no desechan la autoridad de la Sagrada Escritura, de la cual se sirven comúnmente con nosotros, sino que, como la entienden mal, piensan que ha de ser, no lo que ella nos dice, sino lo que ellos quieren. Con esta respuesta, pues, concluyo este libro, como lo prometí.



LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO

CAPÍTULO I

De la creación de los ángeles y de los hombres.

En este libro, que será el último, según prometí en el anterior, trataremos de la eterna bienaventuranza de la Ciudad de Dios; la cual, no por los dilatados siglos que alguna vez han de terminar se llamó eterna, sino porque, como dice el Evangelio, «su reino no tendrá fin»; ni tampoco porque muriendo y faltando unos, naciendo y sucediéndose otros, haya en ella una apariencia de perpetuidad; como un árbol que está siempre verde parece que persevera en él un mismo verdor, mientras que conforme van cayendo unas hojas, otras que van naciendo conservan la apariencia de su frescura; sino porque en ella todos sus ciudadanos serán inmortales, viniendo á conseguir también los hombres lo que nunca perdieron los ángeles santos. Esto lo hará Dios Todopoderoso su fundador, porque lo prometió y no puede mentir, y para persuadir de ello á los fieles ha hecho ya muchas cosas no prometidas, y cumplido muchas prometidas.

Él es el que al principio hizo el mundo tan lleno de entes tan buenos, visibles é inteligibles, en el cual no creó otro mejor que los espíritus, á quienes dió inteligencia, los hizo capaces para que le viesen y contem-

plasen, y los reunió en una comunidad á que llamamos Ciudad santa y soberana, en la cual el alimento con que se sustentasen y fuesen bienaventurados quiso que fuese el mismo Dios, como vida y sustento común de todos. A esta misma naturaleza intelectual la dió libre albedrío, de manera que si quisiese dejar á Dios, que es su bienaventuranza, le sucediese la miseria. Y sabiendo Dios que algunos ángeles, por la altivez y soberbia con que habían de presumir bastarse para su vida bienaventurada, serían desertores y apóstatas de tanto bien, no les quitó esta potestad, juzgando mejor sacar bien aun de las cosas malas, que impedir hubiese las malas. Las cuales no hubiera si la naturaleza mudable, aunque buena y criada por el sumo Dios ó bien inconmutable, no las hubiera hecho ella misma malas, pecando el testimonio de este su pecado, convence también que la naturaleza en su creación fué buena. Si no fuera un grande bien, aunque no igual á su Criador, el dejar á Dios, que era como luz suya, no pudiera ser su mal; pues así como la ceguera es un vicio de los ojos que nos manifiesta fué criado el ojo para ver la luz, y con este vicio se nos declara que es más excelente que los demás órganos el órgano capaz de luz (porque no por otra causa sería su vicio el carecer de luz), así la naturaleza que gozaba de Dios nos enseña con su mismo vicio que fué criada muy buena, con cuyo vicio es miserable, porque no goza de Dios, el cual castigó la caída voluntaria de los ángeles con la justísima pena de la eterna infelicidad; y á los demás que perseveraron en aquel sumo bien les concedió que estuviesen ciertos y seguros de su perseverancia, como premio de la misma perseverancia. Crió al hombre también con el mismo libre albedrío, aunque terreno, digno del cielo si perseverase en la unión de su Criador, y si le desamparase, digno de una miseria, cual conviniese á semejante naturaleza.

Y sabiendo que había de pecar desamparando á Dios con traspasar su divina ley, tampoco le privó del libre albedrío, previendo al mismo tiempo el bien que de su mal había de resultar, supuesto que del linaje mortal, condenado justamente por su culpa, va, por su gracia, recogiendo multitud de gente para con ella suplir la que cayó de los ángeles, y que, de este modo, su querida y soberana Ciudad no quede sin ciudadanos; antes quizá venga á gozar de número más copioso. Porque aunque muchas acciones se practican por los malos contra la voluntad de Dios, este Señor es tan sabio, justo y poderoso, que todas las que parecen contrarias á su voluntad van encaminadas á aquellos fines que con su augusta presciencia y presencia previó que eran buenos y justos. Por eso cuando se dice que Dios muda la voluntad de manera que á los que se mostraba benigno (pongo por ejemplo) se les vuelve airado, ellos son los que se mudan antes, y le hallan mudado en cierto modo en las aflicciones que padecen, así como se muda el sol respecto de los que tienen los ojos tiernos y débiles en su organización, y se les vuelve de suave en alguna manera áspero, y de agradable molesto, siendo él en su esencia el mismo que era. Llámase también voluntad de Dios la que el Señor forma en los corazones de los que obedecen á sus mandamientos, de la cual dice el Apóstol: «Dios es el que obra en nosotros, como también en el querer ó en la voluntad»: porque así como se nombra justicia de Dios, no sólo aquella con la cual el Señor es justo, sino también la que obra en el hombre que justifica, por la misma razón se llama su ley la que es más de los hombres que suya, aunque dada por Dios á la humana descendencia; porque, en efecto, hombres eran á los que decía Cristo: «En vuestra ley está escrito», y en otro lugar: «la ley de su Dios está impresa en su corazón». Según esta voluntad, que Dios obra en los

hombres, también se dice querer ó voluntad libre, no lo que el Señor quiere, sino lo que hizo que quisiesen los suyos: así como se dice que conoció lo que hace que se conozca por los que no lo conocían; pues diciéndonos el Apóstol: «ahora que habéis conocido á Dios, habiéndoos conocido antes Dios», no es lícito que creamos que entonces conoció Dios á los que tenía predeterminados antes de la creación del mundo»; sino que se dice que entonces conoció lo que hizo que en aquellas circunstancias fuese conocido. Acerca de estas locuciones ó modos de decir recuerdo haber hablado ya en el libro XVI, cap. XXXII, y en otros lugares. Según esta voluntad, pues con la cual decimos que quiere Dios lo que hace que quieran, otros, que ignoran lo venidero, muchas cosas quiere y no las pone en ejecución.

CAPÍTULO II

De la eterna é inmutable voluntad de Dios.

Porque muchas cosas quieren sus santos que se ejecuten, movidos con la santa voluntad inspirada por Dios, y no se verifican, como cuando ruegan por algunos piadosamente, y no hace Dios lo que le piden, habiendo el mismo Señor impreso en ellos con su espíritu esta voluntad de suplicar. Por eso cuando, según Dios, quieren y ruegan los santos que se salven todos, podemos decir con aquella locución, «quiere Dios y no lo hace», para que digamos que quiere el mismo lo que hace que éstos quieran. Pero según su voluntad, que con su alta presciencia es eterna, sin duda ya hizo en el cielo y en la tierra todo cuanto quiso, no sólo lo pasado y lo presente, sino también lo futuro. Sin embar-

go, antes que llegue el tiempo en que quiso que se hiciese lo que con su presciencia dispuso, decimos se hará cuando Dios quisiere; pero cuando ignoramos no sólo el tiempo en que ha de ser, sino también si será, decimos se hará si Dios quisiere, no porque Dios tendrá entonces nueva voluntad que no tuvo, sino porque lo que está decretado *ab eterno* en su inmutable voluntad, sucederá entonces.

CAPÍTULO III

De la promesa de la eterna bienaventuranza de los Santos y de los eternos tormentos de los impíos.

Omitiendo otras muchas razones concernientes á esta materia, así como en la actualidad observamos verificado en Cristo lo que prometió á Abraham, diciendo: «En tu semilla y descendencia serán benditas todas las naciones»; así también cumplirá lo que prometió á esta su estirpe, diciendo por el Profeta: «resucitarán los que estaban en las sepulturas». Lo anunciado por medio de Isaías, cuando dice: (1) «que habrá nuevo cielo y nueva tierra, y no se acordarán de lo pasado, ni les vendrá ya más al pensamiento; antes sí, hallarán en la novedad alegría y contento; porque yo haré á Jerusalén alegría, y á mi pueblo contento; me regocijaré en Jerusalén, me alegraré en mi pueblo, y no se oirá más en ella llantos ni lágrimas». Y lo que por Daniel anunció al mismo Profeta, diciendo (2): *in tempore illo salvabitur populus tuus omnis, qui inventus fuerit scriptus in libro, et multi*

(1) Isaías, cap. LXV.

(2) Daniel, cap. XII.

dormientium in terræ, pulvere, ó como algunos han interpretado, *agere, exurgent, hi in vitam æternam, et hi in opprobrium, et confusionem æternam*; esto es, «en aquellos días se salvarán los de vuestro pueblo, todos los que se hallaren escritos en el libro; y muchos de los que duermen en el polvo ó en las fosas de la tierra se levantarán y resucitarán los unos á la vida eterna, y los otros á la ignominia y confusión sempiterna». Y lo que en otra parte dice por el mismo Profeta: «recibirán el reino los Santos del Altísimo, y le poseerán para siempre por todos los siglos de los siglos»: y poco después «su reino es reino eterno»; y lo demás tocante á esta doctrina que inserté en el libro XX, ó lo que allí dejé de poner y se halla escrito en los mismos libros, habrá de realizar como se realizó lo que los incrédulos presumían que no había de verificarse; porque prometió lo uno y lo otro, y uno y otro dijo que había de venir aquel mismo Dios á quien tiemblan los dioses de los paganos, como lo confiesa hasta el mismo Porfirio, famoso filósofo entre los gentiles.

CAPÍTULO IV

Contra los sabios del mundo que piensan que los cuerpos humanos no pueden ser trasladados á las moradas del Cielo.

Hombres doctos y sabios, oponiéndose al impulso de una autoridad tan plausible como venerable, que á toda clase de gentes, como lo había anunciado ya mucho antes, hizo creer y esperar esto mismo, creen que arguyen enérgicamente contra la resurrección de los cuerpos, con el testimonio de lo que Cicerón dice en el libro III *de República*: donde afirmando cómo á Hércules

y á Rómulo, de hombres mortales los habían colocado en el número de los dioses, asegura que sus cuerpos no subieron al cielo, mediante á que la naturaleza no sufre que lo que es de tierra se quede en otra parte que en la tierra. Esta es la razón principal de dichos sabios, *quorum Dominus novit cogitationes, quoniam vanæ sunt*, «cuyos pensamientos y discursos sabe el Señor que son vanos». Si solamente fuéramos almas, esto es, fuéramos espíritus sin ningún cuerpo, y estando de asiento en el cielo no participáramos de cualidad alguna de las de los animales de la tierra, y nos dijeran que habíamos de venir á unirnos en estrecho vínculo con los cuerpos terrenos para animarlos, pregunto: ¿no arguyéramos con mucho mayor nervio y vigor para no dar asenso á esta doctrina, y diríamos que la naturaleza no tolera que una entidad incorpórea venga á unirse con lo que es corpóreo? Y, sin embargo, observamos que la tierra está poblada de almas vegetantes, y que dan vida, con las cuales están unidos y enlazados con maravillosa armonía estos miembros terrenos. ¿Por qué causa, pues, queriendo el mismo Dios que formó este animal, no podrá ascender el cuerpo terreno á la altura del cuerpo celeste, si el alma, que es más aventajada y excelente que todos los cuerpos, y por consiguiente más que los cuerpos celestes, pudo unirse con el cuerpo terreno? ¿Acaso una partecilla terrena tan pequeña pudo unirse con objeto que fuese mejor para el cuerpo celeste para tener con él sentido y vida, y á esta misma que ya tiene sensación y vive se desdeñará el cielo de recibirla, ó admitiéndola no la podrá sufrir, sintiendo y viviendo ésta en virtud de un ente que es mejor que todos los cuerpos celestes? No se hace ahora esta maravilla, porque aun no ha llegado el tiempo en que quiso que se hiciese el que ha hecho lo otro, que por ser cosa que vemos no se la estima, siendo mucho más admira-

ble que lo que éstos ilusos creen. Porque, ¿qué razón hay para que no nos admiremos de que las almas incorpóreas, que son más excelentes que los cuerpos celestes, se junten y traben con los cuerpos terrenos, y sí de que los cuerpos terrenos vayan á las mansiones celestiales, siendo corpóreos, sino porque estamos acostumbrados á ver aquello formando lo que somos, y ésto aun no lo somos, ni hasta ahora jamás lo hemos visto? Bien reflexionado, hallaremos que es obra más admirable de la mano divina unir y trabar en cierto modo las corpóreas con las incorpóreas, que el juntar cuerpos con cuerpos, aunque sean diferentes, los unos celestiales y los otros terrenos.

CAPITULO V

De la resurrección de la carne, que algunos no creen, creyéndola todo el mundo.

Aunque haya sido increíble alguna vez, ya todo el mundo ha creído, menos unos cuantos incrédulos que se admiran de ello, que el cuerpo terreno de Cristo fué llevado á los cielos, y la resurrección de su carne, su ascensión y subida á las celestiales mansiones, dándole crédito los doctos é indoctos, los sabios y los ignorantes. Y si han creído lo que es digno de fe, adviertan cuántos son los que no creen. Y si han creído lo que es increíble, también es increíble que se haya creído así lo que es increíble. Estas dos circunstancias increíbles, es á saber, la primera la resurrección de nuestro cuerpo para siempre, y la segunda que una maravilla tan increíble como ésta la había de creer el mundo, predijo el Señor que habían de suceder mucho antes que esta úl-

tima se verificase. Ya vemos cumplido que creyese el mundo lo que era increíble. ¿Por qué, pregunto, la otra increíble que resta se desespera que también suceda, y se tiene por increíble cuando ya sucedió lo que era increíble, esto es, que cosa tan increíble la creyese el mundo? Ambas cosas increíbles, de las cuales vemos la una y creemos la otra, las hallamos ya anunciadas en la misma Escritura, por lo cual ya ha creído el mundo. Y si consideramos el modo como el mundo lo ha creído, hallaremos que es más increíble. Envió Cristo al mar proceloso de este siglo unos pescadores con las redes de la fe, que ignoraban las artes liberales, y por lo que respecta á su ciencia y doctrina, totalmente rudos, sin tener noticia de gramática, sin ir prevenidos ni armados de los sofismas de la dialéctica, ni hinchados con los discursos elocuentes de la retórica; y de esta manera pescó de todo género tanto número de peces, y entre ellos también á los mismos filósofos, lance tanto más admirable cuanto más raro, que si se quiere podemos añadir á los dos increíbles que hemos dicho. Luego ya tenemos tres sucesos increíbles, que, no obstante, sucedieron. Increíble es que Cristo resucitase en carne, y que subiese al cielo con la carne. Increíble es que haya creído el mundo portento tan increíble. Increíble es que hombres de condición humilde, despreciables, pocos é ignorantes, hayan podido persuadir de cosa tan increíble, tan eficazmente al mundo, y hasta á los mismos doctos. De estos increíbles no quieren estos con quienes disputamos creer el primero: el segundo, aunque no quieran, lo ven aun con sus ojos, no comprendiendo cómo ha sucedido, si no creen el tercero. Es cierto é indudable que la resurrección de Cristo, y su ascensión al cielo con la carne, con que resucitó, ya se predica y se cree en todo el mundo, y si no es creíble, pregunto: ¿cómo se ha creído ya en todo el orbe de la

tierra? Si muchos nobles, poderosos y también sabios, dijeron que ellos lo vieron, y lo que así vieron lo divulgaron, no fuera maravilla que el mundo les hubiese creído, aunque hubiera algunos tercos que no lo creyeran. Pero si como es positivo, predicándolo y escribiéndolo unos pocos hombres oscuros, bajos é ignorantes que lo vieron, ha creído el mundo, ¿por qué unos pocos sumamente obstinados no quieren aun creer al mismo mundo que lo cree? El cual creyó á unos pocos hombres humildes, abatidos é ignorantes, porque en testigos tan despreciables más admirablemente lo persuadió por sí mismo el Espíritu Santo, pues las elegantes arengas con que persuadían, fueron, no palabras, sino obras maravillosas: y los que no vieron resucitar á Cristo en carne, y subir con ella al cielo, creían á los que decían que lo habían visto, no solo porque lo decían, sino también porque hacían señales milagrosas. Porque á hombres que conocían que no sabían más que un idioma, y cuando más dos, los veían con admiración hablar de improviso en todos idiomas. Que uno que nació tullido de los pies desde el vientre de su madre, al cabo de cuarenta años se levantó sano en virtud de sola una palabra que los apóstoles le dijeron en nombre de Cristo. Que los sudarios y lienzos que se quitaban de sus cuerpos servían para sanar los enfermos, y que innumerables dolientes oprimidos con varias enfermedades, poniéndose en orden por los caminos por donde habían de pasar, para que les tocase la sombra cuando pasasen, al momento cobraban salud, y otras muchas señales estupendas que hacían en nombre de Cristo. Y, finalmente, veían resucitar los muertos. Si concedieron que estos portentos se obraron, como se lee en los escritos apostólicos, ved aquí cómo á aquellos tres prodigios increíbles podemos añadir otros infinitos increíbles. Para que crean un suceso increíble que se dice de la resu-

rrección de la carne, y de la ascensión al cielo, aglomeramos tantos testimonios de tantos increíbles, y, con todo, no podemos apartar de su increíble rudeza á estos incrédulos, para que den crédito á estas infalibles verdades. Y si no creen tampoco que los apóstoles de Cristo obrasen tales milagros, para que les creyesen la resurrección y ascensión que predicaban de Cristo, á nosotros nos basta sólo el gran prestigio de que, sin milagros, lo haya creído todo el orbe de la tierra.

CAPÍTULO VI

Cómo Roma, amando á su fundador Rómulo, le hizo dios, y la Iglesia, creyendo en Cristo, le amó.

Traigamos también aquí á la memoria lo que celebra y admira Tulio sobre haberse dado asenso á la divinidad de Rómulo. Pondré sus mismas palabras como él las escribe: «Cosa es, dice, más admirable la de Rómulo, porque los demás dioses que dicen se hicieron de los hombres, fueron en siglos menos ilustrados, de manera que fué más fácil el fingirlo cuando los imperitos é ignorantes se movían sin dificultad á creer. Pero observamos que los tiempos de Rómulo fueron hace seiscientos años no cabales, habiendo ya adquirido su antiguo esplendor las letras y las ciencias, y destrádose ya aquel antiguo y envejecido error de la vida inculta y agreste de los hombres. Poco después del mismo Rómulo, dice así lo que pertenece á este mismo intento: de lo cual se puede inferir, que muchos años antes fué Homero que Rómulo, de manera que, siendo ya los hombres sabios y los tiempos ilustrados, apenas había lugar para poder fingir patrañas. Porque la anti-

güedad recibió las fábulas compuestas en ocasiones mal é impropriamente; pero estos tiempos, como son ya cultos, rechazando principalmente todo lo que es imposible, no las admiten». Uno de los hombres más doctos y elocuentes de su tiempo, Marco Tulio Cicerón, dice que se creyó milagrosamente la divinidad de Rómulo, porque los tiempos estaban ya ilustrados y no admitían las falsedades de las fábulas. ¿Y quién creyó que Rómulo fué dios, sino Roma, y esto siendo aun población reducida, y cuando comenzaba á cimentarse su futura gloria? Porque después los descendientes hubieron de conservar en su memoria necesariamente las tradiciones que recibieron de sus predecesores, para que creciese la ciudad con la superstición que había mamado, en cierto modo con la leche de su madre, y llegando á poseer un imperio tan vasto y dilatado, de su cumbre y mayor elevación, como de un lugar más encumbrado, bañase con esta su opinión las otras naciones á quienes dominaba. De suerte que, aunque éstas no lo creyesen, llamasen dios á Rómulo por no ofender el honor de la ciudad, á quien rendían vasallaje en asunto de su fundador, llamándole de otra manera que Roma, la cual creyó aquella patraña, no por afición al error, sino por amor desordenado á su fundador. Pero á Cristo, aunque es fundador de la Ciudad celestial y eterna, no porque la erigió le tuvo ésta por Dios, antes sí ha de irse fundando paulatinamente porque lo creyó. Roma después de ya fundada y dedicada, veneró á su fundador como á dios, en el templo que le edificó; pero esta Jerusalén, para poderse fundar y dedicar, puso á Cristo Dios su fundador en el fundamento de la fe. Aquella amando á Rómulo, creyó que era dios: ésta creyendo que Cristo era Dios, le amó. Así como allá precedió el motivo para que Roma le amase y del amado creyese ya de buena gana aun el bien que era falso,

así precedió aquí causa, por la que esta creyese, y con fe sincera, no sin justo motivo amase, no lo que era falso, sino lo que era verdadero. Porque además de tantos y tan estupendos milagros, que persuadieron aun á los más obstinados que Cristo era Dios, también precedieron profecías divinas, dignas por todas sus circunstancias de fe, las cuales, no como los padres creemos que han de cumplirse, sino que las observemos ya plenamente cumplidas. De Rómulo, porque fundó á Roma y reinó en ella, oímos y vemos lo que sucedió, y no un portentoso que antes estuviese vaticinado. Dicen las historias que se sostuvo y creyó que fué transportado entre los dioses; más no nos prueban que así ocurriera. Con ninguna señal maravillosa se evidencia que realmente sucediese; pues la loba que crió á los dos hermanos, lo cual se tiene por singular portentoso, ¿de qué sirve ó qué prueba para hacernos ver que era dios, mediante á que por lo menos, si aquella loba no fué positivamente una ramera, sino una bestia, el milagro debía ser común y extensivo á los dos hermanos, y, sin embargo, no tienen por Dios á su hermano? ¿Y á quién le prohibieron que confesase por dioses á Rómulo ó á Hércules, ó á otros tales hombres, y quiso antes morir que dejarlo de confesar? ¿Hubiera acaso alguna nación que adorara entre sus dioses á Rómulo si no los obligara á este vano rito el temor del nombre romano? ¿Y quién podrá numerar la inmensa multitud de los que quisieron antes morir con cualquiera género de muerte cruel é inaudita, que negar la divinidad de Cristo? Así, pues, el temor de la indignación de los romanos, si no se adorara á Rómulo, pudo forzar á algunas ciudades que estaban bajo el yugo y jurisdicción romana á dorarle como á dios; pero el adorar á Cristo por Dios, y confesarle por tal un número considerable de mártires esparcidos por todo el ámbito de la tierra, no pudo im-

pedirlo el temor, no ya de alguna ligera ofensa de ánimo, sino de penas y tormentos inmensos y varios, ni aun el terror de la misma muerte, que suele ser más horrible que todos los tormentos juntos. La Ciudad de Cristo, aunque entonces era todavía peregrina en la tierra, y tenía grandes escuadrones de crecidos pueblos y gentes, con todo, no cuidó de resistir y pelear contra sus impíos perseguidores en defensa de su vida y salud temporal; antes por conseguir la eterna, no les repugló. Los prendían, encarcelaban, atormentaban, abrasaban, despedazaban, mataban, y, sin embargo, se multiplicaban. No tenían otro modo de pelear para salvar su vida, que despreciar la misma vida por el Salvador. Conservo en la memoria que en el libro III de *República*, de Cicerón, se dice, si no me engaño, que una ciudad buena y consumada en virtud, no debe emprender guerra, si no es ó por la fe ó por la salud pública. Y lo que llama salud, ó qué quiere significar con esta palabra, en otro lugar lo manifiesta, diciendo: «de estas penas, las que sienten aun los más insensatos, como son indigencia, destierro, prisión y azotes, se libertan en ocasiones los particulares con acabar de improviso la vida. Pero las ciudades, la pena mayor es la misma muerte, la cual parece que liberta á cada uno de la pena; porque la ciudad ha de estar establecida y ordenada de tal conformidad, que sea eterna. Así que no hay muerte natural para la República, como la hay para el hombre, en quien la muerte no sólo es necesaria, sino que muchas veces se debiera desear. Mas cuando una ciudad es asolada, destruída y aniquilada, se asemeja en cierto modo (comparando los objetos pequeños con los grandes) á si todo este mundo pereciese y se acabase». Esto dice Cicerón, porque opina con los platónicos, que el mundo no ha de fenecer. Consta, pues, que quiso que la Ciudad emprenda la guerra por

conseguir aquella salud con la cual permanece en el mundo, como él dice, eterna, aunque se le mueran y nazcan uno á uno los ciudadanos, como es perenne y perpetuo el verdor de los olivos, laureles y demás árboles de esta calidad, cayéndoseles y naciendo una á una las hojas. Porque la muerte, como dice, no la de cada hombre de por sí, que ésta por la mayor parte libra de pena á cada uno, sino la de toda ella, es pena de la Ciudad. Por lo cual con razón se duda si obraron bien los Saguntinos cuando prefirieron que pereciese toda la ciudad, á violar la fe de los tratados con que estaban aliados con la República Romana, cuya resolución tanto celebran los ciudadanos de la Ciudad terrena. Mas no penetro cómo pudieran obedecer á esta doctrina, por la cual se ordena que no debe emprenderse guerra sino por la fe ó por la salud pública; pues no dice cuando estas dos circunstancias concurren juntamente en un mismo peligro; de manera que no se puede guardar la una sin la pérdida de la otra: en tal caso, ¿qué es lo que debe elegirse? Porque sin duda si los Saguntinos escogieran la salud, les fuera preciso desamparar la fe; si habían de guardar la fe, habían de perder la salud, como en efecto lo hicieron. Pero la salud de la Ciudad de Dios es de tal calidad, que se puede conservar, ó por mejor decir, adquirir con la fe y por la fe; mas perdida la fe, ninguno puede venir á ella. Y esta aprensión en unos corazones constantes y sufridos formó tantos y tan ilustres mártires, que no los tuvo, ni pudo tener tales, ni uno solo, cuando fué tenido por dios Rómulo.

CAPÍTULO VII

Que fué virtud divina y no persuasión humana que el mundo creyese en Cristo.

Aunque es ridiculez hacer mención de la falsa divinidad de Rómulo cuando hablamos de Cristo, sin embargo, habiendo vivido Rómulo casi seiscientos años antes de Scipión y confesando que aquel siglo estaba ya ilustrado y cultivado con el estudio de las ciencias, de manera que no creía lo que no es posible después de seiscientos años en tiempo del mismo Cicerón y especialmente en lo sucesivo, reinando ya Augusto y Tiberio, es á saber, en tiempos más ilustrados, ¿cómo pudiera admitir el entendimiento humano la resurrección de la carne de Cristo y su ascensión á los cielos como suceso posible? Mofándose de ella, no la escuchara ni admitiera, si no probaran y demostraran que pudo ser, y que fué así la divinidad de la misma verdad ó la verdad de la divinidad, y los testimonios evidentes de los milagros, de forma que por más terror y contradicción que pusieron tantas y tan grandes persecuciones, la resurrección é inmortalidad de la carne que precedió en Cristo y la que después ha de suceder en los demás allá en el nuevo siglo, no sólo fué creída fielmente, sino predicada con heroico valor, sembrada por toda la redondez de la tierra y regada con la sangre de los mártires para que brotara, sé fomentara y creciera con más abundancia y fecundidad, pues se leían los anuncios de los profetas, concurrían las señales, prodigios y virtudes, y la verdad, aunque nueva al sentido y uso ordinario, mas no contraria á la razón, penetraba en los espíritus hasta que todo el orbe, que persiguió con extraño furor y crueldad, la siguió y abrazó con la fe católica.

CAPÍTULO VIII

De los milagros que se obraron para que el mundo creyese en Cristo, y los que aun continúan obrándose, sin embargo de creer las gentes en el Señor.

¿Por qué causa (dicen) no se obran al presente aquellos milagros que predicáis se hicieron entonces? Pudiera congruamente responder que fueron absolutamente necesarios al principio, antes que creyese el mundo en Jesucristo, para que creyera realmente en su sana doctrina. El que todavía para establecer ó afirmar su creencia busca prodigios, no deja de ser él un gran prodigio, pues creyendo toda la tierra no cree él. Pero nos hacen esta objeción porque creamos que ni aun entonces se obraron aquellos milagros. Pregunto: ¿por qué razón se celebra en toda la tierra con tanta fe el grande misterio de haber subido Cristo al cielo con su propia carne? ¿Por qué en siglos tan ilustrados y que no admitían opinión que no fuese posible, creyó el mundo, sin milagros, sucesos milagrosamente increíbles? ¿Acaso dirán que fueron verosímiles y que por lo mismo merecieron crédito? ¿Por qué motivo nó los creen ellos? Bien breve y conciso es nuestro argumento; ó es positivo que al portento increíble que no se veía le hicieron creíble otros increíbles, los cuales se hacían y observaban ocularmente, ó verdaderamente, lo que era tan creíble no tuvo necesidad de milagros para persuadir. Así se confunde y redarguye la nimia incredulidad de estos espíritus preocupados. Esto digo para confundir á los vanos y entusiastas, porque no podemos negar que se hicieron muchos milagros para comprobar aquel singular, grande y saludable prodigio con que Cristo con la misma carne en que resucitó subió á los cielos, mediante á

que en los mismos libros, depositarios de las mas venerables verdades, se contienen todos, así los que se obraron como aquel por cuya fe y confirmación se hicieron. Estos para dar fe y testimonio se divulgaron con la fe y testimonio auténtico que dieron y con mucha mayor claridad se promulgaron, porque se leen en presencia de todo el pueblo para que se crean y no se leyeran al pueblo si no se les diera fe y crédito. También al presente se hacen milagros en su nombre; ya sea por medio de sus Sacramentos, ya por las oraciones ó memorias de sus santos; aunque no son tan claros ni ilustres y famosos ni se divulguen con tanta gloria como aquellos; porque el Canon de la Sagrada Escritura, el cual convino que se promulgase, hace que se lean aquellos por todo el mundo y que queden fijos en la memoria de todo el pueblo; pero éstos, donde quiera que sucedan, apenas se saben en toda la ciudad ó por alguno de los que están en el lugar, porque la mayor parte aun allí lo saben poquísimos, ignorándolos los demás, principalmente si es grande la ciudad. Y cuando son referidos en otras partes y á otros, no llevan consigo tanta autoridad que sin dificultad ó sin poner duda se crean, aunque los refieran y den noticia exacta de ellos los mismos fieles á los fieles cristianos.

El milagro que sucedió en Milán, estando yo allí, cuando recobró la vista un ciego, pudo llegar á noticia de muchos, porque la ciudad es populosa y dilatada y se hallaba entonces allí el Emperador, sucediendo el prodigio en presencia de una multitud inmensa de pueblo que concurrió á visitar los cuerpos de los bienaventurados mártires Protasio y Gervasio; los cuales, habiendo estado ocultos sin saberse su paradero, se hallaron por revelación en sueños al obispo San Ambrosio, donde aquel ciego, despojándose de sus tinieblas, vió el día.

Pero en Cartago, ¿quién sabe, á excepción de muy pocos, la salud que recobró Inocencio, abogado que fué de la audiencia del gobernador, hallándome yo presente y viéndolo con mis propios ojos? Como él con toda su familia era muy devoto, nos hospedó á mí y á mi hermano Alipio cuando veníamos de la otra parte del mar, que aunque no éramos clérigos, sin embargo, ya servíamos á Dios, y entonces posábamos en su casa. Curábanle los médicos unas fístulas que tenía, siendo muchas y muy juntas en la parte posterior y más baja del cuerpo. Ya le habían abierto y lo que restaba de la cura lo continuaban con medicamentos. Padeció, cuando le abrieron, largos y crueles dolores; pero entre muchos senos que tenía, uno se les olvidó á los médicos, ocultándoseles en tal conformidad, que no llegaron á él cuando debieran abrirle con el hierro. Finalmente, habiendo sanado todos los que habían abierto, éste sólo quedó, en cuya curación trabajaban en vano. Y teniendo él por sospechosas estas dilaciones y recelando mucho le volviesen á abrir, según ya le había anunciado otro médico doméstico y afecto suyo (á quien los otros no habían admitido para que siquiera viese cuando la primera vez le abrieron cómo hacían lo operación, y por una disensión que tuvo con él le había echado de la casa y con dificultad le había vuelto á recibir), exclamó y dijo: ¿qué, me han de sajar otra vez? ¿He de venir á parar á lo que insinuó aquel que no quisisteis que se hallase presente? Ellos, burlándose de aquel médico, decían que era un ignorante, y con buenas palabras y promesas le templaban y disminuían el miedo. Pasáronse otros muchos días; nada de cuanto hacían aprovechaba, y, sin embargo, los médicos perseveraban en sus ofertas de que había de cerrarse aquel seno, no con hierro, sino con medicinas. Llamaron también á otro médico ya anciano y de gran fama en su facultad, Amonio, que

aun vivía, el cual, habiendo registrado la herida, prometió lo mismo que los otros, confiado en su pericia é inteligencia. Asegurando el doliente con la autoridad y fallo de éste como si estuviera ya sano, con extraordinaria alegría motejó y se burló de su médico, que le había vaticinado que le abrirían nuevamente la cisura. ¿Pero para qué me alargo tanto? Al fin se pasaron tantos días en vano, que, cansados y confusos, confesaron que con ningún remedio podía sanar sino con la introducción del hierro. Quedóse absorto el enfermo, mudósele el semblante, turbado del temor y presagio, y cuando volvió en sí y pudo hablar, les mandó que se fuesen y no le visitasen más; no otro recurso le ocurrió estando cansado de llorar, y forzado ya de la necesidad, sino llamar á un alejandrino que entonces era tenido por admirable cirujano para que hiciese lo que, enojado, no quiso que practicasen los otros. Pero después que vino éste, y, como maestro, advirtió en las cicatrices el trabajo de los otros, como hombre de bien le persuadió que dejase gozar del fin de la cura á aquellos que en ella habían trabajado tanto, porque, viéndolo, le causaba admiración; añadió que en realidad sólo sajiéndole podía sanar, mas que era muy ajeno de su condición quitar la palma de tan singular molestia por tan poco como quedaba que operar á hombres cuyo artificioso estudio, industria y diligencia con admiración había echado de ver en las cicatrices. Volviolos á su gracia y quiso que asistiese el mismo Alejandrino, á la operacion de abrirá quel seno que ya, por común consentimiento, se tenía, de no hacerlo, por incurable. Difirióse la operacion para el día siguiente; pero luego que se ausentaron los físicos por la demasiada tristeza y melancolía del Señor, se excitó en aquella casa tal sentimiento, que, como si fuera ya difunto, apenas los podíamos sosegar. Visitábanle á la sazón cada día aquellos santos varones, Sa-

turnino, de buena memoria, que entonces era obispo uzalense, Geloso, presbítero, y los diáconos de la Iglesia de Cartago, entre los cuales estaba y sólo vive ahora el obispo Aurelio, digno de que le nombre con reverencia, con el cual, discurriendo de las maravillosas obras de Dios, muchas veces he tratado sobre este particular y he hallado que tenía muy presente en la memoria lo que vamos refiriendo. Visitándole, como acostumbraban, por la tarde, les rogó con muy tiernas lágrimas que le hiciesen favor de hallarse á la mañana siguiente presentes á su entierro más que á su dolor, porque había concebido tanto miedo á los dolores que antes había pasado, que no dudaba que había de dar el alma en manos de los médicos. Ellos le consolaron y exhortaron á que confiase en Dios y sufriese con esfuerzo y conformidad todo lo que Dios dispusiese. En seguida nos pusimos en oración, en la cual, como se acostumbraba, hincamos las rodillas, y puestos en tierra, él se arrojó como si alguno le hubiese gravemente impelido y derribado en el suelo, y comenzó á orar, ¿Quién podrá explicar con palabras apropiadas con qué emoción, con qué afecto, con qué angustia de corazón, con qué abundancia de lágrimas, con qué gemidos y sollozos que le conmovían todos sus miembros y casi le ahogaban el espíritu? Si los otros rezaban ó si estas demostraciones de ternura y aflicción distraían su atención, no lo sé. De mí se decir que no podía orar, y sólo brevemente dije en mi corazón: «¿Señor, cuáles son las oraciones que oís de los vuestros si éstas no oís?» Porque me parecía que no le restaba ya más que dar el alma en la oración. Levantámonos, pues, y recibida la bendición del obispo nos fuimos, suplicándoles el doliente que viesesen á la mañana, y ellos exhortáronle á que tuviese buen ánimo. Amaneció el día tan temido, vinieron los siervos de Dios como lo habían prometido. Entraron los

médicos, aprestando todo lo que exigía la próxima operación, sacando la horrible herramienta, estando todos atónitos y suspensos, animando al desmayado y consolándole los que allí tenían más autoridad, componen en la cama los miembros del paciente para la comodidad de la mano del que había de hacer la abertura, desatan las ligaduras, descubren la herida, mirale el médico, y armado ya y atento, busca aquel seno que debía abrirse. Escudriñalo con los ojos, tiéntalo con los dedos, y al fin, buscando y examinado todo, halló una firmísima cicatriz. La alegría, alabanzas y acciones de gracias que dieron todos llorando de contento, no hay que fiarlo á mis razones y expresiones patéticas; mejor es considerarlo que decirlo.

En la misma ciudad de Cartago, Inocencia, mujer devotísima y de las principales señoras de aquella ciudad, tenía un zaratán en un pecho, dolencia, según dicen los médicos, que no puede curarse con medicamento alguno, y por eso se suele cortar y separar del cuerpo el miembro infecto donde nace, para que el doliente viva algun tiempo más; porque, según sentencia de Hipócrates, como dicen los físicos, de allí ha de resultar la muerte, y más ó menos tarde es necesario abandonar del todo la cura. Asílo había insinuado á la paciente un médico perito y muy familiar y afecto de su casa, por lo que ella se acogió solamente á Dios con sus fervorosas oraciones. Adviértela en sueños, aproximándose ya la Pascua, que cuando se hallase presente á las solemnidades del bautismo en el puesto ó lugar designado á las mujeres, cualquiera de las bautizadas que primero se encontrase con ella la santiguase la parte dañada con la señal de Jesucristo: así lo hizo, y al punto sanó. El médico que la había dicho que no hiciese ningún remedio si quería prolongar algo más su vida, viéndola después y hallando enteramente sana á la

que, habiéndola visto antes, sabía con toda seguridad que adolecía de aquel mal, la preguntó con grandes instancias le significase el remedio que había usado, deseando, á lo que se percibe, saber la medicina que obró más que el aforismo de Hipócrates. Y oyendo lo que había practicado, con voz ó tono como quien hace poco caso, y con un semblante tal que la buena señora temió dijese contra Cristo alguna palabra contumeliosa ó afrentosa, dicen que respondió con devoto donaire: «pensaba que me habíais de decir alguna cosa grande é inaudita». Y azorándose y temblando la señora oyendo esta contestación, añadió: ¿qué grande maravilla hizo Cristo en curar un zaratán, supuesto que resucitó un muerto de cuatro días? Oyendo yo esta respuesta, y sintiendo en el alma que un milagro tan estupendo como aquel sucediese en la insinuada ciudad, en aquella persona que no era de extracción baja y estuviese así encubierto, me pareció advertirla y aun reprenderla el silencio; pero habiéndome respondido que no lo había callado, pregunté á unas señoras matronas muy amigas suyas, que acaso entonces la acompañaban, si habían tenido antes noticia de este prodigio: quienes me respondieron que no tenían antecedentes de él, ni le habían sabido. ¿Veis, dije yo, cómo lo habéis callado de manerá que ni estas señoras con quienes tenéis tanta familiaridad lo han oído? Y porque sumariamente se lo había preguntado, hice lo refriese todo según el orden de los acaecimientos delante de ellas, quedando todas admiradas y glorificando á Dios por su infinita piedad y misericordia.

¿Y quién tiene noticia de como en la misma ciudad un médico que padecía gota en los pies, habiendo dado su nombre para bautizarse, un día antes que recibiese la sagrada ablución prohibieronle en sueños que se bautizase aquel año ciertos muchachos negros con los

cabellos retorcidos, los cuales entendía él que eran los demonios, y no obedeciéndolos, aunque le pisaron por su resistencia los pies, padeciendo acerbísimos dolores cuales jamás los había sentido iguales, antes veniéndolos, no dilató el bautizarse, según lo había ofrecido, y en el mismo bautismo se libró, no sólo del dolor que le molestaba más cruelmente que nunca, sino también de la misma gota, y en lo sucesivo, aunque vivió después muchos años, jamás le dolieron los pies? Este milagro llegó á nuestra noticia y de algunos pocos cristianos que, por la proximidad, lo pudieron saber.

Un cierto curubitano bautizándose, sanó, no sólo de una perlesía, sino también de una disforme hernia, y habiéndose librado de ambas dolencias, como si no hubiera tenido mal alguno en su cuerpo, le vieron partir sano de la fuente de la regeneración. ¿Quién supo este prodigio, á excepción de los vecinos de Curubi, y de algunos pocos que lo pudieron oír casualmente en cualquiera parte? Habiéndolo entendido nosotros, por orden del santo obispo de Aurelio le hicimos venir á Cartago, aunque lo habíamos ya oído á personas de cuya fe no podemos dudar.

Hesperio, tribuno, que está en nuestra compañía, posee en el territorio fusalense una granja llamada Zubedí, y habiendo sabido que los espíritus malignos molestaban su casa, afligiendo á las bestias y criados, rogó á nuestros presbíteros, estando yo ausente, que fuese alguno de ellos á expelerlos de allí con sus oraciones. Fué uno y ofreció el santo sacrificio del cuerpo de Cristo, rogando á Dios cuanto pudo que cesase aquella vejación, y al instante por la misericordia de Dios cesó. Consiguió éste de un amigo suyo un poco de tierra santa traída de Jerusalén, del paraje donde Cristo fué sepultado y resucitó al tercero día, la cual colgó en su aposentó, porque no le hiciesen también algún daño.

Pero viendo ya libre su casa de aquella vejación, le entró un gran cuidado sobre qué haría de aquella tierra, á la cual por reverencia no quería conservar más tiempo en aquel aposento. Sucedió casualmente que yo y mi compañero, que era Maximino, obispo entonces de la Iglesia sinicense, nos hallamos allí cerca: nos rogó que fuésemos allá, y fuimos. Y habiéndonos referido todo el suceso, nos pidió igualmente en particular que enterrásemos áquella tierra en alguna parte, y se construyese allí un oratorio donde pudiesen congregarse los cristianos á celebrar los misterios sagrados; accedimos á su ruego, y así se verificó.

Había allí un mancebo paralítico, de ejercicio labrador, que teniendo noticia del insinuado prodigio, pidió á sus padres que le condujesen sin dilación á aquel santo lugar, lo cual ejecutado, oró, y al momento salió de allí sano por sus pies.

En una aldea que se llama Victoriana, que dista de Hipona la Real menos de treinta millas, hay una reliquia de los santos mártires de Milán, Gervasio y Protasio. Llevaron allí un joven, que estando al medio día, en tiempo de estío, bañando un caballo en lo profundo de un río, se le entró un demonio en el cuerpo, y encontrábase tendido en el suelo, próximo á la muerte, ó casi como muerto, cuando entró la señora del pueblo, como acostumbraba, á rezar en la capilla los himnos y oraciones vespertinas con sus criadas y ciertas beatas, y comenzaron á cantar sus himnos. A estas voces el joven, como si le hubieran herido gravemente, se levantó, y dando terribles bramidos, se asió del altar, y le tenía fuertemente agarrado, sin atreverse á moverle, ó no pudiendo, como si con él le hubieran atado ó clavado, y pidiendo con grandes lamentaciones que le dejasen, confesaba el demonio dónde, cuándo y cómo había entrado en aquel mozo. Al fin, prometiendo que saldría de allí, fué

nombrando todos los miembros que amenazaba se los había de hacer pedazos al salir, y diciendo estas expresiones salió del hombre; pero quedó á éste colgando sobre la mejilla un ojo pendiente de una venilla, como de la raíz interior, y la pupila, que solía estar negra, se había ya vuelto blanca; advirtiendo esta deformidad los que estaban presentes, porque habían concurrido ya otros á las voces que daba, y todos se habían puesto por él en oración, aunque se alegraban de verle que estaba ya en su sano juicio, por otra parte estaban afligidos por causa del ojo, y decían que se llamase un médico. A la sazón el marido de una hermana suya que le había conducido á aquel lugar, dijo: poderoso es el Señor que ahuyentó al demonio por las oraciones de sus santos para restituírle también la vista. Y como mejor pudo, tomando el ojo caído y pendiente, y volviéndolo á su propio lugar, se le ató con un orario ó venda, y no permitió que se lo desatasen hasta pasados siete días, lo cual ejecutado, le halló ya sano y restituida la vista. Sanaron también otros muchos, y sería extendernos demasiado el numerarlos todos.

Conozco una doncella de Hipona que habiéndose un-tado con el aceite en que un sacerdote, rogando por ella, había derramado sus lágrimas, quedó inmediatamente sana y libre del demonio.

También sé que un obispo oró una vez por un joven que estaba ausente, y no le veía, y al punto le dejó el demonio, que se había posesionado de él.

Había en nuestra Hipona un anciano llamado Florencio, hombre devoto y pobre que se sustentaba con lo que le producía su oficio de sastre: había perdido su capa, y no tenía con qué comprar otra; púsose en oración delante de los veinte mártires, cuya Iglesia con sus reliquias tenemos muy célebre y suntuosa; pidió en voz clara y perceptible que le vistiesen; oyeron su ruego

unos mancebos que se hallaron allí casualmente, y bur-lándose de él, cuando se marchó, le siguieron dándole vaya, como á quien había pedido á los mártires cincuenta óbolos para comprar la capa. Pero andando el sastre sin responder una sola palabra, vió en la costa un pez muy grande palpitando, que le había arrojado de sí el mar, y con la ayuda de aquellos mancebos le cogió y vendió á un bodegonero que se llamaba Car-choso, buen cristiano, diciéndole lo que había sucedi-do, en trescientos óbolos, pensando comprar con ellos lana, para que su mujer le hiciese como mejor pudiese alguna ropa con que vestirse. Pero el bodegonero, abrien-do el pez, halló en su vientre un anillo de oro, y movi-do á compasión, y temeroso de Dios, se le dió al sastre, diciendo: ves aquí como te han dado de vestir los vein-te mártires.

Cerca de los baños de Tibili, llevando el obispo Pro-yecto las reliquias del glorioso mártir San Esteban, acu-dió á adorarlas un concurso muy numeroso de gente. Allí una mujer ciega pidió que la llevasen delante del obispo que traía las santas reliquias, dióle unas flores que llevaba, volviolas á recibir, acercólas á los ojos, y al punto vió con grande admiración de los que lo vie-ron; iba muy alegre delante de todos, sin tener ya ne-cesidad de quien la guiase por el camino.

Llevando la reliquia del mismo santo mártir, que está en la villa Synicense, comarcana á la colonia Hiponen-se, Lucilo, obispo del mismo pueblo, precediendo y si-guiendo todos los habitantes, de repente se halló sano, llevando consigo aquel santo tesoro, de una fístula que desde hacía mucho tiempo le molestaba, y aguardaba á que se la abriese un médico muy amigo suyo. Des-pués, jamás la halló en su cuerpo.

Eucario, sacerdote, natural de España, viviendo en Calama, padecía mucho tiempo había dolor de piedra;

librose de ella por la reliquia del insinuado santo mártir, que condujo allí el obispo Posidio.

Este mismo, después, adoleciendo de otra enfermedad, estaba rendido y muerto, de manera que le ataban ya los dedos pulgares; pero con los auxilios del dicho santo mártir, habiendo traído de su capilla la túnica del mismo sacerdote y poniéndola sobre el cuerpo como estaba echado, resucitó.

Hubo en el mismo pueblo un hombre de linaje ilustre, llamado Marcial, ya muy anciano y acérrimo enemigo de la religión cristiana; tenía una hija cristiana y un yerno que se había bautizado en aquel año, los cuales, como cayese enfermo, le pidieron con muchos ruegos y lágrimas que se convirtiese, haciéndose cristiano; pero no quiso por más insinuaciones que se le hicieron, y los echó de sí con mucha cólera y enojo. Su yerno tuvo por conveniente acudir á la reliquia de San Esteban y rogar por él cuanto pudiese, para que Dios le diera un santo espíritu á fin de que no dilatase más en creer en la fe de Cristo. Hízolo con singulares suspiros y lágrimas, y con ardiente afecto lleno de verdadera caridad, y al salir de la capilla tomó algunas flores del altar y por la noche se las puso debajo de la cabecera, y así se fué sosegado á dormir. Antes de amanecer empieza á dar voces, diciendo que vayan incontinenti á llamar al obispo, que entonces se hallaba conmigo en Hipona, y habiéndole respondido que estaba ausente, pidió que le trajesen sacerdotes. Vinieron, y luego dijo que creía en la verdadera fe. Este enfermo, mientras vivió, siempre tuvo en su boca estas santas palabras: Cristo, recibe mi espíritu, no sabiendo que estas expresiones fueron las últimas que pronunció el bendito mártir San Esteban cuando le apedrearón los judíos, con las cuales, al poco tiempo terminó su vida Marcial.

Concedió allí mismo el santo mártir la salud á dos enfermos que padecían la gota, uno vecino de aquel pueblo y otro extranjero; aunque es cierto que el primero sanó del todo, y el segundo supo por revelación lo que debía aplicarse cuando le doliese la pierna, y, en efecto, usando de esta medicina, luego cesaba el dolor.

En una aldea llamada Auduro hay una iglesia, y en ella una reliquia del mártir San Esteban. Unos bueyes desmandados con su carreta atropellaron con las ruedas á un muchacho pequeño que estaba jugando en las eras, y al momento, palpitando todo su cuerpo, expiró; pero cogiéndole su madre en los brazos, le presentó á San Esteban, y no sólo resucitó, sino que se halló libre sin lesión alguna de la desgracia pasada.

Una beata que vivía allí cerca en una granja denominada Caspaliana, cayó enferma, y desesperanzada de poder sanar, trajeron su túnica á tocarla con la santa reliquia, y antes que volviesen con ella murió la enferma. Sin embargo, sus padres cubrieron el cuerpo difunto con la túnica, y recobrando el espíritu, se libertó de la muerte, resucitando sana y buena.

En Hipona, cierto hombre llamado Baso, natural de Siria, se puso en oración delante de la reliquia del mismo santo mártir, rogando por una hija que tenía enferma y en inminente riesgo, conduciendo á la capilla el vestido de la doliente, y ved aquí que llegan corriendo los criados de su casa con la fatal nueva de que era difunta su hija; pero como estuviese aun Baso en oración, sus amigos que le acompañaban los detuvieron y ordenaron que no diesen tan triste noticia al padre, para evitar que fuese llorando amargamente por las calles al volver á su casa, que estaba ya llena de los llantos de los suyos; arrojando sobre la hija su vestido que traía consigo, resucitó y recobró nueva vida.

En el mismo pueblo, entre nosotros, murió de enfermedad el hijo de un cobrador de rentas, llamado Ireneo, y estando tendido el cuerpo difunto, y disponiéndole ya con gemidos y lágrimas las exequias, uno de sus amigos, entre los consuelos que otros le daban, le advirtió que untase el cuerpo con el aceite de la lámpara del mismo santo mártir; hízolo así, y revivió el hijo.

Asimismo, aquí entre nosotros, Eleusino, tribuno, puso á un niño hijo suyo, que se le había muerto de enfermedad, sobre la reliquia del santo mártir, que está en una aldea suya propia, y después de haber hecho oración con mucho fervor y copiosas lágrimas, allí mismo le recibió vivo.

¿Qué haré ahora? Pues me insta la palabra que di de acabar esta obra, de forma que no puedo relacionar todo lo que sé, y sin duda la mayor parte de nuestros católicos cuando leyeren estos prodigios se quejarán justamente de mí porque he omitido muchas maravillas, de las cuales, como yo, tienen exacta noticia. Suplícoles me perdonen y consideren cuán largo sería emprender lo que me fuerza no ejecutar aquí la necesidad del fin que me he propuesto en esta obra. Pues dejando aparte otras particularidades, si quisiera escribir solamente los milagros de las curaciones prodigiosas que ha obrado este santo mártir, el glorioso San Esteban, en la colonia Calamense y en la nuestra, fuera indispensable formar muchos libros, y, sin embargo, no sería posible recopilarlos todos, sino únicamente aquellos de los cuales nos han entregado memorias ó relaciones circunstanciadas para que se reciten y publiquen al pueblo. Quisimos que así se hiciese, advirtiendo que también en nuestros tiempos obraba Dios muchas señales y milagros muy semejantes á los antiguos, que no era conveniente ignorasen muchos. En atención á que no hace aun dos años que se puso en Hipona la

Real esta memoria, y habiendo infinitos prodigios, de los cuales es indudable que no se han presentado testimonios, los que han exhibido llegan ya casi á setenta cuando yo escribía éstos. Pero en Calama, donde el mismo memorial tuvo su primer exordio y se dan con más frecuencia, es inconcebiblemente mayor el número de los milagros que se refieren. Sabemos también de otras muchas maravillas que ha obrado el mismo santo mártir en la colonia de Uzali, que está cerca de Utica, cuyo testimonio archivó allí mucho antes que tuviésemos noticia de él en este país, el obispo Evodio.

No hay allí costumbre de dar memoriales, ó, por mejor decir, no la hubo antes, porque acaso al presente habrá ya comenzado á usarse; pues hallándome en aquel pueblo hace poco tiempo, exhorté con beneplácito del obispo de dicho lugar á Petronia, señora ilustre, que había sanado milagrosamente de una peligrosa y larga enfermedad (en que nada aprovecharon todos los remedios que usaron los médicos), á que diese su relación para que se recitase al pueblo, á lo que condescendió gustosamente. En el cual insertó también lo que aquí no puedo pasar en silencio, aunque me obliga á apresurar lo que me resta de esta obra. Dice que la persuadió un judío á que metiese en una cinta hecha de cabellos un anillo, y se la ciñese á raíz de la carne debajo de todos los vestidos, y que el anillo tenía debajo de la piedra preciosa una piedra que se halla en los riñones de los bueyes; ceñida con este aparente remedio, caminaba á la capilla del santo mártir. Pero habiendo salido de Cartago, y llegando cerca del río Bragada, se detuvo allí en una heredad suya. Al levantarse para continuar su camino, vió delante de sus pies, en el suelo, aquel anillo, y admirándose, tentó la cinta de cabellos en que le traía atado. Hallándola atada como la había puesto, con sus nudos muy firmes, sospechó que el

anillo se habría quebrado ó soltado; pero viéndole también íntegro, maravillada aun más, parecióle buen pronóstico y seguridad de la salud que esperaba, y desatando la cinta, juntamente con el anillo la arrojó en el río. No darán crédito á este suceso los que no creen que nació nuestro Señor Jesucristo, quedando íntegra y virgen su Madre, ni que entró á visitar sus discípulos estando cerradas las puertas; pero á lo menos busquen y averigüen esta maravilla, y si hallaren que es verdad, creerán también aquélla. La mujer es muy conocida, de familia noble; casada ilustremente, vive en Cartago; insigne es la ciudad, insigne es la persona, no dejarán de manifestar la verdad á los que quisieren examinarla. Por lo menos el mismo santo mártir, por cuya intercesión ella sanó, creyó en el Hijo de la que permaneció Virgen inmaculada, en el que entró á ver sus discípulos estando cerradas las puertas. Finalmente, y este es el motivo por que decimos todas estas particularidades, creyó en aquel que subió á los cielos con la misma carne con que resucitó, y por eso obra el Señor tan estupendas maravillas, porque por esta fe puso y dió su vida. Así, pues, también ahora se hacen muchos milagros, obrándolos el mismo Dios por medio de quien quiere y como quiere, el que hizo igualmente aquellos que leemos, aunque éstos no son tan notorios como los otros, y para que no se olviden, se suelen renovar con la frecuente lección de ellos, como preservativo de la memoria. Porque aun donde se pone exacta diligencia, como la que se ha empezado á poner aquí entre nosotros de que se reciten al pueblo los memoriales ó relaciones instrumentales de los que reciben los oficios divinos, los que se hallan presentes lo oyen sola una vez, y los más no se hallan presentes; de manera que ni los que lo presenciaron, pasados algunos dias se acuerdan de lo que oyeron, y apenas se

halla uno que quiera contar lo que oyó al que sabe que estuvo ausente.

Uno ha sucedido aquí entre nosotros, que aunque no es mayor que los relacionados, con todo, el milagro es tan claro é ilustre, que imagino no haber uno sólo de los ciudadanos de Hipona que no le haya visto ó sabido, y ninguno que haya podido clvidarle. Hubo diez hermanos, siete varones y tres hembras, naturales de la ciudad de Cesaréa de Capadocia, no de humilde extracción entre sus ciudadanos, sobre los cuales vino el castigo del cielo por una maldición que fulminó contra ellos su madre, recién viuda y desamparada de ellos, con motivo de la muerte de su padre, muy sentida por una injuria que la hicieron, de forma que todos padecían un horrible temblor de miembros, y no pudiendo tolerar el verse así tan abominables y vilipendiados en la presencia de sus vecinos, por donde cada uno quiso se fueron peregrinando por casi todo el imperio romano. De éstos acertaron á venir aquí dos, hermano y hermana, Paulo y Paladia, conocidos ya en otros muchos pueblos por la notoriedad de su miseria. Llegaron á esta ciudad; casi quince días antes de la Pascua acudían diariamente á la Iglesia, y en ella oraban delante de la reliquia del glorioso San Esteban, suplicándole á Dios que los perdonase ya, y les reintegrase en su perdida salud. Allí y donde quiera que iban llamaban la atención de todos los ciudadanos, y algunos que los habían visto en otras partes y sabían la causa de su temblor, se lo referían á otros como podían. Vino la Pascua, y el domingo por la mañana, habiendo ya concurrido la mayor parte del pueblo, estando asido á las rejas del santo lugar donde se guardaba la reliquia del Santo Martir, haciendo su oración el insinuado mancebo, de repente cayó postrado en tierra y estuvo así un gran rato, como quien duerme, aunque no ya temblando

como antes, aun cuando dormía. Admirados los que estaban presentes, temiendo unos y lastimándose otros, quisieron algunos levantarle; pero otros se lo impidieron diciendo que era más conveniente esperar á ver en qué paraba. En este tiempo se levantó, y no temblaba, porque estaba ya sano, y miraba á los que le observaban. ¿Quién, pues, de cuantos le miraban dejó de alabar á Dios? Llenóse toda la Iglesia de las voces de los que clamaban y bendecían á Dios: desde allí acudieron á mí corriendo donde estaba sentado para salir. Vienen atropellándose unos á otros, contando el último como cosa nueva lo que había ya referido otro antes. Y estando yo muy contento, y en mi interior dando gracias á Dios, entró también él mismo con otros muchos, inclinóse á mis rodillas, y levantóse para recibir mi paz; salimos á la presencia del pueblo, estaba llena la Iglesia y resonaban por todas partes los ecos de las voces de alegría de los que por uno y otro lado clamaban sin que ninguno callase, á Dios gracias, á Dios alabanzas. Saludé al pueblo, y volvían á clamar lo mismo con mayor fervor y en más alta voz. En fin, sosegados y estando ya en silencio, leyéronse las solemnidades de la Sagrada Escritura, y al llegar á mi sermón hablé muy poco de la doctrina alusiva al tiempo presente, y de aquella actual alegría; porque antes quise dejar que ellos en la contemplación de aquel divino prodigio gustasen de cierta celestial elocuencia, no oyéndola, sino meditándola. Comió en mi compañía el hombre, y me refirió muy por menor toda la historia de la común calamidad suya, de su madre y hermanos. Así que, el día siguiente, después de concluído el sermón, prometí que otro día se recitaría al pueblo la relación de aquel milagro. Lo hice el tercero día de Pascua en las gradas de la exedra ó coro, donde desde mi asiento hablaba al pueblo. Dispuse que estuviesen allí los dos hermanos

en pie mientras se leía el memorial. Estábalos mirando todo el pueblo, hombres y mujeres, y veían al uno sin aquella terrible y extraña conmoción, y á la otra temblando en todos sus miembros. Y los que no habían visto á él, advertían el prodigio que había obrado en él la misericordia divina; porque veían lo que en él debían agradecer á Dios, y lo que por ella le debían pedir. Habiéndose leído su memorial, mandé que se quitasen de allí delante del pueblo, y comencé á exponer más circunstanciadamente aquel feliz suceso, cuando, estando yo en esta plática, oímos otras voces de nuevas congratulaciones por la misma reliquia del bienaventurado mártir. Volvieron hacia allá los que me estaban oyendo, y empezaron á correr apresuradamente; porque Paladia, luego que bajó de las gradas donde había estado, se había ido á encomendar al santo mártir, y al tocar con las rejas, cayendo asimismo en tierra, como en un sueño se levantó sana. Estando yo preguntando qué era lo que había sucedido, y la causa de aquel festivo rumor, entraron con ella en la Iglesia donde estábamos, trayéndola sana de la capilla del santo mártir. Levantóse entonces tan extraordinario clamor y admiración de hombres y mujeres, que parecía que las voces y las lágrimas nunca habían de cesar. Condujéronla al mismo puesto donde poco antes había estado temblando. Alegrábanse de verla vuelta semejante á su hermano los que se habían condolido antes de verla quedar tan desemejante. Y aunque no habían aun hecho su oración por ella, con todo, veían ya cómo tan presto había oído Dios su previa y anticipada voluntad. Oíanse las voces alegres en alabanzas de Dios, sin pronunciar palabra, con tanto ruido que apenas lo podíamos tolerar, según nos aturdían. ¿Qué habría en los corazones de los que así se regocijaban, sino la fe de Cristo, por la cual se derramó la sangre de San Esteban?

CAPÍTULO IX

Que todos los milagros que se hacen por los mártires en nombre de Cristo dan testimonio de aquella fe con que los mártires creyeron en Cristo.

Estos milagros, ¿de qué otra fe dan auténtico testimonio sino de esta en que se predica que Cristo resucitó en carne, y que subió á los cielos con su propia carne? Porque aun los mismos mártires de esta fe fueron mártires, esto es, testigos, y dando testimonio á esta fe, sufrieron al mundo, acérrimo y cruel enemigo, y le vencieron, no resistiendo, sino muriendo. Por esta fe murieron los que pueden alcanzar estas singulares gracias del Señor, por cuyo santo nombre dieron sus vidas. Por esta fe precedió su admirable tolerancia, para que en estos milagros se siguiera esta tan grande potencia y virtud: porque si la resurrección de la carne para siempre, ó no sucedió ya en Cristo, ó no sucederá, como lo dice Cristo, ó como lo han anunciado los profetas que nos vaticinaron á Cristo, ¿cómo pueden tan estupendos prodigios los mártires que dieron su vida por esta fe, con la cual se predica esta resurrección? Porque ya el mismo Dios haga estas maravillas por sí mismo del modo totalmente almirable, con que, siendo eterno, obra las cosas temporales; ya por sus ministros, y estas mismas que obra por sus ministros, ya las haga también por los espíritus de los mártires, como por hombres que están todavía en sus cuerpos, ya las obre todas por los ángeles, á quienes manda y ordena invisible, inmutable é incorpóreamente, de modo que lo que decimos que se hace por los mártires se haga únicamente por su ruego, impetrándolo ellos, y no obrándolo, ya unos prodigios se ejecuten de esta, otros de aque-

lla manera, por un medio y modo que es incomprendible á los mortales; con todo, esto mismo da testimonio á aquella fe que predica la resurrección de la carne para siempre.

CAPÍTULO X

Cuánto más dignamente se reverencian los mártires por cuya mediación se alcanzan que obre Dios muchos milagros, para que se dé el honor y reverencia á Dios verdadero, que no los demonios, quienes hacen algunos para que los tengan por dioses,

Aquí acaso dirán que también sus dioses han obrado algunas maravillas, supuesto que ya principian á comparar sus deidades con nuestros hombres muertos; y pregunto: ¿dirán también que tienen dioses que los han formado de hombres muertos, como á Hércules y á Rómulo, y otros infinitos, los cuales entienden que están alistados en el catálogo de los dioses? Pero nosotros no tenemos á los mártires por dioses; porque sabemos que un Dios único es el que tenemos, y los mártires tampoco se deben comparar de ningún modo con los milagros que se hacen en las capillas y oratorios de nuestros mártires, los que se dice que han obrado en los templos de sus dioses; pero si hay alguno que se asemeje, aunque muy remotamente, digo que así como los magos de Faraón quedaron inferiores y vencidos por Moises, así lo quedan los dioses de estos fanáticos por nuestros mártires. Los demonios los hicieron con el fausto y presunción de su maldita soberbia, por querer hacerse deidades de ellos; más los mártires los hacen, ó, por mejor decir, los hace Dios, ó suplicándose los ellos, ó cooperando con su poderoso influjo para que

se acreciente aquella fe con que sostenemos y creemos, no que los mártires son nuestros dioses, sino que tienen y adoran el mismo Dios que nosotros. Finalmente, los infatuados gentiles edificaron templos á sus dioses, les dedicaron aras, consagraron sacerdotes y ofrecieron sacrificios. Nosotros no fabricamos á nuestros mártires templos como á dioses, sino memorias ú oratorios como á hombres muertos, cuyos espíritus viven con Dios; ni allí les dedicamos aras para ofrecer sacrificios á los mártires, sino á un solo Dios, Dios nuestro y de los mártires, en cuyo sacrificio, como á hombres de Dios, y que confesando su santo nombre vencieron el mundo, los acostumbramos nombrar en su lugar y por su orden. Pero el sacerdote que sacrifica, no los invoca; porque á Dios es á quien sacrifica, y no á ellos, aunque sacrifique en la capilla ó memoria de estos bienaventurados, el que es sacerdote de Dios, y no de ellos; y el sacrificio es la oblación del sacrosanto y verdadero Cuerpo de Cristo; el cual no se les ofrece á los santos, por serlo, este mismo sacrificio. ¿A cuáles, pues, será más razón que demos crédito cuando hacen milagros, á los que quieren, haciéndolos, ser tenidos por dioses, ó á los que cualquier milagro que hacen lo hacen para que se crea en Dios, que lo es también Cristo? ¿A los que quieren que entre sus oficios y solemnidades se celebren igualmente sus torpezas, ó á aquellos que no permitieron que sus propias alabanzas se celebrasen en los oficios divinos, sino que todo aquello en que con verdad los elogian, quieren que redunde y se enderece á honor y gloria de aquel por quien son alabados? Porque en el Señor se glorían y alaban sus almas. Creamos, pues, á estos, que nos dicen verdades y obran maravillas, pues diciendo las verdades padecieron para poder hacer prodigios. Entre estas verdades, la principal es que Cristo resucitó de entre los muertos, y fué el pri-

mero que en su carne nos manifestó la inmortalidad de la resurrección, la cual nos prometió que conseguiríamos nosotros, ó al principio del nuevo siglo, ó al fin de éste.

CAPÍTULO XI

Contra los platónicos que, por la gravedad natural de los elementos, arguyen que el cuerpo terreno no puede estar en el cielo.

Contra este tan singular don de Dios, estos preocupados argumentos cuyos raciocinios sabe Dios que son fútiles y vanos, arguyen con sutileza, fundándose en la natural gravedad de los elementos, porque aprendieron en los dogmas y doctrina de Platón que los dos cuerpos del mundo, los mayores y los más extremos están coligados y continuados con los dos medios, es saber, con el aire y con el agua. Según este principio, dicen ellos, supuesto que desde aquí, elevándose hacia arriba, la tierra es la primera y la segunda el agua sobre la tierra, el tercero el aire sobre el agua, el cuarto sobre el aire el cielo, no puede estar sobre el cuerpo terreno en el cielo, porque todos los elementos están balanceados con sus respectivos pesos, para que guarden y tengan su propio lugar. Ved aquí con qué argumento contradice á la divina omnipotencia la flaqueza humana, en quien domina la vanidad, figurando en el aire tantos cuerpos terrenos, siendo el aire el tercero en orden á la tierra, á no ser que el que pudo dar á los cuerpos terrenos de las aves, por medio de la ligereza de sus plumas, facultad para que pudiesen andar por el aire, no podrá dar á los cuerpos de los hom-

bres ya inmortales, virtud con que puedan habitar también en el supremo cielo. Además, los mismos animales terrestres que no pueden volar, entre quienes se comprenden los hombres, por necesidad habían de vivir debajo de la tierra, como los peces, que son animales acuáticos, debajo del agua. ¿Por qué causa el animal terrestre no vive á lo menos en el segundo elemento, que es el agua, sino en el tercero, pues siendo de la tierra, si le obligan á que viva en el segundo elemento que está sobre la tierra, luego se ahoga, y para vivir vive en el tercero? ¿Acaso procede errado este orden de los elementos, ó, por mejor decir, no está el defecto en la naturaleza, sino en el discurso y argumento de estos ilusos? Dejo de decir lo que ya he expuesto en el libro XIII, cap. XVIII; cuántos cuerpos terrestres graves hay, como el plomo, y, sin embargo, el artífice les da forma aparente con que puedan nadar sobre el agua, y niegan al Todopoderoso facultad de dar al cuerpo humano una cualidad y consistencia con que pueda ir al cielo y estar en el cielo. Ya pues, contra lo que insinué arriba, los que meditan y filosofan sobre este orden y serie de los elementos en que se fundan y estriban, no hallan ni tienen que decir; porque si es la tierra la primera, midiendo desde lo más bajo del globo, y ascendiendo hacia el cielo, el agua la segunda, el tercero el aire, el cuarto el cielo, sobre todos está la naturaleza del alma, porque hasta Aristóteles dijo que era el quinto cuerpo, y Platón que no era cuerpo. Si fuese el quinto, á lo menos sería superior á los demás; pero si no es cuerpo, será mucho más superior á todos. ¿Qué hace, pues, en el cuerpo terreno? ¿Qué obra en esta máquina lo que es más sutil é imperceptible que todos los cuerpos? ¿Qué hace en este peso y gravedad la que es más ligera y menos pesada que todos? ¿Y qué hace en esta forma tan tarda y pesada la que es más ligera

que todos? ¿Es imposible que el mérito de una naturaleza tan excelente no se aligere y suba su cuerpo al cielo? ¿Y que siendo ahora poderosa la naturaleza de los cuerpos terrenos para hacer bajar las almas á la tierra, no sean poderosas las almas alguna vez para hacer subir también arriba los cuerpos terrenos? Si nos aproximamos á examinar los milagros que hicieron sus dioses, los cuales quieren oponer á los que obran nuestros mártires, ¿acaso no hallaremos que estos mismos milagros favorecen nuestra causa? Porque entre los más nombrados prodigios de sus dioses, sin duda uno es aquel que refiere Varrón, que una virgen vestal, peligrando de ser castigada por una falsa sospecha de haber perdido su virginidad, llenó en el río Tiber un harnero de agua, y sin que se vertiese ni destilase gota por agujero alguno, le trajo á la presencia de los jueces. ¿Quién detuvo el peso del agua sobre el harnero? ¿Quién por tantos agujeros abiertos no permitió que cayese una sola gota en la tierra? Responderán que algún dios ó algún demonio. Si dios, ¿por ventura es mayor que el Dios que crió y dispuso con tan admirable orden el mundo? Si demonio, ¿acaso es más poderoso que el ángel que sirve y obedece al Dios que hizo este mundo? Luego si un dios menor, ó un ángel ó un demonio pudo detener el peso grave del elemento húmedo, transformando al parecer la naturaleza del agua, ¿será posible que Dios Todopoderoso, que es el que crió los elementos, no pueda quitar al cuerpo terreno el peso grave, para que viva el cuerpo vivificado en el mismo elemento que quiere que viva el espíritu vivificante? Además, colocando el aire entre el fuego por parte de arriba, y el agua por la de abajo, ¿cómo muchas veces le hallamos entre agua y agua, y entre agua y tierra? Porque ¿qué quieren que sean las nubes cargadas de agua, entre las cuales y el mar se halla el aire?

Pregunto: ¿Con qué gravedad y disposición de los elementos sucede que arroyos violentísimos y caudalosos, antes que debajo del aire corran por la tierra, estén colgados sobre el aire en las nubes? ¿Y por qué en efecto se halla el aire medio entre lo sumo del cielo y lo más ínfimo de la tierra, por donde quiera que se extiende el orbe, si su lugar propio es entre el cielo y el agua, como el de la agua entre el aire y la tierra? Finalmente, si el orden de los elementos está de tal manera dispuesto que, según Platón, con los dos medios, esto es, con el aire y con el agua se juntan y traban los dos extremos, esto es, el fuego y la tierra, y que tenga el fuego el supremo lugar del cielo y la tierra, el ínfimo como fundamento del mundo; por cuyo motivo la tierra no puede estar en el cielo, ¿Por qué, pregunto, el mismo fuego se halla en la tierra? Pues según esta razón, de tal suerte deben estar estos dos elementos, fuego y tierra, en sus propios lugares, en el supremo y en el ínfimo, que así como no quieren creer que pueda hallarse en el supremo lo que es peculiar del ínfimo, así tampoco se puede hallar en el ínfimo lo que es del supremo; luego así como piensan que no hay, ó no ha de haber particilla alguna de la tierra en el cielo, así tampoco habíamos de ver particilla alguna de fuego en la tierra. Pero no sólo le hallamos en la tierra, sino también debajo de ella; de manera que rebosa por las cimas de los montes, fuera de que vemos por experiencia en el uso común de los hombres que hay fuego en la tierra, y que nace de la tierra; mediante á que también le sacan, extraen y nace de la madera y de las piedras, que son sin duda cuerpos terrenos. Pero dicen que el de arriba es fuego tranquilo, puro, sin perjuicio y sempiterno, y que el de la tierra es turbido, humoso, corruptible y corrompedor. Sin embargo, vemos que no corrompe los montes donde perpetuamente

arde, ni las cavernas de la tierra. Y dado que éste sea diferente de aquél, de forma que pueda proporcionarse y acomodarse en los lugares terrenos, ¿por qué motivo no quieren que creamos que la naturaleza de los cuerpos terrenos, hecha ya incorruptible, podrá alguna vez acomodarse en el cielo, así como al presente el fuego corruptible se acomoda en la tierra? Luego no alegan razón convincente, ni que persuada sobre la gravedad y orden de los elementos, por la cual despojen á la omnipotencia de Dios de la facultad de no poder hacer á nuestros cuerpos tales, que puedan también vivir en el cielo.

CAPÍTULO XII

Contra las calumnias de los infieles, con las cuales se burlan de los cristianos, porque creen en la resurrección de la carne.

Pero suelen menudamente preguntar y del mismo modo burlarse de la fe con que creemos que ha de resucitar la carne. Preguntan si han de resucitar los partos abortivos. Y por qué dice el Señor: «en verdad os digo que no perecerá un cabello de vuestra cabeza», si la estatura y vigor corporal han de ser iguales en todos ó ha de ser diferente la grandeza de los cuerpos. Porque si han de ser iguales los cuerpos, ¿cómo han de tener lo que no tuvieron en la tierra en la cantidad del cuerpo aquellos abortos, si es que han de resucitar también? Y si no han de resucitar, porque tampoco nacieron, sino que los malparieron, revuelven la misma cuestión respecto á los niños pequeñuelos. ¿Cómo adquieren el tamaño y cantidad de cuerpo que vemos les falta aquí

cuando mueren en esta edad? Porque no podrán responder que no han de resucitar los que son capaces, no sólo de la generación, sino también de la regeneración. En seguida preguntan el modo que ha de tener la misma igualdad, porque si todos han de ser tan grandes y tan largos como lo fueron todos los que aquí fueron grandísimos y larguísimos, preguntan, no sólo de los pequeños, sino también de muchos grandes, cómo se les ha de pegar lo que aquí les faltó, si allá ha de adquirir cada uno lo mismo que aquí tuvo. Y si lo que dice el Apóstol que todos hemos de venir «á la medida y tamaño de la edad plena de Cristo», como también lo que añade: «que á los que predestinó quiso fuesen conformes á la imagen de su Hijo», debe entenderse que han de tener la estatura y disposición del cuerpo de Cristo todos los cuerpos de los hombres que habrá en el reino, á muchos, dicen, se les habrá de desmembrar de la grandeza y longitud del cuerpo. ¿Y cómo realmente se compadece con esta doctrina la de que «no ha de perecer un cabello de nuestra cabeza», si de la misma magnitud del cuerpo ha de perecer tanto? Aunque pueda también dudarse de los mismos cabellos si han de volver los que se cortan, porque si han de volver, ¿quién no abominará de aquella deformidad notable que resultará de la unión de todos ellos? Esto mismo parece que necesariamente ha de suceder igualmente de las uñas, volviendo otro tanto cuanto hubiere cortado el cuidado y solicitud que se tuvo con el aseo del cuerpo. ¿Y dónde se hallará la hermosura y gracia que á lo menos ha de ser mayor en aquella inmortalidad que la que pudo haber en esta corrupción? Si no ha de volver, perecerá: ¿cómo, pues, dicen que no perecerá un cabello de vuestra cabeza? Lo mismo dificultan sobre la flaqueza y gordura, porque si han de ser todos iguales, sin duda que no serán unos flacos y otros gordos; luego

á los unos se les añadirá algo y á los otros se les quitará. Por consiguiente, no lo que habían de adquirir con justo título, sino que en alguna parte se les habrá de aumentar lo que no tenían y en otra parte se les habrá de despojar de lo que tenían. Y no poco se conmueven por los diferentes modos con que los cuerpos de los muertos se corrompen y desaparecen, pues unos se convierten en polvo, otros se resuelven y exhalan en aire, á unos los devoran y consumen las bestias, á otros el fuego, otros se sumergen en el mar ó en otras cualesquiera aguas, de manera que sus carnes podridas se resuelven en el elemento húmedo y no creen que todos estos se pueden volver á recoger en su misma carne y reintegrarse en su primitiva entereza; hablan también de las fealdades y vicios, ya sea que sucedan después ó nazcan con ellas; y aquí hacen también alarde con horror y escarnio de los partos monstruosos y preguntan la resurrección que ha de haber de cada deformidad; porque si dijésemos que ninguna cosa de éstas ha de volver al cuerpo del hombre, presumen que han de refutar lo que confesamos de los lugares de las llagas con que resucitó Cristo nuestro Señor. En esta materia, la cuestión y duda más dificultosa de todas es la que se propone sobre á qué carne ha de volverse aquella con que se sustentó el cuerpo de otro, que, compelido de la hambre, comió de un cuerpo humano, mediante á que se convirtió en la carne de aquel que vivió con tales alimentos y suplió los defectos que causó la flaqueza y estenuación del otro. Preguntan, pues, si se le vuelve á aquel de quien fué primero aquella carne ó á aquel de quien vino á ser por último, lo cual practican con el fin de huir el cuerpo á la fe de la resurrección, y de esta manera prometer al alma del hombre, ó las alternativas verdaderas infelicidades y falsas bienaventuranzas, como lo defendió Platón, ó confesar que tras muchas re-

voluciones y haber andado vagante por diversos cuerpos, al fin alguna vez acaba las miserias y nunca vuelve más á ellas, como lo siente Porfirio, mas no teniendo cuerpo inmortal, sino huyendo de todo lo que es cuerpo.

CAPÍTULO XIII

Si los abortos no pertenecen á la resurrección: si pertenecen al número de los muertos.

Responderé con el favor de Dios á estas objeciones, que, según he referido, me las opone la parte contraria: en lo respectivo á los partos abortivos, que habiendo tenido vida en el vientre murieron allí, así como no me atrevo á afirmar que hayan de resucitar, tampoco me atrevo á negarlo, aunque no advierto motivo para que no les pertenezca la resurrección de los muertos, porque ó no todos los muertos han de resucitar, ó habrá algunas almas que estén eternamente sin cuerpos, como son las que aunque en el vientre de su madre, sin embargo, efectivamente tuvieron cuerpos, ó si todas las almas han de recobrar los cuerpos que tuvieron donde quiera que viviendo ó, muriendo, los dejaron, no hallo causa para poder decir que no pertenezcan á la resurrección de los muertos cualesquiera muertos, aunque hayan fallecido en el vientre de sus madres. Cualquiera opinión que se establezca en orden á estos, lo que dijésemos de los niños ya nacidos se debe entender también de ellos, si han de resucitar.

CAPÍTULO XIV

Si los niños han de resucitar con el cuerpo que tuvieran si hubiesen crecido en edad.

Diremos de los niños que no han de resucitar en la pequeñez de cuerpo en que murieron, sino que lo que se les había de añadir con el discurso del tiempo, eso habrán de recobrar con aquella operación maravillosa y prestísima de Dios; pues en las citadas palabras del Señor, donde dice: «no perecerá un cabello de vuestra cabeza», lo que dice es que no les faltará lo que antes tenían; pero no niega que tendrán lo que les faltaba. Y al niño que murió le faltaba la cantidad perfecta de su cuerpo, porque á un niño perfecto sin duda que le falta la perfección de la grandeza del cuerpo, la cual, conseguida, no tiene ya que crecer más. Esta especie de perfección de tal suerte la tienen todos, que con ella se conciben y nacen; pero la tienen virtualmente y en potencia, y no en la cantidad y grandeza, de la manera que todos los mismos miembros están ya ocultamente contenidos en el semen, aunque á los que han nacido ya les faltan algunos, como son los dientes y otras cosas semejantes. En esta virtud y potencia, impresa naturalmente en la materia corporal de cada uno, parece que está en cierto modo, por decirlo así, urdido y tramado lo que aún no es, ó, por mejor decir, lo que está oculto y se descubrirá en el tiempo venidero. En ella el niño que ha de ser pequeño es ya pequeño ó grande. Según esta virtud y potencia en la resurrección del cuerpo no tememos los menoscabos del cuerpo, pues aunque la igualdad de todos hubiera de ser de tal conformidad que todos fueran de estatura de gigantes, los que fueron gigantes en este mundo nada perderían en

estatura conforme á lo que dijo Cristo cuando prometió que no se les perdería un cabello, y el Criador que todo lo cría de la nada, ¿cómo pudiera faltarle de donde añadir lo que faltara á los no gigantes, siendo admirable artífice y sabiendo cómo se debe añadir?

CAPÍTULO XV

Si al modo y tamaño del cuerpo del Señor han de resucitar los cuerpos de todos los muertos.

Cristo resucitó en el tamaño de cuerpo en que murió, y no puede decirse que cuando venga el tiempo en que todos han de resucitar ha de adquirir su cuerpo aquella grandeza que no tuvo cuando apareció á sus discípulos, con la estatura que éstos le conocían, para que pueda venir á ser igual á los muy grandes. Y si dijésemos que al modo y proporción del cuerpo del Señor se han de reducir también los cuerpos mayores de cualesquiera, habría de perderse mucho de los cuerpos de algunos, habiendo el Señor prometido que ni un solo cabello se les perdería. Resta, pues, que cada uno recobre su estatura, la misma que tuvo, siendo mozo, aunque haya muerto anciano, ó la que llegara á tener si murió temprano. Lo que dice el Apóstol acerca de la medida de la edad plena de Cristo, ó entendemos que lo dijo con otro intento, esto es, que cuando recobrare aquella cabeza, en el pueblo cristiano, la perfección de todos sus miembros, se llena y cumple la medida de su edad, ó si lo dice aludiendo á la resurrección de los cuerpos, lo entendemos de forma que los cuerpos de los muertos no resuciten ni más ni menos fuera del tamaño de mozos, sino en aquella edad y vigor á que sabemos que

llegó Cristo en la tierra: porque hasta los sabios del siglo definieron é incluyeron la juventud y mocedad del hombre alrededor de los treinta años, desde la cual principia ya el hombre á declinar á los daños y menoscabos de la edad grave y anciana, y por eso no dijo á la medida del cuerpo ó á la medida de la estatura, sino á la medida de la edad plena de Cristo.

CAPÍTULO XVI

Cómo se debe entender el hacerse conformes los santos á la imagen del Hijo de Dios.

Lo que también dice el Apóstol, «que los predestinados se hacen conformes á la imagen del Hijo de Dios», puede también entenderse según el hombre interior. Por ello nos dice en otro lugar: «no queráis conformaros con este siglo, sino reformaros conforme á la novedad de vuestro espíritu». Reformándonos para no conformarnos con este siglo, nos conformamos con el Hijo de Dios. Puede también entenderse que así como el Señor se conformó con nosotros en la mortalidad, así nosotros nos hagamos conformes á su Majestad Divina en la inmortalidad, lo cual sin duda pertenece igualmente á la misma resurrección de los cuerpos. Pero si en estas palabras no advierte la forma en que han de resucitar los cuerpos, así como la medida de que habla el Apóstol no debe entenderse de la cantidad, sino de la edad, tampoco estas palabras deben atribuirse á la estatura. Todos, pues, resucitarán tamaños en el cuerpo como fueron ó habían de ser en la edad de la mocedad, aunque nada importará que sea la forma del cuerpo de niño ó de anciano, en donde no ha de haber ni quedar

flaqueza ó imperfección alguna, ni del alma ni del mismo cuerpo. De suerte que cuando alguno quiera porfiar que todos han de resucitar en aquel modo y proporción de cuerpo en que murieron, no hay para qué quebrarse la cabeza en contradecirle.

CAPÍTULO XVII

Si los cuerpos de las mujeres muertas han de resucitar en su sexo y permanecer así.

Algunos (por lo que dice San Pablo: «hasta que nos juntemos todos en un mismo estado de varón perfecto, á la medida de la edad plena y perfecta de Cristo, y nos hagamos conformes á la imagen de Dios»), no creen que las mujeres han de resucitar en su propio sexo, sino dicen que todas resucitarán en el de varón; porque Dios hizo solamente al hombre de barro, y á la mujer del varón. En mi sentir mejor lo entienden los que no dudan que ambos sexos han de resucitar; porque no habrá allí apetito malo, que es la causa de la confusión, pues primero que pecaran desnudos estaban, y, sin embargo, no se ruborizaban el hombre y la mujer. Así, pues, á los cuerpos se les quitarán los vicios y defectos, y se les conservará la naturaleza. El sexo de mujer no es vicio, sino naturaleza, la cual, aunque entonces no se juntará con el varón ni parirá, sin embargo, tendrá los miembros correspondientes á su sexo, no acomodados al uso ya pasado, sino al nuevo decoro y hermosura con que no se atraerá la concupiscencia de los que la vieren, porque no la habrá, sino que se alabará la divina sabiduría y clemencia, que hizo también lo que no era, y lo que hizo lo libertó de la corrup-

ción. Pues al principio de la creación del humano linaje, cuando de la costilla que extrajo Dios del costado del varón que estaba durmiendo, formó á la mujer, convenía ya entonces con este maravilloso prodigio profetizar á Cristo y á la Iglesia, en atención á que aquel sueño del hombre era símbolo de la muerte de Cristo, cuyo costado, estando difunto suspenso en la cruz, fué abierto con la lanza, saliendo de la herida sangre y agua, que sabemos son los Sacramentos sobre los que se edifica la Iglesia. De esta expresión usó también la Escritura, pues no dijo formó, fingió, sino «edificó la costilla en mujer». Por ello el Apóstol á lo que es la Iglesia llama edificación del cuerpo de Cristo. La mujer es, pues, criatura y hechura de Dios como el hombre; pero en haberse formado del hombre se nos encomendó la unidad; el hacerla de aquella manera fué figura, como he dicho, de Cristo y de la Iglesia, y el que crió ambos sexos, ambos los restituirá. Finalmente, el mismo Señor Cristo Jesús, preguntado por los saduceos que negaban la resurrección, de cuál de siete hermanos sería la mujer que todos ellos habían sucesivamente tenido por esposa, procurando cada uno conforme á la ley resucitar la descendencia del hermano, les dijo: «andáis errados, no entendiendo las Escrituras ni la virtud de Dios». Y en lugar de decir: aprovechando la ocasión esta mujer que me preguntáis será hombre y no mujer; no lo dijo, sino que «en la resurrección ni las mujeres, ni los hombres se casarán, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo». Iguales á los ángeles, sin duda en la inmortalidad y bienaventuranza, no en la carne, ni tampoco en la resurrección, de que no tuvieron necesidad los ángeles, porque no pudieron morir. Así que dijo el Señor que no había de haber casamientos en la resurrección, mas no que no había de haber mujeres, y lo dijo donde se trataba de una cues-

tión que más presto y fácilmente la resolviera negando el sexo de la mujer, si entendiera que éste no le había de haber allá; antes confirmó que le había de haber diciendo, ni las mujeres se casarán ni los hombres; habrá, pues, mujeres y hombres que en la tierra se suelen casar; pero en el cielo no lo harán.

CAPÍTULO XVIII

Del varón perfecto, esto es, de Cristo y de su cuerpo, es decir, de la Iglesia, que es su plenitud.

Respecto á lo que dice el Apóstol, que todos nos hemos de juntar en estado de varón perfecto, importa reflexionar las circunstancias de todo el pasaje, donde se expresa así: «El que descendió, es el mismo que el que subió sobre todos los cielos para el cumplimiento de todas las promesas. Él mismo designó á unos por apóstoles, á otros por profetas, á otros por evangelistas, á otros por doctores para la consumación y perfección de los santos, á efecto de que trabajen en el ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que nos juntemos todos en una misma fe y conocimiento del Hijo de Dios en estado de varón perfecto, á la medida de la edad plena y perfecta de Cristo, de manera que no seamos ya más como niños, dejándonos correr y llevar del viento de cualquiera doctrina inventada por el engaño de los hombres y por la astucia para hacernos errar, sino que, siguiendo la verdad con caridad, nos acrecentemos en todo en aquel que es nuestra cabeza, Cristo, de quien tomando todo el cuerpo, su estructura y trabazón mediante la provisión que acude y se comunica por la perfecta comisura y

coherencia, según la eficacia y energía, queda el espíritu conforme á la medida y como conviene, á cada parte va haciendo el aumento del cuerpo hasta la edificación perfecta de sí mismo en caridad.» Ved aquí quién es el varón perfecto, la cabeza y el cuerpo que consta de todos sus miembros, los cuales á su tiempo vendrán á tener su cumplimiento. Aunque cada día se le van juntando al mismo cuerpo, mientras se edifica la Iglesia, de quien San Pablo dice: «Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros.» En otra parte: «Por el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia». Y asimismo en otro lugar: «Aunque muchos somos un pan y hacemos un cuerpo». Y de la edificación dice igualmente aquí: «para la consumación y perfección de los santos, para que trabajen en el ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo». Y después prosigue lo que tenemos entre manos, «hasta que nos juntemos todos en una misma fe y conocimiento del hijo de Dios en estado de varón perfecto, á la medida y tamaño de la edad plena y perfecta de Cristo», etc., hasta que pasa á manifestarnos de qué cuerpo hemos de entender esta medida, diciendo: «Acrecentémonos en todo áquel que es nuestra cabeza, Jesucristo, de quien tomando todo el cuerpo su construcción y trabazón, mediante la provisión que acude y se comunica por la perfecta comisura y coherencia, según la eficacia y energía, queda el espíritu conforme á la medida, y como conviene á cada parte». Así, pues, como hay medida y tamaño de cada parte respectiva, así la hay de todo el cuerpo que consta de todas sus partes, y sin duda medida plena y perfecta, de la cual dice aquí, á la medida de la edad plena y perfecta de Cristo, de cuya plenitud habló también allá donde dice de Cristo: «Y le puso por cabeza sobre toda la Iglesia, la cual es su cuerpo, y la plenitud de aquel que lo llena todo en todo». Pero si este texto le hubié-

semos de referir á la forma de la resurrección en que cada uno se ha de hallar, ¿quién impide que donde nombra el varón podamos entender también la mujer, como en el otro pasaje donde dice: «Bienaventurado es el varón que teme al Señor», sin duda están comprendidas también las mujeres que temen al Señor?

CAPÍTULO XIX

Que no debe haber en la resurrección vicio alguno en el cuerpo que en esta vida del hombre fuere contrario al decoro y hermosura, y que allá, sin alterar ni mudar la substancia natural, concurrirán en una hermosura la calidad y cantidad.

¿Para que he de dar congrua satisfacción á la objección relativa á los cabellos y á las uñas? Porque entendido una vez que de tal manera no perecerá parte alguna del cuerpo que no haya deformidad en él, asimismo se comprenderá que los miembros que habían de representar cierta deforme fealdad, se han de unir á la masa y no á los lugares donde pueda recibir fealdad la forma de los miembros, como si hiciésemos un vaso de barro, y vuelto á deshacer y reducido á la misma materia de barro, se volviese á formar de nuevo, no sería necesario que la parte de barro que estuvo en las asas ó la que estuvo en el fondo, vuelva nuevamente á formar el mismo fondo, con tal que el todo volviese al todo; esto es, que todo aquel barro, sin perderse parte alguna, volviese á todo el vaso; por lo cual, si los cabellos tantas veces cortados, ó las uñas cortadas, vuelven á sus propios lugares, no volverán con deformidad; pero tampoco se le perderán al que resucitare, porque

con la mutabilidad de la materia se convertirán en la misma carne, para que tengan allí cualquier lugar del cuerpo, guardando la congruencia de las partes; aunque lo que dice el Señor: «que no perecerá un cabello de vuestra cabeza», se puede entender con más propiedad, no del largo de los cabellos, sino del número. Por eso se dice en otra parte, «están contados todos los cabellos de vuestra cabeza». No digo esto porque se presume que se le ha de perder parte alguna á ningún cuerpo de lo que naturalmente tenía, sino lo que le nació deforme y feo (no por otro motivo sino para manifestarnos cuán penosa sea la actual condición de los mortales) ha de volver á ser de manera que quede la integridad de la substancia y perezca la fealdad. Porque si entre los hombres un artífice puede á una estatua que sacó fea por un accidente imprevisto, fundirla y volverla á hacer muy hermosa, de suerte que en ella no se pierda cosa alguna de la substancia, sólo sí la fealdad, y si en la primera figura había alguna parte indecente, y no correspondía á la igualdad de las demás, puede no cortarlo y separarlo del todo de la materia, de la cual lo había costruído, sino esparcirlo y mezclarlo todo de manera que ni cause fealdad ni disminuya la cantidad. ¿Qué debemos imaginar del artífice que es Todopoderoso? ¿No podrá acaso destruir todas las fealdades de los cuerpos humanos, no sólo las ordinarias, sino también las que fueren raras y monstruosas, que son propias de esta vida miserable, y muy ajenas de la futura bienaventuranza de los santos, de forma que cualesquiera que sean las superfluidades de la substancia corporal (en efecto superfluidades, aunque naturales, pero indecentes y horribles), se quiten sin ningún menoscabo y disminución de la substancia?

Así no tienen que temer los que fueron de comple-

xión flaca ó gruesa ser allá lo mismo que, si pudieran, no quisieran haber sido tampoco acá. Porque toda la hermosura del cuerpo resulta de la congruencia y simetría de las partes ordenadas con cierta suavidad de color. Donde no hay conformidad de partes suele ofender alguna cosa, ó porque es pequeña, ó porque es demasiada. Y así no habrá deformidad alguna de las que hacen la incongruencia de las partes; pues lo que estuviere mal se corregirá, lo que fuere menos de lo que conviniera al decoro lo suplirá el Criador con su infinita sabiduría, y lo que fuere más de lo que conviene lo quitará, conservando la integridad de la materia. ¿Y cuán grande será la suavidad del color «donde los justos resplandecerán como el Sol en el reino de su Padre»? Cuyo resplandor debemos creer que cuando resucitó Cristo antes se les encubrió á los ojos de sus discípulos, que imaginar que le faltó á su glorioso cuerpo; porque no pudiera sufrirle la debilidad de la vista humana, y debía dejarse ver de los suyos en la forma que le pudiesen conocer. Con este fin fué también el patentizarles las cicatrices de sus sacratísimas llagas á los que le palpaban y tocaban, y el comer y beber, no porque tenía necesidad de alimento, sino porque tenía amplia potestad para poderlo hacer. No se ve un objeto aunque esté presente, por los que ven otros que asimismo están presentes, como decimos que estuvo aquel resplandor y claridad, sin que la vieses los que veían otras cosas. En griego se llama esto *aorasia*, y no pudiéndolo decir en latín nuestros intérpretes, tradujeron en el *Génesis* por ceguera. Esto fué lo que les dió á los de Sodoma cuando buscaban la puerta del santo varón Lot, y no la podían hallar, la cual, si fuera ceguera, que es por la que nada puede verse, buscaran, no la puerta por donde entrar, sino quien los encaminara y dirigiera á ella.

CAPÍTULO XX

Que en la resurrección de los muertos, la naturaleza de los cuerpos, que estarán deshechos, será renovada del todo y en todas sus partes.

No sé cómo nos aficionamos de tal suerte á los bienaventurados mártires, que deseamos ver en aquel reino en sus cuerpos las cicatrices de las heridas que sufrieron por el nombre de Cristo, y acaso las veremos: porque en ellos no será deformidad, sino dignidad, y resplandecerá una cierta hermosura, aunque en cuerpo, si no de virtud; y no porque á los mártires les hayan cortado algunos miembros han de estar sin ellos en la resurrección de los muertos, supuesto que les dijo Dios: «no se os perderá un cabello de vuestra cabeza», sino que si fuera decente que en aquel nuevo siglo se vean en la carne inmortal las señales de las gloriosas llagas en la parte donde los miembros fueron heridos, lacrados ó estropeados, allí se verán las cicatrices, no con la pérdida pasada, sino con la restitución de los mismos miembros. Así que, aunque entonces no haya vestigio de las imperfecciones y vicios que adquirieron los cuerpos, con todo, no deben llamarse ni tener por vicios las señales de la virtud.

Es un absurdo y desatino pensar que no pueda la omnipotencia del Criador, para resucitar los cuerpos y volverlos á la vida, revocar todo aquello que consumió, ó la bestia ó el fuego, ó lo que deshizo en polvo ó en ceniza, ó se resolvió en agua, ó se exhaló en aire. Absurdo es y disparate que haya seno ó secreto en la naturaleza que tenga algún arcano tan abstracto y escondido á nuestros sentidos, que ó se le oculte á la noticia del Criador de todas las cosas, ó se le escape y exima de su potestad. Queriendo Cicerón, aquél célebre escri-

tor, definir á Dios como pudo, dijo que era un espíritu libre, ajeno de toda mixtión y composición mortal, que lo siente y mueve todo, y tiene movimiento eterno. Esto lo halló y sacó de los libros y doctrinas de los grandes filósofos. Por hablar en el lenguaje de ellos, ¿cómo se le esconde alguna cosa al que todo lo siente, ó cómo se le escapa irrevocablemente al que todo lo mueve? Por lo cual nos conviene ya resolver aquella cuestión, que parece la más dificultosa de todas, donde se pregunta: cuando acontece que la carne del hombre muerto se convierte en la carne de otro hombre vivo, que la ha comido, ¿á cuál de los dos se le ha de restituir en la resurrección esta carne? Porque si uno, estando muerto de hambre, forzado comiese de los cuerpos muertos de los otros hombres, cuya desventura, que ha acontecido en algunas ocasiones, no sólo nos lo dicen las historias, sino que la infeliz experiencia de nuestros tiempos nos lo enseña: ¿acaso habrá alguno que con razón y verdad pretenda que todo aquello se resolvió por los albañares de abajo, y que nada de ello se mudó y convirtió en su carne, pues la misma flaqueza que hubo, y ya no la hay, bastantemente nos manifiesta los vacíos y daños que se suplieron con aquellos alimentos? Poco antes propuse algunas particularidades, que pueden y deben valer para resolver esta dificultad. Porque todo lo que consumió de las carnes el hambre, sin duda se convirtió en aire, y ya dijimos que Dios Todopoderoso puede restablecer lo que se disipa. Se restituirá al hombre aquella carne en quien primero comenzó á ser carne humana; pues respecto del otro, se debe tener como tomada de prestado y como deuda se le ha de restituir á la parte de donde se tomó. La carne que el hambre despojó, la restituirá el que puede restablecer lo que se exhaló en aire. Aun en el caso de que se hubiera deshecho y pereciera del todo y no hubiera quedado materia algu-

na suya en ningún rincón de la naturaleza, de donde quiera que quisiere podrá sacarla y restablecerla el Señor Todopoderoso. Mas por lo que dijo la misma verdad: «que un cabello de vuestra cabeza no se perdería»; es desatino que pensemos que, supuesto que no puede perderse un cabello de la cabeza, se puedan perder tantas carnes como comió y consumió el hambre. Consideradas y expuestas todas estas razones, según lo exigen nuestras débiles fuerzas intelectuales, se deduce expresamente esta conclusión: que en la resurrección de la carne que ha de haber para siempre, la grandeza de los cuerpos tendrá aquella medida y tamaño que tenía la razón naturalmente impresa en el cuerpo de cada uno para perfeccionar la juventud, ó la que tenía cuando estaba ya perfecta, guardando también en la forma y disposición de todos los miembros su conveniente proporción y decoro. Y para que se conserve este decoro cuando se quitare algo á alguna grandeza indecente que hubiere en otra parte, y se esparciere ó repartiere por todo, para que ni aquéllo se pierda y en todo se conserve la congruencia y conveniencia de las partes, no es absurdo creer que de allí se puede también añadir algún tanto á la estatura del cuerpo, pues se distribuye á todas partes, á fin de que guarden en su decoro y hermosura aquello que si estuviera disformemente en una, no sería decente. Y si porfiaren todavía que resucitará cada uno en la misma estatura de cuerpo en que murió, no hay para qué obstinadamente nos opongamos, con tal que no haya deformidad alguna, ninguna flaqueza, ninguna tardanza, pereza, flojedad ni corrupción, sin que haya cosa que desdiga y no convenga á aquel reino donde los hijos de la resurrección y promisión serán iguales á los ángeles de Dios, cuando no en el cuerpo y en la edad, por lo menos en la felicidad y bienaventuranza.

CAPÍTULO XXI

De la novedad del cuerpo espiritual, en que se mudará la carne de los Santos.

También se les ha de restituir todo lo que se les hubiere perdido, así á los cuerpos vivos como á los muertos, y juntamente con ello lo que quedó en las sepulturas, y mudando el cuerpo viejo animal en cuerpo nuevo espiritual, resucitarán vestidos de incorrupción é inmortalidad. Si en algún caso grave ó por la crueldad de los enemigos todo el cuerpo se hubiera resuelto en polvo, esparciéndolo por el aire ó por el agua, sin dejar en ninguna parte en cuanto fuera posible rastro de él, con todo, por ningún motivo le podrán sacar fuera de la jurisdicción del Criador omnipotente, sino que ni un solo cabello de su cabeza se perderá. Así, pues, la carne espiritual estará sujeta al espíritu, siendo, aunque carne, no espíritu, así como el mismo espíritu carnal estuvo sujeto á la carne, siendo, aunque espíritu, no carne. Porque no según la carne, sino según el espíritu, eran carnales aquellos á quienes decía el Apóstol: «no he podido hablaros como á espirituales, sino como á carnales». En esta vida el hombre se llama espiritual, cuando todavía es en el cuerpo carnal, y halla en sus miembros otra ley repugnante y contraria á la ley de su espíritu. Y será igualmente en el cuerpo espiritual cuando la misma carne resucitare; de manera que se haga lo que dice la Escritura: «que se sembrará el cuerpo animal, y nacerá el cuerpo espiritual». Y cuál y cuán grande sea la gracia del cuerpo espiritual, porque aun no lo hemos visto por experiencia, recelo no se tenga por temerario todo lo que de ella se dice. Con todo, porque no es razón omitir el gozo de nuestra esperan-

za, por lo que redundaba en gloria de Dios, y de lo íntimo del corazón, ardiendo en amor santo, dijo el Real Profeta: «enamorado estoy, Señor, de la hermosura de vuestra casa». Por los dones y gracias que distribuye en esta vida miserable á los buenos y á los malos, vamos conjeturando con sus divinos auxilios, según podemos, cuán grande y apreciable sea aquel don y gracia del cual, no habiéndole aun experimentado, no podemos dignamente hablar. Porque paso en silencio cuándo Dios hizo al hombre recto; dejo aquella vida feliz y bienaventurada que pasaron aquellos dos primeros casados en la amenidad, fecundidad y delicias del Paraíso, siendo tan breve, que no pudo llegar á noticia de sus hijos; en esta que nosotros conocemos, en que todavía vivimos, cuyas tentaciones, ó por mejor decir, en esta misma, que es tentación, entre tanto que en ella estamos, por más que aprovechemos, no dejamos de padecer; ¿quién será bastante á explicar las señales y demostraciones que experimentamos de la bondad de Dios para con el linaje humano?

CAPÍTULO XXII

De las miserias y penalidades á que está sujeto el hombre por causa de la primera culpa, y cómo ninguno se libra de ellas sino por la gracia de Cristo.

Que todo el linaje de los mortales fué condenado por la primera culpa lo testifica esta misma vida, si debe llamarse vida, la cual estará llena de tantos y tan molestos trabajos; porque ¿qué otra cosa nos manifiesta la horrible profundidad de la ignorancia, de donde resulta todo el error que acoge y recoge á todos los hijos

de Adán en tenebroso seno, de donde el hombre no puede salir y librarse sin penalidad, dolor y temor? ¿Qué otra cosa nos demuestra el mismo amor y deseo de tantos objetos vanos y perjudiciales, y los daños que de ellos dimanar, los cuidados penosos, las turbaciones, tristezas, miedos, los desordenados contentos, las discordias, debates, guerras, asechanzas, enojos, enemistades, engaños, lisonjas, cautelas, robos, traiciones, soberbias, ambiciones, envidias, homicidios, parricidios, crueldades, fieraes, bellaquerías, disoluciones, travesuras, desvergüenzas, deshonestidades, fornicaciones, adulterios, incestos, y tantos estupro y torpezas contra el natural decoro de ambos sexos, que aun es acción reprehensible el referirlas, sacrilegios, heregias, blasfemias, perjurios, opresiones de inocentes, calumnias, engaños, prevaricaciones, falsos testimonios, injusticias, violencias, latrocinios, y todo lo que de semejantes males no me ocurre ahora á la memoria, y sin embargo no faltan en esta vida de los hombres? Y aunque estas maldades son propias y características de los hombres malos, no obstante, proceden de aquella raíz del error y del perverso amor y deseo con que nacen todos los hijos de Adán. ¿Y quién hay que no sepa con cuánta ignorancia de la verdad, que en los niños se advierte, y con cuánta redundancia de vana codicia que en los muchachos comienza ya á pulular y descubrirse, entra el hombre en esta vida de manera que si le dejan vivir como quiere, y hacer todo lo que se ofrece á su capricho, viene á caer en estos vicios y excesos, en todos ó en muchos de los que he nombrado, y en otros que no he podido exponer?

Pero como la Providencia divina no desampara del todo á los condenados, y Dios no detiene en su ira sus misericordias, en los mismos sentidos de los hombres están velando la ley y la instrucción contra estas tinie-

blas en que nacemos, y se oponen á sus ímpetus, aunque también están llenas de trabajos y dolores. Porque ¿de qué sirven tantos miedos fantásticos de tan raras especies que se aplican para refrenar las vanidades y afectos de los muchachos? ¿De qué los ayos, los maestros, las palmetas, las correas, las varillas? ¿De qué aquella disciplina con que dice la Sagrada Escritura que se deben sacudir los costados del hijo querido porque no se haga indómito, y estando duro, agreste é inflexible con dificultad pueda ser domado ó quizá tampoco pueda? ¿Qué se pretende con todos estos rigores sino conquistar y destruir la ignorancia, refrenar los malos deseos y apetitos, que son los males con que nacimos al mundo? Porque ¿qué quiere decir que con el trabajo nos acordamos y sin el trabajo olvidamos, con trabajo aprendemos y sin trabajo ignoramos, con trabajo somos diligentes y sin trabajo flojos? ¿Acaso no se ve en esto adónde con su propia gravedad se inclina la naturaleza viciosa y corrupta, y de cuántos auxilios tiene necesidad para librarse de ello? El ocio, flojedad, pereza, indolencia y negligencia, vicios son, en efecto, con que se huye del trabajo, que, aun siendo útil, es penoso.

Fuera de las molestias y penas que padecen los muchachos, sin las cuales no se puede aprender lo que los mayores quieren, y apenas quieren cosa útil, ¿quién explicará con palabras y quién podrá comprender con el pensamiento cuántas y cuán graves son las penas que ejercitan y acosan al hombre, las que no pertenecen á la malicia y perversidad de los malos, sino á la condición y miseria común de todos? ¿Cuán grande es el miedo, cuán grande la calamidad que proviene de las orfandades y duelos, de los daños y condenaciones, de los engaños, embustes y mentiras de los hombres, de las falsas sospechas, de todas las violencias, crímenes y fuerzas ajenas, pues de ellas muchas veces proceden las pérdi-

das de bienes, los cautiverios, las prisiones, las cárceles, los destierros, los tormentos, las laceraciones de miembros y privación de los sentidos hasta la opresión del cuerpo para saciar el torpe apetito del opresor, y otras muchas operaciones horribles? ¿Qué diré de infinitos casos y accidentes que se temen no sucedan exteriormente al cuerpo de frios, calores, tempestades, lluvias, avenidas, relámpagos, truenos, granizo, rayos, terremotos, aberturas de tierras, opresiones de ruinas, de los tropiezos, espantos, ó también de la malicia de las caballerías; de tantos tósigos y venenos de plantas, aguas, aires, bestias y fieras, de las mordeduras sólo molestas ó también mortíferas, de la hidrofobia que dimana de la mordedura del perro rabioso, de manera que á veces de una bestia que es apacible y leal á su dueño nos guardamos con más rigor que de los leones y dragones, porque el hombre que acierta á morder lo hace con el pestilencial contagio rabioso, de suerte que viene á ser temido de sus padres, esposa é hijos más que cualquiera bestia? ¿Qué de infortunios padecen los navegantes? ¿Y cuáles los que caminan por tierra? ¿Quién hay que camine que no esté sujeto á mil desastres impensados? Vuelve uno de la plaza á su casa, cae en tierra, teniendo sanos los pies, se quiebra un pie y de aquella herida pierde la vida. El Sacerdote Helí cayó de la silla en que estaba sentado, y murió. Los labradores, ó, por mejor decir, generalmente todos los hombres, ¿de cuántos fracasos y accidentes no temen que sucedan á los sembrados y frutos del campo, ocasionados de las malignas influencias del cielo, de la tierra y de los animales perniciosos? Y aunque estén ya asegurados de la cosecha del grano que tienen recogido y encerrado en las trojes, sin embargo, á algunos, como lo hemos visto, la repentina avenida de un río, huyendo los hombres de su furia, les ha llevado

sus graneros con grande porción de trigo. Contra diversidad tan singular de la guerra que nos hacen los demonios, ¿quién puede estar confiado en su inocencia? Para que ninguno lo esté, en algunas ocasiones de tal manera trabajan y fatigan á los niños bautizados, no habiendo objeto más inocente que ellos, permitiendo así Dios que se vea la miserable calamidad de esta vida, y lo que debe desearse la felicidad de la futura. En el mismo cuerpo humano hay molestias nacidas de enfermedades, que aún no se conocen ni están escritas, ni explicadas todas en los libros de los médicos. Y en los más de ellos, los más selectos específicos, auxilios y medicamentos que se hallan, son tormentos inventados para libertar al hombre del riesgo de los dolores con penosa medicina. ¿Acaso no ha traído el insufrible ardor de la sed á los hombres á que beban los crines de otros hombres, y aun los suyos propios? ¿Acaso el hambre no ha reducido á los hombres á que no hayan podido abstenerse de las carnes de los hombres, y que se hayan comido, no á hombres que los hallaron muertos, sino habiéndolos ellos mismos muerto con este intento por su propia mano, no á cualesquiera extraños, sino con inhumanidad increíble que causaba el hambre rabiosa que se experimentaba, las madres á sus hijos? Y, finalmente, el mismo sueño, que propiamente tomó el nombre de reposo y quietud, ¿quién será bastante á declarar cuán inquieto y desasosegado está muchas veces con los objetos que se representan en sueños, y con cuán terribles miedos y espantos de cosas falsas representadas tan al vivo que no las podemos distinguir de las verdaderas, perturba é inquieta el miserable espíritu y los sentidos, con cuya ilusión y falsedad de visiones más maravillosamente son fatigados y acosados, aun velando, ciertos enfermos y hechizados? Los malignos demonios á veces engañan también á los hombres sanos

con la innumerable variedad de sus embelecocos, y aunque con tales visiones no los muden y reduzcan á su parcialidad, los engañan y alucinan los sentidos sólo por el deseo que tienen de persuadirles la falsedad.

Del infierno de esta vida miserable ninguno nos puede librar sino la gracia del Salvador, Cristo, Dios y Señor nuestro; porque esto significa el nombre del mismo Jesús, que quiere decir Salvador, especialmente para que después de esta vida no vayamos á la miserable y eterna, no vida, sino muerte. Pues en ésta, aunque tengamos grandes consuelos de medicinas y remedios por medio de cosas santas y de los Santos, con todo, no siempre se conceden estos beneficios á los que los suplican, porque no se pretenda y busque por causa de ellos la religión, la cual se debe buscar más para la otra vida, donde no habrá género de mal. Y para este efecto, particularmente á los más escogidos y mejores, ayuda la gracia en esos males, para que los toleren y sufran con corazón tanto más valeroso y fuerte cuanto más fiel, para lo cual, los sabios de este siglo dicen también aprovecha la filosofía; y la verdadera, como dice Tulio, los dioses la concedieron á muy pocos. Ni á los hombres, añade, dieron ó pudieron dar don ó dádiva mayor, en tanto grado, que aun los mismos contra quienes disputamos son impelidos á confesar que es necesaria la divina gracia para conseguir, no cualquiera filosofía, sino la verdadera. Y si á pocos ha concedido Dios el único socorro de la verdadera filosofía contra las miserias de esta vida, también de esta doctrina se deduce cómo el linaje humano está condenado á pagar las penas de las miserias. Y así como no hay (como lo confiesan) don divino ninguno mayor que éste, así se debe creer que no le da otro Dios, sino aquel á quien aun los mismos que adoran muchos dioses confiesan que es el mayor de todos.

CAPÍTULO XXIII

De las cosas que fuera de los males y trabajos que son comunes á los buenos y á los malos, especialmente pertenecen al trabajo de los justos.

Fuera de los males de esta vida mortal, comunes á los buenos y á los malos, tienen también en ella los justos sus molestias propias con que contrastan los vicios, y pasan su vida en las tentaciones y peligros de semejantes batallas, pues unas veces más y otras menos, nunca deja la carne de desear contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para que no ejecutemos lo que queremos, dando fin y consumiendo toda mala concupiscencia, sino para que no consintiendo con ella, la sujetemos cuanto pudiéremos con el favor de Dios, viviendo en continua vela á efecto de que no nos engañe la opinión aparente y verosímil; para que no nos alucine la razón astuta; para que nos cieguen las tinieblas de algún error; para que no creamos que lo que es bueno es malo, ó lo que es malo es bueno; para que el temor no nos aparte de lo que debemos practicar; para que no se ponga el sol, durándonos el rencor y enojo; para que los odios no nos conviden á volver mal por mal; para que no nos sofoque alguna singular y extraordinaria tristeza; para que la ingratitud no nos haga flojos y tardos en hacer bien; para que la conciencia sana no se turbe y congoje por las detracciones y murmuraciones; para que la sospecha temeraria que tuviéremos de otro no nos engañe; para que la falsa que otros tienen de nosotros no nos quebrante y desmaye; para que no reine pecado en nuestro cuerpo mortal condescendiendo á sus deseos; para que nuestros miembros no sirvan al pecado de armas é instru-

mentos [para hacer mal; para que el ojo no vaya tras lo que desea el apetito; para que no nos rinda el deseo de venganza; para que no se detenga la vista ó el pensamiento en lo que nos deleita con daño; para que no oigamos gustosamente palabras malas ó indecentes; para que dejemos de hacer lo que no es lícito; aunque nos convide el sentido del gusto; para que en esta guerra tan cercada de trabajos y peligros no confiemos en nuestras fuerzas la victoria que estuviere por alcanzar, ó la ya conseguida la atribuyamos á nuestras fuerzas, sino á la gracia de aquel de quien dice el Apóstol: «gracias á Dios que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo». El cual asimismo dice en otro lugar: «de todos estos riesgos salimos vencedores con grandes ventajas por aquel que tanto nos amó». Debemos tener por cierto que con cualquiera virtud ó destreza que peleemos, resistamos á los vicios y aun los vencamos y sojuzguemos, ínterin estuviéremos en este cuerpo, no nos puede faltar motivo para decir á Dios: «pérdónanos nuestras deudas». Pero en aquel reino donde estaremos siempre con los cuerpos inmortales, ni tendremos guerras que ganar, ni deudas que pagar, las cuales jamás las hubiera si nuestra naturaleza perseverara y se conservara en la rectitud que Dios la crió. Y por eso esta nuestra batalla donde corremos riesgo y peligro, y de que deseamos salir libres con una última y final victoria, pertenece también á los males y trabajos de esta vida, la cual hemos probado bien claro haber sido condenada por testimonios de tantos y tan grandes males y trabajos.

CAPÍTULO XXIV

De los bienes de que el Criador llenó también esta vida sujeta á la condenación.

Pero consideremos al presente esta misma miseria del linaje humano, la cual redundaba en alabanza de la justicia del Señor, que la castiga de cuan grandes y cuan innumerables bienes la llenó la bondad de aquel mismo que gobierna con su prudencia divina todo lo que crió. Lo primero, aquella bendición que le echó antes de pecar, diciendo: «creced, multiplicaos y llenad la tierra», no la quiso revocar después del pecado, y así quedó y perseveró en la generación y descendencia condenada el don de la fecundidad concedida, y aquella admirable virtud de las semillas, ó, por mejor decir, aquella más admirable con que se crían igualmente las semillas, impresa en los cuerpos humanos, y en cierto modo engastada y entretrejida, no nos la quitó el vicio del pecado que pudo imponernos la necesidad del morir, sino que lo uno y lo otro corre juntamente con este casi inagotable río del linaje humano; así el mal que heredamos de nuestro padre, como el bien de que el Criador nos hizo merced. En el mal original hay dos cosas, el pecado y el castigo. En el bien original hay otras dos, la propagación y conformación; pero en lo tocante á los males, que es de lo que al presente tratamos, el uno de los cuales nos provino de nuestro atrevimiento, esto es, el pecado, y el otro es justo juicio de Dios, esto es, el castigo, ya hemos dicho lo suficiente. Ahora pretendo hablar de los bienes que Dios hizo, y no deja de hacer todavía á la misma naturaleza corrupta aun y condenada, porque cuando la condenó no la quitó todo lo que la había dado, pues de otra suerte

totalmente dejara de ser y existir, ni la apartó de su jurisdicción y potestad, aun cuando la sujetó penalmente al demonio, supuesto que ni aun el mismo demonio le eximió de la jurisdicción de su dominio, pues para que sea y subsista la naturaleza del mismo demonio, lo hace aquel que tiene ser sumamente infinito, y da ser á todo lo que en algún modo tiene ser. De aquellos dos bienes que dijimos dimanaban como de una caudalosa fuente de su bondad inaccesible, y se comunicaban aun á la naturaleza corrupta con el pecado y condenada con el castigo, le dió la facultad de propagarse cuando la bendijo entre las primeras obras del mundo, de cuya creación descansó al séptimo día. Pero la conformación anda con aquella su obra con que todavía obra. Porque si privase á las cosas criadas de su potencia operativa, ni podrían pasar adelante ni con sus ciertos y tasados movimientos harían los tiempos, ni podrían permanecer en lo que fueron criadas. Crió Dios al hombre de manera que puso en él fecundidad para propagar otros hombres, coengendrando asimismo en ellos, no la necesidad, sino la posibilidad de procrear, y aunque ésta se la quitó á los que quiso, y, por consiguiente, quedaron esterelizados, con todo, no despojó generalmente al linaje humano aquella bendición de engendrar que una vez concedió á los dos primeros casados. Esta propagación, aunque el pecado no se la quitó al hombre, tampoco es cual sería si ninguno hubiera pecado, pues el hombre que se vió honrado y engrandecido, después que pecó «se hizo semejante á las bestias», y engendra como ellas, aunque no se extinguió del todo en él una cierta como centella de razón en que fué criado á semejanza de Dios. Y si á esta propagación no se le aplicase la conformación, tampoco ella procedería y se multiplicaría en las formas y modos de su especie; pues cuando no se hubiesen juntado

los hombres para la generación, y, no obstante, quisiera Dios llenar la tierra de hombres, así como crió uno sin tener necesidad del ayuntamiento del hombre y de la mujer, así también pudiera criarlos á todos; y los que se juntan si el Señor no los cría, ellos no engendran. Así como dice el Apóstol de la institución espiritual con que el hombre se forma en la piedad y justicia: «ni el que planta es alguna cosa, ni el que riega, sino el que le da virtud para que crezca, que es Dios», así también puede decirse aquí: ni el que se junta con la mujer, ni el que siembra es alguna cosa, sino el que le da la forma y el ser, que es Dios, ni la madre que trae la criatura en el vientre y le sustenta es alguna cosa, sino el que le da incremento, que es Dios. Pues el Señor con aquella operación «con que todavía obra» hace que las semillas desplieguen sus números y tomen su perfección; y de ciertos envoltorios secretos é invisibles los saquen y desenvuelvan en las formas visibles de tanta hermosura como vemos.

Casando y trabando con admirable modo la naturaleza incorpórea con la corpórea, señora aquélla y ésta sujeta, hace un animal, y esta obra de sus manos es tan grande y tan estupenda, que, no sólo al que la considerase en el hombre, que es animal racional, y por eso el más excelente y aventajado de todos los animales de la tierra, sino en el más diminuto mosquito del mundo, le causará estupor en el entendimiento y le hará dar mil alabanzas y bendiciones á su Criador. Así que él mismo concedió al alma del hombre entendimiento, en la cual la razón é inteligencia en los niños está en cierto modo adormecida como si no la hubiera, para que la despierten y ejerciten cuando llegue la edad en que viene á ser capaz de las ciencias y doctrina, y hábil é idónea para entender la verdad y aficionarse á lo bueno, con cuya capacidad aprenda la sabiduría y al

cance las virtudes, con cuyo auxilio pelee prudente, fuerte, templada y justamente contra los errores y los demás vicios naturales, y á éstos los venza, no pretendiendo ni deseando otra felicidad que la posesión y visión intuitiva de aquel sumo é inmutable bien. Lo cual, aunque no lo haga la misma capacidad que Dios crió de semejantes bienes en la naturaleza racional, con todo, ¿quién podrá decirlo como conviene, quién imaginar cuán grande sea el bien, cuán admirable esta obra estupenda del Omnipotente? Porque además de las ciencias necesarias para vivir bien y llegar á conseguir la felicidad inmortal, á las cuales llamamos virtudes, y se conceden únicamente por la gracia de Dios, que está en Cristo, á los hijos de promisión y del reino, ¿acaso no son tantas y tan estimables las artes que ha inventado y ejercitado el ingenio humano, parte necesarias y parte voluntarias, que la fuerza y natural tan excelente del espíritu y de la razón, aun en las cosas superfluas, ó por mejor decir, en las peligrosas y perniciosas que apetece, declara y da testimonio de cuán grandes bienes tenga en la naturaleza con que pudo inventar estas artes, aprenderlas y ejercerlas? ¿A cuán maravillosas y estupendas obras haya llegado la industria humana en materia de vestidos y edificios, cuánto hayan aprovechado y adelantado en la agricultura, cuánto en la navegación, los proyectos que ha inventado y experimentado felizmente en la fábrica y construcción de todo género de vasos, en la hermosa variedad de las estatuas y pinturas, las cosas que ha maquinado para hacer y representar en los teatros, admirables á los que las vieron é increíbles á los que las oyeron; tantas y tan grandes cosas como ha hallado para cazar, matar y domar fieras y bestias agrestes; y contra los mismos hombres, tanta especie de venenos, armas y máquinas? ¿Y para conservar y reparar la salud de los mortales, cuántos

medicamentos y auxilios ha descubierto para el gusto y apetito del paladar, cuántas salsas y excitativos del gusto ha inventado; y para declarar y persuadir sus conceptos y pensamientos, cuán gran multitud y variedad de señales, en las cuales tienen el primer lugar las palabras y las letras, y para deleitar los ánimos qué de expresiones donosas, graciosas y elocuentes; para suspender el oído, cuánta abundancia de diferentes poemas, qué de órganos é instrumentos músicos, qué de tonos y canciones ha inventado; qué admirables reglas de dimensiones y números y con cuánta sagacidad ha comprendido los movimientos, orden y curso de los astros, cuán exacta noticia ha alcanzado acerca de las cosas más señaladas del mundo? ¿Quién será bastante á referir todo esto, especialmente si quisiésemos no amontonarlo todo en un breve resumen, sino detenernos en cada asunto en particular? Finalmente, en defender los mismos errores y falsedades, ¿cuán sutil ingenio han manifestado los filósofos y herejes, y quién será bastante á imaginarlo?

Hablamos ahora de la naturaleza del entendimiento humano con que se ilustra y adorna esta vida mortal, no de la fe y del camino de la verdad con que se adquiere aquella inmortal; siendo el autor de esta tan esclarecida naturaleza Dios verdadero y sumo, administrando sabiamente él mismo todo lo que crió y teniendo en topo suma potestad y suma justicia, sin duda que jamás cayera en estas miserias, ni de ellas, exceptuados solos los que se han de salvar, viniera á dar en las penas eternas si no hubiera precedido un pecado tan execrable y transcendente á la posteridad. Pues aun en el mismo cuerpo, aunque en ser mortal, le tengamos común con las bestias y sea más débil que muchas de ellas, ¿cuán grande es la bondad de Dios que se descubre, cuán grande la providencia que campea del sumo Cria-

dor? ¿Acaso los lugares propios de los sentidos y los demás miembros no están tan ordenados y bien organizados en él, la misma especie y figura y la constitución de todo el cuerpo no está modificada de manera que muestra haberse hecho para el ministerio de una alma racional? Porque no como á los animales irracionales que van inclinados á la tierra crió Dios al hombre, sino que la forma del cuerpo elevada al cielo, le está diciendo que atienda y procure las cosas celestiales, pues la maravillosa agilidad de la lengua y de las manos, tan acomodada y conveniente para hablar y escribir y para poner en su punto y perfección las operaciones de tantas artes y misterios, ¿acaso no nos manifiesta claramente cuán excelente cuerpo vemos acomodado para el ministerio y servicio de un alma tan excelente? Aunque omitidas asimismo las necesidades y utilidades de sus obras, es tan numerosa la congruencia de todas sus partes y tienen entre sí tan bella y tan igual correspondencia, que no sabréis si en su fábrica fué mayor la consideración que se tuvo á la utilidad ó á la hermosura. Porque verdaderamente no observamos en este cuerpo cosa criada para que fuese útil, que no tenga también su lugar de hermosura. Y mucho más se nos descubrirá esto y lo echaremos de ver, si conociéramos los números de las medidas con que toda esta fábrica está entre sí trabada y acomodada, los cuales quizá poniendo diligencia en las partes que se dejan ver por de fuera, los podría investigar y conocer la humana industria. Pero en las que están encubiertas y remotas de nuestra vista, como es la grande combinación de las venas, arterias, nervios y entrañas, nadie podrá hallarlos, pues aunque la diligencia, en cierto modo inhumana y cruel de los médicos que llaman anatómicos, ha hecho anatomía de los cuerpos muertos ó también de los que se les ha ido muriendo entre las manos, andán-

dolos cortando é inspeccionando menudamente; y en los cuerpos humanos inhumanamente han buscado todos los escondrijos y secretos para saber qué, cómo y en qué lugares habían de curar, con todo, los números de que voy hablando y de que consta la trabazón interior y exterior de todo el cuerpo, como de un órgano, que en griego se dice *armonía*, ¿para qué tengo de decir que nadie los ha podido hallar puesto que nadie se ha atrevido á buscarlos? Los cuales, si se pudieran conocer aun en las partes interiores que no hacen ostentación de gala, tanto nos deleitara la hermosura de la razón, que á cualquiera forma aparente, visible y agradable á los ojos, se aventajara y antepusiera á juicio y dictamen de la misma razón que se sirve de los ojos. Hay algunas cosas en el cuerpo que sólo sirven de ornato, sin tener uso ni utilidad alguna, como en el pecho del hombre los pezones, en el rostro las barbas, que no nos sirven de fortaleza, sino de ornamento varonil, como nos lo demuestran las caras tersas y limpias de las mujeres, á las cuales sin duda, como á más débiles, conviniere más el fortalecerlas. Luego no hay miembro alguno, á lo menos en estos que se ven (de que no hay duda) que no sirva de algún efecto, que no sirva también de algún adorno, y sí hay algunas cosas que sólo sirven de ornato y no sirven para destino alguno, pienso que fácilmente se deja entender que en la fábrica del cuerpo prefirió el autor la hermosura á la necesidad. Porque, en efecto, la necesidad se ha de acabar y llegará el tiempo en que gocemos uno de otro de sola la hermosura sin ningún género de malicia, lo cual particularmente lo debemos referir á gloria del Criador, á quien decimos en el Salmo: «que se ha vestido de alabanza y hermosura».

Toda la demás belleza y utilidad de las cosas criadas, de que la divina liberalidad ha hecho merced al hom-

bre, aunque postrado y condenado á tantos trabajos y miserias, para que la goce y se aproveche de ella, ¿con qué palabras la referiremos? ¿Qué diré de la belleza tan grande y tan varia del cielo, de la tierra y del mar, de una abundancia tan grande, y de la hermosura tan admirable de la misma luz, en el sol, luna y estrellas, de la frescura y espesura de los bosques, de los colores y olores de las flores, de tanta diversidad y multitud de aves tan parleras y pintadas, de la variedad de especies y figuras de tantos y tan grandes animales, entre los cuales los que tienen menor grandeza y cuerpo nos causan mayor admiración? Porque más nos admiran las maravillas que hacen las hormigas y abejas, que los disformes cuerpos de las ballenas. ¿Y qué diré del hermoso espectáculo del mar cuando se viste como de librea de diferentes colores, variando su color de muchas maneras, ya de un verde rojo, ya de un verde azul? ¿Con cuánto deleite no le miramos cuando se embravece y nos causa en ello mayor suavidad, siempre que le veamos sin exponernos al combate de las olas? ¿Qué diremos de la abundancia tan copiosa de manjares contra los asaltos del hambre? ¿Qué de la diversidad de los sabores contra el fastidio de la naturaleza, comunicada del cielo, no buscada con el artificio é industria de los cocineros? ¿Qué de los auxilios y remedios de tanta diversidad de objetos para conservar y alcanzar la salud? ¿Cuán agradable no es la sucesión del día y de la noche, y la suave templanza del blando y fresco viento? En las plantas y animales ¿cuánta materia y abundancia para adornar y vestir nuestra desnudez? ¿Y quién será bastante á referirlo todo? Esto sólo, que brevemente he como aglomerado, si lo intentase extender y desenvolver, y ponderarlo y examinarlo circunstanciadamente, ¿cuánto convendría detenerme en cada ente de por sí, donde se encierran tanta in-

finidad de virtudes? Y todo esto, consuelo es y alivio de gente miserable y condenada, no premio de los bienaventurados. ¿Qué tales serán aquellos bienes, si estos son tantos, tales y tan grandes? ¿Qué dará á los que predestinó para la vida el que dió éstos aun á los que predestinó para la muerte? ¿Qué bienes hará que alcancen en aquella vida bienaventurada aquellos por quienes en esta miseria quiso que su Unigénito padeciese tantos males é infortunios hasta la muerte? Así dice el Apóstol, hablando de los predestinados para aquel reino, «el que no perdonó á su propio hijo, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar también con él todo cuanto hay?» ¿Cuáles seremos? ¿Qué bienes recibiremos en aquel reino, pues muriendo Cristo por nosotros hemos recibido ya tal prenda? ¿Cuál será el espíritu del hombre cuando no tenga género de vicio, ni aun vicio á quien poder estar sujeto, ni á quien poder ceder, ni contra quien, aunque sea con honra y gloria suya, pueda contrastar estando en la perfección de una suma y tranquila virtud? ¿Cuán grande, cuán hermosa, cuán cierta ciencia tendrá allí de todas las cosas, sin error ni trabajo alguno, donde gustará y verá la sabiduría de Dios en su propio origen con suma felicidad, y sin ninguna dificultad? ¿Qué tal será el cuerpo, que estando del todo sujeto al espíritu, y con él suficientemente vivificado, se verá sin tener necesidad de alimentos? Porque no será animal, sino espiritual, y aunque tendrá substancia de carne, la tendrá sin ninguna corrupción carnal.

CAPÍTULO XXV

De la pertinacia de algunos en contradecir la resurrección de la carne, que, como queda dicho, la cree todo el mundo.

Pero en lo tocante á los bienes, de que el espíritu gozará después de esta vida, dichoso y bienaventurado, no diferencian de nosotros los filósofos celebrados, que nos contradicen y debaten el punto de la resurrección de la carne. Esto, en cuanto pueden, lo niegan; pero los infinitos que lo han creído, dejan muy disminuído el número de los que lo niegan, y vemos que á Cristo, quien en su resurrección hizo demostración de lo que á estos insensatos les parece absurdo, se han convertido con corazón fiel, doctos y necios, sabios é ignorantes de este mundo. Por eso creyó el mundo lo que dijo Dios, el cual también dijo, que este punto había de creerlo todo el orbe. No le compelieron á que lo dijese tanto tiempo antes con tan singular gloria de los creyentes, los maleficios y hechicerías que dicen de San Pedro, pues él es aquel Dios (como lo he dicho ya algunas veces, y no me arrepiento de repetirlo mediante á que lo confiesa Porfirio, y procura probarlo con los oráculos de sus dioses) á quien temen, y de quien tienen horror los mismos demonios; á quien elogió dicho filósofo de tal suerte, que le llama no sólo Dios Padre, sino también rey. De ningún modo debemos entender lo que Dios dijo de la manera que quieren aquellos que no han creído lo que anunció que había de crear el mundo. Y pregunto: ¿Por qué no creen como el mundo, y no como unos pocos bachilleres que no han querido creerlo, lo que dijo que había de crear el mundo? Porque si dicen que se debe creer de otra manera, asegurando que es vano lo que dice la Escritura, por no agra-

viar á aquel Dios á quien dan un tan singular testimonio, el agravio sin duda lo hacen aun mayor diciendo que debe entenderse de otra manera, y no como lo creyó el mundo, que él mismo alabó, prometió y cumplió que había de creer. Y por qué, pregunto, no podrá hacer que resucite la carne y viva para siempre? ¿Acaso creeremos que no permitirá esto porque es cosa mala é indigna de Dios? De su omnipotencia, con que obra tantas y tan grandes maravillas increíbles, ya hemos insinuado muchas. Y si buscan alguna que no pueda practicar el Todopodero, hay una, yo lo diré, que no puede mentir. Creamos, pues, lo que puede, y no creamos lo que no puede. Creyendo que no puede mentir, crean que hará lo que prometió que había de hacer. Y créanlo como lo creyó el mundo, de quien dijo que lo había de creer, á quien alabó que lo había de creer, prometiendo que lo había de creer, y de quien efectivamente lo ha manifestado ya que lo ha creído. Que esto sea cosa mala y excusada, ¿por dónde lo muestran? Porque allí no ha de haber corrupción, que es el mal del cuerpo. Del orden de los elementos ya hemos disputado, y de las conjeturas de los hombres bastante hemos hablado. Cuánta facilidad ha de tener en el movimiento el cuerpo incorruptible, del temperamento de la buena disposición y salud de esta vida, la cual en ninguna manera debe compararse con aquella inmortalidad, basantemente, á lo que entiendo, lo he tratado en el libro XIII; lean lo que queda dicho en esta obra los que no la han leído, ó no quieren acordarse de lo que leyeron.

CAPÍTULO XXVI

De lo que opinó Porfirio del sumo bien.

Opina Porfirio (replican) que, á efecto de que el alma sea bienaventurada, debe huir de todo lo que es cuerpo. Luego no aprovecha lo que insinuamos, que había de ser incorruptible el cuerpo si el alma no ha de ser bienaventurada si no es huyendo de todo lo que es cuerpo. Este punto ya disputamos cuanto pareció necesario en el libro XIII; no obstante, diré aquí sola una cosa. Corrija sus libros Platón, maestro de todos estos espíritus ilusos, y diga que sus dioses, para que sean bienaventurados habrán de huir de sus cuerpos, esto es, habrán de morir los que dijo que estaban dentro de los cuerpos celestiales; á quienes Dios que los crió, para que pudiesen estar seguros, les prometió la inmortalidad, esto es, que permanecerían eternamente en los mismos cuerpos, no porque tengan esta cualidad por su naturaleza, sino porque prevalecerá en esto la traza y disposición divina. Donde destruye asimismo aquello que dicen, que por ser imposible no debe creerse la resurrección de la carne, pues con la mayor claridad conforme al mismo filósofo, donde el Dios increado prometió á los dioses que él crió la inmortalidad, dijo que había de hacer lo que es imposible, en atención á que de esta manera refiere Platón que habló: «Porque habéis nacido, no podéis ser inmortales é indisolubles; con todo, no seréis disolubles, ni os acabará hado alguno de la muerte, ni serán más poderosos los hados que mi orden y disposición establecida, la cual es un vínculo mayor y más poderoso para vuestra perpetuidad, que aquellos con que estáis ligados». Si es que no sólo son absurdos, sino también sordos los que oyen este anuncio, sin

duda que no pondrán duda en que, según Platón, aquel Dios prometió á los dioses que hizo lo que era imposible; pues el que dice: «Aunque vosotros no podéis ser inmortales», ¿qué otra cosa da á entender sino que lo que no puede ser, lo seréis haciéndolo yo? Resucitará pues, la carne incorruptible, inmortal y espiritual, el que, según Platón, prometió que haría lo que era imposible. ¿A qué efecto lo que prometió Dios, y lo que, prometiéndolo Dios, lo creyó el mundo, el cual asimismo prometió Dios que lo había de creer, todavía claman que es imposible, supuesto que nosotros clamamos que el que ha de obrar este portento es aquel Dios, que, aun según Platón, hace cosas imposibles? Así, pues, para que las almas sean bienaventuradas, no es necesario huir de todo lo que es cuerpo, sino recibir y tomar aquel cuerpo incorruptible. ¿Y en qué cuerpo inmortal é incorruptible es más conveniente y conforme á razón que se alegren y gocen, que en el mismo mortal y corruptible en que gimieron y padecieron? Porque de esta manera no habrá en ellos aquella cruel codicia que supone Virgilio siguiendo á Platón, cuando dice: «y volverán otra vez á desear restituirse á los cuerpos.» En esta conformidad, digo, no tendrán deseo ó codicia de volver á los cuerpos, mediante á que tendrán consigo los cuerpos donde desean regresar, y los tendrán de tal configuración, que nunca se hallarán sin ellos, nunca los dejarán por muerte, ni aun por un mínimo espacio de tiempo.

CAPÍTULO XXVII

De las definiciones contrarias de Platón y de Porfirio, en las cuales, si ambos cedieran, ninguno se apartará de la verdad.

Platón y Porfirio, cada uno estableció su opinión, que si las pudieran comunicar entre si, se hicieran acaso

cristianos. Platón dijo que las almas no podían estar eternamente sin los cuerpos: por eso sentó que las almas de los sabios, al cabo de algún tiempo, por largo que fuese, habían de volver á los cuerpos. Y Porfirio dijo que cuando el alma volviese purificada al Padre, nunca más regresaría á los males actuales del mundo. Si lo verdadero que vió Platón se lo comunicara á Porfirio, que las almas, y aun las más purificadas de los justos y sabios habían de restituirse á los cuerpos humanos, y, por otra parte, si lo verdadero que vió Porfirio se lo expusiera á Platón, que las almas santas jamás habían de volver á las miserias del cuerpo corruptible, de forma que no dijera cada uno de por sí una de estas dos cosas sola, sino ambas y cada uno de ellos dijieran las dos, presumo que advertirían que era ya consecuencia legítima el que volviesen las almas á los cuerpos, y que recibiesen y adquiriesen tales cuerpos, que en ellos viviesen bienaventurada é inmortalmente. Porque, según Platón, hasta las almas santas han de regresar á los cuerpos humanos, y según Porfirio, las almas santas no han de volver á pasar los males presentes del siglo. Diga, pues, Porfirio con Platón, que volverán á los cuerpos; y diga Platón con Porfirio, que no volverán á los males, y se concordarán así, en que volverán á unos cuerpos en que no padezcan mal alguno. Estos no serán sino aquellos que prometió Dios, es decir, que las almas bienaventuradas habían de vivir eternamente con sus cuerpos eternos; cosa que, á lo que entiendo, los dos nos concederían ya fácilmente, supuesto que confiesan que las almas de los santos han de volver á cuerpos inmortales, permitiéndoles volver á los mismos en que sufrieron los males de este siglo, y en que, para librarse de estas penalidades, sirvieron á Dios piadosa y santamente.

CAPÍTULO XXVIII

Las opiniones de Platón, Labeón y Varrón reunidas, confirman lo que creemos de la resurrección de la carne.

Alguno de nuestros cristianos aficionados á Platón por cierta excelencia que tiene en el decir, y por algunas máximas ciertas que estableció, dicen que opinó también algo que frisa y corresponde con lo que nosotros opinamos acerca de la resurrección de los muertos. Así lo toca Tulio en los libros de *República* dando á entender haberlo dicho Platón, más por vía de ficción y fábula que porque quisiese decir que era verdad. Porque supone que revivió un hombre, y refiere algunas particularidades que convenían con la doctrina de Platón. También Labeón refiere que en un mismo día acertaron á morir dos, á quienes después les mandaron volver á sus cuerpos, y encontrándose después en la encrucijada de una calle, pactaron mutuamente vivir en perpetua amistad, y que así se verificó, hasta que, pasado algún tiempo, volvieron á morir. Pero estos autores nos refieren que acaeció la resurrección de éstos del mismo modo que fué la de aquellos que sabemos resucitaron y volvieron á esta vida, pero no para que nunca ya muriesen. Un prodigio más admirable cuenta Varrón en los libros que escribió sobre el origen de las familias del pueblo romano, cuyas palabras tuve por conveniente insertar aquí: «Algunos astrólogos escriben, dice, que hay para renacer los hombres la que llaman los griegos *Palingenesia* ó regeneración: ésta escriben que se hace en la revolución cuatrocientos y cuarenta años, para que el mismo cuerpo y la misma alma que una vez estuvieron juntos en un hombre, vuelvan otra vez á incorporarse. Este Varrón, ó aquellos no sé que astrólo-

gos, porque no declara los nombres de aquellos cuya opinión refiere, dijeron algo que, aunque sea falso, porque en volviendo las almas una vez á los cuerpos que tuvieron, jamás las han de volver á dejar después, con todo, deshace y destruye muchos argumentos relativos á la imposibilidad de la resurrección, con que se irritan contra nosotros; porque á los que opinan ú opinaron esto, no les pareció imposible que los cuerpos muertos que se convirtieron, ó resolvieron en exhalaciones, en polvo, en ceniza, en agua, en los cuerpos de las bestias ó fieras que los comieron, ó de los mismos hombres, vuelvan nuevamente á lo que fueron: por lo cual Platón y Porfirio, ó por mejor decir, cualquiera de los aficionados, que todavía viven, si creen con nosotros que las almas santas han de volver á los cuerpos (como lo dice Platón), y que no han de volver á pasar males algunos (como lo dice Porfirio), de forma que de aquí se siga lo que predica la fe cristiana, que han de volver á cuerpos de tal calidad en que vivan bienaventuradamente para siempre, sin ningún mal, tomen tambien de Varrón que han de volver á sus mismos cuerpos en que estuvieron antes, y entre ellos quedará resuelta la cuestión de la resurrección de la carne para siempre.

CAPÍTULO XXIX

De la calidad de la visión con que en el futuro siglo verán los santos á Dios.

Vemos ya, auxiliados del divino Espíritu, qué es lo que harán los santos en los cuerpos inmortales y espirituales, al volver á su carne, no carnal, sino espiritualmente. Por lo respectivo á aquella acción, ó por

mejor decir, quietud y descanso, qué tal ha de ser, si quiero decir la verdad, no lo sé, porque nunca lo he visto por los sentidos corporales. Y si dijese que lo he inspeccionado con el espíritu, esto es, con la inteligencia, ¿qué es nuestra comprensión, comparada con aquella excelencia? Reinará allí la paz de Dios, la cual, como dice el Apóstol, «supera todo entendimiento». ¿Cuál sino el nuestro, ó quizá también el de los santos ángeles? Porque no hemos de decir que sobrepuja igualmente al entendimiento de Dios. Luego si los Santos han de vivir en la paz de Dios, sin duda vivirán en quella paz que excederá todo entendimiento. Que sobrepuje al nuestro no hay duda, y si supera también al de los ángeles, pues tampoco á éstos parece que los exceptúa, el que dice «todo entendimiento», conforme á esta persuasión, debemos entender que la paz de Dios la conoce Dios; pero no la podemos conocer nosotros, ni tampoco ángel alguno. Sobrepuja á todo entendimiento, es decir, exceptuando el suyo. Mas porque también nosotros, según nuestra capacidad, cuando nos hiciere participantes de su paz hemos de tener en nosotros y entre nosotros y con él suma paz, según á lo que se extienda nuestro estado, también según su capacidad la saben los santos ángeles. Pero los hombres ahora sin comparación mucho menos, por más excelentes que sean en espíritu: porque debemos considerar cuán grande era el Apóstol, quien decía: «En parte y no del todo sabemos en la actualidad, y en parte profetizamos hasta que llegue lo que es perfecto y vemos ahora por espejo en enigma; pero entonces será cara á cara». Gozan ya de esta vida los santos Ángeles, los cuales se llaman asimismo nuestros ángeles, porque, librados del poder de las tinieblas y trasladados al reino de Cristo, habiendo recibido la prenda del espíritu, hemos comenzado ya á ser de la parte de aquellos ángeles

cuya compañía gozaremos de la misma santa y dulcísima Ciudad, de la cual hemos escrito tantos libros. De la misma conformidad, supesto que son los ángeles nuestros los que son ángeles de Dios, como Cristo de Dios es nuestro Cristo, son de Dios, porque no dejaron á Dios; son nuestros, porque comenzaron á tenernos por sus ciudadanos; y así dijo nuestro Señor Jesucristo: «Mirad, no despreciéis á uno de estos pequeñuelos, porque os digo ciertamente que sus ángeles en los Cielos siempre están viendo la cara de mi Padre, que está en los Cielos»: como la ven los espíritus angélicos, así también la veremos nosotros; pero no la vemos ahora así, y por ello dijo el Apóstol lo que antes indiqué: «Vemos al presente por espejo en enigma, pero entonces veremos cara á cara». Esta visión intuitiva se nos guarda por medio de nuestra fe, de la cual, hablando el apóstol San Juan, dice: «Cuando apareciere, seremos semejantes á él, porque le veremos como es en sí». Por la cara de Dios hemos de entender su manifestación, y no algún miembro, como el que tenemos en nuestro cuerpo y le llamamos cara.

Cuando me preguntan qué han de hacer los santos en aquel cuerpo espiritual, no digo lo que veo, sino lo que creo, conforme á lo que leo en el Real Profeta: «creo, y conforme á esta creencia hablo». Digo, pues, que han de ver á Dios en el mismo cuerpo; pero no es cuestión pequeña la de si le veremos como por su mediación vemos ahora al sol, luna y estrellas, el mar, la tierra y cuanto hay en su ámbito. Es cosa dura decir que los santos tendrán entonces tales cuerpos, que no puedan cerrar y abrir los ojos cuando quisieren; pero más duro es decir que quien cierre los ojos no verá á Dios. Porque si el profeta Eliseo, estando ausente del cuerpo, vió á su criado Giezi cómo tomaba los dones que le presentaba Naamán Siro, á quien dicho profeta había

curado de la lepra, cosa que el perverso siervo, como no le veía su señor, pensaba que lo había ejecutado en secreto, ¿cuánto más los santos en aquel cuerpo espiritual verán todas las cosas, no sólo cerrados los ojos, sino también estando con los cuerpos ausentes? Porque estará entonces en su colmo y perfección aquello de que ha hablado el Apóstol, diciendo: «En parte, y no del todo, sabemos ahora, y en parte vaticinamos; pero cuando viniere lo que es perfecto, lo que es en parte se deshará». Después, para manifestarnos del modo que podía con alguna semejanza lo mucho que dista esta vida de la otra que esperamos, no sólo de cualquiera personas, sino de los que en la tierra florecieron en particular santidad, dice: «Cuando era pequeño, como pequeño sabía, como pequeño hablaba, como pequeño discurría; pero hecho ya hombre, dejé las cosas que eran de niño. Vemos ahora por espejo en enigma, pero entonces veremos cara á cara; ahora conozco en parte, pero entonces conoceré, así como soy conocido». Luego si en esta vida (donde la profecía de los hombres admirables debe compararse á aquella vida como la de un niño respecto de la de un hombre), vió, sin embargo, Eliseo cómo tomaba su criado los dones, en parte donde él no estaba, ¿es posible que cuando venga lo que es perfecto, y cuando el cuerpo corruptible no agravará ya ni comprimirá el alma, sino que siendo incorruptible no estorbará, aquellos santos han de tener necesidad de ojos corpóreos para ver lo que hubieren menester, de los que no tuvo necesidad Eliseo, estando ausente, para ver á su criado? Porque según los Setenta intérpretes, estas son las palabras que dijo el profeta á Giezi: «¿Acaso no iba mi espíritu contigo y vi que volvió aquel personaje de su carroza á encontrarte y recibiste el dinero, etc.»? O como las interpretó del hebreo el presbítero Jerónimo: «¿Acaso

mi espíritu no estaba presente cuando volvió aquel personaje de su carroza á encontrarte?» Con su espíritu, pues, dijo el profeta que vió esto, sin duda ayudado milagrosamente de Dios. Pero ¡con cuanta mayor abundancia gozarán entonces todos de este don cuando Dios «será todo en todos!» Y, sin embargo, conservarán también aquellos ojos corporales su ministerio, estarán en su propio lugar, y usará de ellos el espíritu por medio del cuerpo espiritual. Porque tampoco aquel profeta, no porque no tuvo necesidad de ellos para ver al ausente no usó de ellos para ver las cosas presentes, las cuales podía ver con el espíritu, aunque los cerrara como las vió las ausentes, adonde con ellos no estaba. Luego sería absurdo decir que aquellos santos en aquella vida no han de ver á Dios, cerrados los ojos, á quien siempre verán con el espíritu. Pero la duda consiste en si le han de ver también con los ojos del cuerpo cuando los tengan abiertos; porque si han de poder tanto en el cuerpo espiritual los ojos espirituales cuanto pueden estos que ahora tenemos, sin duda no podremos con ellos ver á Dios. Serán, pues, de muy diferente potencia, si por ellos hemos de ver aquella naturaleza incorpórea que no ocupa lugar, sino que en todas partes está toda. Pues no porque decimos que Dios está en el cielo y en la tierra (pues él dice por el Profeta: «Yo lleno el cielo y la tierra»), hemos de decir que tiene una parte en el cielo y otra en la tierra, sino que todo está en el cielo y todo en la tierra, no alternativamente en diferentes tiempos, sino todo juntamente, lo cual no es posible á ninguna naturaleza corpórea. Aquellos ojos tendrán una virtud más poderosa, no para que vean más perspicazmente de lo que se dice que ven algunas serpientes ó águilas, porque estos animales, por más fina vista que tengan, sólo pueden ver cuerpos, sino para que vean también las cosas in-

corpóreas. Quizá esta tan singular virtud de ver se la dió por tiempo en este cuerpo mortal á los ojos del santo varón Job, cuando dice á Dios: «Con el oído de la oreja te oía primero; pero ahora mis ojos ten ven, por lo cual me tuve en poco á mí mismo, y me consumí y me tuve por tierra y ceniza». Aunque no hay obstáculos para entender aquí los ojos del corazón, de los cuales dijo el Apóstol: «que os alumbre los ojos de vuestro corazón». Que con ellos veremos á Dios cuando le hubiéremos de ver, no hay cristiano que lo dude si fielmente entiende lo que dice nuestro Divino Maestro: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios». Pero la cuestión de que ahora tratamos es, si también con los ojos corporales veremos á Dios, pues lo dice la Escritura: «que toda carne verá al Salvador de Dios», sin género de dificultad se puede entender así, como si se dijera: y todo hombre verá al Cristo de Dios, el cual sin duda se dejó ver en cuerpo, y en cuerpo le veremos cuando viniere á juzgar los vivos y los muertos. Hay otros muchos testimonios de la Escritura que comprueban que él sea el Salvador de Dios; pero los que con más evidencia lo declaran, son las palabras de aquel venerable anciano Simeón, que habiendo recibido en sus manos al niño Cristo, dijo: «Ahora despides, Señor, á vuestro siervo en paz, ya que han visto mis ojos á vuestro Salvador». Y también lo que dice Job, como se halla en los ejemplares que están traducidos del hebreo: «y en mi carne veré á Dios», es sin duda profecía de la resurrección de la carne, con todo no dijo por mi carne, lo cual si dijera se pudiera entender Dios Cristo, á quien se verá por la carne en la carne.

Puede también tomarse «en mi carne veré á Dios», como si dijera, en mi carne estaré cuando veré á Dios. Lo que dice el Apóstol: «cara á cara», no nos excita á

creer que hemos de ver á Dios por esta cara corporal donde están los ojos corporales, á quien sin intermisión veremos con el espíritu; porque si no hubiera cara interior del hombre, no dijera el mismo Apóstol: «pero nosotros, habiéndonos quitado el velo de la cara, representando como espejos la gloria del Señor, nos transformamos en su misma imagen con él, creciendo de gloria en gloria, como á la presencia y comunicación del Espíritu del Señor». Ni de otra manera se entienda lo que dice el Real Profeta: «allegaos á él, y seréis alumbrados, y no se confundirán vuestras caras de vergüenza»; porque con la fe nos allegamos á Dios, la cual está claro que es del espíritu, y no del cuerpo. Mas porque no sabemos cuán grande será el acrecentamiento y mejora del cuerpo espiritual, porque hablamos de cosa de que no tenemos experiencia, cuando la Sagrada Escritura no nos muestra claramente sino como por señas nos apunta algunas particularidades que no se puedan entender de otra manera, es fuerza que nos suceda lo que leemos en el libro de la Sabiduría: «que los discursos de los mortales son tímidos é inciertas nuestras providencias é invenciones»; porque si el argumento de los filósofos por el cual pretenden que las cosas inteligibles de tal conformidad se ven con los ojos del entendimiento y con el sentido del cuerpo las sensibles, esto es, las corporales que el entendimiento no puede ver ni las inteligibles por el cuerpo, ni las corporales por sí mismo, si pudiera, digo, sernos argumento cierto, sin duda sería positivo que de ningún modo se pudiera ver á Dios por los ojos del cuerpo, aun espiritual. Pero de este argumento se burla la razón y la autoridad profética; porque ¿quién, hay tan encontrado con la verdad que se atreva á decir que Dios no sabe ó no conoce estas cosas corporales? ¿Tiene acaso cuerpo por cuyos ojos las pueda aprender? Y lo que poco ha decía-

mos del Profeta Eliseo, ¿no nos muestra bastante que se pueden ver las cosas corporales, no sólo por el cuerpo, sino también por el espíritu? Pues cuando aquel siervo tomó los dones, sin duda los tomó corporalmente, y sin embargo el Profeta lo vió, no por el cuerpo, sino por el espíritu. Así como consta que se ven los cuerpos con el espíritu, ¿quién sabe si será tan grande la potencia del cuerpo espiritual, que con el cuerpo veamos también el espíritu? Porque espíritu es Dios. Además, cada uno conoce y tiene noticia de la vida con que ahora vive en el cuerpo, y con que vegeta estos miembros terrenos y los hace que vivan, lo conoce, digo, con el sentido interior y no por los ojos corpóreos: y las vidas de los otros, siendo invisibles, las ve por el cuerpo; porque ¿cómo diferenciamos los cuerpos vivientes de los no vivientes, si no vemos los cuerpos juntamente y las vidas, las cuales no podemos ver sino por el cuerpo?

Las vidas sin los cuerpos no las vemos con los ojos corpóreos, por lo cual puede ser y es muy creíble, que de tal manera vemos entonces los cuerpos del cielo nuevo y de la tierra nueva, como veamos á Dios en todas partes presente y gobernando todas las cosas, aun las corporales, con los cuerpos que tendremos; y lo que viéremos por donde quiera que extendiésemos la vista, lo veremos con clarísima perspicacia, no como ahora «que las cosas invisibles de Dios las vemos como un espejo en enigma y en parte», conociéndolas por las cosas criadas; valiéndonos más la fe con que creemos, que las especies de las cosas corporales que vemos por los ojos corporales. Así como vemos á los hombres entre los cuales vivimos y ejercitamos nuestros movimientos vitales; y, viéndolos, no creemos que viven, sino que los vemos, sin que podamos ver su vida sin los cuerpos y la vemos por los cuerpos, sin que haya en ello duda alguna; así, por donde quiera que lleváre-

mos aquellos espirituales ojos de nuestros cuerpos, veremos también por los cuerpos á Dios incorpóreo, que lo rige y gobierna todo. Si veremos, pues, á Dios con ojos que tengan algo semejante al entendimiento, con el cual se vea también la naturaleza incorpórea, cosa es muy difícil ó imposible de mostrarlo con testimonios de la Sagrada Escritura. Más fácil de entender es que de tal manera nos será Dios notorio y visible, que se vea con el espíritu y se vea por uno en otro, y se vea en sí mismo, se vea en el cielo nuevo y en la tierra nueva, y en todas las criaturas que entonces hubiere; se vea también por los cuerpos en todo cuerpo, donde quiera que dirijamos la vista de los ojos del cuerpo espiritual. También veremos patentes los pensamientos unos y otros. Porque entonces se cumplirá lo que el Apóstol indica despues de aquellas palabras: «no queráis antes de tiempo juzgar y condenar á ninguno»; y luego añade: «hasta que venga el Señor y alumbre los secretos de las tinieblas, manifieste los pensamientos del corazón, y entonces tendrá cada uno su alabanza de Dios».

CAPÍTULO XXX

De la eterna felicidad y bienaventuranza de la Ciudad de Dios, y del sábado y descanso perpetuo.

¿Cuán grande será aquella bienaventuranza donde no habrá mal alguno, ni faltará bien alguno, y nos ocuparemos en alabar á Dios, el cual llenará perfectamente el vacío de todas las cosas en todos? Porque no sé en qué otra ocupación se empleen donde no estarán ociosos por vicio de la pereza, ni trabajarán por esca-

señ ó necesidad. Esto mismo me lo insinúa también aquella sagrada canción donde leo ú oigo: «los bienaventurados, Señor, que habitan en tu casa, para siempre te estarán alabando». Todos los miembros y partes interiores del cuerpo incorruptible que ahora vemos repartidas para varios usos y ejercicios necesarios (porque entonces cesará la necesidad y habrá una plena, cierta, segura y eterna felicidad) se ocuparán y mejorarán en las alabanzas de Dios. Porque todos aquellos números de la armonía corporal de que ya he hablado, que al presente están encubiertos y secretos, no lo estarán, y estando dispuestos por todas las partes del cuerpo por dentro y por fuera, con las demás cosas que allí habrá grandes y admirables, inflamarán con la suavidad de la hermosura y belleza racional los ánimos racionales en alabanza de tan grande artífice. Qué tal será el movimiento que tendrán allí estos cuerpos no me atrevo á definirlo, por no poder imaginarlo. Con todo, el movimiento y la quietud, como la misma hermosura será decente cualquiera que fuere, pues no ha de haber allí cosa que no sea decente. Sin duda que donde quisiere el espíritu, allí luego estará el cuerpo y no querrá el espíritu cosa que no pueda ser decente al espíritu y al cuerpo. Habrá allí verdadera gloria, no siendo ninguno alabado por error ó lisonja del que le alabare. Habrá verdadera honra, que á ningun digno se negará, ni á ninguno se le dará; pero ninguno que sea indigno la pretenderá por ambición, porque no se permitirá que haya alguno que no sea digno. Allí habrá verdadera paz, porque ninguno padecerá adversidad, ni de sí propio ni de mano de otro. El premio de la virtud será el mismo Dios que nos dió la virtud, pues á los que la tuvieron les prometió á sí mismo, porque no puede haber cosa ni mejor ni mayor. Porque ¿qué otra cosa es lo que dijo por el Profeta: «yo seré su Dios y ellos

serán mi pueblo», sino yo seré su satisfacción, yo seré todo lo que los hombres honestamente pueden desear, vida y salud, sustento y riqueza, gloria y honra, paz y todo cuanto bien se conoce? De esta manera se entiende también lo que dice el Apóstol: «que Dios nos será todas las cosas en todo». El será el fin de nuestros deseos, pues le veremos sin fin, le amaremos sin fastidio, y le elogiaremos sin cansancio. Este oficio, este afecto, este acto será sin duda como la misma vida eterna, común á todos.

Por lo tocante á los grados de los premios que ha de haber de honra y gloria, según los méritos, ¿quién será bastante á imaginarlo, cuanto más á decirlo? Pero es indudable que los ha de haber, y verá también en sí aquella Ciudad bienaventurada, aquel gran bien que ningún inferior tendrá envidia á ningún superior, así como ahora los ángeles no tienen emulación de los arcángeles. No apetecerá cada uno ser lo que no le dieron viviendo unido á aquel que se lo dieron con un vínculo apacible de concordia, como en el cuerpo no querría ser ojo el miembro que es dedo, hallándose uno y otro con suma paz en la unión y constitución de todo el cuerpo. De tal suerte tendrá uno un don menos que otro, como tendrá el de no desear ni querer más.

No dejarán de tener libre albedrío porque no puedan deleitarse con los pecados, mediante á que más libre estará de la complacencia de pecar el que se hubiere libertado hasta llegar á conseguir el deleite indeclinable de no pecar; pues el primer libre albedrío que dió Dios al hombre cuando al principio le crió recto, pudo no pecar, pero pudo también pecar; mas este último será tanto más poderoso, cuanto que no podrá pecar. Este privilegio será igualmente por beneficio de Dios, no por la posibilidad de su naturaleza. Porque una cosa es ser uno Dios, otra participar de Dios. Dios, por su na-

turalaleza, no puede pecar; pero el que participa de Dios, de Dios le viene el no poder pecar. Fué conforme á razón que se observasen estos grados en la divina gracia, dándonos el primer libre albedrío con que pudiese no pecar el hombre, y el último con que no pudiese pecar, á fin de que el primero fuese para adquirir mérito y el segundo para recibir el premio. Mas porque pecó esta naturaleza cuando pudo pecar, con más abundante gracia la pone Dios en libertad hasta llegar á aquella libertad en que no puede pecar. Porque así como la primera inmortalidad que perdió Adán pecando fué el no poder morir, y la última será no poder morir, así el primer libre albedrío fué el poder no pecar, y el último no poder pecar. Así será inadmisibile y eterno el amor y voluntad de la piedad y equidad, como lo será el de la felicidad: pues, en efecto, pecando no pudimos conservar la piedad ni la felicidad; pero la voluntad y amor de la felicidad, ni aun perdida la misma felicidad la perdimos. Por cuanto el mismo Dios no puede pecar, ¿habremos de negar que tenga libre albedrío? Tendrá aquella Ciudad una voluntad libre, una en todos y en cada uno inseparable, libre ya de todo mal y libre de todo bien, gozando eternamente de la suavidad de los gozos eternos, olvidada de las culpas, olvidada de las penas, y no por eso olvidada de su libertad, por no ser ingrata á su libertador.

En cuanto toca á la ciencia racional, se acordará también de sus males pasados; pero en cuanto al sentido y experiencia, no habrá memoria de ellos; como un médico perito en su facultad sabe y conoce casi todas las enfermedades del cuerpo según se han descubierto y se tiene noticia de ellas por esta ciencia, pero no sabe cómo se sienten en el cuerpo muchísimas que él no las ha padecido. Así como se pueden conocer los males de dos maneras, una con las potencias del alma y otra con

los sentidos de los que los experimentan; porque, en efecto, de una manera se saben y se tiene noticia de todos los vicios por la doctrina de la sabiduría, y de otra por la mala vida del ignorante; así también hay dos especies de olvido de los males, porque de un modo los olvida el erudito y docto, y de otro el que los ha experimentado y padecido: el primero olvidándose de la pericia y ciencia, y el otro dejando de sufrirlos. Según este género de olvido que puse en último lugar, no se acordarán los Santos de los males pasados, porque carecerán de todos los males, de forma que totalmente desaparezcan de sus sentidos. Con aquella potencia de ciencia, que la habrá muy singular en ellos, no sólo no se les encubrieran sus males pasados, pero ni aun la eterna miseria de los condenados. Porque, de otra suerte, si no han de saber que fueron miserables, ¿cómo, conforme á la expresión del Real Profeta, «han de celebrar eternamente las misericordias del Señor, puesto que aquella Ciudad, en efecto, no tendrá objeto de más suavidad y contento que el celebrar esta alabanza y gloria de la gracia de Cristo, por cuya sangre hemos sido redimidos»? Allí se cumplirá: «descansad y mirad que yo soy Dios», que dice el Salmo, lo cual será allí verdaderamente un grande descanso y un sábado que jamás tenga noche. Este nos lo significó el Señor en las obras que hizo al principio del mundo, donde dice la Escritura: «descansó Dios al séptimo día de todas las obras que hizo, y bendijo Dios al día séptimo y le santificó, porque en él descansó de todas las obras que comenzó Dios á hacer». También nosotros mismos vendremos á ser el día séptimo, cuando estuviéremos llenos de su bendición y santificación. Allí, estando tranquilos, quietos y descansados, veremos que él es Dios, que es lo que quisimos y pretendimos ser nosotros cuando caímos de su gracia, dando oídos y crédito al

engañador que nos dijo «seréis como dioses», y apartándonos del verdadero Dios, por cuya voluntad y gracia fuéramos dioses por participación y no por rebelión. Porque ¿qué hicimos sin él sino deshacernos, enojándole? Por él, creados y restaurados con mayor gracia, permaneceremos descansando para siempre, viendo cómo él es Dios, de quien estaremos llenos cuando él será todas las cosas en todos. Aun nuestras mismas obras buenas, que son antes suyas que nuestras. entonces se nos imputarán para que podamos conseguir este sábado y descanso, porque si nos las atribuyéramos á nosotros fueran serviles, supuesto que dice Dios del sábado: «que no practiquemos en él obra alguna servil». Y por eso dice también por el profeta Ezequiel: «les di mis sábados en señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy el Señor que los santifico». Esto lo sabremos perfectamente cuando estemos descansando y perfectamente veamos que él es Dios.

El mismo número de las edades, como el de los días, si lo quisiéramos computar conforme á aquellos períodos ó divisiones de tiempos que parece se hallan expresos en la Sagrada Escritura, más evidentemente nos descubrirá este Sabatismo ó descanso; porque se halla el séptimo de manera que la primera edad casi al tenor del primer día venga á ser desde Adán hasta el Diluvio, la segunda desde éste hasta Abraham, no por la igualdad del tiempo, sino por el número de las generaciones, porque se halla que tienen cada una diez. De aquí, como lo expresa el evangelista San Mateo, siguen tres edades hasta la venida de Jesucristo, las cuales cada una contiene catorce generaciones: una desde Abraham hasta David, otra desde éste hasta la cautividad en Babilonia, y la tercera desde aquí hasta el nacimiento de Cristo en carne. Son, pues, en todas cinco. La sexta es la que corre ahora, la cual no la podemos

medir con número determinado de generaciones por lo que dice la Escritura: *non est vestrum scire tempora, quæ Pater posuit in sua potestate*, «que no nos toca el saber los tiempos que el Padre puso en su potestad». Después de ésta, como en día séptimo, descansará Dios, cuando al mismo séptimo día, que seremos nosotros, le hará Dios descansar en sí mismo. Si quisiéramos discutir ahora particularmente de cada una de estas edades, sería asunto largo. Con todo, esta séptima será nuestro sábado, cuyo fin y término no será la noche, sino el día del domingo del Señor, como el octavo eterno que está consagrado á la resurrección de Cristo, significándonos el descanso eterno, no sólo del alma, sino también del cuerpo. Allí estaremos descansando, y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos. Ved aquí lo que haremos al fin sin fin, porque ¿cuál otro es nuestro fin sino llegar á la posesión del reino que no tiene fin? Me parece que, auxiliado de la divina gracia, ya he cumplido la deuda de esta grande obra: á los que se les hiciere poco, ó á los que también mucho, les pido que me perdonen; y á los que pareciere bastante, no á mí, sino á Dios conmigo, agradecidos, darán las gracias. Amén.

ÍNDICE

LIBRO DÉCIMOCTAVO

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—Sobre lo que queda dicho hasta los tiempos del Salvador en estos diez y siete libros.....	5
CAP. II.—De los reyes y tiempos de la Ciudad terrena, con que concuerdan los tiempos que calculan los Santos desde el nacimiento de Abraham.....	6
CAP. III.—Quién reinaba en Asiria y Sicionia, cuando, según la divina promesa, tuvo Abraham, siendo de cien años, á su hijo Isaac, y cuándo procreó éste de Rebeca su mujer, los gemelos Esaú y Jacob.....	10
CAP. IV.—De los tiempos de Jacob y de su hijo José...	12
CAP. V.—De Apis, rey de los Argibos, á quien los egipcios llamaron Serapis, y le veneraron como á Dios...	13
CAP. VI.—Quién reinaba en Argos y Asiria cuando murió Jacob en Egipto.....	14
CAP. VII.—En tiempo de qué reyes falleció José en Egipto.....	15
CAP. VIII.—En tiempo de qué reyes nació Moisés, y la religión de algunos dioses que se fué introduciendo por aquellos tiempos.....	16
CAP. IX.—Cuándo se fundó la ciudad de Atenas, y la razón que da Varrón de su nombre.....	18
CAP. X.—Lo que escribe Varrón sobre el nombre de Areópago y del diluvio de Deucalión.....	19
CAP. XI.—En qué tiempo sacó Moisés al pueblo de Israel de Egipto, y de Jesús Nave, ó Josué, que le sucedió, en tiempo de qué reyes murió.....	21
CAP. XII.—De las solemnidades sagradas que instituyeron á los falsos dioses por aquellos tiempos los reyes	

	<u>Páginas.</u>
de Grecia, las cuales se refieren desde la salida de Israel de Egipto hasta la muerte de Josué.....	22
CAP. XIII.—De las fabulosas ficciones que inventaron al tiempo que comenzaron los hebreos á gobernarse por sus jueces.....	25
CAP. XIV.—De los teólogos poetas.....	28
CAP. XV.—Del fin del reino de los Argivos, que fué cuando entre los Laurentes, Pico, hijo de Saturno, sucedió el primero en el reino de su padre.....	29
CAP. XVI.—De Diomédés, á quien después de la destrucción de Troya pusieron en el número de los dioses, cuyos compañeros, dicen, que se convirtieron en aves.....	30
CAP. XVII.—Lo que creyó Varrón de las increíbles transfiguraciones de los hombres.....	31
CAP. XVIII.—Qué es lo que debe creerse de las transformaciones que, por arte ó ilusión de los demonios, parece á los hombres que realmente se hacen.....	32
CAP. XIX.—Que Eneas vino á Italia en tiempo que Labdó era juez entre los hebreos.....	36
CAP. XX.—De la sucesión del reino de los israelitas después de los jueces.....	37
CAP. XXI.—Cómo entre los reyes del Lacio, el primero Eneas, y el duodécimo Aventino, fueron tenidos por dioses.....	38
CAP. XXII.—Cómo Roma fué fundada en el tiempo que feneció el reino de los Asirios, reinando Ecequias en Judea.....	40
CAP. XXIII.—De la Sibila Erithrea, la cual, entre las otras sibilas, se sabe que profetizó cosas claras y evidentes de Jesucristo.....	41
CAP. XXIV.—Cómo reinando Rómulo florecieron los siete sabios. Al mismo tiempo las diez tribus de Israel fueron llevadas en cautiverio por los caldeos. Muerto Rómulo, le honraron como á dios..	45
CAP. XXV.—Los filósofos que florecieron reinando en Roma Tarquino Prisco, y entre los hebreos Sedecias, cuando fué tomada Jerusalén y arruinado el templo.	46
CAP. XXVI.—Cómo al mismo tiempo en que cumplidos setenta años se acabó el cautiverio de los judíos, los romanos también salieron del dominio de sus reyes..	47
CAP. XXVII.—De los tiempos de los profetas, cuyos va-	

ticinios tenemos por escrito, quienes dijeron muchas cosas sobre la vocación de los gentiles al tiempo que comenzó el reino de los Romanos y feneció el de los Asirios.....	48
CAP. XXVIII.—Qué es lo que Oseas y Amós profetizaron muy conforme acerca del Evangelio de Cristo...	50
CAP. XXIX.—Lo que profetizó Isaias de Cristo y de su Iglesia.....	52
CAP. XXX.—De lo que profetizaron Micheas, Jonás y Joel, que pueda aludir al Nuevo Testamento.....	55
CAP. XXXI.—Lo que se halla profetizado en Abdias, Naun y Abacuc de la salud y redención del mundo por Cristo.	57
CAP. XXXII.—De la profecía que se contiene en la oración y cántico de Abacuc.....	59
CAP. XXXIII.—Lo que Jeremías y Sofonías, con espíritu profético, dijeron de Cristo y de la vocación de los gentiles.....	65
CAP. XXXIV.—De las profecías de Daniel y Ezequiel, que concuerdan en Cristo y en su Iglesia.....	67
CAP. XXXV.—De la profecía de los tres profetas, Ageo, Zacarías y Malaquías.....	69
CAP. XXXVI.—De Esdras y de los libros de los Macabeos.....	74
CAP. XXXVII.—Que la autoridad de las profecías es más antigua que el origen y principio de la filosofía de los gentiles.....	75
CAP. XXXVIII.—Cómo el Canon eclesiástico no recibió algunos libros de muchos Santos por su demasiada antigüedad, para que, con ocasión de ellos, no se mezclase lo falso con lo verdadero.....	77
CAP. XXXIX.—Cómo las letras hebreas nunca dejaron de hallarse en su propia lengua.....	78
CAP. XL.—De la vanidad insufrible de los egipcios, que atribuyen á sus ciencias cien mil años de antigüedad.	80
CAP. XLI.—De la discordia de las opiniones filosóficas, y de la concordia de las escrituras canónicas en la Iglesia.....	81
CAP. XLII.—Que por dispensación de la Providencia divina se tradujo la Sagrada Escritura del Viejo Testamento del hebreo al griego, para que viniese á noticia de todas las gentes.....	85

	<u>Páginas.</u>
CAP. XLIII.—De la autoridad de los Setenta intérpretes, la cual, salva la reverencia que se debe al idioma hebreo, debe preferirse á todos los intérpretes.....	87
CAP. XLIV.—De lo que debemos entender acerca de la destrucción de los ninivitas, cuya amenaza en el hebreo se extiende al espacio de cuarenta días, y en los Setenta se abrevia y concluye en tres.....	89
CAP. XLV.—Que después de la reedificación del templo dejaron los judíos de tener profetas, y que desde entonces hasta que nació Cristo fueron afligidos con continuas adversidades, para probar que la edificación que los profetas prometieron no era la de éste, sino la de otro templo.....	91
CAP. XLVI.—Del nacimiento de nuestro Salvador, según que el Verbo se hizo hombre, y de la dispersión de los judíos por todas las naciones, como estaba profetizado.....	95
CAP. XLVII.—Si antes que Cristo viniese hubo algunos, á excepción de la nación israelita, que perteneciesen á la comunión de la Ciudad del cielo.....	98
CAP. XLVIII.—Que la profecía de Ageo, en que dijo había de ser mayor la gloria de la casa del Señor que lo había sido al principio, se cumplió, no en la reedificación del templo, sino en la Iglesia de Cristo.....	100
CAP. XLIX.—Cómo la Iglesia se va multiplicando incierta y confusamente, mezclándose en ella en este siglo muchos réprobos con los escogidos.....	102
CAP. L.—De la predicación del Evangelio, y cómo vino á hacerse más ilustre y poderosa con las persecuciones y martirios de los predicadores.....	103
CAP. LI.—Cómo por las disensiones de los herejes se confirma también y corrobora la fe católica.....	105
CAP. LII.—Si debe creerse lo que piensan algunos, que cumplidas las diez persecuciones que ha habido, no queda otra alguna, á excepción de la undécima, que ha de ser al tiempo del mismo Ante-cristo.....	105
CAP. LIII.—De cómo está oculto el tiempo de la última persecución.....	111
CAP. LIV.—De cómo absurdamente mintieron los paganos al fingir que la religión cristiana no había de permanecer ni pasar de 365 años.....	114

LIBRO DÉCIMONONO

Páginas.

CAPÍTULO. I.—Que en la cuestión que ventilaron los filósofos sobre los últimos fines de los bienes y de los males, halló Marco Varrón doscientas ochenta y ocho sectas y^a opiniones..... 119

CAP. II.—De cómo dejando á un lado todas las diferencias, que no son sectas, sino cuestiones, llega Varrón á las tres definiciones del sumo bien, entre las cuales le parece que se debe escoger una..... 125

CAP. III.—Entre las tres sectas que tratan de la inquisición del sumo bien del hombre, cuál sea la que define Varrón que se ha de escoger, siguiendo el parecer de la Academia antigua, según Antiocho..... 127

CAP. IV.—Qué opinan los cristianos del sumo bien y del sumo mal..... 130

CAP. V.—Cómo á la vida social y política, aunque es la que particularmente debe desearse, de ordinario la trastornan muchos trabajos, encuentros é inconvenientes..... 139

CAP. VI.—Del error en los actos judiciales de los hombres, cuando está oculta la verdad..... 141

CAP. VII.—De la diversidad de las lenguas que dificulta las relaciones entre los hombres, y de la miseria de las guerras, aun de las que se llaman justas..... 143

CAP. VIII.—Cómo la amistad de los buenos no puede ser segura, mientras sea necesario temer los peligros de esta vida..... 145

CAP. IX.—Cómo la amistad de los ángeles buenos no puede ser manifiesta á los hombres en este mundo por los engaños de los demonios..... 147

CAP. X.—Del fruto que les está aparejado á los santos por haber vencido las tentaciones de esta vida..... 148

CAP. XI.—Cómo en la bienaventuranza de la paz eterna tienen los santos su fin, esto es, la verdadera perfección..... 149

CAP. XII.—Cómo los hombres, aun con el crudo rigor de la guerra y todos los desasosiegos é inquietudes, desean llegar al fin de la paz, sin cuyo apetito no se halla cosa alguna natural..... 151

	<u>Páginas.</u>
CAP. XIII.—De la paz universal, la cual, por las leyes naturales, no puede ser turbada indefinidamente	156
CAP. XIV.—El orden y las leyes divinas y humanas tienen por único objeto el bien de la paz	159
CAP. XV.—De la libertad natural y de la servidumbre, cuya primera causa es el pecado, por lo cual el hombre que es de perversa voluntad, aunque no sea esclavo de otro hombre, lo es de su propio apetito	162
CAP. XVI.—De cómo debe ser justo y benigno el mando y gobierno de los señores	164
CAP. XVII.—Por qué la ciudad celestial viene á estar en paz con la ciudad terrena, y por qué en discordia . . .	166
CAP. XVIII.—Que la duda que la nueva Academia pone en todo, es contraria á la certidumbre y constancia de la fe cristiana	169
CAP. XIX.—Del hábito y costumbres del pueblo cristiano	170
CAP. XX.—Que los ciudadanos de la ciudad de los santos, en esta vida temporal, son bienaventurados en la esperanza	171
CAP. XXI.—Si conforme á las definiciones de Scipión, que trae Cicerón en su diálogo, hubo jamás República romana	172
CAP. XXII.—Si es el verdadero Dios aquel á quien sirven los cristianos, y á quien solo se debe sacrificar	176
CAP. XXIII.—Las respuestas que refiere Porfirio dieron de Cristo los oráculos de los dioses	177
CAP. XXIV.—Con qué definición se pueden llamar legítimamente, no solo los romanos, sino también los otros reinos, Pueblo y República	185
CAP. XXV.—Que no puede haber verdadera virtud donde no hay verdadera religión	186
CAP. XXVI.—De la paz que tiene el pueblo que no conoce á Dios, de la cual se sirve el pueblo de Dios, mientras peregrina en este mundo	187
CAP. XXVII.—De la paz que tienen los que sirven á Dios, cuya perfecta tranquilidad no se puede conseguir en esta vida temporal	188
CAP. XXVIII.—Qué fin han de tener los impíos	190

LIBRO VIGÉSIMO

Páginas.

CAP. I.—Que aunque Dios en todos tiempos juzga, en este libro señaladamente se trata de su último juicio.	193
CAP. II.—De la variedad de las cosas humanas, en las cuales no podemos decir que falta el juicio de Dios, aunque no lo alcance nuestro discurso.....	195
CAP. III.—Qué es lo que dijo Salomón en el libro del <i>Eclesiastes</i> de las cosas que son comunes en esta vida á los buenos y á los malos.....	198
CAP. IV.—Que para tratar del juicio final de Dios se alegarán primero los testimonios del Testamento Nuevo y después los del Viejo.....	200
CAP. V.—Con qué autoridades de nuestro Salvador se nos declara que ha de haber juicio divino al fin del mundo.....	201
CAP. VI.—Cuál es la resurrección primera y cuál la segunda.....	206
CAP. VII.—De los mil años de que se habla en el Apocalipsis de San Juan, y qué es lo que racionalmente debe entenderse.....	210
CAP. VIII.—Sobre atar y soltar al demonio.....	215
CAP. IX.—En qué consiste el reino en que reinarán los santos con Cristo por mil años, y en qué se diferencia del reino eterno.....	220
CAP. X.—Cómo se ha de responder á los que piensan que la resurrección sólo pertenece á los cuerpos y no á las almas.....	226
CAP. XI.—De Gog y de Magog, á quienes al fin del siglo ha de mover el demonio, ya suelto contra la Iglesia de Dios.....	228
CAP. XII.—Si pertenece al último castigo de los malos lo que dice que bajó fuego del cielo, y los consumió.	230
CAP. XIII.—Si se han de contar los mil años antes del tiempo de la persecución del Antecristo.....	231
CAP. XIV.—De la condenación del demonio con los suyos, y sumariamente de la resurrección de los cuerpos de todos los difuntos y del juicio de la última retribución.....	234
CAP. XV.—Qué muertos son los que dió el mar para el	

	<u>Páginas.</u>
juicio, ó cuáles son los que volvió la muerte y el infierno.....	236
CAP. XVI.—Del nuevo cielo y de la nueva tierra.....	239
CAP. XVII.—De la glorificación de la Iglesia sin fin después de la muerte.....	240
CAP. XVIII.—Qué es lo que el apóstol San Pedro predicó del último y final juicio de Dios.....	243
CAP. XIX.—De lo que el apóstol San Pablo escribió á los Tesalonicenses, y de la manifestación del Antecristo, después del cual seguirá el día del Señor.....	246
CAP. XX.—Qué es lo que San Pablo en la primera epístola que escribe á los Thesalonicenses enseña de la resurrección de los muertos.....	251
CAP. XXI.—Qué es lo que el profeta Isaías dice de la resurrección de los muertos y de la retribución del juicio.....	255
CAP. XXII.—Cómo debe entenderse la salida de los Santos á ver las penas de los malos.....	262
CAP. XXIII.—Qué es lo que profetizó Daniel de la persecución del Antecristo, del juicio de Dios y del Reino de los Cielos.....	264
CAP. XXIV.—Lo que está profetizado en los Salmos de David sobre el fin del mundo, y el último y final juicio de Dios.....	268
CAP. XXV.—De la profecía de Malachías en que se de clara el último y final juicio de Dios; y quiénes son los que dice que se han de purificar con las penas purgatorias.....	274
CAP. XXVI.—De los sacrificios que los santos ofrecerán á Dios, los cuales han de agradarle como le agrada- ron los sacrificios en los tiempos pasados y años primeros.....	276
CAP. XXVII.—Del apartamiento de los buenos y de los malos, por el cual se declara la división que habrá en el juicio final.....	280
CAP. XXVIII.—Que la ley de Moisés debe entenderse es- piritualmente, para que, entendiéndola carnalmente, no sea con justa razón reprehensible.....	281
CAP. XXIX.—De la venida de Elías antes del juicio, y cómo descubriendo con su predicación los secretos de la divina Escritura, se convertirán los judíos.....	283
CAP. XXX.—Que en el Testamento Viejo, cuando lee-	

mos que Dios ha de venir á juzgar, debemos enten- der que es Cristo.....	285
---	-----

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO

CAP. I.—Del orden que ha de observarse en esta dis- cusión.....	295
CAP. II.—Si pueden los cuerpos ser perpetuos en el fuego.....	296
CAP. III.—Si es consecuencia que al dolor corporal su- ceda la muerte de la carne.....	297
CAP. IV.—De los ejemplos naturales.....	301
CAP. V.—Cuántas cosas hay que no podemos conocerlas bien, y no hay duda de que las hay.....	305
CAP. VI.—De las diversas causas de los milagros.	309
CAP. VII.—Que la razón suprema para creer en las cosas sobrenaturales es la omnipotencia del Criador..	312
CAP. VIII.—No es contra la naturaleza que en alguna cosa cuya naturaleza se sabe, comience á haber algo dife- rente de lo que se sabía.....	316
CAP. IX.—Del infierno y calidad de las penas eternas..	321
CAP. X.—Si el fuego del infierno, siendo corpóreo, puede con su contacto abrasar los espíritus malignos, esto es, á los demonios incorpóreos.....	324
CAP. XI.—Si es razón y justicia que no sean más largos los tiempos de las penas y tormentos que lo fueron los de los pecados.....	326
CAP. XII.—De la grandeza de la primera culpa, por la cual se debe eterna pena á todos los que se hallaren fuera de la gracia del Salvador.	329
CAP. XIII.—Contra la opinión de los que piensan que á los pecadores se les dan las penas después de esta vida, á fin de purificarlos	330
CAP. XIV.—De las penas temporales de esta vida, á que está sujeta la naturaleza humana.....	332
CAP. XV.—Que todo lo que hace la gracia de Dios, que nos libra del abismo del antiguo mal, pertenece á la novedad del siglo futuro.	333
CAP. XVI.—Debajo de qué leyes de gracia están todas las edades de los reengendrados.....	335

	<u>Páginas.</u>
CAP. XVII.—De los que piensan que las penas del hombre no han de ser eternas.....	338
CAP. XVIII.—De los que presumen que en el último y final juicio ningún hombre será condenado por las intercesiones de los santos.....	339
CAP. XIX.—De los que prometen también á los herejes gracia y perdón de todos sus pecados por la participación del cuerpo de Cristo.....	342
CAP. XX.—De los que prometen el perdón á todos los católicos, aunque después incurrirán en herejía ó idolatría.....	343
CAP. XXI.—De los que enseñan que los que permanecen en la fe católica, aunque vivan perversamente, y por esto merezcan ser quemados, se han de salvar, por su creencia en la fe.....	343
CAP. XXII.—De los que piensan que cumpliendo las obras de misericordia, los pecados que cometen no están sujetos al juicio de la condenación.....	345
CAP. XXIII.—Contra los que dicen que no han de ser perpetuos los tormentos del demonio, ni los de los hombres impíos.....	346
CAP. XXIV.—Contra los que piensan que en el juicio ha de perdonar Dios á todos los culpados por la intercesión de sus santos.....	349
CAP. XXV.—Si los que se han bautizado entre los herejes y se han relajado después viviendo mal, ó los que se han bautizado entre los católicos y se han hecho herejes y cismáticos, ó los que se han bautizado entre los católicos y, sin apartarse de ellos, han perseverado en vivir mal, pueden, por el privilegio de los Sacramentos, esperar la remisión de la pena eterna....	357
CAP. XXVI.—Qué cosa sea tener á Cristo en el fundamento y á quiénes se promete la salud casi por medio del fuego.....	360
CAP. XXVII.—Contra la opinión de los que se persuaden que no les han de hacer daño alguno los pecados que cometieron cuando hacían limosnas. . .:.....	366

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO. I.—De la creación de los ángeles y de los hombres.....	377
CAP. II.—De la eterna é inmutable voluntad de Dios.	380
CAP. III.—De la promesa de la eterna bienaventuranza de los Santos y de los eternos tormentos de los impíos.	381
CAP. IV.—Contra los sabios del mundo que piensan que los cuerpos humanos no pueden ser trasladados á las moradas del Cielo.....	382
CAP. V.—De la resurrección de la carne, que algunos no creen, creyéndola todo el mundo.....	384
CAP. VI.—Cómo Roma, amando á su fundador Rómulo, le hizo dios, y la Iglesia, creyendo en Cristo, le amó.	387
CAP. VII.—Que fué virtud divina y no persuasión humana que el mundo creyese en Cristo.....	392
CAP. VIII.—De los milagros que se obraron para que el mundo creyese en Cristo, y los que aun continúan obrándose, sin embargo de creer las gentes en el Señor.....	393
CAP. IX.—Que todos los milagros que se hacen por los mártires en nombre de Cristo dan testimonio de aquella fe con que los mártires creyeron en Cristo.....	412
CAP. X.—Cuánto más dignamente se reverencian los mártires por cuya mediación se alcanza que obre Dios muchos milagros, para que se dé el honor y reverencia á Dios verdadero, que no los demonios, quienes hacen algunos para que los tengan por dioses....	413
CAP. XI.—Contra los platónicos que, por la gravedad natural de los elementos, arguyen que el cuerpo terreno no puede estar en el cielo.....	415
CAP. XII.—Contra las calumnias de los infieles, con las cuales se burlan de los cristianos, porque creen en la resurrección de la carne.....	419
CAP. XIII.—Si los abortos no pertenecen á la resurrección: si pertenecen al número de los muertos.....	422
CAP. XIV.—Si los niños han de resucitar con el cuerpo que tuvieran si hubiesen crecido en edad.....	423
CAP. XV.—Si al modo y tamaño del cuerpo del Señor han de resucitar los cuerpos de todos los muertos....	424

	<u>Páginas.</u>
CAP. XVI.—Cómo se debe entender el hacerse conformes los santos á la imagen del Hijo de Dios.....	425
CAP. XVII.—Si los cuerpos de las mujeres muertas han de resucitar en su sexo y permanecer así... ..	426
CAP. XVIII.—Del varón perfecto, esto es, de Cristo y de su cuerpo, es decir, de la Iglesia, que es su plenitud..	428
CAP. XIX.—Que no debe haber en la resurrección vicio alguno en el cuerpo porque en esta vida del hombre fuere contrario al decoro y hermosura, y que allá, sin alterar ni mudar la substancia natural, concurrirán en una hermosura la calidad y cantidad.....	430
CAP. XX.—Que en la resurrección de los muertos, la naturaleza de los cuerpos, que estarán deshechos, será renovada del todo y en todas sus partes.....	433
CAP. XXI.—De la novedad del cuerpo espiritual, en que se mudará la carne de los Santos... ..	436
CAP. XXII.—De las miserias y penalidades á que está sujeto el hombre por causa de la primera culpa, y cómo ninguno se libra de ellas sino por la gracia de Cristo.....	437
CAP. XXIII.—De las cosas que fuera de los males y trabajos que son comunes á los buenos y á los malos, especialmente pertenecen al trabajo de los justos....	443
CAP. XXIV.—De los bienes de que el Criador llenó también esta vida sujeta á la condenación.....	445
CAP. XXV.—De la pertinacia de algunos en contradecir la resurrección de la carne, que, como queda dicho, la cree todo el mundo.	454
CAP. XXVI.—De lo que opinó Porfirio del sumo bien..	456
CAP. XXVII.—De las definiciones contrarias de Platón, y de Porfirio, en las cuales, si ambos cedieran, ninguno se apartará de la verdad.....	457
CAP. XXVIII.—Las opiniones de Platón, Labeón y Varrón reunidas, confirman lo que creemos de la resurrección de la carne.....	459
CAP. XXIX.—De la calidad de la visión con que en el futuro siglo verán los santos á Dios	460
CAP. XXX.—De la eterna felicidad y bienaventuranza de la Ciudad de Dios, y del sábado y descanso perpetuo.....	468







